

LECCIONES INSTRUCTIVAS

SOBRE LA HISTORIA Y LA GEOGRAFIA,

OBRA POSTUMA

de D. Tomas de Triarte,

DIRIGIDA Á LA ENSEÑANZA DE LOS NIÑOS.

NUEVA EDICION

Añadida con los Sumarios de la Historia Eclesiástica, y de España, que compuso en verso el P. José Francisco de Isla de la Compañía de Jesus, continuada la de España hasta el dia, y con una tabla de las épocas principales de la historia de España.

Como Segundo.

Historia Profana.



SEVILLA :

Imprenta D. José Hidalgo y Compañía,

— 1843. —

PARTE HISTORICA.

LIBRO SEGUNDO.

BREVE NOTICIA DE LOS PRINCIPALES IMPERIOS ANTIGUOS.

LECCION PRIMERA.

Del imperio de los egipcios.

El imperio de Egipto pasa por uno de los mas antiguos del mundo; y por consiguiente, su historia, que empieza poco despues del diluvio, es sumamente obscura. Se cree que su primer Soberano fue Menes, ó Mesraim, y que muerto este, se dividió aquel imperio en cuatro reinos: el de Tebas, ó Egipto superior, el de Egipto inferior, el de This, y el de Ménfis. Asi permaneció muchos siglos; y á los

mil novecientos veinte y seis años antes de la venida de Jesucristo, Amenofis, Rey del Egipto inferior, redujo á su dominio todo el país. Sesostris, sucesor de Amenofis acrecentó el imperio con grandes conquistas. Conserváronle sus descendientes, hasta que Cambises, Jerjes y Artajerjes, Reyes de Persia, se apoderaron de él, siendo infructuosas las varias tentativas de los egipcios para sacudir el yugo de los persas.

Conquistóles, al fin, Alejandro Magno, y por su fallecimiento pasó el gobierno á Ptolomeo, uno de sus generales, cuyos sucesores le gozaron hasta que los romanos hicieron á Egipto provincia suya, después de la derrota de Marco Antonio, y muerte de la Reina Cleopatra.

Cuando el imperio romano se dividió en dos, uno de oriente y otro de occidente, los Emperadores de oriente quedaron dueños de Egipto; pero en el siglo séptimo le sometieron los sarracenos mandados por el Califa Omar. En mil ciento setenta y uno el célebre Sultan Saladino estableció en Egipto el imperio de los mamelucos; y en mil quinientos diez y siete destruyó á estos Selim, Emperador de los turcos. Desde entonces poseen los otomanos aquellos esta-

dos, gobernándolos por medio de sus Bajaes.

Fueron los egipcios antiguamente muy celebrados por sus invenciones en las artes y ciencias, por su política, legislación, comercio y virtudes morales que practicaban, bien que las deslucieron con su inclinación á la mas supersticiosa idolatría.

LECCION II.

De los imperios de Babilonia, Asiria y Media.

La historia de los asirios y babilonios es por su mucha antigüedad tan confusa como la de Egipto. Nembrot, bisnieto de Noé, fundó el imperio de Babilonia; y Asur, hijo de Sem, el de Asiria, que en lo sucesivo llegaron á estar unidos. Muchos siglos despues, reinando Sardanápalo, excitó Arbaces una revolucion en que del reino de Asiria se formaron tres diferentes: el de Babilonia, el de los medos y el llamado propiamente de Asiria. De todos tres se apoderó al fin Ciro, Rey de Persia, y los conservaron sus descendientes hasta que Alejandro Magno, venciendo al Rey Darío, subyugó á los persas, y por

consiguiente no quedó mas que la memoria de las monarquías de babilonios, medos y asirios tan famosas en otros tiempos.

LECCION III.

Del imperio de los persas y de los partos.

El reino de Persia no empezó á ser famoso en la historia antigua hasta que un hijo del Rey Cambises, llamado Ciro, principe de grandes prendas, se unió con los medos, destruyó el poder de los asirios y babilonios, sometió el reino de Lidia, quinientos cuarenta y ocho años antes de Cristo, y formó aquel vasto imperio, que ha conservado largo tiempo el nombre de Persia. Duró esta monarquía como unos doscientos años; y vencido su último Rey Dario por Alejandro Magno en la batalla de Arbela, quedaron los griegos dueños de la Persia.

Los partos que habian estado sujetos á los persas, y despues á los macedonios se rebelaron doscientos cincuenta y seis años antes de Cristo, acaudillandolos Arsaces. El imperio de los partos que este fundó se fué estendiendo por gran parte del Asia bajo los sucesores de Arsaces, y

Mitrídates, uno de ellos, que empezó á reinar hácia el año de ciento sesenta y cuatro antes de la era cristiana, se adelantó con sus armas adonde no llegó el mismo Alejandro. Mitrídates segundo, apellidado el Grande, sostuvo felizmente la guerra contra los romanos; y su imperio permaneció glorioso hasta que en el año de doscientos veinte y seis despues de Cristo, Artábano Quinto fué muerto por Artajerjes, soldado persa, que se decia descendiente de los antiguos Reyes de Persia, y que estableció el imperio de su nacion estinguido en tiempo de Darío. Tuvo esta monarquía veinte y ocho soberanos hasta que los sarracenos se apoderaron de ella, los cuales al cabo de cuatrocientos diez y ocho años de dominacion fueron desposeidos en el de mil cincuenta y uno por el Sultan Gelal-Edin. Gobernaban los Sultanes el imperio de Persia, quando Tamerlan, mandando veinte mil tártaros, le conquistó en mil trescientos noventa y seis. Sufrió la Persia infinitas revoluciones, y solo gozó tranquilidad desde que Ismael estableció el imperio de los sofies, el cual duró hasta el año de mil setecientos treinta y seis en que Thamas Kouli-Kan, venciendo á los turcos y tártaros, usurpó la

corona. Murió este asesinado en mil setecientos cuarenta y siete.

LECCION IV.

De los fenicios, y reino de Tiro.

Fenicia fué una de las primeras provincias pobladas del Asia, y sus habitantes tienen fama de haber sido los mas antiguos navegadores, y mas hábiles comerciantes del antiguo mundo. Sidon, hijo mayor de Canaam, edificó la ciudad de su nombre, y los descendientes de este fundaron á Tiro, cuyo comercio y riqueza la hicieron tan célebre. Siendo su Rey Itobal, la tomó Nabucodonosor al cabo de trece años de sitio. Los de Tiro, que con anticipacion se habian acogido á una isla cercana, fundaron en ella una nueva ciudad, que despues se rindió á las armas de Alejandro. Reparó sus ruinas la nueva Tiro; pero Antígono sucesor de Alejandro, volvió á destruirla, de modo que jamas recobró su antiguo esplendor. Reedificóla el Emperador Adriano á los ciento veinte y nueve años despues de Cristo, haciendola metropolitana de Fenicia. Despues que los cristianos conquistaron la

tierra Santa, fué Tiro Arzobispado; mas hoy se ve reducida á una aldea sujeta al dominio del Gran Señor.

Cartago, en lo antiguo floreciente colonia de los tirios, ha dejado nombre eterno en la historia por haber sido competidora de la república romana.

LECCION V.

Del imperio griego.

La historia griega contiene tantas partes y en cada una de ellas hay tanto que aprender, que con dificultad puede compendiarse. Pero á fin de formar una idea general de lo mas importante de dicha historia, dejaremos aparte los tiempos fabulosos, y los que llaman heroicos, en que las ficciones mezcladas con la verdad la desfiguran de modo que cuando mas, resultan algunos hechos probables, y ninguno cierto.

Se cree que Sicione, ciudad del Peloponeso, fué el reino mas antiguo de la Grecia, contandose en él diez y seis Reyes hasta Agamenón. Argos fué otro reino, en que dominaron quince Soberanos

hasta Acrisio, cuyo nieto Perseo fundó el reino de Micenas.

El de Atenas fué establecido mil quinientos ochenta y dos años antes de Cristo por Cécrops, que trajo de Egipto una colonia. Gobernároule reyes hasta que se convirtió en república bajo la autoridad de unos gobernadores llamados Arcontes, los cuales primero fueron perpetuos, después decenales, ó de diez años, y últimamente anuales. Con las sabias leyes que estableció Solon, llegó la republica de Atenas á un alto grado de prosperidad; y aunque Pisistrato, y sus dos hijos Hiparco é Hípias suscitaron en ella muchas disensiones, intentando sujetarla al gobierno monárquico, subsistió el republicano.

Los persas que quisieron hacerse dueños de Atenas, fueron vencidos en varias batallas, principalmente en la célebre de Manton, y en la de Salamina, que se dió cuatrocientos ochenta años antes de la era cristiana. Desde entonces floreció Atenas en armas y letras: pero sus enemigos los lacedemonios, después de aquella guerra llamada del Peloponeso que sostuvieron por mas de veinte y siete años contra los atenienses, conquistaron á Atenas, estableciendo el gobierno de treinta magistrados

conocidos por el nombre de *treinta tiranos*. Estos fueron espelidos á los tres años por Trasíbulo, volviendo desde entonces la república á su antiguo estado de esplendor.

A los trescientos cuarenta y un años antes de Cristo, Filipo, Rey de Macedonia, movió guerra á los atenienses, continuandola Alejandro Magno y Casandro, que por varios medios maquinaron contra la libertad de aquella república; pero al fin pudo esta eximirse de sufrir el yugo de los macedonios.

Fué Atenas saqueada por los romanos ochenta y siete años antes de Cristo. Augusto la hizo tributaria suya, y despues Vespasiano la incluyó en el número de las provincias romanas.

Lacedemonia ó Esparta, fué tambien en sus principios un estado gobernado por varios Reyes desde Lélex, que se cree fué el primero, hasta Cleómenes que fué el último, y murió doscientos veinte y ocho años antes de la era cristiana. Estinguida ya la monarquía, se gobernó Lacedemonia en forma de república; y despues de haber sido una de las mas florecientes del orbe, así por sus leyes como por el valor de sus capitanes, quedó reducida á provincia romana ciento cuarenta y seis años

antes de la citada era.

Tebas, reino fundado por Cadmo, tuvo catorce Reyes; y por muerte de Janto, el último de ellos, se convirtió en república. Los tebanos durante una larga paz, aumentaron su poder; y habiendose aliado con los lacedemonios, dieron ocasion á la guerra del Peloponeso en que tomó partido toda la Grecia. Subyugólos Filipo, Rey de Macedonia, y despues su hijo Alejandro, á cuya obediencia intentaron negarse. Por último vinieron, como los demas pueblos griegos, á sujetarse á la dominacion de los romanos.

Corinto fué otro reino de la Grecia, que pasó á ser república setecientos cuarenta y nueve años antes de Cristo. Cipselo y su hijo Periandro usurparon la autoridad gobernando tiránicamente; y Corinto no recobró su libertad hasta despues de muerto Periandro. Desde entonces creció su comercio y riqueza; y ciento cuarenta y cinco años ante de la era cristiana cedió al poder de los conquistadores romanos.

El reino de Macedonia que á los principios apenas era digno de la atencion de los griegos, llegó despues á ser el primero no solo en Grecia, sino en todo el orbe, por la estension y gloria que con su

valor y política le adquirió Filipo, hijo de Amintas. Alejandro Magno, hijo y sucesor de Filipo, no menos esforzado que ambicioso, se alzó con la soberanía de casi todos los reinos y repúblicas de Grecia, y venciendo á los persas y á otras naciones del oriente, formó el imperio mas dilatado que se conoció en aquellos tiempos.

Las acciones de este conquistador y las de otros muchos insignes caudillos que dieron eterna fama á la Grecia, son dignas de referirse individualmente; pero no da lugar á ello la suma brevedad que nos hemos propuesto observar en esta noticia de los principales imperios antiguos.

LECCION VI.

Del imperio romano

Despues de la historia sagrada no hay otra mas importante que la del vasto imperio romano, como que de él se han formado casi todas las monarquías modernas.

No entraremos en la difícil y prolija relacion de los hechos sumamente confusos, cuando no del todo fabulosos, en que abunda la historia de los Reyes latinos, anteriores al establecimiento de Roma. Bas-

te saber que setecientos cincuenta y tres años antes de la venida de Cristo fundó aquella ciudad Rómulo, su primer Rey, al cual sucedieron los seis Reyes, Numa Pompilio, que introdujo el culto y ceremonias de la religion, Tulio Hostilio, á quien debieron los romanos su primera disciplina militar, Anco Marcio, que aumentó mucho á Roma, Lucio Tarquinio Prisco, en cuyo tiempo se acrecentó mucho mas, Servio Tulio, que murió asesinado por disposicion de su hija Julia, y Tarquinio el soberbio, esposo de esta, el cual cometió las mas violentas tiranías, haciendo insoportable á los romanos su gobierno.

Un hijo de Tarquinio, llamado Sesto Tarquino, violó la castidad de Lucrecia, muger de Tarquinio Colatino; y aquella famosa heroina, despues de haber declarado á sus parientes la violencia que habia padecido, se dió la muerte en presencia de ellos. Con este motivo Lucio Junio (apellidado Bruto porque para libertar su vida del rigor de Tarquinio el Soberbio se habia fingido fátuo) fué el primero que excitó al pueblo no solo á sacudir el yugo de aquel Monarca, sino tambien á extinguir el gobierno de los Reyes. Asi se verificó; y los romanos eligieron, en lugar

de Soberanos perpetuos, dos magistrados anuales con título de Cónsules, habiendo acaecido esta gran mudanza quinientos nueve años antes de la era cristiana.

Cuando lo pedian las urgencias de la república se nombraba un general de grande autoridad con nombre de Dictador, y ademas habia varios magistrados subordinados á los Cónsules, como eran los Pretores, Tribunos, Cuestores, Ediles, Censores, Prefectos, ect.

Tarquino, desterrado de Roma, imploró el auxilio de Porsena, Rey de los etruscos; pero resistió á las fuerzas de ambos el pueblo romano, ayudado del valor de Horacio Cócles, de Mucio Escévola, y de Clelia. Tampoco mejoró Tarquino de suerte, con haberse valido del favor de los Reyes latinos; porque estos fueron enteramente vencidos, y él murió luego de edad de noventa años.

Poco despues Coriolano, el mas insigne caudillo de Roma, fué desterrado por el pueblo. Para tomar venganza de este agravio marchó contra su patria, capitaneando á los volscos, enemigos de los romanos; pero se aplacó por los ruegos y lágrimas de su madre.

Habiendo los romanos traído de Atenas

las leyes de Solon, eligieron unos magistrados llamados *Desemviro*s, que cuidasen de su recopilacion y observancia. Empezaron estos á ejercer una autoridad tan despótica que fueron ó depuestos, ó desterrados, ó muertos, contribuyendo á esta revolucion el trágico suceso de Virginia, á quien el Decemvir Apio Claudio quiso robar el honor, y á quien su mismo padre traspasó el pecho por no verla deshonrada por el tirano.

Restablecióse el consulado, y despues se crearon Tribunos militares que alternaron durante algunos años con los Cónsules.

Por aquel tiempo saquearon los galos á Roma; mas luego los venció el valeroso dictador Camilo.

Siguieronse despues prolijas guerras contra los samnites y otros pueblos vecinos de Roma, como asimismo con los galos, y con Pirro, Rey de Epiro, en las cuales se acreditó admirablemente el valor de los romanos.

Suscitóse la primera guerra púnica originada de varias disensiones que hubo en la isla de Sicilia. Una parte de sus habitantes imploró el auxilio de los romanos, y la otra el de los cartagineses. Al

cabo de veinte y cuatro años vencieron los romanos, imponiendo á los de Cartago duras condiciones. Renovóse otra guerra contra los galos, triunfando igualmente Roma; y á los doscientos diez y ocho años antes de la era cristiana empezó la segunda guerra púnica, que aunque de menos duracion, fué mas sangrienta y peligrosa que la primera. Entonces mostró su esfuerzo y conducta Anibal, general de los cartagineses, que en tres batallas derrotó á los romanos, y en la cuarta que fué la famosa de Canas, hizo el mayor destrozo que cuentan los anales de Roma. Hubiera perecido aquella república á no ser por la prudencia y valor de sus dos generales Quinto Fabio Máximo y Claudio Marcelo, y por el excelente arbitrio que tomaron los romanos de llevar la guerra á Africa, poniendo así á Anibal en precision de dejar á Italia para acudir al socorro de su patria Cartago. Al fin se terminó despues de diez y siete años aquella funesta guerra con una paz ventajosa á los romanos, en la cual se obligaron los cartagineses á pagarle tributo.

Dos guerras muy señaladas sostuvieron los romanos contra los macedonios; y en la segunda acabó la Grecia de per-

der su libertad, estableciendo Roma su dominio en Asia.

Deseaban los romanos un pretesto de rompimiento para aniquilar á Cartago, y le hallaron muy oportuno en la guerra que aquella república seguía con Masinisa, Rey de Numidia. Tomó Roma el partido de este; y Publio Cornelio Escipion se apoderó de Cartago, destruyendola á sangre y fuego. Así acabó aquella antigua competidora de Roma que por espacio de un siglo la había disputado el imperio del orbe.

La ciudad de Corinto fué destruida como la de Cartago; y con la toma de Numancia quedó toda España sujeta á la dominacion de Roma, como se verá cuando, tratando de la historia particular de España, contemos lo que en ella obraron los romanos.

A estas victorias se siguieron dentro de la misma Roma grandes disensiones, cuando Tiberio Graco y su hermano Cayo Graco sublevaron al pueblo contra la nobleza para establecer un estado de perfecta igualdad entre una y otra clase; pero ambos héroes perecieron miserablemente.

Entretanto vencieron los romanos y tra-

jeron prisionero á Aristónico, Rey de Pergamo. Igual desgracia tuvo Yugurta, Rey de Numidia, sometido por Mario. Este abatió á los teutones, cimbros, y otras naciones del Norte, que se habian introducido en las Galias, en España y en Italia.

Pacificados algunos pueblos del Lacio, que habian suscitado discordias civiles, se dió principio á la guerra contra Mitridátes, Rey del Ponto, que habia hecho dar muerte á todos los romanos establecidos en sus dominios, y apoderadose de algunas provincias de Asia, aliadas, ó tributarias de Roma.

Confióse aquella empresa al Consul Sila; mas luego entró Mario en su lugar. De aqui se originaron dos partidos, uno á favor de Mario, y otro por Sila, en cuya ocasion perecieron muchos ciudadanos tanto en Italia, como en España, adonde se habia retirado Sertorio, parcial de Mario, al segundo año de la guerra civil.

Aunque habiendo sido vencido Mitridátes, pidió la paz, y se la concedieron, Murena, lugarteniente de Sila, faltó á la observancia del tratado, y empezó de nuevo la guerra. Mitridátes, aliado con Tigranes, Rey de Armenia, triunfó de los ro-

manos, y se apoderó de Bitinia; pero el Consul Lúculo alcanzó dos victorias del Rey de Armenia, y hubiera terminado felizmente la guerra, sino se hubiese encomendado el mando del ejército al Consul Glabrio, que dió lugar á Mitridátes de recobrar su reino, y talar la provincia de Capadocia. Entonces Pompeyo, caudillo ya famoso por haber concluido dichosamente en España la guerra de Sertorio, y la de los piratas en Cilicia, marchó contra Mitridátes, le echó de sus dominios, persiguiéndole hasta Armenia, y despues de haberle vencido á orillas del Eufrates, le puso en términos de darse desesperadamente la muerte. Para hacerse dueño del Asia, sometió la Armenia, unió la Siria al imperio romano, y redujo la Judea á provincia de la república, volviendo á Roma lleno de laureles y tesoros.

Puso en gran consternacion á los romanos la conjuracion de Lucio Catilina, hombre noble, pero disoluto, que concibió el árduo desiguio de avasallar á Roma. Ciceron, tan buen ciudadano, como orador excelente, descubrió la conspiracion, precaviendo sus fatales consecuencias; murió Catilina combatiendo al frente de las tropas que habia juntado; y destrozadas

estas fueron degollados los principales cómplices.

Pompeyo, Craso y Julio Cesar con no menos atrevimiento que maña llegaron á reunir en sí la soberanía formando el primer triunvirato, oigen de grandes discordias, y de la ruina de la república, porque ni Cesar, ni Pompeyo habian nacido para cousentir la igualdad ó la superioridad de otro en el mando.

Obtuvo Cesar el Consulado, y el gobierno de las Galias por cinco años; y quedando en Roma Pompeyo y Craso, marchó á estender sus conquistas, y echar los cimientos del universal dominio que meditaba. Rindió á los suizos, á Ariovisto Rey de los suevos en Alemania, y á los belgas ó flamencos. Sometió con increíble celeridad todas las Galias, y aun hizo tributarios á los ingleses, sin haber tardado en estas conquistas mas que ocho años.

Murió Craso en un combate contra los partos; y Pompeyo, envidioso de la gloria de su competidor Julio Cesar, intentó despojarle del gobierno; pero Cesar con sus fieles tropas marchó á Roma, de donde huyó Pompeyo con sus partidarios. Cesar, reelegido Consul, ganando al pueblo con sus liberalidades, y amedrentando á los e-

nemigos con su valor, persiguió á Pompeyo, que se habia retirado á Grecia, y despues de varios acontecimientos vinieron á las manos ambos campeones en los campos de Farsalia. Declaróse la fortuna por Cesar, que fué tan clemente despues de la victoria como esforzado en la pelea.

El caudillo vencido hubo de retirarse á Egipto; pero creyendo Ptolomeo, Rey de aquellos estados, dar gusto á Cesar, mandó asesinar á Pompeyo, y presentó su cabeza al vencedor, el cual no pudo menos de tributar algunas lágrimas á la memoria de tan valeroso capitan.

Dispuso entonces proclamar Reina de Egipto á la bella Cleopatra, despues que su hermano Ptolomeo se habia ahogado en el Nilo por huir de Cesar, ya declarado enemigo suyo.

De allí marchó rápidamente contra Farnaces, Rey del Bósforo, y saliendo con felicidad de aquella empresa, dió parte de ella á Roma en tres palabras: *Llegué, ví, vencí.*

Intentaron los dos hijos de Pompeyo vengar la muerte de su padre; pero lejos de conseguirlo, murió el mayor de ellos, y huyó el segundo, quedando sus tropas enteramente derrotadas. En esta guerra,

Caton, el gran republicano, se dió la muerte por no ser testigo de la esclavitud de su patria.

Habia llegado Julio Cesar al colmo de su fortuna, y se hallaba nombrado Dictador perpetuo con título de Emperador, que entonces equivalia á general, cuando le asesinaron en el Senado Bruto y Casio con ayuda de otros conjurados. Acaeció este suceso cuarenta y cuatro años antes de la era cristiana, teniendo Cesar cincuenta y seis de edad.

Muerto el Emperador, se originaron en Roma los mayores disturbios. El Consul Marco Antonio, y Emilio Lépido, general de la caballería, ambiciosos uno y otro, aspiraban al mando. Los de un partido querian se vengase la muerte del dictador, y los del otro defendian á los asesinos como á republicanos restauradores de la libertad.

Octavio ú Octaviano, llamado despues Augusto, sobrino de Julio Cesar, se hizo entonces dueño de la república, para lo cual procuró que el senado declarase á Marco Antonio enemigo de ella, y logró que marchasen contra él los dos Cónsules Hircio y Pansa. Estos, aunque vencedores, perecieron en la batalla; pero An-

tonio, sin desmayar en aquel lance, se ayudó de Lépido; empeñándose en desacreditar á Augusto en el Senado. Entonces Octavio tomó el partido de unirse con Antonio y Lépido; y formaron el segundo triunvirato que oprimió á Roma á los cuarenta y tres años antes de Jesucristo.

Tuvo Augusto la ingratitud de dejar á Ciceron abandonado al furor de Antonio su enemigo mortal, no obstante que aquel orador con sus consejos y diligencias le habia favorecido tanto en el Senado; y murió el gran Ciceron asesinado por los emisarios de Antonio.

Unido Augusto con Marco Antonio y con Lépido, hizo revocar el decreto en que el Senado los habia declarado enemigos de la patria; y se convinieron los tres en dividir entre sí el imperio, mandando Antonio en las Galias, Lépido en la España, Octavio en Africa y Sicilia, y los tres juntos en Italia, y en el oriente.

Marcharon Octavio y Lépido contra Bruto y Casio, que se habian retirado á Grecia, y los vencieron en los confines de Macedonia, obligandolos á darse la muerte á sí propios, luego que perdieron las esperanzas de sostener el partido republicano. Volvió Octavio á Roma, y Antonio pa-

só al Asia. Entonces cautivó á este con los atractivos de su hermosura Cleopatra, Reina de Egipto; y él la concedió el dominio de Chipre, de una parte de la Cilicia, de la Arabia, y de la Judea, con otros países. Indignados los romanos de que Antonio desmembrase el imperio por una Reina estrangera, y de que por ella abandonase á su propia muger Octavia, hermana de Augusto, resolvieron tomar las armas contra él. Mandólas Octavio, y llegando con su armada á Epiro ganó cerca de Accio, treinta y un años antes de la venida de Cristo, aquella famosa victoria que le hizo dueño absoluto de la república. Huyó Cleopatra, y con ella Marco Antonio, persiguiendolos Octavio hasta el mismo Egipto. Antonio despechado se dió la muerte, y le imitó Cleopatra.

Restituido Octavio á Roma, fué recibido en triunfo; y aunque dejó al Senado una apariencia de autoridad, vino á ser único Señor del imperio romano, debiendo esta fortuna á su astuta política, á su felicidad en las armas, á la moderacion de su gobierno, conque hizo olvidar las pasadas crueldades, á su beneficencia para con el pueblo y fidelidad con sus amigos, y á la señalada proteccion que concedió

á las artes y ciencias.

Conquistó por medio de sus generales el Egipto, la Dalmacia, la Ponia, la Aquitania, la Iliria, la Cantabria, y otras muchas provincias remotas; y habiendo adquirido el dictado de *Padre de la Patria*, murió en Nola de edad de setenta y seis años á los catorce de la era cristiana.

Tiberio, hijo adoptivo de Augusto, gobernó el imperio por sus ministros, entregandose á las mas infames torpezas; y ayudado del malvado consejero Seyano, cometió crueles iniquidades. Murió á los veinte y tres años de su reinado, y á los treinta y siete de la era cristiana.

Sucedió á Tiberio, Cayo Calígula, hijo de un sobrino de Tiberio, llamado Germánico. La vida de este Principe fué todavía mas viciosa y abominable que la de su predecesor, por lo cual conspiraron contra él Casio y Sabino, capitanes de sus guardias, y antes de cumplir cuatro años de reinado, le asesinaron en su palacio.

Claudio, primo hermano de Calígula, subió al trono cuarenta y un años después de la venida de Jesucristo, y empezó gobernando con tanta justicia, que adquirió el título de *Padre de la Patria*; pero después se acreditó de débil, insensato y cruel.

Sometió á los ingleses, y volvió triunfante á Roma, tomando el dictado de *Británico*. Su muger Mesalina fué un monstruo de disolucion, y su mismo esposo la mandó asesinar, casandose despues con Agripina, sobrina suya, la cual le dió veneno á los trece años de su reinado.

En el año de cincuenta y cuatro de la era cristiana empezó á reinar Neron, hijo de Agripina y de Domicio su primer marido. Agripina habia conseguido con sus artificios que Claudio dejase nombrado sucesor suyo á Neron en perjuicio de Británico, hijo del mismo Claudio, y Príncipe muy estimable. Manifestó Neron al principio algunas virtudes; pero descubrió luego los mas indignos vicios, decayendo en su tiempo la gloria y poder del imperio romano. Mandó prender fuego á Roma, complaciéndose en aquel espectáculo. Hizo dar muerte á su madre Agripina, á Burro su ayo, á Séneca su maestro, á Octavia su muger, á su dama Popea, al poeta Lucano, y á otros infinitos; y fué el primer perseguidor de los cristianos. El Senado, declarándole enemigo de la patria, le sentenció á ser precipitado de una alta peña al rio Tiber; pero Neron se quitó la vida con un puñal, teniendo entonces treinta y

un años, y habiendo reinado cerca de catorce. Con la muerte de este inhumano Príncipe se estinguió el linage de Augusto.

Galba, seuador de ilustre sangre, y caudillo acreditado, fué proclamado Emperador por los españoles y por los galos. Reinó solo siete meses, en que dió muestras de una vil avaricia, y murió de edad de setenta y tres años asesinado por sus mismas tropas á instancias de Oton.

Subió este al imperio sin embargo de que se le disputaba Vitelio auxiliado de los alemanes. Venció Oton á Vitelio en tres combates; pero quedando despues derrotado en una batalla campal, se dió la muerte, sin haber reinado mas que noventa y cinco dias.

Obtuvo Vitelio la corona, y en poco mas de ocho meses que reinó, cometió repetidas atrocidades, entregandose tambien á los mayores excesos, en comida y bebida. Indignado el pueblo romano contra él, le dió ignominiosa muerte, y despues de haberle arrastrado por las calles, arrojó su cuerpo al Tiber.

Vespasiano, que, aunque de obscuro linage, habia llegado por su valor y prudencia á la dignidad de Consul, y que habia conseguido victorias en Palestina, fué

proclamado Emperador á los sesenta y nueve años de la era cristiana. Reinó diez, y despues de haberse hallado en treinta y dos batallas, murió con gran sentimiento del Senado y del pueblo por las virtudes de humanidad, esfuerso y cordura que le adornaban. Unicamente fué tachado de avaricia, aunque algunos la llaman economía necesaria

Tito, hijo de Vespasiano, mereció le apellidasen *el amor y las delicias del género humano*, y supo ganar la voluntad de sus vasallos con su elocuencia, valor, liberalidad y modestia. Mereció los honores del triunfo juntamente con su padre Vespasiano por haber conquistado á Jerusalem. Ambos Emperadores consolaron á Roma de la desgracia que habia tenido en ser gobernada por los Tiberios, Calígulas, Neronés y Vitelios. Murió Tito á los dos años y dos meses de su reinado dejando por sucesor á su hermano menor Domiciano, que al principio dió muestras de clemente y generoso; pero despues no quedó vicio de que no se dejase arrastrar, ni delito conque no se hiciese odioso. Sus mismos criados le dieron muerte dentro de palacio el decimo quinto año de su reinado con general satisfaccion del pueblo.

A estos doce Emperadores desde Julio Cesar hasta Domiciano da la historia por excelencia el nombre de *Césares*.

Pasó la corona á Nerva, anciano virtuoso y respetable, y de ilustre familia, el cual tomó por sócio, ó compañero en el imperio al Español Trajano, su pariente. Murió Nerva á los setenta años de edad, habiendo reinado poco mas de uno.

Trajano, que le sucedió, fué por su pericia militar y política digno de la estimacion de los romanos. Sostuvo felizmente varias guerras, ya contra los alemanes, ya contra los partos; subyugó la Dacia, la Armenia, la Iberia, la Arabia, y otros reinos del Asia, llegando con sus armas hasta la India; y sujetó á los judios, que se le habian rebelado. Cogióle la muerte en Cilicia el vigésimo año de su reinado á los sesenta y tres de edad; y en elogio suyo baste decir que el pueblo deseaba á sus Emperadores *la dicha de Augusto, y la bondad de Trajano*.

Adriano, tambien español, pariente, aliado y sucesor de Trajano, Príncipe de grandes virtudes, pero mezcladas con bastantes vicios. Viajó largo tiempo por casi todas las provincias del dilatado imperio romano, estableció la disciplina militar, de-

jó en Roma monumentos públicos de su magnificencia, y murió despues de haber reinado cerca de veinte y un años.

Sucedióle Antonino, apellidado *Pio*, por su afabilidad y clemencia, el cual esterminó los viles delatores y calumniadores que tantos daños habian causado en los reinados antecedentes, y rigió el imperio con felicidad por mas de veinte y dos años, habiendo reprimido á los ingleses que se le sublevaron, como tambien á los mauritanos y á los egipcios.

Marco Aurelio, yerno de Antonino Pio, gobernó juntamente con Lucio Vero, á quien dió su hija en matrimonio. Aunque era Marco Aurelio de genio benéfico, amante de las letras, sábio, político y de arreglada conducta, y Lucio Vero, bien al contrario, hombre de vida relajada, y sin aplicacion á los negocios politicos y militares, reinaron ambos en buena armonía.

Lucio Vero marchó contra los partos; pero no fué él quien los sujetó, sino sus tenientes. Falleció á los nueve años de reinado, y Marco Aurelio gobernó solo, con la mayor prudencia y benignidad, habiendo vencido á varias naciones septentrionales. El feliz reinado de este Emperador filósofo, duró diez y nueve años; y des-

pues de él tuvo el imperio romano la desgracia de ser gobernado casi siempre por Príncipes inicuos y viciosos. Tal fué Comodo, indigno hijo de un padre como Marco Aurelio.

Por muerte de Comodo fué proclamado Emperador Helvio Pertinaz, Prefecto de Roma, á quien pronto dieron muerte los soldados de su guardia.

Siguióse Didio Juliano, que tambien murió asesinado; y luego Septimio Severo, que sostuvo valerosamente muchas guerras, y murió en York el decimo octavo año de su reinado.

Sucedieronle sus dos hijos Caracala y Geta. Aquel quitó la vida á este, y gobernó tiránicamente seis años, cometiendo torpes excesos y crueldades, hasta que le asesinó unos de sus soldados.

Igual fin tuvo Opilio Macrino; y las tropas reconocieron por Emperador á Marco Aurelio Antonio, apellidado Heliogábalo, en quien se juntaron cuantos vicios pueden hacer á un hombre aborrecible. Murió este monstruo á manos de sus soldados, y subió al trono Alejandro Severo, bien diferente de su antecesor, porque fué justo, benigno y amante de los sábios. A pesar de sus buenas pren-

das uno de sus oficiales llamado Maximino le hizo dar muerte en Maguncia, como asimismo á su madre Julia Mamea.

Este Maximino, hijo de un aldeano godo, pasó de pastor á soldado, y despues de haber sido buen general, llegó á ser malísimo príncipe, ejecutando increíbles atrocidades, principalmente contra los cristianos. Era hombre naturalmente feroz, agigantado y estraordinariamente forzado. Los pueblos se le rebelaron muchas veces; y al fin le dieron muerte sus tropas:

Aceptó por fuerza el imperio el Proconsul Gordiano, y tomó por compañero á su hijo, que tenia el mismo nombre. Vencido y muerto Gordiano el mozo en una batalla que dió á los númidas, su padre se ahorcó desesperado.

Eligió entonces el Senado por caudillo del ejército á Maximo Pupieno, hijo de un herrero, y con él á Balbino para que mandase en Roma; pero ambos Emperadores fueron asesinados antes de los diez meses.

Gordiano segundo, nieto de Gordiano el mayor, empuñó el cetro; y despues de haber vencido á los partos y persas, pereció por traicion de Filipo, general de sus tropas.

Reinó este juntamente con su hijo, llamado tambien Filipo, y uno y otro fue-

ron asesinados, el padre en Verona, y el hijo en Roma.

Decio, que habia sometido felizmente á los escitas, recibió la corona imperial. Fué terrible enemigo de los cristianos; y habiendo muerto á los dos años él y su hijo le sucedieron Treboniano Galo, y su hijo Volusiano. Quitáronles la vida sus tropas, y dieron el gobierno al caudillo Emiliano, que solo le gozó tres meses, porque noticiosos los soldados de que Valeriano habia sido proclamado Emperador en las Galias, dieron muerte á Emiliano.

Rigieron el imperio Valeriano, y Galieno su hijo, pero con suma desgracia, pues el Rey de Persia Sapor hizo prisionero á Valeriano, y contra Galieno se levantaron treinta tiranos que se apoderaron del mando en varias partes del imperio dividido en facciones.

Muerto Galieno á los quince años de su turbulento reinado, le sucedió Claudio Segundo, llamado el *Gótico* por haber hecho grande estrago en los godos y otras naciones bárbaras. Murió de peste á los dos años, siendo su falta muy sentida del pueblo.

Su hermano Quintílio solo reinó diez y siete dias; y pasó la corona á las sie-

nes de Aureliano, tan estimado por su valor como temido por su inhumanidad. Venció á la célebre Reina Zenobia, que mandaba en una parte del oriente, despues de haber fallecido su esposo Odenato, el cual se habia hecho aclamar Emperador en tiempo de Galieno. Tuvo Aureliano la dicha de haber reducido á obediencia las muchas provincias que se habian rebelado al imperio romano; pero aquel gran Príncipe murió por traicion de un confidente suyo.

Eligió entonces el Senado al anciano Tácito, hombre noble y prudente, que habia desempeñado los principales cargos de la república; mas solo reinó seis meses. Su hermano Floriano apenas llegó á reinar tres y en su lugar entró Probo, que por espacio de seis años acreditó su valor y conducta, venciendo á los alemanes, galos, sármatas, getas y otros pueblos. Cuando marchaba contra los persas, sus soldados le asesinaron injustamente en la Iliria.

Subió al trono Aurelio Caro, y con él sus dos hijos Carino y Numeriano. Caro murió antes de los dos años á las orillas del Tigris, creyendose que le mató un rayo: Numeriano fué cosido á puñaladas; y Carino entregado á horribles vicios

murió á manos de unos de sus tribunos.

Sucedió Cayo Valerio, conocido por el nombre de Dioclesiano, y eligió por compañero en el imperio á Maximiano Herculeo, su amigo. Este derrotó á los rebeldes de las Galias, y de Alemania; y aquel á los sármatas, á los partos, á los godos y á otras naciones. Habiendose suscitado dos levantamientos, uno en Egipto y otro en la Mauritania, conocieron los dos Emperadores que no podían acudir á tantas partes, y disgustados del mando hicieron dimision de él para retirarse á vida mas tranquila. Diocleciano hubiera conseguido opinion de un gran Príncipe, si no le hubiera hecho odioso su obstinada crueldad en perseguir á los cristianos.

Por la renuncia de Dioclesiano y Maximiano, dividieron el imperio entre sí Constancio-Cloro, y Galerio. Constancio no llegó á reinar dos años; y Galerio, desconfiando de sus propias fuerzas, eligió dos nuevos Césares, Maximino y Severo. Indignadas las tropas contra Galerio, proclamaron Emperador á Majencio, hijo de Maximiano Herculeo. Este mismo Maximiano, cansado de su retiro, quiso volver al trono; pero no le admitió el ejército. Murió Galerio despues de haber hon-

rado con la púrpura imperial á Licinio, general acreditado; quedando entonces dominado el imperio romano por cuatro Emperadores: Majencio, Licinio Maximino y Constantino, llamado el Grande, hijo de Constancio.

Venció Constantino á Majencio y á Licinio; y por haber muerto Maximino en el oriente, quedó único dueño del imperio, trasladando la silla de él á la ciudad de Bizancio, á la cual dió el nombre de Constantinopla. En su tiempo floreció libre y pacíficamente el cristianismo, que cuenta por época memorable el reinado de Constantino Magno. Este Emperador en los últimos años de su vida perdió parte de la gloria debida á su zelo en proteger la religion cristiana por la flaqueza que tuvo de favorecer á los arrianos, desterrando á San Atanasio y á otros santos Obispos; pero recibió el bautismo poco antes de su muerte, que acaeció cerca de Nicomedia el año de trescientos treinta y siete á los treinta y uno ó treinta y dos de su reinado.

En medio de las grandes prendas de Constantino, le han tachado de ligereza en haber hecho dar muerte á su hijo Crispo por una falsa acusacion de la Empera-

triz Fausta, á la cual mandó despues quitar la vida. Igualmente se desaprueba su mala política en haber trasladado al oriente la silla imperial, dejando el occidente espuesto á las irrupciones de pueblos barbaros, y haber repartido el imperio entre sus tres hijos, despues que habia logrado reunirle felizmente en su persona.

En consecuencia de esta division sucedieron á Constantino sus tres hijos Constantino segundo, que gobernó la España y las Galias, Constancio, á quien tocó el Asia y Egipto, y Constante, que mandó en Italia, Sicilia y Africa. Constantino fué muerto en Aquilea por las tropas de su hermano Constante, y este murió á traicion poco despues. Quedó Constancio en posesion del imperio, y le conservó durante un reinado poco glorioso de veinte y cuatro años, habiendo protegido el arrianismo.

Siguióse Juliano llamado el *Apóstata*, que reinó poco mas de año y medio, y manifestó prendas muy estimables, si no las hubiera deslucido con su grande aborrecimiento al nombre cristiano.

Eligieron las tropas á Joviano por Emperador; y su reinado, aunque solo duro ocho meses fue muy favorable al cristianismo.

Sucedióle Valentiniano, dotado de prendas dignas del trono; y repartió el imperio con su hermano Valente, dándole la parte de oriente, esto es, Egipto, Asia y Tracia, y reservándose la del occidente.

Graciano heredó á Valentiniano su padre; y muerto Valente, dió el imperio de oriente al gran Príncipe español Teodosio, célebre por su valor, y por lo que amparó á los cristianos.

A Graciano sucedió en el imperio de occidente su hermano Valentiniano Segundo; y por fallecimiento de Teodosio pasó el gobierno de oriente á Arcadio, y el de occidente á Honorio, hijos ambos de aquel insigne Emperador.

Desde entonces, esto es, á fines del siglo cuarto y principios del quinto, experimentó su total decadencia el imperio romano, devastado por vándalos, hunos, suevos, alanos, francos, lombardos, hérulos, ostrogodos, visigodos y otras naciones bárbaras. Los débiles Emperadores que gobernaron el occidente hasta Augustulo, el último de ellos, apenas han merecido nombre en la historia; pero entre los de oriente (cuya larga serie se omite por la brevedad que exige este sumario) hubo algunos que merecen distinguido elogio.

Muchos años despues, quando en casi todo el occidente dominaban ya las naciones que hemós nombrado, Cárlo Magno, hijo de Pipino Rey de Francia, venció en Alemania á los sajones, y en Italia á los lombardos; y entrando triunfante en Roma, fué coronado Emperador de occidente por el Papa Leon Tercero, el dia de Natividad del año de ochocientos, renovando el imperio de los Césares que habia espirado en Augústulo por los años de cuatrocientos setenta y seis.

Cárlo Magno, tan valeroso como prudente, protegió con admirable zelo la religion católica y las letras, y sus sucesores han conservado hasta el dia de hoy el título de Emperadores y Reyes de romanos.

PARTE HISTORICA.

LIBRO TERCERO.

LECCIONES

DE LA HISTORIA DE ESPAÑA.

INTRODUCCION.

Todos estamos obligados á saber la historia de nuestra patria, pero no todos con igual estencion y puntualidad; porque si unos necesitan estudiarla radicalmente ya como hombres empleados en los primeros oficios de la paz y de la guerra, ya como curiosos literatos, otros (que son los mas) deben contentarse con no ignorar los hechos y revoluciones notables, conservar una idea general de los reinados que han sido útiles y gloriosos, ó perjudiciales y desgraciados, y fijar en la memoria la serie de las épocas principales para no confundirlas, como por falta de instruccion acontece frecuentemente.

Este fruto, quizá el único que suele sacarse despues de haber leído dilatadas obras históricas, se puede lograr á menos costa con un compendio que ni peque de estéril, ni de difuso. El que ahora se da á luz, trata muy sucintamente la parte de nuestra historia que pertenece á los tiempos mas remotos y con alguna mayor individualidad lo acaecido en los posteriores, porque al paso que va creciendo la monarquía, crece tambien la importancia de los sucesos, y tienen estos mas inmediato y particular influjo en el estado presente de la nacion.

Los hemos recopilado no tanto por el orden de rigorosa cronología, quanto por la calidad de ellos, y por la natural connexion que hay eutre unos y otros. Tuvo por exemplo, el Rey Felipe Segundo dos distintas guerras con Francia, otra en Italia, otra muy porfiada en los paises bajos, otra con los moriscos de Grauada, y otras con el turco, con Portugal y con Inglaterra. Si en la relacion de estas varias empresas militares se observase meramente el órden de los tiempos, seria preciso confundir la imaginacion del mayor número de lectores, transportándola sin cesar desde San Quintin á las Alpujarras, desde Oran

á Bruselas, desde el golfo de Lepanto á Lisboa, y desde las islas Terceras á Londres, de suerte que dos ó mas acontecimientos enteramente inconexos se hallarian tal vez reunidos en un mismo párrafo solo por la accidental circunstancia de haber sucedido en el propio mes ó año. Puede tener este método su utilidad en aquellos voluminosos anales que mas que verdadera historia, son como un depósito de materiales para escribirla; pero no parece tan conveniente á un resumen histórico que, abrazando por mayor los acaecimientos substanciales, debe enlazarlos de modo que lo seguido del discurso sirva de auxilio á la memoria, y se sujeten las fechas á la narracion, y no la narracion á las fechas. En nuestro compendio se apuntan las mas esenciales, cuidando de escribirlas en letra y no en guarismo para facilitar á los niños su lectura, y se insertan en el contesto de la obra, porque asi tendrá mas precision de leerlas, que si las vieses anotadas á la márgen.

Para disponer estas breves lecciones, muy fáciles de escribir, si se hubiese querido copiarlas de otros compendios, sin examen ni eleccion, se han tenido presentes los autores, que mas individualmente han

tratado de la historia de España; y como el citar los diversos pareceres y obscuras controversias de muchos de ellos sobre puntos dudosos no corresponde á la naturaleza de un sumario destinado particularmente á la enseñanza de los niños, se ha procurado omitir cuestiones, y seguir aquel dictamen que parece mejor fundado, sin adherir precisamente á la autoridad de un determinado historiador, ni impugnar á los que son de opinion contraria ni menos pretender que prevalezca la que aqui se adopta por mas probable. En ninguna historia como en la de España se hace tan necesario hablar con esta prudente desconfianza, porque en ninguna es tan difícil la investigacion de la verdad, segun lo están reconociendo y confesando á cada paso nuestros doctos escritores, que despues de haber espuesto las conjeturas de unos y otros, suelen dejar á los lectores la embarazosa libertad de juzgar por si: arbitrio que si pudiese practicarse con los de tierna edad, nos hubiera escusado la mayor parte del trabajo.

Otros puntos hay que, aunque demostrablemente fabulosos, ó por lo menos inverosímiles, andan en boca de toda la nacion con apoyo de antiguas tradiciones y

crónicas respetables; y no hemos podido dejar de insinuarlos, bien que añadiendo la breve censura que basta para correctivo, y para que no se de á semejantes noticias mas crédito del que merecen.

Acaso entre las que referimos como ciertas habrá alguna que repugne á los delicados críticos; pero cuando estractamos la historia de España, no nos hemos propuesto reformarla, porque tan ardua empresa ni puede tener cabida en un compendio, ni es para un hombre solo, antes bien está reservada á las perennes tareas de muchos sábios capaces de desempeñarla prolija y ampliamente como el público lo desea.

ADVERTENCIA.

Ha parecido conveniente añadir al principio de la historia de España el Sumario que compuso en verso el P. José Francisco de Isla de la Compañía de Jesus, que los niños podran aprender de memoria para mas facilmente tener presente los sucesos principales de la historia.

SUMARIO DE LA HISTORIA DE ESPAÑA

PARTE PRIMERA.

Reino de los cartagineses y de los romanos en España.

Libre España, feliz é independiente
se abrió al cartagines incautamente.
Viéronse estos traidores
fingirse amigos para ser señores,
y el comercio afectando,
entrar vendiendo por salir mandando.
Los tesoros que abriga en cada entraña,
vivoreznos ingratos para España,
rompiendo el seno que los cubre en vano,
cebaron la ambicion del africano.
Roma envidiosa, con mayor codicia,
Hace razou de estado la avaricia:

que estando en posesion de usurpadora,
el serlo mas Cartago la desdora.
Echar de España intenta al de Cartago,
y antes se sintió el golpe que el amago.
Su soberbia se humilla
de Asdrubal á implorar la infiel cuchilla:
y á los ojos de Anibal en un punto
ciudad, pueblo y ceniza fué Sagunto.
Roma en cuatro funciones destrozada
pasa á España en ejército formada;
y el español rendido
contra su libertad toma partido,
y juntando su mano á las ajenas
él mismo se fabrica las cadenas.
Cartago cede en fin; Asdrubal huye,
y asegura Scípion lo que destruye.
Viriato, guerrero,
pasando de pastor á vandolero,
y de aqui á general, fuerte, animoso,
gefe fué á los romanos ominoso;
pues solo en catorce años con su gente,
seis veces venció á Roma heroicamente;
pero el cobarde bárbaro romano
fraguó su muerte por traidora mano.
Numancia, horror de Roma fementida,
mas quiso ser quemada que vencida.
Desterrado Sertorio á las Españas,
en italiana sangre sus campañas
inundó vengativo:

hasta que mas dichoso ó mas activo,
el gran Pompeyo puso á sus furores
sangriento fin de muertes y de horrores.
Atónita la España á golpe tanto
el valor cambió á miedo; y con espanto,
cuando esperaba mas crueles penas
agradeció á Pompeyo las cadenas.
Pero el mismo Pompeyo fué vencido
de Cesar, su rival esclarecido.
Lérida lo dirá con sus murallas,
á un mar de sangre, margenes y vallas:
como Munda lloró en sus baluartes
la rota, en sus dos hijos, de dos Martes.
Octavio entró en España, y su milicia
rindió á Cantabria, Asturias y Galicia.
Con que sujeta España á los romanos,
doradas las esposas á las manos
de sus conquistadores,
convirtiendo en remedos los horrores,
recibió ceremonias,
lengua, ritos, costumbres y colonias.

PARTE SEGUNDA.

Reino de los godos hasta la irrupcion de los sarracenos.

QUINTO SIGLO.=400.

Despues del nacimiento de Jesucristo.

Al año cuatrocientos el alano,
el godo, el suevo, el vándalo inhumano,
de las cobardes manos que le tratan,
la España á viva fuerza se arrebatan.
Ataulfo valiente,
en cuya heroica frente
de los godos descansa la corona,
ocupando á Tolosa y á Narbona,
se acantona en Gascuña,
y estiende su cuartel á Cataluña.
Mas Walia, belicoso, á los romanos
redujo, suevos, vándalos y alanos.
Teodoredo y Aecio coligados
en estrechos tratados,
con Merovéo, que reinaba en Francia,
De Atila humillaron la arrogancia.
Teodorico, hecho Rey de fratricidia,
que rindió á un fratricidio reino y vida,

al suevo orgulloso
 privó de Rey, de reino, y de reposo.
 Hizole tributario;
 pero Eurico mas vano, ó temerario,
 le quitó la corona enteramente;
 y extendiendo su imperio estrañamente
 á Toledo ocupó, y en marchas li-tas
 dilató hasta la Francia sus conquistas.

SEXTO SIGLO.=300.

La vida de Alarico fué trofeo
 en quinientos del grande Clodovéo;
 y con su muerte, el godo
 cuanto en Francia ocupó, perdiolo todo.
 Amalarico en sus mas tiernos años
 subió al trono por fuerza y por engaños;
 y ultrajando á Clotilde cruelmente,
 aunque esta esforzó un tiempo lo paciente,
 cansada la paciencia y la esperanza,
 le hizo sentir al cabo su venganza.
 A Theudis mortalmente un puñal hiere,
 que quien á hierro mata á hierro muere.
 El frances acomete á Zaragoza;
 y cuando casi su posesion goza,
 reprimido el encono,
 á vista de Vicente, su patrono,
 retrocede en efecto,

y el que antes fué furor pasó á respeto.
 Teudiselo cruel y lujurioso,
 ya torpe, ya furioso,
 todo lo mancha, todo lo atropella,
 no perdona casada, ni doncella,
 hasta que al fin, cansado el sufrimiento,
 con su sangre lavó su atrevimiento.
 Ágil en lo lascivo no le imita,
 mas en lo ocioso sí: con esto irrita
 tanto el desprecio del soldado fuerte,
 que comenzó motin, y acabó muerte.
 A los franceses se une Atanagildo,
 y al debil Liuva sigue Leovigildo:
 padre, herege y tirano de un Rey Santo,
 al griego, al suevo, al cántabro es espanto.
 Su hijo Recaredo le sucede,
 con quien tanto la luz, la verdad puede,
 que á sí, y á su nacion, de secta arriana,
 obediente rindió á la Fé romana.

SÉPTIMO SIGLO.=600.

Liuva, Witerico y Gundemaro,
 con Sisebuto, (¡caso extraño y raro!)
 Aunque poco hazañosos,
 lograron unos reinos venturosos.
 Suintila en la guerra adquiere gloria,
 y en la paz es afrenta en la memoria:

al frances, Sisenando, y á su espada
 debe el tener la frente coronada:
 en su reino (ahuyentada la injusticia)
 se abrazaron la paz, y la justicia.
 Sucedióle Chintila, despues Tulga;
 Chindasvinto á si mismo se promulga
 por Rey; y á Chindasvinto
 le sucede su hijo Recesvinto:
 Wamba (¡raro prodigio!) se resiste
 á ser Rey, cuando el reino mas le insiste:
 y dándole á escoger corona ó muerte,
 aun dudó si era aquella peor suerte.
 El cetro admitió en fin para dejarle,
 despues de haber sabido vindicarle
 de los que conspiraron
 contra el mismo á quien tanto desearon.
 Mejoradas las leyes y costumbres,
 á un monasterio oculto entre dos cumbres
 se retiró glorioso,
 dos veces de su reino victorioso:
 no tanto por haberle resistido,
 cuanto por no ser Rey el que lo ha sido.
 La corona que Hervigio en paz conserva,
 para el ingrato Egica la reserva.

OCTAVO SIGLO.=700.

Salomon al principio fué Witiza,

pero Neron al fin escandaliza.
Entregado Rodrigo á su apetito,
triste víctima fué de su delito:
cuando Julian, vengando su deshonra,
sacrificó á su Rey, su patria y honra.

PARTE TERCERA.

Interrupcion de los moros en España.

Continuacion de los Reyes godos en Asturias.

Desde un rincon de Asturias D. Pelayo
hizo á España volver de su desmayo.
siguió Alfonso el Católico á Favila,
y al reino dilató feliz la orilla.
Froyla á ser Soberano
ascendió, fratricida de su hermano:
de triunfos coronado y de laureles,
despues de haber vencido á los infieles,
y edificado á Oviedo, es hecho cierto
que por un primo hermano se vió muerto.

NONO SIGLO, = 800.

Un tratado afrentoso,
que rompió Alfonso el casto generoso,

su reino y su memoria
 llenó de años, de aplausos y de gloria.
 El grande Iñigo Arista,
 Rey de Navarra, al Aragon conquista.
 De Aragon y Castilla los estados
 son á un tiempo erigidos en condados.
 Los moros por Ramiro (fué el primero,)
 dando Santiago brios á su acero,
 vencidos una vez junto á Logroño,
 segunda vez lo fueron por Ordoño.
 Siguió Alfonso tercero su fortuna;
 menguó en su tiempo la africana luna.
 Del moro su cuchilla
 fué terror en los campos de Castilla;
 pero le hizo la dicha siempre escasa,
 un gran Rey, y un mal padre de su casa.

DECIMO SIGLO.=900.

Unidos contra el padre en novecientos
 Garcia y sus hermanos turbulentos
 el reino anticipar quiso á la suerte,
 y él con el reino se avanzó á la muerte.
 Ordoño, desgraciado en cuanto emprende
 cuanto mas oprimido mas se enciende;
 perdieron al rigor de su fiereza
 los condes de Castilla la cabeza.
 Castilla, sin tardanza,

medita y ejecuta su venganza;
y aunque á Froyla en el trono le consiente,
ella se hizo condado independiente,
y al gran Gonzalo (¡arrojo temerario!)
proclamó por su conde hereditario.
Entonces fué cuando Pelayo, niño,
martir de la pureza, ilustró al Miño.
Alfonso cuarto el Monge fué llamado,
no por virtud, por vicio retirado;
mas Ramiro Segundo
de sucesos gloriosos llenó al mundo:
los rebeldes rendidos,
los sediciosos siempre reprimidos;
en Osma y en Simancas los infieles
cubrieron sus anales de laureles.
Siguieronle, aunque con desigual paso,
sus dos hijos Ordoño y Sancho el Craso;
de San Estevan de Gormaz el dia
llenó á Ordoño de gozo y alegría;
pero de la victoria
solo Gonzalo mereció la gloria;
y la de Hasiñas, este español Marte,
la logró sin tener Don Sancho parte.
Ramiro y Veremundo las almenas
abrieron á las armas sarracenas;
cuando en guerra intestina encarnizados
hicieron de los moros sus estados.

UNDECIMO SIGLO.=1000.

Reinaba Alonso Quinto dicho el Noble,
cuando á Navarra la corona doble
Don Sancho el Grande hacia;
á Aragon y Castilla ennoblecia,
pasando los condados
á ser reinos dos veces coronados;
y en años no prolijos,
á cuatro reinos concedió cuatro hijos.

PARTE CUARTA.

*Reino de los Principes franceses de Rigorre,
y de Borgoña.*

Veremundo Segundo, sin tercero,
fué de los Reyes godos el postrero
y Fernando Primero de Navarra
heredó de Leon la real garra.
Con gloria, y con trabajo
dilató sus conquistas hasta el Tajo:
de Uceda, de Madrid, de Salamanca
las medias lunas victorioso arranca:
y el reino de Toledo á su corage,
atónito su Rey, prestó homenaje.
Trozos son de los padres, ó pedazos
los hijos (cuando no son embarazos)
y á su reino Fernando con destrozos,

por tres pedazos suyo le hizo trozos.
 Don Sancho le sucede en la corona,
 y á sus mismos hermanos no perdona:
 la muerte á sus intentos puso cabo,
 por dar lugar á Alfonso el Sesto, el Bravo.
 Este ganó á Toledo,
 ayudándole el Cid, y con denuedo
 corriendo Marte ó rayo la frontera,
 rindió á Mora, Escalona y Talavera.
 Al Conde de Tolosa agradecido,
 y al Borgoñon tambien reconocido,
 de amigos hizo yernos,
 dando en sus años tiernos
 á Elvira al de Tolosa,
 y al Borgoñon á Urraca por esposa,
 llevandole por dote (y con justicia)
 tributario el condado de Galicia.
 A Enrico de Capeto le interesa
 la mano que le dió Doña Teresa,
 y juntamente con su blanca mano
 feudatario el condado Lusitano.

SIGLO DUODÉCIMO.=1100.

Pero el año fatal de mil y ciento
 turbó á Alfonso la suerte, y el contento;
 pues en Huesca y Uclés la infiel cuchilla
 luengos lutos cortó á toda Castilla.

Pero esta triste suerte
 en dicha se trocó; pues con su muerte
 Urraca, á quien Raymundo
 dejó viuda, y al tálamo segundo
 de Alfonso de Aragon, rindió su mano,
 unió al aragones y al castellano,
 juntando en unas sienes los blasones
 de barras, de castillos y leones:
 y Alfonso de Aragon esclarecido,
 su segundo marido,
 de dos grandes batallas victorioso,
 y (lo que es mas glorioso)
 venciendo á sí mismo heroicamente,
 con tres coronas adornó la frente
 de Alfonso Emperador (en edad flaca,)
 hijo de Don Raimundo y Doña Urraca.
 Los Príncipes cristianos,
 mal empleadas contra sí las manos,
 en guerra se hacen menos,
 y deshacen en paz los sarracenos.
 Mientras Alfonso en Portugal valiente
 se vió Rey de repente,
 por el pueblo aclamado,
 y de Francia ayudado,
 venciendo cinco Reyes, que no huían,
 mostró merecer ser lo que le hacían.
 Sancho y Fernando á Alfonso sucedieron,
 y en sus dos reinos levantar se vieron
 las militares órdenes gloriosas,

al bárbaro africano pavorosas.
 Calatrava logró ser la primera:
 siguióse de Santiago la venera;
 y Alcantara al instante
 nació á turbar las glorias del turbante:
 El Navarro vencido,
 en rubor y venganza enardecido,
 al castellano haciendose implacable,
 le hizo ser á los moros favorable.
 En Alarcos Alfonso derrotado
 victorioso en Tolosa, y coronado,
 recobrada su honra,
 á su vida dió fin, y á su deshonra.

DECIMOTERCIO SIGLO.=1200.

Enrique, de este nombre Rey primero,
 logró un reino fugaz y pasagero,
 y en su tiempo de Alcázar la victoria
 á un Rey de Portugal colmó de gloria.
 De la muerte de Enrique enjugó el llanto
 su sucesor Fernando el Grande; el Santo,
 el que (mientras el nombre
 de Jayme de Aragon, y su renombre,
 el valor y prudencia,
 se eterniza en Mallorca y en Valencia.)
 A Baeza quitó á los Africanos,
 á Córdoba, y á Murcia con sus llanos;

y Sevilla tomada
 vasallo hizo al Rey moro de Granada.
 Alfonso Diez, al que llamaron sabio,
 por no sé qué tintura de astrolabio,
 lejos de dominar á las estrellas,
 no las mandó, que le mandaron ellas.
 Mientras observa el movimiento al cielo
 cada paso un desbarro era en el suelo;
 á su yerno, á su reino fastidioso,
 solo contra los moros fué dichoso.
 Injustamente Sancho proclamado,
 breve, inquieto y cruel fué su reinado.

DECIMOCUARTO SIGLO.=1500.

Fernando el Emplazado en mil trescientos
 perdonando á los Grandes descontentos,
 las mismas manos antes no tan fieles,
 le llenaron de palmas y laureles.
 Alfonso el Justiciero
 los sediciosos sujetó primero,
 y despues sin tardanza,
 volviendo su razon y su venganza
 contra el aragones y el lusitano,
 y contra el africano,
 en seis nobles funciones
 arroyó sus vanderas y pendones,
 dejando su renombre eternizado

en la ilustre victoria del Salado.
 D. Pedro, á quien la gente
 el cruel apellida comunmente,
 y con igual pudiera fundamento
 llamarle el lujurioso, el avariento.
 Perdió el reino y la vida,
 á impulso de una daga fratricida.
 A Pedro el avariento, y codicioso,
 Enrique el liberal, el generoso
 sucedió, dando leyes,
 maestro de soldados y de Reyes;
 y á su hijo Don Juan menos le deja
 en lo que cede, que en lo que aconseja.
 Juan Primero, feliz con los ingleses,
 fué desgraciado con los portugueses.

DECIMOQUINTO SIGLO.=1400.

El siglo quintodécimo corona
 á Enrique, en paz, Tercero; y su persona,
 aunque enfermiza, se hizo formidable
 al orgullo intratable
 de los Grandes con una estratagema,
 con que añadió respeto á la diadema.
 Los grandes por vengarse,
 á Juan Segundo intentan rebelarse:
 ofrecen á Fernando cetro y trono,
 pero Fernando con heroico entono,

la perfidia á los grandes reprendiendo,
y de leal ejemplos repitiendo
al cetro superior, con larga mano,
le guardó para el hijo de su hermano.
De Enrique la torpeza
pasó de vicio á ser naturaleza;
y cuanto en ella mas se precipita,
tanto mas el horror del reino incita.
Uniendo sus estados
los dos Reyes Católicos, llamados
Fernando é Isabel, con lazos fieles,
de toda España arrojan los infieles.
Orán, Tunez, Granada, Argel, Bugía,
cedieron á su dicha y valentia;
y á pesar de la Francia,
de Nápoles vencida la arrogancia,
de Cádiz humilladas las almenas,
y rotas de Navarra las cadenas,
reconocieron, recibiendo leyes,
á los Reyes Católicos por Reyes;
y los tres Maestrazgos militares,
unidos por motivos singulares
á la Corona inseparablemente,
porque mandasen casi inmensamente
los Católicos Reyes (bien lo fundo)
la Providencia les abrió otro mundo.

PARTE QUINTA.

Reinos sucesivos de Austria y de Francia.

SIGLO DECIMOSESTO.=1500.

Felipe en mil quinientos, el Hermoso
 reinó Rey fugitivo y presuroso:
 Carlos Quinto, y Primero acá en España,
 Emperador invicto de Alemania,
 en Navarra, en Milan, en Roma en Gante,
 victorioso y triunfante,
 y en la baja Sajonia,
 venturoso en Bolonia;
 si en Metz, Renti y Marsella
 algun tanto la dicha se atropella;
 porque la inmortal gloria
 de Pavía se temple en la memoria,
 para triunfar de todo su heroismo,
 no habiendo que vencer, venciósse el mismo.
 Don Felipe el Prudente,
 Segundo de este nombre, heroicamente
 en San Quintin, en Portugal, en Flandes,
 victorias logró grandes;
 pero siendo en la tierra tan dichoso,
 contrario tuvo al mar por envidioso.

SIGLO DECIMOSEPTIMO.=1600.

Don Felipe Tercero,
mas devoto que ardiente ni guerrero,
desterró de su reino á los moriscos,
de Africa á las arenas ó á los riscos
A Mantua, á Portugal, Artois, Holanda,
en una y otra bélica demanda.
Al Casal, Rosellon (no dije harto)
y a Tréveris perdió Felipe Cuarto.
Carlos segundo, Carlos el Paciente,
de la austriaca, augusta, imperial gente
el último en España, con vehemencia
armó contra la Francia su potencia,
y el que á la Francia odió con tal constancia,
dejó en muerte sus reinos á la Francia.

SIGLO DECIMO OCTAVO.=1700.

Felipe de Borbon el Animoso,
y el Quinto de este nombre, hace dichoso
el cetro soberano
que empuña su real piadosa mano.
Los reinos que mantiene,
y que su augusta sangre le previene,
sin que al derecho la razon resista,
hoy los hereda, luego los conquista.
Luzara, Portalegre, Almansa, Gaja,

Valencia y Aragon, despues Vizcaya,
 sin que Brihuega falte en la memoria,
 eternamente cantarán su gloria.
 El catalan se gozará rendido
 menos á un Rey, que á un padre enternecido.
 Relámpago ó aurora Luis se huye:
 y el Sol que nos cubrió nos restituye.
 Segunda vez Orán es conquistada,
 Nápoles á D. Cárlos entregada.
 Don Felipe el valiente,
 apenas sobreviene el accidente
 de morir Cárlos VI, á Lombardía
 ejército aguerrido y fuerte envia;
 enciéndose la guerra, árdese Troya,
 por todo el Piamonte y la Saboya,
 y encuentros hay en que el horror es tanto
 que el campo de batalla es campo-santo.
 Cásase la victoria
 de dar al castellano marcial gloria,
 y en Plasencia vencido
 todo lo que ganó lo vió perdido.
 Fernando VI ciñe la corona,
 mas adicto á Mercurio que á Belona;
 y por dar á la Europa
 el sosiego y descanso, que no topa
 en la lid y en la guerra que le asusta,
 paz general en Aquisgran ajusta.
 El gran Cárlos Tercero,
 mas paternal y sabio que guerrero,

felicidad al reino le procura,
y adelantos, y dichas y ventura.
De Loyola los hijos espulsados
vió en un dia de todos sus estados;
reconquista á Menorca; ¡empresa vana!
que sitia á Gibraltar, mas no le gana.
Discreto en escojer los consejeros,
llama á sí los primeros
hombres de estado, sabios y patricios;
premia ciencias, las artes, los oficios;
establece academias, sociedades;
y de añejas edades
quita resabios mil, cien mil abusos;
creando ideas nuevas, nuevos usos.
El cuarto Cárlos, mas desafortunado,
no acierta á proseguir lo comenzado,
y en extremo bondoso y complaciente
déjase que le arrastre la corriente;
En Aranjuez obdica,
y á su sosiego el cetro sacrifica.

LECCION PRIMERA.

Dominacion de los cartagineses en España.

El buen temperamento que goza España, la fecundidad de sus tierras, y las minas de oro y plata en que abunda, fueron antiguamente poderosos atractivos para varias naciones como los celtas, los ródios, los fenicios, que vinieron á establecer colonias en los terrenos que con violencia, ó con astucia pudieron usurpar á los primitivos habitantes de esta bella Península. Pero los cartagineses fueron los que principalmente lograron no solo introducirse, sino dominar en ella. Valiéronse al principio del pretesto del comercio frecuentando la costa de Cádiz; edificaron despues en ella casas, templos, almacenes y aun fortalezas; y al fin se hicieron dueños de toda la Bética, ó Andalucía, empleando la fuerza, cuando no alcanzaba el artificio. Hicieron resistencia los españoles, pero tarde; y Amílcar, padre de Aníbal, los sometió al dominio cartagines doscientos treinta y ocho años antes del nacimiento de Cristo, alargando sus conquistas hasta Murcia, Valencia y Cataluña, en donde fundó á Barcelona.

Muerto Amilcar en una batalla que dió á los saguntinos, le sucedió Asdrubal, su yerno, el cual edificó el puerto de la nueva Cartago, hoy Cartagena.

Los romanos, enemigos de los cartagineses, conociendo cuantas utilidades sacaban estos de la rica parte de España, que poseían, y asegurados de que había muchos españoles descontentos de la ambiciosa tiranía con que los gobernaban aquellos africanos, resolvieron disputar á Cartago el dominio de tan apreciable region, y á este fin se aliaron con varios pueblos de ella, señaladamente con el de Sagunto, hoy Morviedro en el reino de Valencia.

Habiendo sido Asdrubal asesinado por un esclavo, se dió el gobierno de España á su cuñado Anibal, jóven de gran valor y generalmente estimado, el cual, despues de haber conquistado el reino de Toledo sitió con todo su poder á Sagunto. Perdieron mucho tiempo los romanos en negociaciones infructuosas, y no dieron pronto socorro á aquella ciudad su fiel aliada de suerte que viendose los sitiados, al cabo de una vigorosa defensa, en precision de rendirse á Anibal por falta de víveres, tomaron la despechada resolucion de ha-

cer una hoguera en medio de la plaza, y arrojarle valerosamente á las llamas con las alhajas mas preciosas, quemando tambien los edificios.

Luego que los cartagineses quedaron dueños de Sagunto, ó por mejor decir de sus ruinas, se encendió entre ellos y Roma la segunda guerra púnica, ó cartaginesa doscientos diez y ocho años antes de Cristo. Partió Anibal á la misma Italia, y pasando los Alpes derrotó á sus enemigos en tres batallas, y despues en la famosa de Cánas, tan fatal para los romanos por haber perecido en ella lo mas florido de sus tropas y lo principal de su nobleza.

Antes de este desgraciado suceso habian enviado á España los romanos al valiente caudillo Cneyo Escipion, y despues enviaron á Publio Escipion su hermano, los cuales molestaron en gran manera á los cartagineses, y á los españoles que seguian su partido, vencienolos en varios encuentros.

Pero estaba reservada la conquista de España á otro Publio Escipion el mas célebre de todos los de este nombre, y el mismo que despues fué conocido con el dictado de *Africano*. Hiciéronle dueño no

solo de las provincias españolas, sino tambien de los corazones, su raro esfuerzo, su cordura, rectitud, afabilidad y otras insignes virtudes morales. Conquistó desde luego la ciudad de Cartagena, doscientos y diez años antes de Cristo, y prosiguió ganando tantas victorias, que Asdrúbal, general cartaginés, hubo de retirarse de España, dejándola casi toda en poder de los romanos.

Pocos años despues pasó Escipion á Africa, marchando contra Cartago. Venció á Anibal, en una batalla decisiva, y con ella puso fin á la segunda guerra púnica.

LECCION II.

Dominacion de los Romanos.

Gobernaban los romanos á España, enviando á ella dos Pretores anuales: uno tenia á su cargo la España Ulterior (esto es, la Bética y Lusitania), y otro la España Citerior ó Tarraconense, en que se comprendian las demas provincias. Las estorciones que cometian los Pretores indispusieron los ánimos de suerte que muchos españoles deseaban sacudir el yugo ro-

mano. Entonces Viriato de nacion lusitano, ó portugues, primero pastor, y despues capitán de bandoleros, hombre de valerosa resolucion, llegó á hacerse caudillo de gran número de descontentos á quienes excitaba el deseo de recobrar la libertad; y con este auxilio persiguió á los romanos, venciendo en varias refriegas á sus mas valientes generales. Parece que ninguno hubiera triunfado de él, si el Consul Quinto Servilio Cepion sobornando á tres de los confidentes del mismo Viriato, no los hubiese inducido á quitarle traidoramente la vida, como lo ejecutaron, cogiendole dormido.

Cuando con la muerte de Viriato quedaba ya sosegada y sujeta á Roma la España Ulterior, se renovó vigorosamente la guerra contra Numancia, ciudad poco distante de donde hoy está Soria, y famosísima por el esfuerzo con que en defensa de su libertad resistió al poder de los romanos, haciendo gran destrozo en ellos repetidas veces. En vano habian procurado rendirla los Cónsules mas guerreros y experimentados que tuvo Roma; pero hubo de ceder por fin aquel gran pueblo á la hambre y á la pericia militar de Publio Cornelio Escipion el menor, (llamado tam-

bien Emiliano) que por esto mereció el dictado de Numantino. Hicieron prodigios de valor los sitiados; y cuando ya les era inevitable el rendirse, empezaron á matarse desesperadamente unos á otros, y se entregaron á las llamas con todas sus alhajas y habitaciones á imitacion de los saguntinos.

Despues de la destruccion de Numancia, que acaeció á los ciento treinta y cuatro, años antes de Jesucristo, sostuvo en España con los romanos una porfiada guerra el intrépido y sagaz capitan Sertorio que en las discordias civiles entre Sila y Mario seguia el bando de este último. Grangeó Sertorio las voluntades de muchos españoles, y señaladamente de los lusitanos; disciplinó sus tropas, fundó escuelas públicas, y un Senado á imitacion del de Roma, y pretendió establecer en España una soberanía competidora de la de Italia. En medio de estos arduos designios le asesinó el traidor Perpena, subalterno suyo.

Luego redujo Pompeyo las provincias españolas á la dominacion romana. Julio Cesar completó la obra; y durante aquellas obstinadas competencias que despues se excitaron entre Pompeyo y el mismo

Cesar, acabó España de rendirse á las victoriosas armas de este Emperador, que en la célebre batalla de Munda, dada cuarenta y cinco años antes de Cristo, derrotó al hijo mayor de Pompeyo.

Octaviano Augusto, sucesor de Julio César, aseguró á Roma el dominio de España, ya con las colonias que en ella fundó, ya con haber sujetado á los asturianos, á los gallegos y á los cántabros. Entonces empezó España á descansar de las prolijas guerras que la habian atormentado desde la entrada de los cartagineses; y enteramente avasallada por los romanos tomó de ellos la religion, las leyes, las costumbres y el idioma.

LECCION III.

Dominacion de los godos hasta el Rey Católico Recaredo.

Permaneció España bajo el dominio de los Emperadores de Roma sin mudanza alguna memorable hasta principios del siglo quinto en que la tocó una principalísima parte de la revolucion que en todo el imperio romano, ya decadente, causaron las irrupciones de los pueblos bárbaros

del Norte. Reinaba el Emperador Honorio por los años de cuatrocientos y nueve, cuando con formidables ejércitos, y ocasionando horrible estrago, se apoderaron de Galicia, Leon y Castilla la Vieja los suevos, de Bética los vándalos y los silingos, de la Lusitania y la provincia cartaginense los alanos.

Poco despues se estableció en Cataluña Ataulfo, cuñado de Honorio y Rey de los visigodos, ó godos occidentales, distintos de los orientales, que se llamaban ostrogodos. Este Rey, fundador de la monarquía goda en España, contento con los distritos que poseia, se resistió á los clamores de sus vasallos que deseaban hacer nuevas conquistas; por cuya causa se amotinaron y le dieron alevosa muerte en Barcelona año de cuatrocientos diez y seis.

Sucedíole Sigerico, que gozó el reino pocos dias, habiendo tenido tan desgraciada muerte como Ataulfo.

Walia, capitan de gran crédito, obtuvo la corona; y despues de haber pactado con el Emperador Honorio que se le declararia Soberano de las provincias que poseian los godos, con tal que redimiese de la tiranía de los suevos, vándalos y alanos los paises que estos habian usur-

pado al imperio de Roma, guerreó en efecto contra aquellos pueblos, y los sujetó á la dominacion romana. Así reconoció á Walia el mismo Emperador por legítimo Rey de los godos en las Galias y en España.

Habiendo fallecido Walia en Tolosa año de cuatrocientos diez y nueve, empuñó el cetro su pariente Teodoredo, por otro nombre Teodorico. Hubo en su reinado grandes alteraciones. Enceudiose la guerra entre vándalos y suevos; y aquellos, despues de haber causado los mayores destrozos en España, pasaron á Africa llamados por Bonifacio que alli gobernaba algunas provincias romanas, y que disgustado con el Emperador Valentiniano habia determinado hacer dueños de ellas á los vándalos. De este modo quedaron solamente los silingos en posesion de la Andalucía. Por otra parte se unió el Rey Teodoredo con Aecio, general romano, y con Meroveo, Rey de Francia para resistir al furor de Atila, Rey de los hunos, que al frente de un numeroso ejército de aquellos bárbaros, ya vencedores en Italia, venia á destruir á Francia, amenazando á España con una nueva invasion. Los tres caudillos aliados alcanzaron completa victoria del ene-

migo en una famosa batalla dada en los campos catoláunicos el año de cuatrocientos cincuenta y uno; pero el Rey Teodoro murió valerosamente en la pelea.

Turismundo, su hijo primogénito, fué aclamado Rey de los godos. Poco despues le dió muerte su hermano Teodorico.

Ciñó este la corona, y auxiliado de los francos y borgoñones, derrotó á los suevos, haciendo prisionero á su Rey, y dejando casi estinguido aquel imperio; mas Eurico, hermano menor de Teodorico, le quitó la vida, como él á Turismundo, y subió al trono en cuatrocientos sesenta y siete.

Acabó Eurico de hacerse Señor de España por medio de muchas y muy señaladas conquistas, sacudiendo casi del todo el yugo romano; y despues de haber llegados con sus victoriosas armas á las provincias meridionales de Francia, murió en Arles á los diez y siete años de su reinado, que fué uno de los mas gloriosos pora los godos.

Sucedióle su hijo Alarico, Príncipe dotado de grandes prendas, que se empeñó desgraciadamente en guerras con Clodoveo, Rey de Francia. Este le venció y dió muer-

te en una sangrienta batalla por los años de quinientos y seis, perdiendo los godos desde entonces la Galia gótica.

Dejó Alarico un hijo de edad de cinco años, llamado Amalarico, á quien pertenecía la corona. Gesaleico, hermano bastardo de este, se la tuvo usurpada algun tiempo; pero Teodorico, Rey de Italia, abuelo del niño Amalarico, la recuperó con las armas, y gobernó á España como Tutor de su nieto. Casó despues Amalarico con Clotilde, hija de Clodoveo, la cual profesaba la religion católica, y procuraba atraer á su esposo á ella. El seguia el arrianismo como todos los Reyes godos sus predecesores; y por esta causa la trató con tan inhumano rigor, que Childeberto, Rey de Francia, y hermano de Clotilde, resolvió vengar los duros ultrages que su hermana padecia. Logró rendir al Rey Amalarico en una batalla dada cerca de Narbona el año de quinientos treinta y uno de cuyas resultas Amalarico tomó la fuga y en ella fué herido mortalmente á tiempo que buscaba asilo en un templo de católicos.

Teudis, ó Teudio, ostrogodo, que en la menor edad de Amalarico habia gobernado á España en nombre de Teodorico

Rey de Italia, fué elegido Soberano. Continuó poco felizmente la guerra con los Reyes de Francia, y murió en quinientos cuarenta y ocho asesinado dentro de su mismo palacio por uno que se fingia loco.

Sucedióle Teudiselo, que habia sido general de sus tropas. Fué príncipe valeroso; pero se entregó tan desenfrenadamente á torpes liviandades, que varios señores de su corte conspiraron contra él, y le dieron muerte en Sevilla año de quinientos y cincuenta.

Agila se hizo aborrecible por el ocio en que vivió. Rebelaronse contra él sus vasallos, mandados por Atanagildo que aspiraba al trono, y al fin le quitaron ignominiosamente la vida en Mérida año de quinientos cincuenta y cuatro.

Llegó en efecto á reinar Atanagildo; y como para quitar el reino á Agila, hubiese implorado el auxilio del Emperador Justiniano, introduciendo tropas romanas en España y aun concediéndolas, segun se cree, algunos territorios, se vió despues en precision de pelear contra los mismos romanos, pretendiendo, aunque infructuosamente, espelerlos de España.

Muerto el Rey Atanagildo en Toledo

año de quinientos sesenta y siete, le sucedió por eleccion Liuva, que gobernaba la Galia gótica. Nombró por compañero suyo en el reino á Leovigildo su hermano, y se retiró á las Galias.

Venció Leovigildo á los romanos vasallos del imperio griego, desposeyéndolos de varias ciudades de Andalucía, como tambien á los suevos de Galicia, y á los cántabros que se le rebelaron.

Tenia de su esposa Teodosia, hermana de los santos Isidoro, Leandro y Fulgencio, dos hijos llamados Hermenegildo y Recaredo; y muerta Teodosia, casó con Gosvinda, viuda de Atanagildo, cediendo el reino de Sevilla á su hijo primogenito Hermenegildo, que contrajo matrimonio con Ingunda, hija de Sigisberto, Rey de Austrasia. Profesaba esta la religion católica, por cuyo motivo Gosvinda que era arriana, la persiguió y maltrató cuanto no es creible. Movieron á Hermenegildo el cristiano sufrimiento de Ingunda, y las eficaces exhortaciones de su tio San Leandro, Arzobispo de Sevilla, á adjuar el arrianismo, y hacerse catolico. Su conversion irritó á Leovigildo, que despues de haber empleado inutilmente con su hijo el artificio y el halago, recurrió

á medios violentos, sitiando á Hermenegildo en su corte de Sevilla, apoderándose de ella, y prendiendo al santo Príncipe. Mientras le tenia encarcelado procuró con lisongeras promesas atraerle al arrianismo; pero habiéndose resistido á ellas aquel héroe cristiano, le mandó degollar su padre.

Este, aunque le atormentaban íntimos remordimientos despues de haber cometido tan atroz iniquidad, no dejó de perseguir con la mayor tirania á los catolicos y especialmente á los Obispos.

Acometido, en fin, de una peligrosa dolencia por los años de quinientos ochenta y seis, dió algunas muestras de arrepentimiento, levantando el destierro á San Leandro, y entregandole la persona de su hijo Recaredo para que le instruyese en la fé catolica; pero murio en la secta arriana, si bien se dice que con señales de ser interiormente católico.

LECCION IV.

Continuacion de la serie de los Reyes godos hasta Ruderico ó D. Rodrigo

El reinado de Flavio Recaredo, apellida-

do el *Católico*, es uno de los mas célebres en nuestra historia, porque no solo abrazó aquel Rey la verdadera religion, persuadido del ejemplo de su hermano el martir San Hermenegildo, y de la doctrina de su tio San Leandro, sino que hizo católicos á sus vasallos los godos. Para lograr este árduo designio, supo manejarse con tan prudente política, que cuando abjuró públicamente la secta de Arrio, le imitaron muchos grandes del reino, y despues casi toda la nacion. Tuvo que vencer muchos y muy graves obstáculos. Conspiraron contra su vida algunos arrianos; pero el Cielo permitió se descubriesen estas inicuas conjuraciones, y el piadoso Monarca llevó adelante la empresa, restituyendo á las iglesias y monasterios sus bienes, y á los Obispos el libre uso de su ministerio, y desterrando la heregia con la celebracion de Concilios nacionales, principalmente el tercero de Toledo, que por el número de Prelados, y por la gravedad de los puntos que en él se trataron, fué el mas solemne y mas importante que hubo en el occidente por aquellos tiempos.

Movieron guerra los franceses á Recaredo, pretendiendo vengar la muerte de San Hermenegildo y la persecucion que pa-

deció Ingunda, cuando, huyendo de Leovigildo, se retiró á Africa con el Principe su hijo, en donde ambos murieron; pero el Rey, que de todo estaba inocente, mereció que Dios le concediese cerca de Carcasona dos victorias memorables á las cuales se siguió la paz y el matrimonio de Recaredo con Clodosinda, hermana de Childberto, Rey de Austrasia. Sosegó con las armas los levantamientos de los griegos y de los vascones navarros, y falleció colmado de lauros y de las bendiciones de los buenos católicos en el año de seiscientos y uno. Heredó la corona su hijo Liuva Segundo, que daba grandes esperanzas de un feliz reinado; pero antes de dos años le mató alevosamente Witerico, general de las tropas de su padre. Este se apoderó del reino, y le gobernó con tiranía, hasta que unos conjurados le dieron muerte en seiscientos y diez.

Pasó el cetro á Gundemaro, que solo reinó dos años, y despues á Sisebuto, digno de elogio por su religiosidad y valor. Este se manifestó en las victorias que alcanzó de los griegos, y aquel en el zelo con que protegió el catolicismo; bien que se le vitupera la imprudencia de haber recurrido para este fin á medios injustos

y violentos que desdicen no menos de la mausedumbre cristiana que de la sana política. Murió Sisebuto en seiscientos veinte y uno; y su hijo Recaredo Segundo, que le sucedió de muy tierna edad, apenas se cuenta en la serie de los Reyes godos por haber muerto antes de los tres meses.

Entró en el reino Flavio Suintila, hijo menor de Recaredo el *Católico* Mostró á los principios admirables virtudes y prendas militares, destruyendo enteramente á los griegos vasallos del imperio romano, con lo cual tuvo la gloria de hacerse absoluto y pacífico Señor de toda España; pero en los últimos años de su reinado se entregó con tal extremo á una vida afeeminada y sensual, que abandonó el gobierno en manos de su esposa Teodora, y de su hermano Geila, para no cuidar de otra cosa que de satisfacer sus viles apetitos. Excitó el odio de los vasallos; y valiendose de la ocasion Sisenando, uno de los principales señores del reino, pidió ayuda al Rey Dagoberto de Borgoña, y con un formidable ejército frances abatió las fuerzas de Suintila, le quitó el trono, y subió á él en seiscientos treinta y uno, con universal aplauso de los godos,

Rigió Sisenando justa y piadosamente

la monarquía, y restableció la disciplina eclesiástica.

Chintila, Tulga, Chindasvinto y Recesvinto, que sucesivamente gobernaron á España desde la muerte de Sisenando (acaecida, según se cree, en el año de seiscientos treinta y cinco) hasta el reinado de Wamba, que empezó en seiscientos setenta y dos, no ofrecen acciones muy memorables en la historia; pues ni por lo tocante al gobierno político, ni por lo que mira á la religión hubo en aquellos tiempos mudanza alguna notable.

Era Wamba un noble magnate godo, de relevantes prendas, prudente, desinteresado y virtuoso, y como tal se resistió á admitir la corona que le ofrecían; mas se la hicieron aceptar por fuerza, y fué ungido Rey con solemne ceremonia, no usada en España hasta entonces. Habiendosele rebelado la Galia gótica, la Navarra y otras provincias, encargó la pacificación de ellas á su general Paulo, el cual tuvo industria para ganar no pocos parciales que le aclamaron Rey; pero el animoso Wamba marchó contra los sublevados, y abatiendo su orgullo, los redujo á obediencia. Venció en un combate naval á los sarracenos; protegió la religión católica y el estado ecle-

siástico, y dió sabias leyes á la monarquía, y á la corte de Toledo adorno, defensa y estension con suntuosos edificios y fortalezas.

Despues de una repentina y grave enfermedad, renunció la corona, nombrando por sucesor á Flavio Ervigio, pariente del Rey Chindasvinto; y se retiró á vivir con habito de monge en un monasterio, donde pasó siete ú ocho años desde el de seiscientos ochenta y uno en que hizo la renuncia.

El gobierno de Ervigio fué en lo general bueno y tranquilo así para sus vasallos como para la Iglesia; y habiendo muerto en seiscientos ochenta y siete, le sucedió su yerno Flavio Egica, sobrino de Wamba, á quien en vida habia ya asegurado el cetro con beneplácito de los Grandes de la nacion.

Egica reinó como unos catorce años, y en el de seiscientos noventa y siete, tomó por compañero en el trono á su hijo Witiza, que empezó á gobernar por muerte de su padre en setecientos uno.

No hay en los anales de los godos memoria que sea tan odiosa como la de Witiza; aunque no ha faltado quien haya emprendido su defensa. La comun tradi-

ción es que habiendo empezado su reinado con bien merecida opinión de prudente, benigno, justo y religioso, después se dejó arrastrar de infames pasiones, y sobre todo de una torpeza escandalosa. No contento con violar todos los fueros de la Religión y de las leyes, autorizó á sus vasallos para que pública é impunemente pudiesen violarlos en muchas maneras; y cometió inauditas crueldades, ya quitando sin razón la vida á Favila, padre de D. Pelayo, é hijo del Rey Chindasvinto, ya haciendo sacar los ojos al Infaute Teodofredo, hijo del mismo Rey, y padre de Roderico, ó según comunmente se le llama, Don Rodrigo. Tales inhumanidades y desórdenes irritaron á los vasallos, que sacudiendo el tiránico yugo de Witiza, eligieron por Soberano á Rodrigo, hijo según queda dicho, de Teodofredo, sin que se sepa con seguridad si falleció Witiza en Toledo de muerte natural como lo aseguran muchos, ó si el mismo Rodrigo según escriben otros, le abrevió la vida desterrándole á Cordoba, y mandándole sacar los ojos en venganza de igual atrocidad ejecutada con Teodofredo.

Halló Rodrigo el reino en tan infeliz estado por la depravada conducta de su

antecesor Witiza, que necesitaba mucha virtud y mucho teson para reformarle; mas por desgracia, lejos de tener alguna de estas prendas, era no menos vicioso que pusilánime y en su reinado se completó la pérdida de España.

Hay antigua noticia, aunque no muy admitida por los mejores críticos, de que este monarca robó con violencia el honor á una hija del conde D. Julian, conocida vulgarmente con el nombre de la *Cava* que la dieron los árabes. Bien fuese por esta afrenta, como generalmente se cree, ó bien por otras razones de disgusto, ó de ambicion política, lo cierto es que el conde D. Julian, entonces gobernador de las provincias cercanas al estrecho de Gibraltar, determinó entregar los reinos de España á los sarracenos ó agarenos, que ya se hallaban dueños de la Arabia, de Egipto y de aquella parte de Africa llamada Mauritania, de donde les vino el nombre de moros.

Trató el conde Don Julian acerca de sus pérfidos designios con Muza, que era gobernador de las provincias de Africa por el Miramamolín Ulit, Príncipe soberano de los arabes: y Muza confió á su capitán Tarik, ó Tarif, la empresa de pasar

con alguna gente á España por el estrecho de Gibraltar. Tuvo gran fortuna Tarif en su expedicion, ganando victorias y despojos de los descuidados cristianos. El abandono en que estaban las plazas y la disciplina militar, el descontento que reinaba en los vasallos ya indignados del desarreglado gobierno de Witiza, y de la viciosa flojedad de Rodrigo, la fama de los primeros triunfos conseguidos por los árabes, todo contribuia á facilitarles la rápida conquista de la parte meridional de España. Juntó Rodrigo el ejército que pudo, y cerca de Jerez de la Frontera á orillas del rio Guadalete se opuso á los moros y á los godos rebeldes, aliados de D. Julian, presentandoles batalla, pero la perdió y con ella el reino. Los hijos de Witiza, y algunas tropas godas con el traidor D. Opas, Prelado de Sevilla, y hermano del mismo Witiza, se pasaron al partido de los enemigos, convirtiendo las armas contra su patria. Desapareció el Rey al fin de la pelea, sin que se hubiese podido averiguar su paradero.

Los sarracenos aprovechandose inhumanamente de la ventaja que lograban, hicieron horrible destrozo en los nuestros. Animado Muza con el éxito venturoso de

sus armas, vino despues á Andalucia capitaneando otro ejército; y antes de tres años quedó lo principal de España sujeto á la barbara dominacion de los mahometanos, y obscurecido el lustre del imperio godo que habia durado mas de tres siglos. No concuerdan los historiadores sobre el verdadero año en que hicieron los árabes su primera irrupcion en España, queriendo unos que la batalla de Guadalete se diese en el de setecientos once, y otros que en el de setecientos catorce.

Desde que empezaron á mandar en España aquellos infielles, acostumbraba su Califa, ó Príncipe supremo enviar á ella gobernadores que cuidasen de las provincias conquistadas, y generales que siguiesen conquistando otras; pero cada uno de ellos, valiendose de la misma autoridad y armas que se le confiaban, establecia su corte y se hacia Soberano. De aquí se originó la multitud de reinos moros que se formaron sucesivamente en Córdoba, en Zaragoza, en Valencia, en Sevilla, en Toledo, en Granada, y otras comarcas. Excitabanse discordias entre aquellos Reyes particulares; y la guerra que mutuamente se hacian contribuyó á su destruccion tanto como las hazañas con que, segun

veremos en adelante, supieron los cristianos recobrar el dominio perdido.

LECCION V.

Principio de la restauracion de España, y serie de los Reyes de Asturias, ó de Oviedo, hasta D. Ordoño el Segundo, Rey de Leon.

Don Pelayo, hijo de Favila y nieto del Rey Chindasvinto, despues de haberse hallado, segun la mas comun opinion, en la batalla de Guadalete, se retiró á las montañas de Asturias seguido de algunos godos y españoles, no menos leales á su patria que zelosamente afectos á nuestra santa religion, y fué proclamado Rey en setecientos diez y ocho. Marchaban los moros á apoderarse de aquella comarca, cuando el héroe Pelayo, que el Cielo destinaba para restaurador de España, ayudado de los suyos, en quienes el esfuerzo suplía por el número, derrotó á los infieles, y con la fama de esta victoria acudió mucha gente á alistarse bajo la bandera cristiana. Continuó el generoso Pelayo en hacer la guerra á los árabes, es-

tendiendo cada día mas sus felices conquistas. Tomó la ciudad de Leon, y desde este Príncipe empezó á contarse en España la serie de los ilustres Reyes de Asturias, ó de Obiedo, que despues se llamaron Reyes de Leon. El piadoso y valiente Pelayo, cuyo nombre será perpetuamente grato y venerable para los españoles, falleció en el año de setecientos treinta y siete, y le sucedió su hijo Favila, que solo reinó dos años, habiendo muerto despedazado por un oso mientras se divertia en la caza.

Alfonso, ó Alonso Primero, apellidado el *Católico*, yerno de Don Pelayo, y descendiente de Recaredo, reinó desde el año de setecientos treinta y nueve hasta el de setecientos cincuenta y siete, y persiguió á los sarracenos, quitandoles muchas ciudades de Galicia, Leon y Castilla con tanto valor y fortuna, que justamente se le cuenta en el número de los Reyes mas gloriosos que ha tenido España.

Su hijo Fruela, ó Froila, venció á los infieles en una sangrienta y célebre batalla, en que murieron cincuenta y cuatro mil de ellos, y quedó pacífico dueño del reino de Galicia, y de los demas territorios que sus predecesores habian ya liber-

tado de la irrupcion africana. Quitó Frue-
la la vida á su hermano Bimarauo por in-
fundadas sospechas; pero él tambien pe-
reció á manos de un primo hermano su-
yo llamado Aurelio, el cual se apoderó
del cetro en setecientos setenta y ocho, y
le conservó seis años.

Recayó el gobierno en Silo, casado con
una hermana de Aurelio; y nueve años
despues en Mauregato, hijo natural de Don
Alfonso el *Católico*. Reinó Mauregato cin-
co años, habiendo hecho aborrecible su
nombre por el infame tratado que ajustó
(segun cuentan) con el moro, de pagarle
un tributo anual de cien doncellas, cin-
cuenta nobles, y otras tantas plebeyas;
aunque muchos creen que ya estaba pac-
tado aquel tributo desde el tiempo del
Rey Aurelio, y aun hay quien niegue ha-
berse hecho jamas tal pacto.

Por muerte de Mauregato, acaecida en
setecientos ochenta y ocho, ciñó la coro-
na Bermudo, ó Veremundo, el *Diácono*, so-
brino de Don Alfonso el *Católico*. Estos
últimos cuatro Reyes Aurelio, Silo, Mau-
regato y Bermudo fueron en rigor usur-
padores del imperio porque le obtuvieron
en perjuicio de Don Alfonso Segundo, lla-
mado el *Casto*, al cual habia dejado de

muy tierna edad su padre Don Fruela. Al fin Bermudo, conociendo por una parte que el cetro no le pertenecía de justicia, y por otra que era incompatible con su dignidad de *Diácono*, cedió la monarquía á D. Alonso el *Casto*, en el año de setecientos noventa y uno; y este Rey la gobernó hasta fines del de ochocientos cuarenta y dos, ó principios del siguiente. Su largo reinado fué prospero y memorable para los españoles, pues los alivió de la opresion de los sarracenos; y los que dan por cierto el ignominioso feudo á que se obligó Mauregato, suponen que Alfonso le abolió. Tuvo este muchos y muy señalados combates con los moros, derrotándolos principalmente cerca de Ledos en Asturias, y junto á Lugo en Galicia, de suerte que la primera de estas batallas les costó setenta mil hombres, y la segunda cincuenta mil.

Desde allí persiguió á los bárbaros hasta Lisboa, y no solo conquistó aquella importante ciudad, sino tambien otras varias plazas fuertes, obligando á los infieles á levantar los sitios que habian puesto sobre Benavente, Mérida y Zamora.

Las historias refieren que la Infanta Doña Jimena, hermana del Rey D. Alonso, casada secretamente con Don Sancho

Díaz, conde de Saldaña, tuvo por fruto de su matrimonio al celebrado Bernardo del Carpio, de cuyas aventuras y proezas militares hay tanto escrito en nuestras novelas y antiguos romances, con no pocas fábulas y exageraciones. También es fama que noticioso el Rey de la flaqueza de la Infanta y del atrevimiento del conde, se indignó en tal grado, que mandó sacar los ojos á este y aprisionarle toda su vida en el castillo de Luna, encerrando á Doña Jimena en un monasterio. Hizo dar noble educacion al infante Bernardo, cuyo valor fué despues muy útil á España en las batallas con sus enemigos; pero la inflexibilidad con que Alfonso se resistió á los ruegos de Bernardo dirigidos á obtener la libertad de su padre, excitó el resentimiento de aquel intrépido jóven, que convirtió las armas contra su Rey; aunque no por eso logró la corona á que la sangre le daba algun derecho.

Conviene muchos historiadores en que reinando Alfonso vino á España el Emperador Carlos Magno el cual rindió á Pamplona y llegó con sus armas hasta Zaragoza; pero no consta bastantemente el verdadero motivo de la venida de aquel gran Principe. Asimismo aseguran que volvió se-

gunda vez para ayudar á echar de España á los moros animandole á ello la promesa que dicen le habia hecho Don Alonso de dejarle en premio la sucesion del reino ; pero que habiendose opuesto al cumplimiento de semejante pacto la principal nobleza española, hubo de arrepentirse y retractarse Don Alonso. Lo que parece menos dudoso es que por desavenencia y rompimiento que ocurrió entre ambos Soberanos, el ejército español aliado con Marsilio Rey moro de Zaragoza, y ayudado del valor de Bernardo del Carpio, vino á las manos con el frances en Roncesvalles á las faldas de los montes pirineos, y que le destrozó enteramente. La confusion que reina en los autores españoles y estrangeros sobre estos acontecimientos, cuya fama ha llegado hasta nosotros por medio de tradiciones no siempre desapasionadas, ha dado motivo á que los españoles hayamos atribuido á Bernardo del Carpio, y los franceses á su héroe Roldan, increíbles hazañas, careciendo de noticias claras é individuales acerca de aquellas guerras, y de los motivos que hubo para ellas.

Es tradicion muy recibida que en el reinado del mismo Don Alonso el *Casto*,

se descubrió en Galicia el sepulcro del Apóstol Santiago á quien habia debido España la predicacion del Evangelio. Se ha propagado zelosamente hasta nuestros dias la devocion á este glorioso Patrono de España, acudiendo desde entonces á visitar el santo cuerpo innumerables fieles de todo el orbe cristiano.

Coronado el anciano Don Alonso de laureles adquiridos en largas campañas, y amado de todos por sus virtudes, religiosa piedad y magnificencia en edificar templos, falleció, nombrando por sucesor suyo á Don Ramiro Primero, hijo del Rey Don Bermudo, segun la mas comun opinion.

No dejó Alfonso descendiente alguno, habiendo guardado perpetua continencia aun en el estado del matrimonio; y es muy verosimil que por eso le diesen el dictado del el *Casto*, mas bien que por la mencionada abolicion del feudo de las cien doncellas.

Entre las felicisimas victorias que alcanzó de los mahometanos el Rey Don Ramiro se cuenta como la mas señalada la que ganó en los campos de Albelda no lejos de Logroño, con tropas bien inferiores en número á las de los enemigos, pe-

ro alentadas con la proteccion del Apóstol Santiago, que el Rey dijo habersele aparecido en sueños, exhortándole á pelear y que, durante la refriega, aumentó la confianza de los cristianos, ofreciéndoseles á la vista en un caballo blanco. Conseguido aquel célebre triunfo con que tan abatido quedó el orgullo de la morisma, se apoderó D. Ramiro de Clavijo, Albelda y Calahorra.

Antes habia reprimido al rebelde Conde Nepociano, que intentaba coronarse Rey en Asturias; y despues rechazó valerosamente á los normandos que desembarcaron en las playas de Galicia con un ejército de cien mil combatientes.

Corria el año de ochocientos y cincuenta, cuando, por muerte de Don Ramiro, subió al trono su hijo Don Ordoño Primero, digno de sucederle no menos por su piedad que por su esfuerzo, y que venció á los agarenos en diferentes choques, recobrando no pocas ciudades, principalmente á Soria y Salamanca y reedificando otras, como Tuy, Astorga y Leon, que habian padecido mucho en las antecedentes guerras.

Muerto Ordoño en ochocientos sesenta y dos, ó segun otros, en ochocientos

sesenta y seis, heredó la corona su hijo D. Alfonso Tercero, y la obtuvo hasta el año de novecientos y diez, en que la renunció. Estendió este Monarca sus conquistas mas que ninguno de sus predecesores, de suerte que mereció por ellas ser apellidado el *Magno*, título que igualmente le correspondia por su clemencia, firmeza de espíritu, liberalidad con los pobres, y zelo del culto divino. Aunque se le rebelaron varias veces algunos magnates ambiciosos de reinar, supo, ayudado de su prudencia y valor, sosegar aquellas alteraciones. Con la misma felicidad rindió en frecuentes combates á los árabes, conquistando á Coimbra, Simancas, y Dueñas con toda la tierra de Campos; mas tuvo desgracia en lo interior de su corte por las gravísimas desazones que le causaron los de su propia familia. Su esposa Jimena, Ordoño y Fruela sus hijos, D. Garcia, que era el primogénito, y Nuño Hernandez, suegro de este y Conde de Castilla, se unieron contra Alfonso, quien se vió precisado á resistir con las armas aquella persecucion hasta prender á Don Garcia y encerrarle en un castillo. Últimamente, cansado el Rey de esta guerra doméstica, entregó solemnemente la coro-

na de Leon á Garcia, y el Señorío de Galicia á Ordoño, pero aunque privado de la soberanía por ingratitud de sus hijos, no quiso tener ociosa la espada; y marchando contra el moro, añadió como merecido soldado una nueva victoria á las muchas con que ya se habia señalado como Rey. Retiróse cargado de despojos á Zamora, ciudad que él mismo habia reedificado y fortalecido como otras muchas, y pasó á mejor vida. Reunió Alfonso con la pericia militar el amor a las letras, y en su nombre corre una crónica de los Reyes sus predecesores, la cual empieza desde Wamba, y sigue hasta Don Ordoño Primero.

A Don Garcia, que solo reinó tres años y ganó á los moros algunas victorias, sucedió su hermano Don Ordoño Segundo, el cual se coronó en Leon, estableciendo en aquella ciudad su corte; por cuyo motivo él y sus descendientes se han llamado Reyes de Leon, y no de Oviedo como se habian intitulado sus antecesores desde Don Pelayo.

No fué Don Ordoño generalmente dichoso en las guerras contra los árabes, pues aunque á los principios los venció en Talavera de la Reina, y cerca de San

Estevan de Gormaz, causandoles grande estrago en otras varias expediciones, padeció despues, unido con el ejército del Rey de Navarra, una fatal derrota en la sangrienta batalla dada en el valle de Junquera año de novecientos veinte y uno. Manchó la memoria de su reinado con la tirana muerte que dió á los Condes de Castilla, segun lo esplicará la siguiente leccion.

LECCION VI.

Serie de los Reyes de Leon hasta Don Fernando el Primero.

Desde el tiempo del Rey Don Alonso el Casto defendian á Castilla de las invasiones de los bárbaros unos Gobernadores con títulos de *Condes*, dependientes de los Reyes. Los primeros que consta haber gozado aquella dignidad fueron Don Rodrigo, su hijo Diego Porcellos, y Nuño Belchides, yerno de este y fundador de la ciudad de Burgos. Sucedieronles Nuño Rasura, abuelo del famoso Conde Fernan Gonzalez, y Gonzalo Bustos, ó Gustios, padre de los siete infantes de Lara. Ordoño Segundo, preocupado por siniestros

informes y mal fundadas sospechas contra los Condes de Castilla, de los cuales era el principal el mismo Nuño Fernandez que habia ayudado al Rey Don Garcia, su yerno, en la empresa de quitar el cetro á Don Alonso el Magno, los mandó venir á su presencia con pretesto de tratar asuntos graves. Envió entonces presos á Leon á los desapercibidos Condes, y los hizo degollar inhumanamente. Conmovióse con semejante atrocidad toda Castilla, y ya Ordoño se preparaba á tomar las armas para defender su inicuo proceder, cuando le cogió la muerte.

Su hermano Don Fruela, Segundo de este nombre, se apoderó injusta y violentamente del reino por los años de novecientos veinte y tres, gozándole solo catorce meses, al cabo de los cuales murió de lepra, sin dejar otra memoria que la de sus torpezas y crueldades. A este Rey negaron la obediencia los castellanos, y eligieron dos nobles caudillos con titulo de jueces que los gobernasen. Nombraron, pues, á Lain Calvo y á Nuño Raura confiando al primero los asuntos militares, y al segundo los de la magistratura y mando político; pero no está bien averiguado cuanto tiempo duró entre los

castellanos aquella especie de gobierno.

Alfonso Cuarto, hijo de Ordoño Segundo, empezó á reinar en novecientos veinte y cuatro, y mirando con suma indiferencia y descuido los negocios del gobierno, se hizo monge, y renunció la corona en su hermano Don Ramiro el Segundo, para lo cual excluyó de ella á su propio hijo Ordoño. No gozó D. Ramiro quietamente el reino, pues el mismo Don Alfonso que se le habia cedido, salió despues del monasterio, y tomó las armas con el fin de recobrar el trono que poco antes le habia disgustado. Sitióle Ramiro en Leon, y apoderandose de aquella corte, le aprisionó. Marchó luego contra los hijos del Rey Don Fruela su tio, que tambien aspiraban á hacerse dueños de la monarquía: hizoles sacar los ojos, igualmente que al Rey Don Alfonso el Monge, y los envió con él á un monasterio, serenando al mismo tiempo la rebellion de algunos vasallos, que pretendian ceñir la corona al Infante Don Ordoño su sobrino, que aun no habia salido de la menor edad.

Sosegadas estas parcialidades, emprendió la guerra contra los moros, en la cual les ganó y arrasó la villa de Madrid.

Era á la sazón Conde de Castilla el noble y valeroso Fernan-Gonzalez que, para oponerse á las hostilidades de los sarracenos, pidió favor á D. Ramiro. Partió el Rey á dársele; y aliadas las tropas de Leon con las de Castilla, destrozaron completamente al enemigo cerca de Osma, y despues hicieron tributario al Rey moro de Zaragoza. Con este unió sus fuerzas el de Córdoba, y entraron ambos en Castilla mandando un formidable ejército. Presentóles Don Ramiro la batalla junto á Simancas, puso en fuga á los barbaros é hizo en ellos una increíble matanza, cogiendo prisionero al Rey moro de Zaragoza. Despues el Conde Fernan-Gonzalez acabó de desbaratarlos en la retirada, sin quedar apenas quien llevase á Córdoba la noticia del estrago.

Casó luego Don Ramiro á su hijo el Infante Don Ordoño con Doña Urraca, hija del Conde, despues de cuya union, y repetidos triunfos conseguidos contra todo el poder agareno, murió en Leon y fué sepultado en el monasterio de San Salvador, fundacion suya.

Sucedió Ordoño Tercero á su padre Don Ramiro en el año de novecientos y cincuenta; pero le disputó la corona su

hermano menor Don Sancho el Gordo, ayudado del Rey de Navarra Don Garcia Sanchez su tio, y del Conde Fernan-Gonzalez. Defendióse animosamente de ellos Don Ordoño, cuando le sitiaron en Leon, y resentido de la ofensa que le hacia su suegro el Conde de Castilla, se divorció de Doña Urraca, y tomó por esposa á una señora llamada Doña Elvira, en quien tuvo á Don Bermudo, que despues llegó á ser Rey de Leon. Pacificó á los gallegos que se le sublevaron; y reconciliandose al fin con el Conde Fernan-Gonzalez, le envió tropas para que con su auxilio persiguiese á los moros. Ganóles en efecto el Conde una insigne victoria junto á San Estevan de Gormaz, y el Rey Don Ordoño, despues que recibió esta plausible noticia, falleció en Zamora año de novecientos cincuenta y cinco.

Logró entonces ocasion de empuñar el cetro su hermano Don Sancho el Gordo; y aunque el Conde Fernan-Gonzalez y los Grandes de Leon, Asturias, y Galicia conspiraron para quitarsele y pasarle á D. Ordoño, llamado el *Malo*, hijo de Don Alfonso el Monge, supo D. Sancho con ayuda del Rey moro de Córdoba hacer resistencia y mantenerse en la soberanía.

De esta alianza del Rey de Leon con el de Córdoba, resultó que el Conde de Castilla tuvo que sostener sin mas fuerzas que las suyas la guerra contra los infieles, cuyo número era infinitamente superior; mas concedióle el cielo señalado Patrocinio para que ganase una porfiada y célebre batalla junto á Piedra-hita, y siguiese el alcance con gran mortandad de los enemigos.

Convienen nuestras historias en que reinando Don Sancho, libertó Fernan-Gonzalez el condado de Castilla de la sujecion y vasallage que reconocia á la corona de Leon; pero no constan los motivos que hubo para esta gran mudanza, pareciendo muy frívolos los que se refieren en algunas crónicas.

Murió Don Sancho de veneno que le dió cierto Conde llamado Don Gonzalo, el cual habia amparado en Portugal á unos foragidos de Galicia, rebelados contra aquel Soberano.

Sucedióle en novecientos sesenta y siete su hijo Don Ramiro Tercero; y mientras le disputaba la corona Don Bermudo Segundo, llamado el *Gotoso*, hijo de Ordoño Tercero, se aprovecharon los moros de la ocasion, y acometieron á los

cristianos con tanta fortuna que conquistaron las plazas mas fuertes de Castilla, Leon y Navarra.

Muerto Don Ramiro, subió al trono en novecientos ochenta y dos Don Bermudo el *Gotoso*, declarado antes Rey de Galicia. No fué á los principios mas dichoso que su antecesor, porque perdió gran número de pueblos; pero despues logró vencer á los sarracenos cerca de Osma en una memorable pelea con ayuda del Conde de Castilla Garci-Fernandez, y de las tropas del Rey de Navarra.

Dejó Don Bermudo por sucesor en novecientos noventa y nueve á su hijo Don Alfonso Quinto, apellidado el *Noble*, que por su tierna edad no pudo perseguir á los infieles, como lo necesitaba la monarquía en aquel crítico estado de abatimiento.

Don Sancho el Grande, Rey de Navarra, el Conde de Castilla Sancho Garcia, y Raymundo Primero, conde de Barcelona, fueron los héroes que con sus armas defendieron entonces á España de tantos peligros, espeliendo á los agarenos de los dilatados territorios á que se estendia ya su dominacion.

No se sabe como el Rey Don Alfonso

Quinto incurrió en la extraordinaria vileza de dar á su hermana Doña Teresa por esposa á Abdalá, Rey moro de Toledo. Apenas hay elogios que basten á encarecer la heroica firmeza con que la Infanta se resistió á los halagos del Monarca mahometano, el cual la restituyó á Don Alfonso, haciendo justas alabanzas de la virtuosa heroína.

A Don Alfonso Quinto, que murió de un flechazo en el sitio de Viseo, plaza de Portugal, sucedió su hijo Don Bermudo Tercero en mil veinte y ocho. No dejó descendencia, y desde el año de mil treinta y siete, época de las mas principales y gloriosas de nuestra historia, empezó la serie de los Reyes de Castilla y Leon, que tuvo principio en Don Fernando el Primero, llamado justamente el *Grande*.

LECCION VII.

Serie de los Reyes de Castilla y Leon hasta el Empeñador Don Alfonso Sesto.

Doña Sancha, hermana de Don Bermudo, y por consiguiente heredera del rei-

no de Leon, estaba casada con Don Fernando, hijo segundo del Rey de Navarra Don Sancho el mayor. Este Monarca, que por su muger Doña Mayor, hermana del Conde de Castilla Don Garcia, habia heredado los estados de Castilla, dividió entre sus cuatros hijos las tierras de su dominio. A Garcia su primogénito dió la Navarra, á Don Fernando la Castilla, haciendola no ya condado sino reino, á Don Gonzalo dejó la corona de Sobrarbe, y Ribagorza, y á Don Ramiro la de Aragon. De este repartimiento se originaron crueles guerras entre los hermanos, levantandose Aragon contra Navarra, y Leon contra Castilla. Presentó Don Bermudo la batalla á su cuñado Fernando cerca de Carrion, y la perdió con la vida.

Reunió entonces en su persona Don Fernando Primero los reinos de Castilla y Leon, dando con su valor, piedad y prudencia nuevo ser á la monarquía española.

En veinte y ocho años que reinó no desperdició oportunidad de abatir á los árabes ya en Galicia, ya en las dos Castillas, ya en Estremadura y Portugal, haciendo tributarios suyos á los reyes moros de Sevilla, Toledo y Zaragoza, y

mereciendo le llamasen Emperador á causa del poderoso imperio que llegó á formar de tantos reinos adquiridos por herencia, ó por conquista.

Sobrevino despues grave discordia entre Don Fernando y su hermano D. Garcia, Rey de Navarra, que fundándose en que era el primogénito, alegaba tener derecho á que se le reparase el agravio que habia recibido de su padre en la division de los estados, y á que el Rey de Castilla le restituyese varios pueblos. Crecia su orgullo con la victoria que habia ganado de su hermano Don Ramiro, el Rey de Aragon, á quien obligó á huir de su reino; y llegó la desavenencia á términos de recurrir á las armas los dos hermanos Fernando y Garcia. Avistados ambos ejércitos al pie de los montes de Oca, fueron inútiles las exhortaciones que para aplacar al Rey de Navarra emplearon un ayo suyo y un santo Abad; si bien el Rey de Castilla se manifestó dispuesto á la reconciliacion. Trábose el combate, y pereciendo en él Don Garcia, quedó por Don Fernando la victoria. Lloró el piadoso vencedor la muerte del imprudente hermano, y tuvo la generosidad de no apoderarse como podia de la corona de Navarra. Bien al contrario, la

puse en las sienes de Don Sancho, hijo y heredero del desgraciado D. García.

El título de Emperador que había logrado Don Fernando, excitó algunas quejas de parte de Enrique Segundo, Emperador de Alemania, que protegido en un Concilio de Florencia por el Papa alemán Victor Segundo, pretendia se declarase feudatario suyo el Rey de Castilla y Leon. Entonces fué cuando el valeroso y esclarecido caballero Rodrigo, ó Ruí Díaz de Vivar, á quien despues llamaron el Cid Campeador, y que tanto se acreditó por sus hazañas, aconsejó á D. Fernando no reconociese dependencia alguna del Emperador de Alemania; y con un ejército de diez mil hombres, entró por Francia determinado á defender con las armas la libre soberanía de su Rey. Despues de algunas conferencias que hubo en Tolosa, se decidió y estableció que los reinos de España estaban y debian permanecer exentos de todo reconocimiento al imperio romano-germanico.

Intentaron los moros de Toledo y los de algunas otras comarcas sacudir el yugo castellano; y porque la escasez del Real erario no permitia emprender entonces contra ellos nuevas jornadas, la Reina Doña

Sancha con heroica liberalidad franqueó para los gastos de la guerra todo el oro y joyas de su persona. Con este socorro juntó el Réy su ejército, y haciendo grande estrago en los sarracenos, los redujo á pagar los acostumbrados tributos, llegó hasta Cataluña y Valencia, y volvió cargado de gloriosos despojos.

Pacificados ya, y estendidos de esta manera sus estados, se dedicó á promover fervorosamente el culto divino, ocupóse en ejercicios piadosos, y falleció en Leon año de mil sesenta y cinco, edificando á todos con su buena muerte.

El tierno cariño que tenia á sus hijos le obligó contra lo que pedia la razon de estado á dividir entre ellos la herencia que los políticos le aconsejaban dejase entera á Sancho su primogénito. A este pues, declaró Rey de Castilla, á Alfonso, Rey de Leon, á Garcia, Rey de Galicia y Portugal, á Urraca dió la ciudad de Zamora, y á Elvira, la de Toro: division que despues fué causa de sangrientos y perjudiciales debates.

Don Sancho Segundo, heredero de Castilla, á quien apellidaron el *Fuerte*, concibió desde luego el ambicioso designio de unir á su corona los territorios reparti-

dos entre sus hermanos; pero antes de dar principio á esta empresa se aliaron contra él Sancho Rey de Navarra, y Ramiro Rey de Aragon. Hizoles resistencia el de Castilla, ayudandole el Cid Ruí Diaz hasta que hubo de retirarse el de Navarra; y el de Aragon murió en un combate.

Pasó Don Sancho el *Fuerte* á Galicia, y desposeyó de aquellos estados á su segundo hermano Don Garcia que primero le prendió en una reñida batalla, y despues fué preso por él, y permaneció en prisiones hasta su muerte, la cual acaeció en el siguiente reinado. Marchó luego el mismo Don Sancho contra su hermano Alfouso, y despojandole del reino de Leon, le obligó á buscar acogida en la corte del Rey moro de Toledo. No satisfecha con esto su codicia, determinó hacerse tambien dueño de Toro y Zamora, señorios de sus hermanas. Conquistó facilmente á Toro; pero halló gran dificultad en apoderarse de Zamora, por la vigorosa defensa que hicieron los vasallos de Doña Urraca. Durante el sitio de esta ciudad, un hombre artificioso á quien las historias llaman Vellido Dolfos, salió de Zamora, fingiendose desertor, y ofreció á

Don Sancho le mostraria un portillo por donde podria darse con buen éxito el asalto. Creyóle el Rey demasiado ligeramente, y pereció á manos del traidor, en ocasion que este le conducia á reconocer el paraje por donde habia supuesto seria facil ganar la plaza.

Levantaron los catellanos el sitio; y con noticia que recibió en Toledo el Rey de Leon Don Alfonso de la muerte de su hermano Don Sancho, partió á Zamora, en donde fué muy bien recibido de todos, y particularmente de Doña Urraca. Aclamaronle en Burgos Rey de Castilla, de Leon y Galicia. Mas adelante tomó el título de Emperador, y le llamaron el *Bravo*, á causa de su espíritu guerrero, con cuya prenda juntaba, entre otras, la de una grande liberalidad.

Antes de ceñir Alfonso Sesto la corona en el año de mil setenta y dos le obligó el Cid á hacer público y solemne juramento de no haber tenido parte en la alevosa muerte del Rey Don Sancho. Ofendióse Alfonso de que un vasallo le precisase á semejante ceremonia; y añadiendose á este resentimiento los influjos de algunos cortesanos, envidiosos de la fama que el Cid habia ganado con su es-

tremado valor, perdió aquel célebre capitán la gracia de su Soberano, y tardó en volver á ella; mas no por eso dejó de guardarle la mayor lealtad, y de servir con su invencible brazo á la monarquía, siendo el terror de los moros en Andalucía, en ambas Castillas, en Aragon y Valencia. Andan en boca de todos las proezas de este insigne varón, celebradas en verso y prosa; y aunque es cierto que las oímos desfiguradas con innumerables fábulas, fueron realmente superiores á todo elogio.

Reconocido Alfonso á los favores que habia recibido de Almenon, Rey de Toledo, mientras permaneció refugiado en su corte, le dió auxilio contra el Rey de Córdoba; y por no faltar á la fiel gratitud que le debia, suspendió la conquista de Toledo hasta que murieron Almenon y su hijo. Entonces sitió aquella capital; y despues de varios encuentros y asaltos tenazmente repetidos durante el largo cerco, la rindió en el año de mil ochenta y cinco con auxilio del valiente Cid, y prosiguió conquistando muchas importantes plazas de las cercanías y jurisdiccion de Toledo hasta formar una nueva provincia, conocida con el nombre de Castilla la Nueva.

Hizo á Toledo Arzobispado, y le declaró Primado de las iglesias de España. Poco despues abolió el uso del rezo divino gótico, introduciendo el romano, que fué estendiendo de la iglesia de Toledo á las demas de España.

Dedicose Don Alfonso á reedificar y poblar á Salamanca, Avila, Segovia, Osma, y otras ciudades, siendo esta una de las providencias mas útiles de su reinado, como que importa mucho mas al bien del reino y al de la humanidad una aldea que se puebla, que una provincia que se conquista destruyendola.

A este Rey sobrevinieron bastantes desgracias, y algunas por culpa suya. Estaba casado de terceras nupcias con Zaida, hija de Benabet, Rey moro de Sevilla, la cual despues de convertida tomó el nombre de Isabel. Rendido Alfonso á las instancias de su suegro y de su esposa, escribió á Tefin ó Texufin, Rey de los moros almorabides en Africa, para que pasase con tropas á España. Aspiraba Benabet á valerse de aquel socorro para hacerse dueño de los reinos que poseian en España los agarenos, mientras el Rey de Castilla se prometia sacudir el yugo árabe, uniendo sus fuerzas con las de Be-

nabet y Tefin. Ambos se engañaron; porque habiendo enviado Tefin con un poderoso ejército de almorabides á su General Hali, este, lejos de unirse con Benavet, volvió contra él las armas, le venció y dió muerte en un combate, y se apoderó del reino de Sevilla. Acudió mucha morisma á alistarse bajo las banderas de Hali, el cual se intituló Miramamolin, ó Príncipe supremo de los mahometanos en España, y entrando en el reino de Toledo, empezó á llevarlo todo á fuego y sangre.

Conoció entonces Don Alfonso el grave yerro que habia cometido, y procuró enmendarle, oponiendose á los bárbaros; mas perdió dos batallas. Marchó tercera vez contra Hali, y logró precisarle á encerrarse en Córdoba, y á rendirse con obligacion de pagar por entonces una crecida suma, y despues un tributo anual á Castilla.

Tefin con nuevo ejército de almorabides pasó á España determinado á reprimir la insolencia del rebelde Hali, y perseguir de camino á los cristianos. Tuvo la fortuna de conquistar á Sevilla y á Córdoba, prendió á Hali, y le mandó degollar. Pero el Emperador Don Alfonso juntó sus fuerzas contra los moros, y los pre-

cisó á huir de Castilla, volviendose Tefin á Africa.

Por este tiempo Don Sancho Rey de Aragon, tenia sitiado al Rey moro de Huesca en su misma capital; y Don Alfonso, envidioso al parecer de las gloriosas conquistas del Rey de Aragon, tuvo la debilidad de enviar tropas en socorro del de Huesca; mas hubieron de rendirse maltratadas. Muerto D. Sancho de un flechazo, su hijo el Rey Don Pedro alcanzó de los infieles una completa y memorable victoria en la llanura de Alcoraz.

Falleció Tefin, y sucedióle un Rey llamado Hali, que vino á España con grueso ejército, y llegó hasta el mismo Toledo, causando horroroso estrago, sin perdonar ni aun á los niños y mugeres, talando los campos y saqueando las ciudades. En esta consternacion alistó nuevas tropas el Emperador Don Alfonso, y no pudiendo mandarlas por su vejez y achaques, puso á la frente de ellas al Infante Don Sancho su hijo, aunque de tierna edad. A este acompañaban siete Condes, y el principal de ellos el valeroso Don Garcia, Conde de Cabra. Trabajóse la batalla con furor cerca de Uclés, y declarandose la victoria por los ene-

migos, que eran muchos, murió el infante, á pesar del esfuerzo con que peleó Don Garcia por defenderle.

Perdida esta batalla, que las historias llaman de los *siete Condes*, y entregado Don Alfonso al mas vehemente dolor por la muerte de su único hijo, volvió á juntar soldados, y acaudillandolos no obstante su avanzada edad, dió sobre la morisma, y la rechazó primero hasta Córdoba, y despues hasta Sevilla, recogiendo preciosos despojos y muchos cautivos. Acometió luego á los moros de Zaragoza; pero faltándole la salud, se retiró á Toledo; y sus generales, que continuaron la guerra, ganaron á Cuenca y Ocaña.

El Cid Rui Diaz, despues de haber conquistado á Valencia, murió en el año de mil noventa y nueve, y el Emperador Don Alfonso en el de mil ciento y ocho, heredando la corona su hija Doña Urraca.

LECCION VIII.

*Serie de los Reyes de Castilla y Leon,
hasta Don Fernando Tercero
el Santo.*

Antes de entrar á referir los sucesos del reinado de Doña Urraca, conviene para la claridad de nuestra narracion explicar brevemente los matrimonios y sucesion del Emperador Don Alfonso Sesto. Su primera muger legítima fué Doña Ines; la segunda Doña Constanza, madre de la Reina Doña Urraca; la tercera Doña Berta, que dicen era toscana; la cuarta Zaida, hija del Rey moro de Sevilla, y madre del Infante Don Sancho que murió en la batalla de *los siete Condes*; la quinta Doña Isabel de Francia; y la sesta Doña Beatriz.

De otra noble señora llamada Jimena, que, segun unos fué legítima muger, y segun otros amiga del Emperador, tuvo una hija llamada Doña Teresa, que casó con Don Enrique de Borgoña en el año de mil noventa y cinco, llevando en dote el condado de Portugal. Este Don Enrique y Doña Teresa fueron padres de Don Alfonso, que (como despues veremos) se hizo Rey de aquel estado.

Habia tenido Doña Urraca de su primer esposo el Conde Don Ramon de Borgoña un hijo, que despues fué el Emperador Don Alfonso Séptimo, y de segundas nupcias estaba casada con Alfonso Primero Rey de Aragon y Navarra, llamado el *Batallador*. Desde el año de mil ciento y nueve en que empezó á reinar Doña Urraca hasta el de mil ciento veinte y seis en que murió, no se vió libre de turbaciones el estado. Parece que debia ser esta la época en que reuniendose las coronas de Aragon, Navarra, Castilla, Leon y Galicia, habia de formarse un poderoso y pacífico imperio que afianzase la felicidad de España; pero la providencia lo dispuso de otro modo. El poco recato de Doña Urraca excitó el resentimiento de su marido; y divididos los dos consortes, se dividió tambien en facciones el reino. Puso el Rey á su esposa en un castillo, divorciandose de ella públicamente, con pretesto de ser nulo el matrimonio á causa del parentesco que entre ambos habia. Destruyeronse en lastimosas guerras unos á otros los castellanos y aragoneses; y alzaron Rey los Gallegos al Infante Don Alfonso ayudados de muchos caballeros castellanos y leoneses, hasta que al cabo de

largas disensiones y sangrientos combates en que padecieron infinito los miserables pueblos, cedió el Rey de Aragon, declarando Rey de Castilla á su hijastro Don Alfonso, el cual casó con Doña Berenguela, hija del Conde de Barcelona.

A los disturbios entre el Rey de Aragon y Doña Urraca, se siguieron otros entre esta y su hijo Don Alfonso, que se disputaban la corona. Varias veces se reconciliaron; pero nunca sólidamente, hasta poco antes de morir la Reina.

Convirtieron al fin sus armas los Príncipes cristianos contra los moros. Alfonso de Aragon ganó de ellos repetidas victorias, que justamente le adquirieron el renombre de el *Batallador*; y Alfonso el de Castilla, destruyendole los reinos de Sevilla y Córdoba, puso por término de su imperio la Sierra Morena. Despues de muerta su madre Doña Urraca, continuó todavia con mas vigor la guerra contra los infieles, tomandoles innumerables plazas y castillos, y llegando con sus armas hasta Almería en la costa de Granada, de cuyo puerto se apoderó.

Uno de los acontecimientos mas notables del reinado de Don Alfonso Séptimo, llamado por excelencia el *Empera-*

dor, fué la revolucion acaecida en Portugal. Alfonso hijo de D. Enrique y de Doña Teresa poseedores de aquel condado, fué proclamado por sus tropas Rey de Portugal en el año de mil ciento treinta y nueve; y habiendo vencido á cinco Reyes moros, eligió por Blason cinco escudos pequeños, que hoy llamamos Quinas, en memoria de los cinco estandartes reales que tomó en aquella batalla. De aqui traen su origen los Monarcas de Portugal, que desde entonces empezaron á gobernar con independendencia de los de Castilla.

El valiente y piadoso Emperador Don Alfonso hubiera sin duda alguna espelido de España á los sarracenos, si las desavenencias con los Reyes de Aragon y Navarra no le hubiesen distraido frecuentemente en guerras particulares, cuyos varios y complicados accidentes merecen narracion separada, no compatible con la brevedad de este compendio.

Murió aquel esclarecido Príncipe en mil ciento cincuenta y siete, dejando los reinos de Castilla á su primogénito Sancho Tercero (llamado el *Deseado*,) y los de Leon y Galicia á Fernando, su hijo menor, que entre los Reyes de Leon fué

segundo de aquel nombre.

De esta division resultaron funestas discordias entre los monarcas cristianos, y de ellas se aprovecharon los infieles para recuperar las pérdidas que iban acelerando su ruina. Don Sancho, Rey de Navarra, empleó entonces sus armas contra el de Castilla y el de Leon; pero estos le escarmentaron en dos batallas.

Reinó Don Sancho Tercero de Castilla poco mas de un año, y en su tiempo tuvo principio la órden militar de Calatrava. La de Santiago, no menos ilustre, empezó mucho antes segun algunos autores; pero otros con mayor verosimilitud la creen algo posterior á la de Calatrava. Lo cierto es que su instituto no fué aprobado hasta el año de mil ciento setenta y cinco. De la de Calatrava dimanó como filiacion suya la de Alcantara; y las tres, segun su loable instituto, se distinguieron á porfia, sirviendo á la cristiandad contra los moros en aquel siglo, y en los siguientes, ejemplo que imitó despues la órden de Montesa, instituida en Valencia por el Rey Don Jaime Segundo de Aragon en mil trescientos diez y siete.

Al morir Don Sancho el *Deseado* dejó de edad de tres ó cuatro años á su

hijo Alfonso, que despues fué Rey de Castilla, y Octavo de este nombre en ella. Muchos Grandes del reino, y particularmente de los dos linages de Castro y de Lara, se disputaron el gobierno de la monarquía en la menor edad de Alfonso; y su tio el Rey Don Fernando Segundo de Leon en medio de aquellas turbulencias se apoderó de las principales ciudades de Castilla ó con nombre de gobernador de los reinos de su sobrino, ó como hijo del Emperador Don Alfonso Séptimo. Por otra parte Don Sancho, Rey de Navarra se hizo dueño de Logroño y otros pueblos de la Rioja; y toda Castilla ardia en parcialidades.

Ultimamente, algunos leales vasallos del Rey Don Alfonso Octavo y señaladamente los de Avila, que desde su tierna infancia le habian criado y defendido en aquella misma ciudad, le proclamaron Soberano antes que cumpliese los once años. Lleváronle por varios pueblos de Castilla, los cuales le recibieron con gran fidelidad y júbilo, porque las amables prendas del nuevo Rey se conciliaban las voluntades de todos, tanto que por su clemencia y generosidad fué apellidado el *Bueno* y el *Noble*.

Entrando Alfonso en la mayor edad, y dueño ya de Toledo y otras ciudades de Castilla, acudió á vengar los agravios que su corona habia recibido de los reyes de Leon y de Navarra. Marchó con su ejército á la Rioja; y despues de castigar á los navarros, fué contra Leon, talando los campos y abrasando y saqueando los lugares del Rey su tio. Recobró luego á Cuenca, que estaba en poder de moros; y por evitar nueva guerra con el Rey de Aragon, tuvo la prudencia de entregarle el pueblo y castillo de Ariza.

Poco despues, con motivo de haber el Rey Don Fernando de Leon reedificado á Ciudad-Rodrigo, movió contra él las armas su suegro Don Alfonso, Rey de Portugal. Vencióle Don Fernando en una batalla, y quiso Don Alfonso despicarse acometiendo á Badajoz, que si bien era ciudad de moros, estaba á devocion de Don Fernando. No tardó este en oponerse al Rey de Portugal, y rindiendole segunda vez, le hizo prisionero; pero le trató con singular humanidad: mandó le curasen las heridas que habia recibido en la accion, y le puso en libertad sin exigir del vencido mas que la restitution de algunos lugares que le habia tomado en

Galicia. No contento con este proceder tan heroico, le socorrió despues, quando los moros le tenian sitiado en Santaren, derrotando al mismo tiempo á los infieles: generosidad tanto mas admirable quanto aquel Monarca portugues era el que se habia rebelado contra el padre del mismo Don Fernando. Murió el Rey de Leon en mil ciento ochenta y ocho, y heredó aquella corona su hijo Don Alfonso el Nono.

Al cabo de algunos años marchó el Rey de Castilla Don Alfonso Octavo á contrarrestar el impetu de un formidable ejército de moros que amenazaba al reino de Toledo. Los castellanos no quisieron esperar á que llegasen las tropas auxiliares de Leon y de Navarra, por ganar ellos solos la gloria y las ventajas del triunfo, pero luego pagaron su demasiada intrepidez; porque dándose la batalla cerca de Alárcos, fueron enteramente vencidos por la muchedumbre de los árabes, y estos corrieron la tierra de Toledo, causando lastimosos daños. Muchos atribuyeron entonces aquella fatal derrota á particular castigo del cielo por la ilícita pasion y trato del Rey con una hermosa judia, á quien se habia entregado escandalosamente; y así

algunos grandes del reino se arrojaron á darla muerte dentro del mismo palacio. A este golpe que recibió el Rey se siguieron las nuevas irrupciones de los infieles en Castilla, el hambre, la peste y las correrías que hicieron en sus estados los Reyes de Leon y Navarra. Con tales desgracias volvió sobre sí Alfonso Octavo; y empleando su valor en defensa de la patria, y su prudencia en los cuidados del gobierno, lavó las manchas que con los pasados estravios, y con la derrota de Alárcos, habia padecido su buena opinion.

Apenas espiró la tregua de diez años que se habia visto obligado á pactar con los moros, resolvió dirigir vigorosamente sus armas contra ellos, á cuyo fin trató de establecer pacífica alianza con los Reyes Don Alfonso de Leon, Don Pedro de Aragon, y Don Sancho de Navarra. Coligáronse estos Príncipes, y dió calor á la empresa con sus piadosas exhortaciones, y eficaces diligencias el Arzobispo de Toledo Don Rodrigo Jimenez de Rada, varon de rara virtud, zelo, prudencia y sabiduría, y autor de una apreciable Crónica de España.

Ademas de las tropas de Aragon y

Navarra, mandadas por sus dos Reyes, se incorporaron con las de Castilla algunas que enviaron el de Leon, y el de Portugal; y aun vino de Francia, y otros países estrangeros gran número de caballeros con sus gentes de á pie y á caballo bien que la mayor parte de ellos se retiró antes de la batalla. Dióse esta contra todo el poder de los moros en las Navas de Tolosa al pie de Sierra Morena, dia diez y seis de julio de mil doscientos y doce, y peleandose con imponderable valor, quedó por los cristianos la victoria, en recuerdo de cuya felicidad celebra desde entonces la Iglesia de España en aquel dia una fiesta con el nombre del *trunfo de la Santa Cruz*.

Rompió el Rey de Navarra las cadenas que defendian el real del Miramamolín de los árabes; y para memoria de aquella accion puso en el escudo de sus armas unas cadenas. El número de combatientes fué por ambas partes el mas crecido que jamas habia llegado á juntarse en España. El de los sarracenos que murieron en el combate subió á cien mil y á sesenta mil el de los prisioneros, no faltando quien diga hubo muchos mas de los unos y de los otros. Lo que mayor admi-

racion causa, y se haria increíble, si no le atestiguase el mismo Arzobispo Don Rodrigo, que se halló en la batalla, es que de los nuestros solo pereziesen veinte y cinco. Tomaron los cristianos á Ubeda y otras importantes plazas; y dos años despues de haber domado con tan memorable triunfo la soberbia mahometana, murió el Rey de Castilla Don Alfonso Octavo, dejando inmortal fama de sus hazañas militares.

Sucedióle su hijo Don Enrique Primero, que solo tenia once años, y apenas reinó tres, habiendo muerto desgraciadamente de la herida que recibió en la cabeza por la caída de una teja. Cuidó del gobierno del reino, y de la tutela de Don Enrique su hermana Doña Berenguela, esposa del Rey de Leon D. Alfonso el Nono, desempeñando acertadamente ambos cargos, que despues cedió á los condes de Lara, casa de gran poder y mando en aquellos tiempos.

Antes de divorciarse Doña Berenguela del Rey D. Alfonso, á causa, ó con pretexto del cercano parentesco, habia tenido de él entre otros hijos al Infante Don Fernando. Crióle á sus pechos, educóle con singular esmero, instruyéndole en las mas saludables máximas asi cristianas co-

mo políticas. Renunció á su favor el reino que de justicia le pertenecía, y le hizo aclamar Rey de Castilla en mil doscientos diez y siete, aunque se opusieron á ello su padre Don Alfonso, y el Conde de Lara Don Alvaro Nuñez.

Animado el Rey Don Fernando Tercero del piadoso y guerrero espíritu que aprendió en la heroica escuela de su madre, empezó á señalarse en la guerra contra los infieles.

Entretanto Don Jaime Primero de Aragón conquistó el reino de Valencia, y por las muchas victorias que alcanzó de los moros, llegó á merecer el renombre de el *Conquistador*.

El Rey de Leon Don Alfonso el Nono despues de haber ganado á Badajoz, Mérida y casi toda la Estremadura, falleció en mil doscientos y treinta; y aunque en su testamento dejó los reinos de Leon, y Galicia á dos Infantas, hija de su primer matrimonio, olvidándose de su hijo Don Fernando á quien nunca tuvo afición pasó este á la ciudad de Toro, y los Leoneses le reconocieron por su legítimo soberano. Con el derecho que le asistia, y con los prudentes y pacíficos medios que usó, de acuerdo con su madre Doña Be-

-renguela, reunió felizmente las dos coronas de Castilla y Leon, las cuales no han vuelto á separarse desde entonces. Hizo Don Fernando memorable su reinado por las eminentes virtudes, que despues de haberle grangeado el dictado de Santo, le hicieron digno de que como tal se le venera en los altares. Dió principio á la suntuosa fábrica de la Iglesia Metropolitana de Toledo, con ayuda del Arzobispo Don Rodrigo, y dejó otros muchos monumentos de su consumada piedad.

Los de su valor fueron igualmente insignes y repetidos. La conquista de Ubeda, la del reino de Córdoba, la voluntaria rendicion de Murcia, la entrada que hizo por el Reino de Jaén, avasallando al Rey moro de Baeza, el tributo que impuso al Rey de Granada, y últimamente el célebre sitio de Sevilla, y la gloriosa conquista de aquella capital, y demás pueblos de su dependencia, aseguraron á San Fernando la admiración y eterno reconocimiento de los españoles, que jamas han obedecido á Rey mas virtuoso, esforzado y benigno. Francia tenia al mismo tiempo la fortuna de ser gobernada por San Luis, primo hermano de San Fernando como hijo que

era de Doña Blanca, hermana menor de Doña Berenguela, de suerte que dos grandes Reinas dieron entonces á dos grandes estados dos Reyes igualmente santos.

Meditaba San Fernando pasar con sus triunfantes armas á Africa, deseoso de aniquilar el imperio de Marruecos, cuando Dios dispuso de su vida, y le llevó para si en el año de mil doscientos cincuenta y dos. Se cree fué este ilustre Soberano quien fundó el consejo de Castilla, poniendo en él doce magistrados, y dándoles el difícil y utilísimo encargo de ordenar el código de las leyes reales llamadas las *siete partidas*, bien que no se acabó esta insigne obra, ni tuvo su debida perfeccion hasta que reinó D. Alfonso el Sábio.

Trasladó á Salamanca la universidad que su abuelo Don Alfonso Octavo, trayendo de Italia y Francia los mas hábiles literatos, y recompensandolos liberalísimamente, habia establecido en Palencia, é incorporó aquellas escuelas con las que el Rey de Leon Don Alfonso el Nono habia fundado en la misma ciudad de Salamanca.

Diez hijos de dos matrimonios dejó el bienaventurado Monarca San Fernando; y el primogénito que era Don Alfonso Décimo

mo, apellidado despues el *Sábio*, empuñó el cetro de Castilla y Leon.

LECCION IX.

Serie de los Reyes de Castilla y Leon, hasta Don Alfonso el Onceno.

Meració Alfonso Décimo el dictado de *Sábio* por la señalada proteccion que concedió á las ciencias, y por la inteligencia que en ellas tenia. Son pruebas de su estudiosa aplicacion las tablas astronómicas que llevan el nombre de Alfonsinas por haberlas él dispuesto con ayuda de los mejores astrónomos de aquella era, como tambien una crónica general de España en cuya composicion tuvo mucha parte, quando no se quiera decir que es toda suya. Pero lo que ha dado mayor celebridad á su gran talento es la continuacion y conclusion de la obra de las *siete partidas* empezadas á recopilar en tiempo de su padre Don Fernando el Santo; libro precioso, y del número de aquellos pocos que immortalizan la fama de una nacion. Debíó mucho á este Príncipe la lengua castellana; pues ademas de haberla ilustrado

con su pluma, mandó se usase en todos los decretos y privilegios reales, y en las escrituras públicas que antes se escribían en latin. Igualmente hizo traducir al castellano los libros de la escritura sagrada.

Fué electo Emperador de Alemania por el alto concepto que de sus prendas tenían los Electores, no menos que por ser nieto del Emperador Felipe, suegro de San Fernando. Mas temeroso de abandonar los reinos de España en que las sublevaciones de los moros, y las de muchos magnates ó ricos-hombres ocasionaban peligrosas turbulencias, no pudo acudir con tiempo á tomar posesion del trono imperial, y por consiguiente fueron inútiles los esfuerzos que despues hizo para conservar su derecho.

Asi como en vida de su padre el Rey San Fernando habia ya dado muestras de valor y conducta militar, particularmente durante el sitio y conquista de Sevilla, las dió no inferiores cuando ya reinaba, ganando á los moros no solo la ciudad de Jerez de la Frontera, Medina-Sidonia y Sanlucar, con otros pueblos de Andalucía que habian vuelto al poder de aquellos infieles, sino tambien el reino de los Algarbes, parte del cual cedió en dote á su hija Doña

Beatriz que casó con Don Alfonso Tercero, de Portugal. Reprimió á los moros rebeldes de Granada; y entretanto su suegro, y aliado del Rey de Aragon Don Jaime el Conquistador, le entregó la ciudad y reino de Murcia que acababa de quitar á los sarracenos, quedando así unidos á la corona de Castilla aquellos estados, cuyo Príncipe Hudiel se habia eximido del vasallage prestado voluntariamente al Rey San Fernando.

Fué Don Alfonso el Sábio naturalmente espléndido y generoso; y lo acreditó cuando pidiéndole su prima Marta, Emperatriz de Constantinopla, la tercera parte de una exorbitante suma que necesitaba para el rescate de su esposo Balduino, cautivado por el Soldan de Egipto, la dió aquella cantidad por entero: liberalidad que muchos vituperaron entonces como excesiva.

A pesar de toda su sabiduría, valor y demas sobresalientes cualidades, estuvo D. Alfonso muy lejos de ser feliz. Además de que sus vasallos se le mostraron desafectos en varias ocasiones, y creyeron tener motivos para rebelarse y perseguirle, su propio hijo Don Saúcho, cognominado el Bravo, con auxilio de muchos nobles

malcontentos se hizo aclamar Soberano, y movió una fatal guerra civil, en que le ayudó el Rey de granada. No bien serenada aquella tempestad, mas que con armas con negociaciones y convenios, sobrevino la desgracia de haber pasado á España un numeroso ejército de árabes, que confederados con los de acá, talaron los campos de Andalucía, y salieron victoriosos de los cristianos en dos combates.

Falleció en aquella sazón el Infante D. Fernando llamado de la Cerda por haber nacido con una cerda, ó pelo muy largo en las espaldas. Era hermano mayor de D. Sancho; y entonces renovó este sus pretensiones á la corona, que ya juzgaba le pertenecía, sin embargo de haber dejado dos hijos el Infante de la Cerda. Juntáronse cortes en Segovia, y allí se vio precisado el Rey Don Alfonso á nombrar sucesor suyo á Don Sancho, pidiéndolo así la tranquilidad del reino.

No contento el nuevo heredero con la esperanza de reinar, deseaba subir al trono en vida de su padre. Para este fin supo grangear con mercedes las voluntades de los principales señores y en nombre de ellos por sentencia pronunciada públicamente se declaró al Rey Don Alfonso pri-

vado del cetro.

Despues que con este sensible y extraordinario reves de la fortuna se vió aquel Monarca abandonado de todos, menos de la ciudad de Sevilla que se mantuvo fiel, llegó al abatido extremo de tener que implorar el socorro de su propio enemigo el Rey de Marruecos, á quien pidió dineros prestados, enviándole en prenda su real corona, que era de mucho valor. Vino á España el Rey de Marruecos, y sitió en Córdoba á Don Sancho; pero hubo de alzar el cerco, y contentarse con hacer algun daño en las tierras comarcanas, sin sacar Don Alfonso otro fruto de aquel socorro y sin quedarle mas recurso ni desahogo que echar su grave maldicion al rebelde hijo.

Al cabo de tantas adversidades murió el Rey Don Alfonso por los años de mil doscientos ochenta y cuatro; y en su testamento dejó por heredero á su nieto D. Alfonso de la Cerda.

Sin embargo de tal disposicion, y en medio de la variedad de opiuiiones que habia sobre el legítimo derecho á la corona, prevaleció el partido del Rey Don Sancho, á quien llamaron el *Bravo* por aquel valor suyo que participaba algo de ferocidad. Casó con Doña Maria, hija de

Don Alfonso, señor de Molina, y nieto de Don Alfonso el Sábio, por medio de cuya alianza incorporó á la corona el señorío de Molina.

Habiendo ganado de los moros la villa de Tarifa, confió el gobierno de ella á D. Alonso Perez de Guzman el Bueno, progenitor de los Duques de Medina-Sidonia, el cual defendió vigorosamente aquella plaza en el cerco que la pusieron los sarrazenos, mandados por el Infante Don Juan hermano del Rey. Cayó en poder de los sitiadores un hijo de Don Alonso; y ellos para obligarle á rendirse, le amenazaron con que degollarían al hijo; pero el padre, lejos de intimidarse por tan dura proposicion, arrojó desde la muralla un cuchillo para que se ejecutase el sangriento sacrificio, antes que faltar á la obligacion de defender la Plaza. Retiróse á comer; y oyendo luego los gritos que daban los soldados al ver degollar bárbaramente al niño, acudió á saber la causa, y dijo con increíble serenidad: „Pensaba que habian entrado en la ciudad los enemigos”: muestra de magnánimo patriotismo la mas señalada que se lee en las historias. Por ella conocieron los bárbaros adonde llegaba la intrepidez de Guz-

man el Bueno; y desconfiados de conquistar plaza que tal defensor tenia, levantaron el sitio, y se volvieron á Africa.

En el año de mil doscientos noventa y cinco falleció el Rey Don Sancho, después de haber experimentado su reino gravísimas discordias ocasionadas por varios Príncipes que con derecho, ó sin el, aspiraban á la monarquía.

Dejó por sucesor en ella á su hijo D. Fernando Cuarto, en cuya menor edad gobernó su madre Doña Maria, muger de elevado espíritu, y no menos dotada de virtud que de prudencia. Bien necesitó la Reina valerse de una y otra para resistir á las poderosas facciones que escitaron contra su hijo, y contra ella misma ya el Infante Don Alfonso de la Cerda, protegido de los Reyes de Francia, de Aragon y de Granada; ya el Infante Don Juan, el que sitió á Tarifa, y que se intitulaba Rey de Leon; ya Don Enrique, Tio del Rey, que pretendia la regencia del reino, y ya finalmente las nobles casas de Haro, y de Lara. Estos diversos vandos tan presto se hacian mutua guerra, tan presto se aunaban contra el Monarca; sin que ninguno de los parciales aspirase á otra cosa que á engrandecer sus propios do-

minios en daño común del estado. Multiplicábanse los excesos públicos y particulares: odios, asesinatos, robos, todo era lícito.

El hambre, la peste, y enfermedades que padecían las tropas abanderizadas, dieron lugar á la Reina de apaciguar con industrias de buena política el ambicioso furor de los faccionarios. A los nobles sublevados contentó con cederles algunos pueblos, ó territorios, y aplacó al Rey de Portugal Don Dionisio, que favorecía al Infante Don Juan, ajustando las bodas del Rey Don Fernando de Castilla con Doña Constanza, hija del mismo Don Dionisio, y las de Don Alfonso, hijo y sucesor de este con Doña Beatriz, hermana del propio Don Fernando. Los Reyes de Aragon y Portugal, nombrados jueces árbitros en las disenciones del Infante de la Cerda con el Rey de Castilla, sentenciaron que el Infante renunciase sus pretenciones á la corona, y que se diese por indemnizado con la cesion que se le haria de algunas tierras y lugares.

Luego que llegó Don Fernando á edad de tomar las riendas del gobierno, supo ganar con afabilidad y clemencia los corazones de sus vasallos, perdonando ge-

nerosamente á los delincuentes. En la guerra contra los moros, recogió el fruto de sus expediciones, conquistando algunas plazas de Andalucía, y entre ellas á Gibraltar.

A este Rey llamaron el *Emplazado*, porque habiendo hecho dar muerte sin suficiente probanza á dos hermanos del apellido de *Carvajal*, indiciados de haber cometido un asesinato, ellos le citaron, y emplazaron con término de treinta dias ante el tribunal de Dios para que diese cuenta de la pena capital á que injustamente los condenaba. Verificóse puntualmente la muerte del Rey á los treinta dias y era difícil que el pueblo atribuyese á mera casualidad tan notable acontecimiento.

Sucedió á Don Fernando Cuarto en mil trescientos doce su hijo Don Alfonso el Onceno en edad de poco mas de un año, bajo la tutela de su abuela la Reina Doña Maria, y de los Infantes Don Juan y Don Pedro sus tios.

Muriendo estos desgraciadamente en una batalla dada contra los moros de Granada, se renovaron los funestos debates sobre la regencia del reino. Falleció despues la insigne Reina Doña Maria, y Don

Alfonso , que entrando en la mayor edad empezó á gobernar por sí, serenó las inquietudes que duraban en sus estados valiendose á veces del rigor , y á veces de la sagacidad y templanza.

Emprendió muy de veras la guerra contra los mahometanos ; y señaló su reinado con la toma de Algeciras , y con una insigne victoria que consiguió cerca de Tarifa , á orillas del Rio Salado , en que se dice perecieron mas de doscientos mil infieles, y solo veinte de los cristianos: particularidad muy semejante á la que refieren de la batalla de las Navas de Tolosa.

Los crecidos gastos de aquellas grandes expediciones obligaron á imponer sobre los géneros vendibles el tributo llamado *Alcabala*, conviniendo casi todas las ciudades de España en satisfacer esta contribucion, necesaria entonces para la defensa del reino.

Mientras Don Alfonso tenia puesto sitio á Gibraltar, que ya habia vuelto á poder de los moros acometió á su ejército una terrible peste, y en ella murió el Rey mismo, año de mil trescientos y cincuenta.

Este Monarca, conocido con el renom-

bre de *Justiciero*, fué quien dió públicamente autoridad, y fuerza á las leyes de las *siete partidas*, recopiladas por su visabuelo Don Alfonso el Sábio.

LECCION X.

Serie de los Reyes de Castilla y Leon hasta Don Juan el Primero.

Los principios del reinado de Don Pedro Primero, ó por mejor decir único de este nombre entre los reyes de Castilla y Leon hijo y sucesor de Don Alfonso el último, fueron no menos turbulentos que los de su padre, y de su abuelo. Empezó á gobernar antes de los diez y seis años, y á descubrir desde entonces inclinacion á los excesos con que despues obscureció la fama que por algunas buenas prendas merecia. No habiendo sabido refrenar los impulsos de su genio demasiadamente riguroso, adquirió con unos el dictado de *Cruel*, y con otros el de *Justiciero* (como su padre) Por los frecuentes y severos castigos que mandó ejecutar.

En consideracion á los motivos que para ello tuvo, no faltan historiadores que le defiendan y disculpen; pero seria des-

mentir á otros muchos para negar las muertes violentas, las prisiones, destierros, y confiscaciones de bienes que en su reinado padecieron varios personajes, así eclesiásticos como seculares. Acrimínale con especialidad la muerte de sus hermanos los Infantes Don Juan, Don Pedro y Don Fadrique, Maestre de Santiago, la de Doña Leonor de Guzman, dama de Don Alfonso el Onceno, la del Rey *Bermejo* de Granada (que á la verdad habia quebrantado las treguas pactadas con Castilla;) y aun la de Doña Blanca de Borbon, esposa del mismo Don Pedro, á quien abandonó por dejarse arrastrar ciegamente del amor de una señora llamada Doña Maria Padilla.

A la opinion de *Cruel* en que generalmente se ha tenido á este Príncipe, se le agregó la de incontinente y codicioso; no obstante que sus defensores sospechan que el Rey Don Enrique su hermano, que le sucedió, despues de haberle quitado la vida, procuró desacreditarle con hacer se le imputasen en su crónica tales vicios, exagerando artificiosamente los hechos.

Bien fuese por la dureza de la condicion de Don Pedro, ó bien por la inquieta ambicion, y poco sufrimiento de sus

vasallos mas principales, ardió el reino en disenciones, y guerras civiles, no siendo de las menos porfiadas y sangrientas las que tuvo con el Rey de Aragon, llamado tambien Pedro, y denominado igualmente el *Cruel*.

Don Enrique, Conde de Trastamara, y Don Tello, señor de Vizcaya, hermanos, bien que bastardos, del Rey Don Pedro de Castilla, deseosos de vengar la muerte de su madre Doña Leonor de Guzman, y otras violencias, se coligaron con un gran número de mal-contentos, y tomaron las armas contra su hermano.

Hizose dueño Don Enrique de algunos pueblos, y se coronó Rey en Burgos; pero Don Pedro, como mas poderoso, le venció en una batalla dada cerca de Nájera, y le obligó á refugiarse á Francia. Volvió el Conde de Trastamara con socorro de tropas que allá obtuvo, y atravesando por Cataluña y Aragon, entró en Castilla con la fortuna de que muchas ciudades siguiesen su partido, y de que la de Leon se rindiese á sus armas. Puso cerco á Toledo; y marchando desde alli al encuentro del Rey Don Pedro, le alcanzó en Montiel, villa de la Mancha. Pelearon los ejércitos de los dos herma-

nos, y despues de quedar la victoria por Don Enrique, logró este haber á las manos al Rey Don Pedro, que habia salido una noche del Castillo de Montiel en donde estaba refugiado con algunos de los suyos, y le quitó violentamente la vida.

Por medio de tan arrojada accion entró á reinar Don Enrique Segundo en mil trescientos sesenta y nueve; y casi todos los vasallos de su hermano, incluso los de Toledo, le prestaron voluntaria obediencia. Llegó á ser generalmente bien quisto á causa de su afable condicion, y de la inexhausta liberalidad con que supo recompensar no solo á los suyos, sino á los estraños que le acompañaron y sirvieron en sus empresas. Llamábanle Don Enrique de las *Mercedes* por las muchas que hizo; y él mismo, conociendo que habian sido escesivas, ordenó en su testamento que solamente las disfrutasen los sujetos á quienes las concedió, y sus legítimos descendientes por línea recta; pero que faltando estos volviesen á la real corona dichas mercedes, que todavia conservan en Castilla el nombre de *enriqueñas*.

El crítico estado de España no permi-

tía á Don Enrique gozar tranquilamente la corona. Tenian pretenciones á ella Don Fernando, Rey de Portugal, bizuieto de Don Sancho el *Bravo*, y el duque de Alencastre, esposo de la hija primogénita del Rey Don Pedro. Todavía no se habia entregado Carmona, en donde estaban los Infantes, hijos de este Soberano; y por otra parte el Rey de Aragon y el de Navarra empezaban á cometer hostilidades en tierras de Castilla, como en las de Andalucia el Rey moro de Granada. A todo acudió Don Enrique, acreditando su diligencia y talento político; porque ajustó con el moro un armisticio, indispensable en aquellas circunstancias; y convirtió sus fuerzas de mar y tierra contra el Rey de Portugal, dueño ya de Zamora y de varios pueblos de Galicia que le reconocian por Soberano. Desalojóle de ellos; tomó á Braga, y Braganza; y destruidas no pocas poblaciones portuguesas redujo á su competidor á aceptar la paz. Sitió á Carmona, y rindiendola por hambre, á pesar de su vigorosa resistencia, prendió á los hijos del Rey Don Pedro.

Los portugueses, que renovaron la guerra, quedaron segunda vez abatidos, hasta que, terminadas las diferencias, se con-

certaron los desposorios de Don Sancho, hermano del Rey de Castilla, con Doña Beatriz, hermana del de Portugal, y de Doña Isabel, hija natural de este, con el Conde de Gijon Don Alfonso, hijo bastardo de Don Enrique.

Igualmente se compusieron las discordias con el Rey de Navarra, pactándose la restitucion de Logroño y Vitoria á la corona de Castilla, y las bodas de Doña Leonor, hija de Don Enrique, con Don Carlos, hijo del de Navarra.

Aunque despues se turbó por algun tiempo esta paz, volvió á consolidarse; y las condiciones fueron ventajosas para Don Enrique, como que por su poder y diestra politica era casi siempre suya la superioridad, y el arbitrio de imponer la ley á sus contrarios.

Las desavenencias con el Rey de Aragon tuvieron dichoso fin, mediante el matrimonio de su hija Doña Leonor con el Infante Don Juan, que en adelante fué Rey de Castilla; y Don Enrique, afianzada tan completamente la quietud de su reino, se aplicó á gobernarle con sábias providencias, restableciendo el orden y buenas costumbres, no menos que la disciplina militar, con lo cual se grangeó nuevamente

la estimacion y respeto de los vasallos.

Por fallecimiento de su hermano Don Tello, señor de Vizcaya, incorporó aquel señorío en la corona, dejando esta memoria mas de la fortuna de su reinado.

A la francia, que le habia ayudado á subir al trono, dió fieles muestras de reconocimiento, pues acudió con sus tropas en la guerra que aquella potencia seguia contra los ingleses; pero durante el cisma que alteró el sosiego de la Iglesia, quando se dividieron las naciones católicas sobre dar la obediencia al Papa Urbano Sexto, que gobernaba en Roma, ó á Clemente Séptimo que residia en Aviñon con aprobacion y valimiento de los franceses, tuvo bastante firmeza y cordura para mantenerse neutral por no esponer sus reinos á las crueles disenciones que otros muchos padecieron en aquellas fatales competencias.

Hallándose el Rey Don Enrique cercano á la muerte, dió á su heredero el Príncipe Don Juan los mas prudentes y saludables consejos, tanto sobre el cuidado de proteger la religion, como sobre la conducta que debia observar en el gobierno del estado.

Empezó á reinar Don Juan el Primero

por muerte de su padre en mil trescientos setenta y nueve; y desde luego envió en socorro de Francia una escuadra, la cual, llegando hasta Londres, puso en consternacion á los ingleses.

Suscitáronse desavenencias con el Rey de Portugal, que primero habia ofrecido en matrimonio su hija Doña Beatriz á Don Fadrique, hermano del Rey de Castilla, y despues al Infante Don Enrique; primogénito del mismo Rey, con cuyo enlace se habian de unir los reinos de Castilla, y Portugal.

Mudó de dictamen el Monarca portu-
gues, y sobre el cumplimiento de las capitulaciones matrimoniales le declaró la guerra el castellano, el cual sitió y ganó la plaza de Almeida. Su escuadra, despues de un memorable combate naval, apresó veinte galeras portuguesas; pero ajustandose al fin la paz, se estipuló que la Infanta Doña Beatriz no se desposaria ya con D. Enrique, sino con D. Fernando su hermano menor, para que así no recayesen las dos coronas en un mismo Soberano. Tampoco se verificó el nuevo casamiento porque habiendo fallecido la Reina Doña Leonor, esposa del Rey Don Juan, se concertó y celebró efectivamente la boda de

este con la Infanta portuguesa, bajo la condicion de que los hijos que de su matrimonio naciesen, heredariau solo el reino de Portugal, y nunca el de Castilla.

Don Juan, luego que murió el Rey su suegro, partió acompañado de un buen ejército á tomar posesion de aquellos estados; pero se la negaron los portugueses, y fué necesario que el Rey de Castilla se valiese de las armas, cercando á Lisboa por mar y tierra. Malogróse aquella empresa á causa de la peste que empezó á declararse en el campo de los castellanos, y se levantó el sitio. Al mismo tiempo aclamaron por Soberano los portugueses á D. Juan, Maestre de la Orden de Avis, hermano natural del difunto Rey; y aunque, entrando los castellanos por Ciudad-Rodrigo y Viseo, hicieron algun daño en Portugal, fueron despues vencidos en la nombrada batalla de Aljubarrota, cuya pérdida se atribuyó no solo al denuedo con que pelearon los portugueses en defensa de su libertad, sino muy particularmente á la ventaja del sitio, contra la cual se atrevio la juventud castellana á empeñar el combate, sin embargo del cansancio y hambre que padecian sus tropas, y sin dar oidos á los capita-

nes mas espertos que graduaban la accion de temeraria.

Animados con esta victoria, continuaron los portugueses felizmente la guerra en Andalucía, y llamaron en su auxilio al Duque de Alencastre, que no olvidando el derecho con que juzgaba le pertenecia la corona de Castilla, vino gustoso á Galicia, y se apoderó de la ciudad de Santiago, y otros pueblos. La escasez de víveres y las enfermedades disminuyeron tanto el ejército ingles, que no fué difícil ajustar la paz con el Duque de Alencastre, y el matrimonio de su hija Doña Catalina, nieta del Rey Don Pedro, con el Infante Don Enrique, heredero de Castilla.

Tomaron los portugueses la ciudad de Tuy; pero luego la restituyeron, estipulando con los castellanos una tregua de seis años.

Corria el de mil trescientos noventa cuando murió desgraciadamente en Alcalá de Henares el Rey Don Juan el Primero de resultas de la caída de un caballo. Siete años antes por determinacion tomada en unas solennnes cortes de Segovia, se empezó á adoptar en España el método de contar por los del nacimien-

to de nuestro Redentor, y no por la era de Augusto Cesar, como desde muy antiguo se acostumbraba.

LECCION XI.

Reyes de Castilla y Leon hasta D. Juan el Segundo.

A Don Enrique, Tercero de este nombre, se habia dado en vida de su padre el título de Príncipe de Asturias, siendo el primer Infante heredero con quien se puso en práctica esta distincion. Apenas pasaba de los once años, cuando empezó á reinar bajo la tutela de muchos grandes personajes del reino, que sobre ella tuvieron entre sí obstinados y gravísimos debates. Terminólos el Rey con encargarse del mando de su monarquía antes de cumplir los catorce años; y luego manifestó prendas tan dignas del trono, que seguramente le hubieran colocado entre los mas insignes Príncipes de España, si su quebrantada salud, por la cual le llamaron Don Enrique el *Enfermo*, le hubiera permitido aplicarse, como lo deseaba, á los árdulos y continuados afanes del gobierno y de la guerra. Hizo no obstan-

te, infinito bien á sus vasallos, acostumbrando decir que mas temia las maldiciones de ellos, que las armas de sus enemigos.

Hallábase exhausto el real erario así por las liberalidades con que Don Enrique Segundo se habia visto precisado á contentar la ambicion de los nobles, como por las guerras que en tiempos tan calamitosos sobrevinieron á Don Juan el Primero; pero el jóven Don Enrique halló dos medios de reparar aquel daño: el uno fué la ejemplar moderacion con que se redujo á vivir tan frugal y estrechamente, como pudiera un caballero particular; y el otro, la eficacia con que reprimió á los usurpadores de su real patrimonio, habituados en los anteriores reinados á enriquecerse á costa de él, y de toda la nacion.

Renovadas las antiguas alianzas con Aragon y Francia, y las treguas con Portugal, aseguró la paz en sus dominios; y cuando, por haberla quebrantado el Rey moro de Granada con la toma de Ayamonte, se disponia Enrique á emprender contra él la guerra, falleció con general sentimiento á principios del año de mil cuatrocientos y siete, dejando al prudente y

animoso Infante Don Fernando, su hermano, y á la Reina Doña Catalina, su esposa, por gobernadores del reino, y tutores de su hijo el Príncipe Don Juan, que contaba poco mas de veinte meses.

Durante la menor edad del Rey Don Juan el Segundo debió mucho la corona al valor y conducta del Infante Don Fernando, porque no solo recobró á Ayamonte, sino tambien otras muchas plazas, señaladamente la de Antequera, cerca de la cual venció al ejército de los moros de Granada. Este Príncipe, conocido desde aquella gloriosa accion con el titulo de *el Infante de Antequera*, es acreedor á los mayores elogios por la rara modestia, y magnánimo desinterés con que se negó á admitir la corona de Castilla que los Grandes le ofrecian inmediatamente despues de la muerte del Rey Don Enrique. No tardó el cielo en dar justa recompensa á este generoso proceder; porque habiendo fallecido sin sucesion el Rey de Aragon y Sicilia Don Martin, tio del Infante Don Fernando, recayó en él aquella herencia, asi por el derecho que le asistia para ser preferido entre los muchos personajes que aspiraban á conseguirla, como por las recomendables cir-

cunstancias que le conciliaban universal estimacion y crédito. A pesar de varias contradicciones, tomó Don Fernando posesion de la corona de Aragon; y las islas de Sicilia y Cerdeña, como reinos anejos á ella, le reconocieron por legítimo Soberano.

A la edad de catorce años salió de tutoría el Rey Don Juan el Segundo; pero las turbaciones que entonces mas que nunca afligian á Castilla, causadas por vasallos ambiciosos y mal contentos, pedian gobierno de un Monarca menos jóven, mas resuelto, capaz y experimentado que Don Juan, el cual lejos de atender por sí á los importantes negocios del estado, se fiaba debilmente de algunos validos y perniciosos lisongeros que abusaban de la mano que con él tenian para adelantar cada uno su fortuna, aunque fuese en detrimento del público.

El principal de ellos fué el Condestable Don Alvaro de Luna, Maestre de Santiago, cuyo ilimitado poder, y los ricos estados y dignidades que debió al favor del Rey Don Juan, excitaron las quejas y envidias de casi todos los cortesanos. No hubo desorden, usurpacion, ni tiranía de que sus enemigos no le acusasen, con car-

gos á veces bien, y á veces mal fundados, hasta que pudieron conseguir que el Rey no obstante el extraordinario afecto que profesaba á Don Alvaro, y la ciega confianza que en él tenia, le privase de su gracia, y le condenase primero á destierro, y últimamente á morir degollado en un cadahalso, sentencia que se ejecutó en la plaza pública de Valladolid, y que jamas podrá borrarse de la memoria por el espantoso desengaño que nos ofrece de la inestabilidad de la fortuna.

Vivió atormentado el Rey Don Juan con largas persecuciones de sus mismos vasallos y parientes, y ninguna mas obstinada que la que contra él movieron sus primos los Infantes de Aragon Don Enrique y Don Juan, Rey de Navarra, ansiosos de gobernar en Castilla con despótica autoridad. Llegó el caso de que el Rey les presentase batalla junto á Olmedo, y de que los derrotase, saliendo mortalmente herido el Infante Don Enrique y quedando prisioneros diferentes nobles de los que seguian su parcialidad.

Otra victoria aun mas importante alcanzó Don Juan el Segundo en la batalla de la Higuera, dada contra los moros de Granada con tanta felicidad que pe-

recieron mas de diez mil de ellos, y varios pueblos suyos recibieron considerable daño.

Fué este Rey muy aficionado á las letras humanas, singularmente á la poesia, que en su tiempo y con su patrocinio empezó á salir de la obscuridad y abatimiento en que yacia despues de tantos siglos de barbarie: y si tienen razon los que le pintan como Príncipe desaplicado é inepto para las tareas del reinar, no hablan con igual justicia los que le suponen totalmente simple, y casi privado de un racional discernimiento.

LECCION XII.

Reinado de Don Enrique Cuarto.

Habiendo muerto Don Juan el Segundo de cuartanas en Valladolid por los años de mil quatrocientos cincuenta y quatro le sucedió su hijo Don Enrique Cuarto llamado el *Impotente*, el cual experimentó igual fatalidad que su padre en las rebeliones y guerras civiles con que muchos magnates perturbaron la quietud del reino, si alguna empezó á gozar luego que

se compusieron las diferencias con navarros y aragoneses. Las causas de tales discordias fueron, como en el reinado anterior, la debilidad é indolencia del Soberano, y su imprudente facilidad en exaltar á los palaciegos que le manejaban. Agregóse la inclinacion á no pocos cuidados amorosos, que aunque en rigor no pasasen de galanteos, escandalizaban como verdaderas liviandades; y el gran desperdicio de las rentas en premiar á los vasallos menos benemeritos.

Ademas de esto, el Rey que no habiendo tenido hijos de su primera consorte Doña Blanca de Navarra, la habia repudiado como á estéril, atribuyendo á defecto de ella lo que, segun la general opinion, era propio suyo, estaba casado de segundas nupcias con Doña Juana de Portugal; y esta habia dado á luz una Infanta, á quien pusieron el mismo nombre de su madre. Túvose por muy verosimil que no seria hija del Rey, y confirmaba semejantes sospechas la íntima familiaridad que con la Reina tenia Don Beltran de la Cueva, Maestre de Santiago, y despues Conde de Ledesma, y Duque de Alburquerque, Mayordomo de la casa Real, y muy favorecido del Monarca Don Enrique, en cu-

ya suposición llamaron siempre á la Infanta la *Beltraneja*.

Sin embargo de que el Rey la hizo jurar Princesa heredera del reino, tales fueron las disenciones que en él se originaron con este motivo, que el mismo Soberano revocó todo lo hecho, y convino en que se proclamase Príncipe heredero á su hermano el Infante Don Alfonso.

No bastó aquella condescendencia para sosegar á los sediciosos coligados; porque á vista de la misma ciudad de Avila, que tan leal se habia mostrado siempre en servicio de sus Reyes, levantaron un tablado, y colocada en él una estatua de Don Enrique con todas las insignias reales, la despojaron ignominiosamente de ellas, declararon al Monarca inhabil para el gobierno, y alzaron Rey al Príncipe Don Alfonso, prestándole solemne juramento y vasallage.

Con dividirse la nacion en dos bandos fué necesario que el Rey Don Enrique tomase las armas contra la faccion enemiga.

La batalla se dió junto á Olmedo, y cada uno de los dos partidos se atribuyó la victoria, sin que se deshiciese la di-

ga, ni menos depusiese el enojo y atrevidos intentos.

Duraban aun los disturbios, cuando murió de edad de quince años el nuevo Rey Don Alfonso; y los mal contentos pretendieron se declarase heredera á la Infanta Doña Isabel, hermana del Rey Don Enrique, y Princesa dotada de las relevantes prendas que mas adelante conoceremos, cuando la veamos ocupar feliz y pacíficamente el trono de España con el glorioso dictado de *la Reina Católica*.

Cansado el Rey de tan porfiadas competencias, y persuadido de la acertada eleccion que habian hecho los confederados, al paso que satisfecho de la prudencia y fidelidad de Doña Isabel en negarse á admitir, mientras su hermano viviese, el titulo de Reina con que la convidaban, consintió que la jurasen Princesa heredera, como se ejecutó con la debida formalidad, y al mismo tiempo capituló se divorciaria de la Reina su esposa, desheredando á la infanta que el llamaba su hija.

Entre los varios casamientos que se proporcionaban á Doña Isabel, ninguno parecia tan ventajoso para la tranquilidad

de la monarquía como el que se trataba con su primo segundo Don Fernando, Rey de Sicilia; y primogénito del de Aragón.

Celebróse prontamente el afortunado desposorio, sin noticia, ni aprobacion de Don Enrique, el cual tenía otras miras acerca de la colocacion de su hermana; y por esto se indignó tanto, que siguiendo su inconstante genio, anuló las solemnes declaraciones anteriores, reconoció de nuevo á Doña Juana la *Beltraneja* por hija legítima, y la instituyó heredera, con exclusion de la Reina de Sicilia.

Así renacieron las discordias, en que Doña Isabel mostró la mas heroica firmeza hasta que logró reconciliarse con el Rey su hermano poco antes de la muerte de este, acaecida en el año de mil cuatrocientos y cuatro. Ofrece la historia de todo el reinado de Don Enrique Cuarto gran número de curiosos é importantes acontecimientos por lo que toca á la sucesion de la corona, y á la varia fortuna de muchas casas grandes del reino; pero no es tan abundante en lo que pertenece al engrandecimiento de la monarquía, porque las disenciones internas no permitieron á aquel Soberano llevar ade-

lante la guerra que empezó vigorosamente contra los moros. Con todo, recuperó la plaza de Gibraltar, y taló repetidas veces los campos del reino de Granada.

LECCION XIII.

Principio del Reinado de los Reyes Católicos Don Fernando y Doña Isabel.

Aun después del fallecimiento de Don Enrique continuaban las alteraciones, porque el partido de la pretensa heredera, bien que ya muy debilitado, no dejaba de oponerse por todos los medios imaginables á la poderosa parcialidad de la Reina Doña Isabel, y de su consorte D. Fernando Quinto. En vano el Rey de Portugal, desposado con Doña Juana su sobrina, intentó restituirla al solio castellano. Sus tropas auxiliadas de las de Francia no consiguieron ventaja considerable contra los Reyes Católicos. Separóse Francia de la infructuosa alianza con el Monarca de Portugal. Este se vió precisado á desistir solemnemente de sus pretensiones, ajustando la paz, y Doña Juana á

tomar el hábito de religiosa en el monasterio de Santa Clara de Coimbra.

Llegamos á la plausible epoca en que logró España el incremento de su poder, gloria y prosperidad, y en que se puede decir que empezó á ser potencia respetable, y á obedecer casi toda á un solo Rey, despues que habia permanecido tantos siglos dividida en varias soberanias. Muchas fueron las circunstancias favorables que concurrieron á facilitar aquella ventajosa mudanza; pero la mayor y mas rara fortuna consistió en ser Don Fernando Quinto, y su esposa Doña Isabel dos Príncipes nacidos para reinar.

No en vano, elogiando á aquel Monarca se esplica Don Diego de Saavedra al fin de sus Empresas políticas en los términos siguientes, que trasladamos á la letra como que representan el mejor retrato moral y político del Rey Católico.

„En su glorioso reinado se ejercitaron
 „todas las artes de la paz y de la guerra, y se vieron los accidentes de ambas
 „fortunas, próspera y adversa. Las niñeces de este gran Rey fueron adultas y
 „varoniles. Lo que en él no pudo perfeccionar el arte y el estudio, perfeccionó
 „la esperiencia, empleada su juventud en

„los ejercicios militares. Su ociosidad era
 „negocio, y su divertimento atencion. Fué
 „señor de sus afectos, gobernandose mas
 „por dictámenes políticos que por incli-
 „naciones naturales. Reconoció de Dios
 „su grandeza, y su gloria de las acciones
 „propias, no de las heredadas. Tuvo el rei-
 „nar mas por oficio que por sucesion. So-
 „segó su corona con la celeridad y la pre-
 „sencia: levantó la monarquia con el va-
 „lor y la prudencia: la afirmó con la re-
 „ligion y la justicia: la conservó con el
 „amor y respeto: la adornó con las artes:
 „la enriqueció con la cultura y el comer-
 „cio; y la dejó perpetua con fundamen-
 „tos é institutos verdaderamente políticos.
 „Fué tan Rey de su palacio, como de sus
 „reinos, y tan ecónomo en él, como en
 „ellos. Mezcló la liberalidad con la parsi-
 „monia, la benignidad con el respeto, la
 „modestia con la gravedad, y la clemen-
 „cia con el rigor. Amenazó con el castigo
 „de pocos á muchos, y con el premio de
 „algunos cebó las esperanzas de todos. Per-
 „donó las ofensas hechas á la persona, pe-
 „ro no á la dignidad real. Vengó como
 „propias las injurias de sus vasallos, sien-
 „do padre de ellos. Antes aventuró el es-
 „tado que el decoro. Ni le ensoberbeció

„la fortuna próspera, ni le humilló la ad-
 „versa. En aquella se prevenia para esta
 „y en esta se industriaba para volver á
 „aquella. Sirvióse del tiempo, no el tiem-
 „po de él. Obedeció á la necesidad, y se
 „valió de ella, reduciendola á su conve-
 „niencia. Se hizo amar y temer. Fué fa-
 „cil en las audiencias. Oía para saber, y
 „preguntaba para ser informado. No se fia-
 „ba de sus enemigos, y se recataba de
 „sus amigos. Su amistad era conveniencia;
 „su parentesco razon de estado; su con-
 „fianza, cuidadosa; su difidencia, advertida;
 „su cautela, conocimiento; su rezelo, cir-
 „cunspeccion; su malicia, defensa; y su
 „disimulacion, reparo. No engañaba, pero
 „se engañaban otros en lo equívoco de
 „sus palabras y tratados, haciéndolos de
 „suerte (cuando convenia vender la mali-
 „cia con la advertencia) que pudiese de-
 „sempeñarse sin faltar á la fé pública. Ni
 „á su magestad se atrevió la mentira, ni
 „á su conocimiento propio la lisonja. Se
 „valió, sin valimiento, de sus ministros. De
 „ellos se dejaba aconsejar, pero no gober-
 „nar. Lo que pudo obrar por sí, no fiaba
 „de otro. Consultaba despacio, y ejecuta-
 „ba de prisa. En sus resoluciones antes se
 „veían los efectos que las causas. Encubria

„sus Embajadores sus designios, cuan-
 „do queria que engañados persuadiesen
 „mejor lo contrario. Supo gobernar á me-
 „dias con la Reina, y obedecer á su yer-
 „no. Impuso tributos para la necesidad,
 „no para la codicia, ó el lujo. Lo que qui-
 „tó á las iglesias obligado de la necesi-
 „dad, restituyó cuando se vió sin ella. Res-
 „petó la jurisdiccion eclesiástica, y conser-
 „vó la real. No tuvo corte fija, girando co-
 „mo el Sol, por los orbes de sus reinos.
 „Trató la paz con la templanza y entere-
 „za, y la guerra con la fuerza y la astu-
 „cia. Ni afectó esta, ni rehusó aquella.
 „Lo que ocupó el pie mantuvo el brazo
 „y el ingenio, quedando mas poderoso con
 „los despojos. Tanto obraban sus negocia-
 „ciones como sus armas. Lo que pudo ven-
 „cer con el arte, no remitió á la espada.
 „Ponía en esta la ostentacion de su gran-
 „deza, y su gala en lo feroz de los es-
 „cuadrones. En las guerras dentro de su
 „reino se halló siempre presente. Obraba
 „lo mismo que ordenaba. Se confederaba
 „para quedar árbitro, no sujeto. Ni vic-
 „torioso se ensoberbeció, ni desesperó ven-
 „cido. Firmó las pases debajo del escudo.
 „Vivió para todos, y murió para si y pa-
 „ra todos, quedando presente en la me-

„moria de los hombres para ejemplo de los
„Príncipes, y eterno en el deseo de sus
„reinos.

No menos admirables virtudes adorna-
ron á la Reina Doña Isabel, que por su
elevado espíritu, noble fortaleza y madu-
ro juicio fue la honra de su sexo, y aun
podiera serlo del varonil. La buena ar-
monia en que vivió con su esposo, cons-
pirando ambos de comun acuerdo á todo
lo que era bien público, no obstante que
cada uno gobernaba particularmente sus es-
tados, se manifestó siempre por la prac-
tica que siguieron de autorizar todos los
despachos con sus dos nombres dichosa-
mente unidos.

Pero omitiendo alabanzas, pasemos á
los hechos memorables de este reinado;
aunque ni es fácil abrazarlos aquí todos
ni referirlos con la estencion que mere-
cen.

Por derecho de herencia, de conquis-
ta ó de descubrimiento acrecentó el Rey
Católico la monarquía con los estados de
Aragon, Cataluña, Valencia, Mallorca, Cer-
deña, Sicilia, Nápoles, Granada, Navarra,
las Indias occidentales, algunos territorios
de Africa, y otros varios dominios.

En mil cuatrocientos setenta y nueve

heredó por muerte de su padre el Rey Don Juan la corona de Aragon, y la incorporó con la de Castilla.

Importa saber que en los años inmediatos á la entrada de los moros en España, asi como aquellos cristianos que se retiraron á las montañas de Asturias eligieron por su Príncipe á Don Pelayo, asi tambien los que se refugiaron hácia los Pirineos, nombraron ilustres caudillos ya con título de Condes, ya con el de Reyes, á fin de que los gobernasen y defendiesen de las incursiones de los bárbaros. De aqui provino la division de una buena parte de España en los varios reinos ó señorios de Sobrarbe y Ribagorza, Aragon, Navarra, Barcelona y otros, que segun los tiempos tuvieron mas ó menos estencion y poder,

Los respectivos Soberanos de aquellos estados unas veces contendian entre sí sobre estender su jurisdiccion, disputándose las conquistas que hacian á los infieles; otras veces se confederaban contra ellos, y estrechaban sus alianzas con recíprocos matrimonios.

El reino de Sobrarbe pasa por uno de los mas antiguos que tuvo España á los principios de su restauracion; y me-

diante el casamiento del Rey Garcia Iñiguez con Doña Urraca, hija y sucesora de Fortun Jimenez, Conde de Aragon, se unió con este condado.

Cuando Don Sancho Cuarto, apellidado el *Mayor*, Rey de Sobrarbe y Pamploña, Conde de Aragon, y tambien de Castilla por el derecho de su esposa, dividió sus grandes dominios (segun queda apuntado al principio de la leccion séptima) entre sus cuatro hijos Garcia, Fernando, Gonzalo y Ramiro, dejó al primero la Navarra, al segundo el condado de Castilla, al tercero los estados de Sobrarbe y Ribagorza, y al cuarto los de Aragon, dando títulos de Reyes á todos cuatro. Entonces empezó Aragon á tener Reyes; y Don Ramiro, que fué el primero de ellos, no tardó en incorporar á su corona el reino de Sobrarbe, y el condado de Ribagorza, luego que falleció su hermano Don Gonzalo.

Tambien el reino de Navarra estuvo por algun tiempo unido con el de Aragon principalmente desde el Rey Don Sáncho hijo de Don Ramiro, hasta Don Alfonso el Batallador, que murió en mil ciento treinta y cuatro, pero tuvo en lo general sus Reyes propios é independientes an-

tes que le conquistase Don Fernando el Católico en la forma que luego veremos.

El condado de Barcelona, cuyo primer poseedor se llamó Bernardo, ó Bernaldo, y que desde los principios del siglo nono habia continuado en gobernarse por Condes, se agregó igualmente á la corona de Aragon en mil ciento treinta y siete, mediante el matrimonio de Doña Petronila, hija y heredera de Don Ramiro el Segundo, con el Conde de Barcelona Don Ramon Berenguer.

Dependen asimismo del dominio de Aragon las islas de Mallorca y Menorca con las demas llamadas Baleares; porque despues que el ínclito Rey Don Jaime el Conquistador ganó la de Mallorca en mil doscientos treinta, se adjudicaron todas á aquella corona durante el reinado de Don Pedro el Cuarto, apellidado, el *Ceremonioso*.

El mismo Rey Don Jaime conquistó en mil doscientos treinta y ocho el reino de Valencia, que así quedó sujeto á la metropoli de Aragon.

Don Jaime Segundo, y su hijo Don Alfonso Cuarto obtuvieron la investidura de los Reyes de Cerdeña y Córcega; pero ni

ellos, ni sus sucesores gozaron estas islas pacíficamente, hasta que Don Alfonso quinto las ganó con las armas en mil cuatrocientos veinte.

El reino de Sicilia, y el de Jerusalem anejo á él, han pertenecido tambien á la soberanía de Aragon desde que el Rey D. Pedro Tercero, cognominado el *Grande*, los heredó por el derecho de su esposa Constanza, hija de Manfredo, poseedor de dichos reinos. Despues de largas revoluciones volvieron estos á la misma corona, por el casamiento de Doña Maria, Reina heredera de ellos, con Don Martin el Segundo de Aragon.

Todos los ricos estados de que acabamos de dar sucinta noticia, y otros de menor importancia, componian ya la corona aragonesa, quando el Rey Católico Don Fernando la unió con la castellana.

Pero ni á él, ni á su magnánima consorte satisfacian tantos reinos heredados, mientras no acababan de desarraigar de España la morisma. Alentados de este loable anhelo, emprendieron la guerra contra los moros de Granada con tal esfuero, diligencia y dicha, que en espacio de diez años, cumplidos en el de mil cuatrocientos noventa y dos, remataron la al-

ta empresa á que en mas de siete siglos y medio no habia podido alcanzar el valor de los Reyes sus predecesores. Dieron los sarracenos ocasion á su propia ruina con haber quebrantado las treguas tomando la Villa de Zahara. El Rey Católico parti6 á castigarlos; y empezó la conquista por el castillo y pueblo de Alhama, de que se apoder6 por asalto. Sigui6se la de Loja, Velez-Málaga, Málaga Baza, Almería, Guadix y otras ciudades, hasta que se rindi6 por asedio Granada, capital de aquel fertil y dilatado reino. Casi en todas las campañas que cost6 la gloriosa expedicion se hall6 personalmente la esclarecida Reina Doña Isabel, animando á los suyos con admirable denuedo, y dando acertadas providencias para la manutencion del ejército, y caritativa asistencia de los enfermos y heridos, de manera que el venturoso logro se debió muy principalmente á Heroína que tantas dificultades supo vencer sin desmayar jamas en los mayores peligros. Contribuy6 á la empresa con sus zelosas exhortaciones el confesor de la misma soberana Fr. Hernando de Talavera, varon de acrisolada virtud y prudencia, el cual habia respondido una vez á la Reina, cuando le in-

taba á que admitiese un Obispado: *Señora, no tengo de ser Obispo, hasta que lo sea de Granada*; y en efecto ocupó la Silla Arzobispal de aquel reino, inmediatamente despues de la conquista.

A este venerable Prelado sucedió en el cargo de confesor de la Reina el Provincial franciscano Fr. Francisco Jimenez de Cisneros, que mas adelante fué Arzobispo de Toledo, y Cardenal, hombre á todas luces famoso por su religiosidad, doctrina, tino político, entereza y otras excelencias que no caben en nuestros concisos elogios, y á cuyo sabio influjo debió España grandes felicidades en aquella época.

LECCION XIV.

Continuacion del reinado de los Reyes Católicos, muerte de la Reina Doña Isabel, y reinado de su hija Doña Juana y Don Felipe Primero.

En el mismo año de la conquista de Granada se consiguió por negociacion que Francia restituyese á la corona de Aragon los condados de Rosellon, y Cerdania

que pertenecian á Cataluña, y habian sido empeñados por Don Juan el Segundo de Aragon al Rey de Francia Luis Undécimo.

Poco despues dió principio al descubrimiento de las Indias occidentales el célebre genovés Cristoval Colon. Persuadido de que hácia el poniente habia inmensas regiones no conocidas hasta entonces, propuso en Inglaterra, y en Portugal la idea de navegar á descubrirlas; pero habiendo sido desechado su proyecto como fantástico, acudió á la corte de los Reyes Católicos, y consiguió se le diesen tres embarcaciones, y otros auxilios para la extraordinaria empresa. En cuatro viages que hizo al Nuevo mundo desde el año de mil cuatrocientos noventa y dos hasta el de mil quinientos y seis descubrió las islas Lucayas, la Española, ó de Santo Domingo, la de Cuba, la de Puerto-Rico, la Jamaica, y las demas llamadas Antillas, como tambien una parte de la costa de Tierra-firme, y tomó posesion de diferentes distritos en nombre de los Reyes de Castilla. Siempre volvió á España cargado de riquezas que acreditaron la realidad é importancia de sus descubrimientos, por los cuales mereció los títulos de Almirante, de

Duque de Veraguas, y de Marqués de la Jamaica, con otras varias mercedes, y sobre todo la gloria de haber inmortalizado su nombre. Llamáronse Indias aquellos vastos países por semejarse en lo precioso y abundante de sus producciones á la que propiamente se denomina *India*, que es la oriental; y tambien se les dá el nombre de *América*, aunque sin otra razon que la de haber sido el floretin Américo Vesputio, uno de los náuticos y geógrafos que delinearon mapas y cartas de marear en las primeras navegaciones del Nuevo mundo.

Ademas de las Indias occidentales unieron los Reyes Católicos á su corona las islas de Canaria, bien conocidas ya de los antiguos, y conquistadas en gran parte á fines del reinado de Don Enrique Tercero, bajo el mando de Juan de Betancur caballero frances. En los últimos años del siglo décimo quinto Pedro de Vera, y el Adelantado Alonso Fernandez de Lugo, concluyeron felizmente la conquista de la gran Canaria, Tenerife y la Palma, con lo cual estas tres islas principales de las siete que hay pobladas se redujeron al cristianismo y al dominio español.

No fueron las Canarias el único terri-

torio de Africa en que triunfaron las armas de Don Fernando y Doña Isabel; por que durante su reinado se rindieron á ellas Melilla, Mazarquivir, Bugía, Trípoli, el Peñon de Velez y otros pueblos y fortalezas de las costas de Berbería. Entre tantas hazañas compite con las mas memorables la toma de Oran, emprendida, al modo que otras expediciones semejantes, por direccion, y á espensas del Cardenal Arzobispo Jimenez de Cisneros, que se halló como caudillo en aquella jornada, y recogió el fruto de sus desvelos y prudentes disposiciones.

Como el Rey Católico por sobrino de Don Alfonso Quinto de Aragon, que habia sido Rey de Napoles, y falleció sin hijos, tenia derecho á aquel reino, y por otra parte le pretendia el Rey de Francia, se concertaron ambos Soberanos, y dividieron entre sí los estados de Nápoles, privando de ellos á su Rey Don Fadrique, principalmente por causa de las inteligencias que se supo traia con el Turco, enemigo del nombre cristiano. Pero originandose duese alteraciones entre los Reyes Católico, y Cristianísimo sobre la pertenencia de ciertas comarcas, se encendió una porfiada guerra de españoles con fran-

ceses. En ella mostró superior esfuerzo y pericia militar Gonzalo Fernandez de Córdoba, Comandante general de aquella conquista, que fué por sus muchas proezas dignísimo del renombre de *Gran Capitan*. Sujetó á la dominacion española todo el Reino de Nápoles, espeliendo de él á los franceses, despues de repetidas victorias, y señaladamente de la que ganó en la gloriosa batalla de Cirinola año de mil quinientos y tres. La mas convincente prueba de que no hay hombre tan perfecto que no incurra en alguna flaqueza, es que el Rey Católico, á pesar de su rectitud, causó disgustos á un héroe como el Gran Capitan, cuyos servicios no podia dejar de reconocer; pero tanto pueden, aun en ánimo como el de Fernando, los siniestros informes que dicta la emulacion en las córtés.

A fines del año de mil quinientos y cuatro falleció la Reina Católica Doña Isabel con imponderable sentimiento de la nacion, que la era deudora de mil beneficios. No es fácil determinar cual fué la mayor de sus virtudes: basta decir que reunió todas las que nacen del valor y de la sólida piedad. Cultivó su entendimiento por medio de la lectura, y estudió con

fruto la lengua latina sin que por esta, y otras dignas ocupaciones olvidase las labores mugeriles, pues se alababa de que el Rey su esposo no se habia puesto camisa que ella no hubiese hilado y tejido; en lo cual dió aquella respetable matrona ejemplo de industriosa aplicacion á su familia y vasallos.

El único hijo varon que tuvo, fué el Príncipe Don Juan; pero este murió sin sucesion á los diez y nueve años; sensible pérdida que la Reina llevó con cristiana resignacion. Asi heredó la corona su hija Doña Juana, que casó con el Archiduque Don Felipe, llamado el *Hermoso*, hijo del Emperador Maximiliano Primero, por cuyo enlace pasó el cetro español á la imperial casa de Austria, y entraron en la de Castilla los estados de Flandes, Borgoña, Brabante, y otros de gran consideracion.

Luego que falleció Doña Isabel, hizo Don Fernando proclamar Reina de Castilla á la Princesa Doña Juana, que á la sazón se hallaba en Flandes con su esposo Don Felipe Primero; y entretanto que ambos venian á tomar posesion de la monarquía la gobernaba el Rey Católico, segun cláusula del testamento de la Reina su consorte, que disponia quedase á car-

go suyo la administracion de los reinos de Castilla, mientras no cumpliese los veinte años Don Carlos, hijo de Don Felipe y de Doña Juana (que despues reinó con el nombre de Carlos Primero de España y Quinto de Alemania.)

Las voluntades y opiniones de los grandes se dividieron; porque unos, bien hallados con el Rey Don Fernando, deseaban se retardase la venida de los nuevos Monarcas, y otros clamaban por ella, prometiendose mejorar de fortuna con la mudanza del gobierno. Dilataba Don Felipe su viage; y sobrevinieron mutuas desconfianzas y desunion entre yerno y suegro, las cuales no cesaron hasta que en el año de mil quinientos y seis se ajustaron las diferencias, y llegando á España Doña Juana y su esposo, se retiró á Aragon el Rey Don Fernando, de donde partió á coronarse en Nápoles, despues de contraer segundas nupcias con Germana, hija de Juan de Fox, Vizconde de Narbona, sobrina del Rey de Francia Luis Duodécimo, y nieta de Doña Leonor, Reina de Navarra.

En Italia recibió aquel mismo año el Rey Católico la inesperada nueva de haber muerto en la florida edad de veinte y ocho años Don Felipe Primero, cuando

apenas empezaba á gozar la corona, y á dar esperanza de un dichoso reinado.

LECCION XV.

Ultima parte del reinado del Rey Católico hasta su muerte.

Era notorio que la Reina Doña Juana padecía debilidad en las potencias, y que con dificultad se la reducía á la razón, cuando su perturbada fantasía la obligaba á decir ó ejecutar extravagancias. Por esto la llamaron comunmente Doña Juana la *Loca*, confirmando á todos en la persuacion de ser cierta la demencia los arrebatados extremos con que manifestó su dolor despues de la pérdida del Rey Don Felipe el *Hermoso*. Desde entonces se fué declarando mas el lastimoso desacuerdo de la Reina, cuyo natural impedimento debia de conocer ella misma en algunos ratos, supuesto que escribió á su padre, instándole repetidas veces á que viniese á encargarse del gobierno del reino. Esta misma diligencia hicieron varias ciudades, considerando que aunque el Arzobispo Jimenez de Cisneros, y otros graves persona-

ges dirigian interinamente los negocios con acierto, era realmente el estado por entonces un cuerpo sin cabeza.

Restituido el Rey á España tomó á su cuidado la administracion de los Reinos de Castilla, guardando siempre á Doña Juana los respetos de Reina propietaria, bien que esta por su incapacidad para el mando, y por que en nada se complacia sino en vivir retirada del trato del mundo, estaba recogida, y oculta en el palacio de Tordesillas, y allí permaneció sin mejoría hasta su muerte, que acaeció en el año de mil quinientos cincuenta y cinco á fines del reinado de su hijo el Emperador Carlos Quinto.

Por la confederacion llamada la *Liga Santa* que habia hecho el Rey Don Fernando con los venecianos y con el Papa Julio Segundo, se halló en obligacion de favorecer á este con tropas durante la guerra suscitada entre Francia, y el estado Pontificio. Dióse contra las órdenes del Rey una reñida batalla cerca de Ravena en que fué grande el destrozo por ambas partes; pero el superior número de caballería dió alguna ventaja á los franceses, aunque no les sirvió de mucho, por que, disminuido al fin su ejército, hubie-

ron de restituir las plazas que habian conquistado en Italia.

Durante aquella guerra fue quando, resolviendo el Rey Católico marchar á Francia para unir sus fuerzas con las de Enrique Octavo de Inglaterra, su yerno, que intentaba apoderarse del ducado de Guiena, pidió al Rey de Navarra Juan de Labrit ó de Albret y á su esposa la Reina Catalina de Fox le concediesen paso por sus estados, y se abstuviesen de seguir (como efectivamente seguian) el partido de Francia. No vinieron en ello los Reyes de Navarra con las condiciones y seguridades que exigia el de Castilla, aunque el sumo Pontífice los amonestó, y tambien el Rey Don Fernando volvió á requerirlos en términos de amistad. Llegando, pues, las cosas á estado de formal rompimiento, entró por Navarra la alta el ejército castellano mandado por Don Fadrique de Toledo, Duque de Alba, que con suma facilidad se hizo dueño de Pamplona año de mil quinientos y doce y consecutivamente de lo restante del reino, despues que el Monarca de Navarra y su consorte se habiau refugiado á Francia. De esta suerte el Rey Católico, apoyando con las armas los varios derechos así antiguos como mo-

dermos que tenia á la corona de Navarra, la agregó á la de Castilla, segun lo está al presente,

Continuaba todavia la guerra en Italia, cuando á principios del año de mil quinientos diez y seis adoleció el Rey Don Fernando de una enfermedad que le ocasionó la muerte, tan llorada de sus vasallos como lo habia sido la de su esposa Doña Isabel. En el tiempo que gobernó, ya en compañía de la Reina Católica, ó ya solo, nada omitió de cuanto podia contribuir al aumento de la Monarquía. Restableció la quietud interior de ella, la recta administracion de justicia, y las buenas costumbres; y publicó sabias leyes, principalmente las de Toro. Ayudado del vigilante y docto Cardenal Jimenez de Cisneros contuvo la gran relajacion que se habia introducido en el clero, y en la mayor parte de las comunidades religiosas, aseguró á la corona el derecho de la presentacion de dignidades eclesiásticas que la corte de Roma solia conferir á extranjeros en perjuicio de los españoles beneméritos; y reunió á la corona misma los Maestrazgos de Santiago, Calatrava, y Alcántara, cuyos poseedores, olvidando su perculiar instituto de perseguir á los infie-

les, empleaban á veces su poder en fomentar y sostener parcialidades contra Príncipes ó súbditos cristianos. Esta prudente incorporacion de los Maestrazgos se hizo entonces solo durante los dias del Rey Católico; y su nieto Carlos Quinto fué quien la perpetuó. Para seguridad de los caminos públicos instituyó Don Fernando la Santa Hermandad, que se componia de unas cuadrillas ocupadas en castigar á los salteadores y otros facinerosos, á imitacion de una congregacion semejante que habia en Castilla desde el tiempo de Don Alfonso Octavo, y del Rey San Fernando su nieto. Fundó diferentes Chancillerías y Audiencias, el Real Consejo de las Ordenes, y el Santo Oficio de la Inquisicion, y preponderando mas en su piadoso corazon, y en el de su esposa el deseo de la pureza de la Religion que la utilidad temporal de las riquezas que podian multiplicarse en España con la agricultura, industria y comercio de los moros, judios, ó judaizantes, procurando ambos con el mas vigoroso zelo la espulsion de todos los que no se convirtieron; en lo cual se atendió igualmente á los daños políticos que resultaban al reino de abrigar en su seno á unos hombres por lo comun revoltosos, de cu-

ya constancia y lealtad era muy espuesto fiarse.

Por este infatigable empeño en la exaltacion de la Fé, adquirieron aquellos Soberanos el dictado de *Católicos*, que antes habian merecido y usado en España otros Reyes como Don Alfonso el Primero, y Recaredo; pero que en Don Fernando y Doña Isabel no fue un mero renombre, sino un titulo obtenido en forma solemne con autoridad Pontificia,¹ y conservado hasta hoy en todos los sucesores de la monarquía española.

LECCION XVI.

Reinado del Emperador Carlos Quinto.

Nombró en su testamento el Rey Católico por Gobernador de los Reinos de Castilla al Cardenal Jimenez; á Don Alfonso de Aragon, Arzobispo de Zaragoza encargó el gobierno de Aragon, y á Don Ramon de Cardona el de Nápoles. El Archiduque Don Carlos, Primero de este nombre entre los Reyes de España, y Quinto entre los Emperadores de Alemania, iba á entrar en los diez y seis años cuando

le cupo la herencia del imperio español, ya tan poderoso que con razon excitaba la envidia, y aun el temor de toda Europa. No llegó á España hasta el año próximo siguiente al de la muerte del Rey Don Fernando; y muy poco despues falleció el insigne Prelado Don Fr. Francisco Jimenez de Cisneros. Fué grande su esperiencia en los negocios, su conducta la mas justificada y virtuosa, y admirable la prudencia con que, á pesar de su natural severidad é intrepidez, sobrellevó las persecuciones que no podia dejar de padecer un zeloso reformador de inveterados abusos tanto en lo eclesiástico como en lo civil. Débele su ser, lustre y ornamento la Universidad de Alcalá, en donde fundó el Colegio mayor de San Ildefonso, y otros menores. Allí mismo hizo corregir é imprimir con increíble esmero y costa la Biblia llamada Complutense, arreglada á los mejores originales hebreos, griegos y latinos; y dejó esparcidos en toda España durables monnmentos de su piedad, doctrina y beneficencia.

Habiendo muerto en mil quinientos diez y nueve el Emperador Maximiliano, nombraron los electores á Carlos Quinto por sucesor en el imperio de su abuelo, no

obstante la oposicion de Francisco Primero, Rey de Francia, que, aspirando al cetro imperial, empezó á ser competidor de Cárlos, y émulo de sus glorias. Partió de España el recien electo Emperador acompañado de algunos magnates españoles, y pasó á coronarse en Aquisgran, dejando el gobierno del reino al Cardenal Adriano, natural de Utrec, y Dean de Lovaina, que habia sido su preceptor, y despues ascendió á la dignidad de Sumo Pontífice con el nombre de Adriano Sesto.

La ausencia del Soberano contribuyó á que se declarasen en Castilla las rebeliones que llamaron *Comunidades*, teniendo parte en esta fatal guerra civil muchas grandes ciudades y algunos de los principales Señores, y siendo caudillos de la sedicion entre otros, Don Juan de Padilla y el Obispo de Zamora Don Antonio de Acuña. Los disgustos y quejas de los sublevados se fundaban en que varios flamencos, mal enterados de las leyes y costumbres de España, y atentos únicamente á su particular interes y engrandecimiento, se habian apoderado del mando, abusando de la docilidad de un Monarca jóven y naturalmente bueno, de que resultaba el tiranizar á los vasallos españo-

les, y vender descubiertamente la justicia. Tomando, pues, las armas los sediciosos, negaron la obediencia al Cardenal Adriano, y á los tribunales y ministros del Rey y cometieron todo género de atrocidades. Dos años duraron los desórdenes, hasta que las tropas reales vencieron á las de los *comuneros* (que así se llamaban) en la batalla de Villalar dada en mil quinientos veinte y uno; y las cabezas de la conjuración recibieron prontamente el merecido castigo.

Mas adelante, cuando el Emperador volvió á España, acabó de apaciguar todas las inquietudes, perdonando á los rebeldes con singular clemencia; y en prueba de ella merece referirse la respuesta que dió á uno de sus cortesanos, que le declaró donde se ocultaba cierto caballero de la facción de los amotinados: *Mejor hubierais hecho, dijo el piadoso Monarca al delator, en haber avisado á ese caballero que yo estaba aqui, que en avisarme á mí en donde está él.*

Conociendo el Rey de Francia que las turbaciones de Castilla le proporcionaban ocasion favorable para debilitar el poder de Carlos Quinto, emprendió la conquista de Navarra. Con efecto logró ha-

cerse dueño de las plazas mas importantes, y aun se internó su ejército hasta sitiarse á Logroño. Mientras esta ciudad se defendia bizarramente, acudieron los castellanos, y trabando combate con los franceses, dieron muerte á mas de seis mil de ellos, tomaron la artillería y bagages, hicieron prisionero á su General, y los obligaron á retroceder y abandonar á Navarra en el mismo año de mil quinientos veinte y uno en que la habian conquistado. Ademas de esto la plaza de Fuenterrabía, de que estaban apoderados los franceses, no tardó en volver al dominio español.

Por otra parte intentó el Rey Francisco Primero recobrar el ducado de Milan, en cuya posesion habia estado algunos años hasta que el Cesar le privó de ella, venciendo en repetidos encuentros. Carlos Quinto para espeler de Italia á los franceses se alió con el Sumo Pontífice, que á la sazón era Clemente Séptimo por fallecimiento de Adriano, si bien ayudó muy poco el Papa en las campañas que se siguieron, y aun se inclinó últimamente al partido francés. Las armas imperiales experimentaron por lo general sucesos muy favorables en aquella porfiada guer-

ra, la cual vino á terminarse gloriosamente para el Emperador con una célebre batalla dada en mil quinientos veinte y cinco entre el ejército español y el frances junto á Pavía, á tiempo que Francisco tenía cercada aquella ciudad, y la defendia el animoso capitan Antonio de Leiva. Sin embargo del superior número de los franceses, animados con la presencia de su mismo Soberano, á quien no se puede negar las prendas de esforzado guerrero, triunfaron completamente los españoles, haciendo prodigios de valor en aquel memorable dia bajo el mando y direccion del Marques de Pescara, que se distinguia entre los principales caudillos, y á ninguno cedia en espíritu y destreza militar. Quedó prisionero de guerra el Rey Francisco y como tal fué conducido á Madrid, en donde le visitó el Cesar, y le concedió la libertad bajo muchas condiciones de grande importancia, y la primera de ellas, que desistiendo de sus pretenciones á los estados de Milan, Génova, Nápoles, los Países Bajos y Borgoña, no diese ocasion á nuevas guerras, pues nada deseaba tanto el Emperador como la paz, y que las armas cristianas no se empleasen en destruirse mutuamente, sino en abatir á los

infieles. Fueron aceptadas estas condiciones por el Rey prisionero en una solemne concordia firmada en Madrid, con la cláusula de que si aquel Soberano no pudiese cumplirlas, se volveria voluntariamente á la prision, para lo cual empeñó su fé y palabra real. A pesar de tan formales promesas, no se verificó la observancia de aquellos pactos; antes bien negandose á ella el Rey de Francia, envió embajadores á Carlos Quinto, haciendole proposiciones muy diversas, y pretendiendo dar la ley el que la habia recibido. De aqui se originaron no solo sangrientas hostilidades entre España y Francia sino tambien debates privados entre el Emperador y el Rey Francisco como de caballero á caballero, y segun las leyes del honor.

Mientras se mantuvo preso en Madrid el Monarca frances, causó grandes cuidados en Italia el engrandecimiento del poder del Cesar, pareciendo que toda ella se rendiria antes de mucho á su dominacion. Por esto el Papa Clemente Séptimo, los venecianos, y aun el mismo duque de Milan Francisco Esforcia, á quien el Emperador acababa de restablecer en la posesion de sus estados, se coligaron

secretamente contra el vencedor. Al Marques de Pescara, Comandante del ejército imperial, hicieron indignas proposiciones para que convirtiese las armas contra el Rey su amo, y llegaron á ofrecerle la corona de Nápoles, pero aquel leal y honrado vasallo le dió parte del inicuo designio, y los tentadores de la fidelidad de Pescara, viéndose descubiertos, hubieron de recurrir á otros arbitrios menos infructuosos.

Concertaron, pues, una liga, que llamaron de la libertad de Italia, y por otro nombre *Clementina*, en la cual ademas del Pontífice, la republica de Venecia y el Duque de Milan, entraron los franceses, los ingleses, los florentínes, y casi todos los Príncipes menores de Italia. Oponen los cesarianos sus fuerzas á las de la Liga; y el Duque de Borbon, Condestable de Francia, que por desabrimientos con su corte se habia pasado al servicio del Emperador, y dado pruebas de sobresaliente soldado en la batalla de Pavía y en otras empresas, marcha con el ejército imperial contra Roma; la asalta vigorosamente, y pierde la vida en la accion. Sucediéndole en el mando el Príncipe de Orange, entran en la ciudad sus tropas, la

saquean y destruyen con indecible furia por espacio de siete dias, y despues de hacer terrible matanza en los coligados, obligan á Clemente Séptimo á refugiarse al castillo de Sant Angelo con algunos cardenales, y otros parciales suyos, y allí le cercan y estrechan hasta que el Papa entrega el castillo, quedando preso en él con la correspondiente guardia de españoles.

Aunque tenia Cárlos Quinto sobrada justicia en la guerra contra Clemente, cuando no fuese mas que por haber faltado este á las treguas que por medio del Embajador Don Hugo de Moncada habia concertado poco antes del asalto de Roma con el Emperador, á quien debia particulares beneficios, no por eso aprobó los insultos, y violencias que tan desenfrenadamente cometieron sus tropas en la capital del orbe cristiano; bien al contrario lo sintió de manera que al recibir la noticia mandó suspender los regocijos públicos con que en Valladolid se celebraba el nacimiento del Príncipe que despues fué Felipe Segundo, hijo primogénito del mismo Cárlos, y de su esposa Doña Isabel, hermana del Rey de Portugal Don Juan Tercero, y nieto de los Re-

yes Católicos. Con pretesto de poner en libertad al Pontífice, envió Francisco Primero á Italia nuevo ejército, el cual logró al principio no pocas ventajas, tomando á Génova y Pavia, y luego entró por el Reino de Nápoles hasta llegar á sitiar la misma capital. Pero el valor de los imperiales, aunque reducidos á escaso número, y la pestilencial enfermedad que cundió en las tropas francesas, las precisaron á retirarse perdiendo lo conquistado. Por esta razón y porque el Papa veía con dolor su corte dominada de extranjeros, y su partido ya muy débil, llegó la hora deseada de restituir á Italia la quietud de que tanto tiempo habia carecido. El Emperador, después de haberse reconciliado con el Pontífice, bajo condiciones decorosas, ajustó la paz con Francisco Primero en Cambrai año de mil quinientos veinte y nueve, estipulando que mediante la suma de dos millones de escudos de oro restituiria las personas del Delfín y su hermano menor que el Rey de Francia habia entregado en rehenes para seguridad del cumplimiento de la concordia hecha en Madrid. Obligóse Francisco á desistir de sus pretensiones á Flandes, y otros dominios; y

casó despues con la Infanta Doña Leonor, hermana de Cárlos Quinto.

Fué general esta paz, porque se comprendió en ella al Papa, al Rey de Inglaterra, y á todos los Príncipes y repúblicas de Italia, menos Florencia. Pasó luego Cárlos á Bolonia, y allí recibió de mano del Pontífice la corona imperial con la mayor pompa, y tuvo la generosidad de olvidar todos los sentimientos que le habia dado con su ingratitud Francisco Esforcia, y de concederle de nuevo la investidura del ducado de Milan. Luego redujo á los florentines con las armas á la obediencia de un sobrino del Papa, llamado Alejandro de Médicis, á quien dió titulo de duque, casandole con Margarita de Austria, su hija natural.

De Italia partió el Emperador á Alemania, en donde hizo coronar Rey de romanos á su hermano el Infante Don Fernando, ya Rey de Hungria y Bohemia. Invadió estos reinos el Emperador turco Soliman; pero Cárlos Quinto á la frente de un ejército compuesto de tropas de todos los Príncipes del imperio, le obligó á retirarse con gran pérdida y desaire: hazaña que no fué la menor del Cesar, tanto por la innumerable gente que

traía el orgulloso enemigo, como por la gravedad de la empresa en que se trataba de la libertad, ó de la destruccion de las potencias cristianas.

Volvió el Emperador á España, pasando por Italia, y entretanto Barbarroja, atrevido pirata, que largo tiempo habia infestado las costas del mar mediterraneo, despojó del reino de Tunez á Mulei Hacen, feudatario de los Reyes de Castilla, acudió este á implorar el socorro de Carlos, que recibiendo bajo su proteccion, navegó con una armada á Tunez, y despues de haberse apoderado á viva fuerza de la Goleta, fortaleza que defiende la entrada de aquel puerto africano, y bien petrechada por Barbarroja, auyentó á este, y entró vencedor en Tunez año de mil quinientos treinta y cinco. Allí libertó crecido número de cautivos cristianos, algunos de ellos franceses; y restituyendo generosamente á Mulei Hacen la corona perdida, aseguró los mares contra las piraterías que alentaba á ejecutar el abrigo del fuerte de la Goleta; bien que Barbarroja con auxilio del turco continuó aun despues en molestar á los cristianos.

LECCION XVII.

Fin del Reinado de Carlos Quinto.

Nunca faltaron á Carlos Quinto ocasiones en que manifestar su genio activo y belicoso, porque casi todo su reinado fué una continuada serie de campañas. Aun cuando hubiese querido evitar guerras, no le hubiera sido fácil, envidiando su prosperidad tantos y tan poderosos enemigos. El principal de ellos, que era el Rey de Francia, volvió á inquietarle sobre el estado de Milan con motivo de la muerte del Duque Francisco Esforcia. Renovóse la guerra, en que Francisco Primero ganó varias plazas del Piamonte. El Emperador por su parte no solo reprimió el ímpetu de los franceses, sino que conquistó algunos lugares de Provenza, y puso cerco a Marsella, no pudiendo continuarle por las enfermedades que padecieron sus tropas. Cuando asaltaba una torre cerca de Niza, murió en la demanda Garcilaso de la Vega, que despues de haber ilustrado la poesía castellana con su pluma, seguia la carrera de las armas acreditando el valor que correspondia á

su ilustre nacimiento. Indignado el Cesar por la desgraciada muerte de aquel dulce poeta y noble soldado, mandó ahorcar á todos los villanos que defendian la torre.

En Flandes y en Picardia hizo Cárlos Quinto muy lentos progresos: y al fin, siendo medianero el Papa Paulo Tercero sucesor de Clemente, ajustó en Niza una tregua de diez años con el Rey de Francia; y se restituyó á España despues de haber quedado reconciliados los dos Soberanos.

Confiaba tanto Cárlos en la sinceridad de esta reconciliacion, que al año siguiente, que fué el de mil quinientos treinta y nueve, habiendo de marchar á Flandes para reprimir una sublevacion de los ganteses, pasó por Francia, y se hospedó en el palacio de Francisco Primero, quien le trató con generosa magnificencia. Mas á pesar de semejantes muestras de amistad y buena fé, el Rey de Francia, que jamas habia renunciado de veras el derecho que juzgaba tener al Milanesado, reiteró sus pretenciones, si bien no ignoraba que el Emperador estaba resuelto á no condescender con ellas. Por último quebrantó la tregua, dando color

á este rompimiento con las quejas que tenia de que dos Embajadores suyos, cuando caminaban á Constantinopla, hubiesen sido asesinados en Italia, cuyo atentado atribuia á secreta disposicion del gobierno español.

Pareció á Francisco Primero que se le proporcionaba ocasion muy oportuna de acometer á Cárlos Quinto, porque este acababa de padecer una fatal derrota en Argel, á cuya conquista habia partido con poderosa escuadra, y apenas desembarcó cuando una furiosa tormenta destrozó la mejor parte de sus buques, de manera que sin haber empezado á pelear hubo de retirarse, sufriendo con heroica firmeza aquella imprevista adversidad.

Emprendió el Rey de Francia la guerra contra el Emperador por diversas provincias á un tiempo. El Delfín sitió á Perpiñan; pero halló en aquella plaza tal resistencia, que levantó el cerco. El Duque de Orleans en Luxemburgo, y el de Cleves en Brabante, consiguieron algunas ventajas; aunque los imperiales resarcieron muchas de sus pérdidas, obligando al de Cleves á pedir partido. En Piamonte hicieron los franceses mas rápidos progresos, y ganaron cerca de Cariñan una

importante batalla. El Emperador, aliado con el Rey de Inglaterra Enrique Octavo, entró por Francia, rindiendo cuanto se oponia á sus armas; pero no se llegó á combate decisivo por haber temido el frances la superioridad de las fuerzas del César, que se acercaba á Paris, no sin terror de toda aquella comarca. Concluyose finalmente la paz en mil quinientos cuarenta y cuatro, y Francisco Primero ratificó la renuncia de sus derechos á Milan, Nápoles y otros paises, siendo esta guerra la última de las que tuvo con Carlos Quinto.

Luego que cesaron las funestas discordias entre España y Francia, ocuparon todo el cuidado del Emperador las que afligian á Alemania con motivo de haberse propagado la heregía del pertinaz Lutero, favorecida de muchos Príncipes, y particularmente del Duque Elector de Sajonia, y del Landgrave de Hesse. Al uno y al otro hizo prisioneros el Cesar despues de una guerra en que no solo mostró su esfuerzo, sino tambien su industria y sagacidad, porque supo dar tiempo á que el poder de los enemigos se fuese debilitando, como en efecto debia suceder, siendo la liga de los protestantes un cuer-

po compuesto de muchas cabezas, y no subsistiendo su ejército sino con las contribuciones de varias ciudades que se habian de cansar muy pronto de aquellos insoportables gravámenes. Apaciguaronse por entonces las revoluciones que la heregia causaba en Alemania, y las hubiera cortado para siempre el diligente zelo de Carlos Quinto, si Enrique Segundo, sucesor de Francisco Primero, no hubiese distraído al Emperador, moviéndole nuevas guerras. En ellas decayó bastante la fortuna de los imperiales; y el poderoso partido de los luteranos consiguió la libertad de conciencia que en otras circunstancias no se le hubiera tolerado. Tomaron los franceses la ciudad de Metz en Lorena; y el César intentó en vano recobrarla. Por otra parte cometia el turco repetidas hostilidades, cuyo conjunto de desgracias casi apuraba la constancia de Carlos Quinto. Cansado al fin de las armas, y molestado de achaques, especialmente de la gota, dió el mas público y singular ejemplo de lo desengañado que estaba del mundo y sus glorias, renunciando la corona de España en su hijo Felipe Segundo, y la del imperio en su hermano el Rey de romanos Fernando. Retiró-

se á vivir privada, y cristianamente en el monasterio de gerónimos de Yuste á siete leguas de Plasencia en Castilla la vieja. Allí permaneció desde el año de mil quinientos cincuenta y seis en que hizo la renuncia hasta el de mil quinientos cincuenta y ocho en que falleció, despues de haber empleado en ejercicios piadosos los dos últimos años de su vida, con edificacion de todo el orbe cristiano, que no se admiró menos de la magnanimidad con que supo Cárlos despreciar las grandezas humanas, que de los nobles afanes con que las habia adquirido.

Para la defensa de sus estados y aumento de la religion hizo nueve viages á Alemania, seis á España, siete á Italia, diez á Flandes, cuatro á Francia, dos á Inglaterra, y otros dos á Africa, habiendo navegado ocho veces por el Oceano, y dos por el Mediterraneo. En tiempo de este Emperador se empezó á dar á los Reyes de España el título de Magestad en lugar del de Alteza que hasta entonces usaban; y se estableció formalmente la dignidad de Grandes de España, que antes se llamaban ricos-hombres. Dió nueva planta al Consejo de Estado, é instituyó el de las Indias, en cuyos negocios entendian desde el reinado de los Reyes Católicos

algunos ministros escogidos de otros tribunales. Cedió á la Religion de San Juan de Jerusalem la isla de Malta, despues que los turcos habian conquistado la de Rodas. Ademas de esto debe la cristiandad muy particularmente á su eficaz y católico influjo la celebracion del Concilio de Trento, que empezó en el año de mil quinientos cuarenta y cinco, y habiendose interrumpido varias veces, no vino á concluirse hasta el de mil quinientos sesenta y tres, cuando ya reinaba Felipe Segundo.

El deseo de no interrumpir la narracion de las empresas de Cárlos Quinto en Europa nos ha impedido hacer alguna mencion de las hazañas con que se ilustró el nombre español en las Indias occidentales.

Desde que Cristobal Colon halló el nuevo mundo no cesaron de hacer descubrimientos y conquistas muchos insignes pilotos y caudillos españoles como fueron Alonso de Ojeda, Diego de Nicuesa, Basco Nuñez de Balboa, Juan Ponce de Leon, Juan Diaz de Solís, Rodrigo de Bastidas, Francisco Fernandez de Córdoba, Juan de Grijalva y otros no menos dignos de memoria. Entre ellos sobresalió Hernan Cortés, natural de Medellin en Estrema-

dura varon de notable esfuerzo , penetra-
cion y celo patriótico , que en el año de
mil quinientos veinte y uno acabó de des-
cubrir y conquistar felizmente el reino
de Méjico, ó nueva España, bastando pa-
ra muestra de su heroica intrepidez la
resolucion que tomó de barrenar, y echar
á pique los bajeles para quitar á sus sol-
dados la esperanza de volver atras, y em-
peñarlos en vencer ó morir. A esta impor-
tantísima y verdaderamente admirable con-
quista, como la llama su elegante histo-
riador Don Antonio de Solís , se siguió
pocos años despues, la del reino del Pe-
rú, que otro animoso estremeño , Francis-
co Pizarro, venciendo increíbles obstácu-
los, sujetó á la dominacion castellana.

Habia precedido á estos dos conquis-
tadores Fernando de Magallánes , de na-
cion portugues, que se pasó al servicio
de España, y en mil quinientos diez y
nueve descubrió con nueva y peligrosa
navegacion el estrecho llamado de *Maga-
llánes*.

LECCION XVIII.

Principio del reinado de Felipe Segundo.

Aunque la monarquía, cuando entró Felipe Segundo á gobernarla, llegaba despues de tantas conquistas á su mayor engrandecimiento, es fuerza confesar que las continuas guerras que habia sostenido Carlos Quinto, la dejaron escasa de caudales y de poblacion, ademas de que ya empezaba esta á disminuirse por otra parte con las emigraciones de los muchos vasallos que pasaban á Indias. Hubiera sido entonces conveniente aspirar mas que á la adquisicion de nuevos dominios, á la defensa, cultivo y felicidad de los conquistados, con lo cual parece que hubiera conservado España un poder proporcionado á la estencion de sus paises. Pero Felipe Segundo quiso imitar á su padre en lo guerrero: y siendo menos afortunado, esperimentó en su tiempo la nacion los principios de la decadencia que, segun iremos conociendo, se declaró mas en el reinado de su hijo Felipe Tercero, creció en el de su nieto Felipe Cuarto, y llegó á ser estremada en el de su biznie-

to Carlos Segundo, último de los Reyes austriacos. No era Felipe Segundo tan soldado como su padre, ni se halló personalmente como él en las batallas; pero tenía mayor talento político, por lo cual le dieron el dictado de *Prudente*, mayor cautela é industria, mayor constancia en los peligros y adversidades; y desde su gabinete supo á veces mandar y hacerse temer tanto como Carlos Quinto en la campaña.

Antes que este emperador renunciase la corona, su hijo el Príncipe Don Felipe, viudo entonces de la Princesa Doña Maria de Portugal, habia casado de segundas nupcias con Doña Maria, Reina propietaria de Inglaterra, hija de Enrique Octavo, y de Doña Catalina de Aragon; por cuyo matrimonio fué el mismo Príncipe proclamado Rey de Inglaterra. Reconcilió con la Sede Apostólica á los ingleses, que la habian negado la obediencia; pero habiendo fallecido despues sin sucesion la Católica Reina Doña Maria, heredó la corona su hermana Doña Isabel, que favoreció á los protestantes, y fué causa de graves desavenencias entre España é Inglaterra.

Los ánimos de españoles y franceses

habian quedado desde las anteriores discordias muy propensos á volver á las armas; y en efecto las tomaron, empezando los franceses por dar socorro al Papa Paulo Cuarto, que confederado con ellos movió guerra en Nápoles al Rey Católico. Fueron infructuosos los prudentes y amistosos oficios que este pasó repetidas veces con el Sumo Pontífice para evitar la perturbacion y escándalo de la cristianidad; y habiendo preso el Papa á un Embajador y á un Ministro del Rey Don Felipe, entró por el estado romano el Duque de Alba, que despues de ganar el puerto de Ostia, y otros varios lugares hasta dar vista á Roma, no se atrevió á renovar el fatal estrago que aquella capital habia padecido, cuando la saqueó el Duque de Borbon. Las operaciones militares del de Alba, aunque menos sangrientas, bastaron para que el Papa, desistiendo de las tentativas en que le habia empeñado la inquieta ambicion de sus sobrinos los Carifas, conviniese por fin en aceptar la paz con que España le estaba convidando.

Cuando se redujo á ello, ya los franceses se habian visto obligados á abandonarle para acudir á defender la provin-

cia de Picardía; pues el ejército del Rey Don Felipe acometia aquella parte de Francia, y tenia puesto sitio á la plaza de San Quintín. Cerca de ella se dió en el año de mil quinientos cincuenta y siete una memorable batalla, consiguiendo los españoles el triunfo tan completo, que ganaron cincuenta y dos banderas, diez y ocho estandartes, y todo el bagage y artillería, é hicieron prisioneros á muchos nobles franceses. El Rey, que estaba en Flandes, pasó á su campo despues del combate, y dispuso se diese el asalto á San Quintín. Tomóse en efecto aquella plaza, y tuvieron igual suerte las de Chaletet, Han y Noyon. El haberse logrado la victoria de S. Quintín en el dia de S. Lorenzo, fué la principal razon por que Felipe Segundo ofreció dedicar á aquel Santo mártir español el suntuoso y celebrado templo que mandó edificar en el Escorial, fundando tambien alli mismo un monasterio de gerónimos, y dejando en tan admirable fábrica el mas insigne monumento de su piedad y magnificencia, como de su buen gusto en las bellas artes, y del esmero con que las honraba y protegia.

Otra derrota poco menos funesta que sufrieron los franceses en la batalla de

Gravelinas, los abatió de manera que trataron de proposiciones de paz. Ajustóse en mil quinientos cincuenta y nueve bajo condiciones ventajosas á España; y para mayor firmeza del tratado casó de terceras nupcias el Rey Don Felipe con madama Isabel, que por esto fue llamada *de la Paz* hija de Enrique Segundo de Francia.

En aquel mismo año confió el Rey á su hermana natural Margarita, ya Duquesa de Parma, el gobierno de los Países Bajos, al cual aspiraban el Príncipe de Orange Guillermo de Nasau, y los Condes de Horn, y de Egmont. Animados de este resentimiento, y deseosos de vengarse se valieron de la oportunidad que para ello les facilitaban las inquietudes de los flamencos, disgustados del rigor con que Margarita, en nombre, y por disposición de Felipe Segundo, celaba la pureza de la Religión Católica, ejecutando severos castigos en los que la viciaban con adherir á las nuevas opiniones de Lutero, y otros heresiarcas de su escuela, que habian inficionado casi todas las provincias del norte. La nobleza y la plebe se revelaron, prestando quejas sobre los tributos que el ministerio español las exigía, y sobre el establecimiento del Tribunal de la In-

quisición. El Rey, que ya se hallaba de vuelta en España, no juzgó necesario acudir con su presencia y autoridad á Flandes, como lo habia hecho su padre solamente para calmar el tumulto de la ciudad de Gante, mucho menos temible que el de todos los Países Bajos. Contentóse con enviar al Duque de Alba Don Fernando Alvarez de Toledo, capitan el mas hábil y respetado que se conoció en aquella era, dándole absolutos poderes y tropas con que reprimir á los mal contentos. Gran número de estos, especialmente artesanos y comerciantes, se pasó á Alemania, y á otros estados vecinos, los demas tomaron las armas. Prendió el Duque de Alba á los Condes de Egmont y de Horn, y los mando degollar en Bruselas; pero el Príncipe de Orange, implorando el auxilio de algunos Soberanos protestantes, opuso un ejército al del Duque y se trabó la mas sangrienta guerra, en que los rebeldes padecieron estragos, y tambien los causaron, destruyendo y saqueando los templos y las haciendas de los católicos. El genio del Duque de Alba, incapaz de contemplaciones, era en aquellas circunstancias mas propio para irritar que para serenar los ánimos; y las

muchas justicias que hizo, lejos de curar el mal, le agravaron. Cuando Felipe Segundo quiso aplicar remedios mas benignos ya era tarde. Su política, grande en la teórica, le fué inútil en la práctica; por que habiendo empezado á contener la rebellion con demasiada severidad, se vió precisado á recurrir á la clemencia despues que los sublevados estaban tan sobre sí, que la creyeron debilidad mas que clemencia verdadera, y rehusaron por consiguiente aceptar cuantos partidos les concedia el Monarca. Retirandose al fin el Duque de Alba, gobernaron sucesivamente los estados de Flandes el Duque de Medinaceli, Don Luis de Zuñiga y Requesens, comendador mayor de Castilla, D. Juan de Austria, hermano natural del Rey D. Felipe, Alejandro Farnesio, Duque de Parma, hijo de Margarita, y los Archiduques Ernesto y Alberto, sobrinos del Rey. Todos se portaron con menos rigor que su antecesor el Duque, y todos emplearon el valor y la prudencia ya en abatir, ya en atraer á los rebeldes; pero estos habian adquirido estraordinario poder. La principal parte de Flandes llegó á sacudir el yugo de la dominacion española, con negar la obediencia á Felipe Segundo, rom-

piendo su Real sello, y empezó á quedar en plena libertad así de gobierno, como de religion la república de Holanda que hasta hoy se mantiene con el título de los estados generales de las provincias unidas de los Países Bajos.

Al considerar el esfuerzo, y constancia con que pelearon los españoles en la dilatada guerra de Flandes, y las árduas empresas que acometieron, á veces con felicidad, parece que el Rey Don Felipe hubiera reducido aquellos estados á la debida subordinacion, si no hubiese divertido sus fuerzas á otras expediciones, cuales fueron las que tuvo que disponer contra los moriscos de Granada, contra el Turco, contra Portugal, contra Inglaterra, y en favor de la liga católica que se oponia en Francia al Rey Enrique Cuarto y al partido de los calvinistas. De cada una de estas diferentes guerras darán noticia las dos lecciones siguientes.

LECCION XIX.

Continuacion del reinado de Felipe Segundo.

A fines del año de mil quinientos sesenta y ocho los moriscos, ó cristianos nuevos de la ciudad y reino de Granada, dieron principio á un levantamiento que causó gran cuidado. Habíasele prohibido la práctica de algunos ritos supersticiosos heredados de sus padres los moros, tomándose providencias para que observasen con exactitud las leyes del cristianismo que acababan de abrazar, hablasen lengua castellana, y vistiesen como los cristianos viejos. Estas novedades demasiado duras y sensibles entre una gente inquieta, como recién conquistada, y tenazmente adicta á los usos y costumbres de sus mayores, la sirvieron de estímulo, y tambien de pretesto, para confederarse con secretas inteligencias, y tomar al fin las armas cuando mas desapercibido estaba el gobierno español. Eligieron los moriscos por Soberano á Aben Humeya, hombre principal entre ellos, dándole título de Rey de Granada y de Cór-

do, y empezaron á cometer inhumanas hostilidades contra los cristianos, que se hallaron entonces muy á peligro de perder aquel importante reino, y de ver restablecidas en él la dominacion y secta de los mahometanos. Pero al cabo de dos años de guerra quedaron sujetos los rebeldes, sin embargo de la obstinada resistencia que hicieron, fiados en los socorros que se les enviaban de Africa, y la fragosidad de las montañas llamadas Alpujarras, de donde era muy difícil desalojarlos. Don Diego Hurtado de Mendoza refirió los sucesos de aquella guerra con tanto pulso, energía y magestad de estilo, que no podemos menos de recomendar muy particularmente la lectura de una historia tan bien escrita en todas sus partes.

La guerra contra los turcos duró muchos años, aunque con algunas interrupciones. En el de mil quinientos cincuenta y ocho llegó á Menorca una escuadra turca, y las tropas que de ella desembarcaron, despues de tomar por asalto el pueblo llamado Ciudadela, causaron bastantes daños en aquella Isla, pero al fin se retiraron por verse muy disminuidas. Las piraterias del Arraez Dragut, gobernador de Trípo-

li, que se habia apoderado de la isla de los Gélbes, ó Gérbes, obligaron á juntar una mediana escuadra, con que emprender la conquista de dicha isla. Malogróse aquella jornada, asi por la vigorosa defensa que hizo Dragut, y por las enfermedades y escasez de víveres que padecieron los cristianos, como por que, acudiendo la armada turca, ahuyentó á la nuestra, que perdió la mayor parte de sus galeras, y de su gente. Sitiaron despues los turcos á Mazarquivir y á Oran; mas fueron rechazados de ambos presidios por el valor de las tropas españolas bajo la dirección de Don Martin de Córdoba. El Peñon de Velez, que habia venido, como ya dijimos, á poder del Rey Don Fernando el Católico, y vuelto al de los musulmanes, reinando Carlos Quinto, se rindió en mil quinientos sesenta y cuatro á las armas de Felipe Segundo mandadas por dos grandes generales, Don Sancho Martinez de Leiva, y el Marqués de Santa-Cruz Don Alvaro de Bazan. Sentido de esta pérdida Selim, Emperador de los turcos, acometió la isla de Malta; pero con el oportuno socorro que envió el Rey Don Felipe, huyeron escarmentados los infieles.

Por último, empeñado Selim en apoderarse de la isla de Chipre, poseida entonces por los Venecianos, ganó la ciudad de Nicosia, y poco despues la de Famagusta. La república de Venecia hizo liga con el Papa Pio Quinto, y con el Rey de España para refrenar la arrogancia de los turcos; y aprestandose en mil quinientos setenta y uno una armada de mas de doscientos bajeles con cincuenta mil hombres de varias naciones, aunque otros disminuyen este número, se confió el mando de ella al animoso y experimentado general D. Juan de Austria. En el golfo de Lepanto ó de Corinto, cerca de la isla de Cefalonia, se avistaron las dos escuadras cristiana y turca, y se dió un reñido combate, eternamente glorioso para las armas católicas, porque en él quedó prostrado el orgullo Mahometano, pereciendo en la accion el general de los enemigos. Doscientas galeras de las suyas fueron parte apresadas, y parte echadas á pique: los muertos y prisioneros turcos llegaron á veinte y cinco mil, y á veinte mil los cristianos remeros que fueron puestos en libertad.

Des años despues de esta memorable batalla naval, cuando ya los venecianos, se-

parandose de la liga, habian hecho la paz con el imperio Otomano, partió Don Juan de Austria con otra armada contra Tunez y se apoderó fácilmente de aquella ciudad por haber huido sus habitantes. Saqueola y puso el gobierno del reino en manos de Mulei Hamet, hijo de Mulei Hacén, con quien el Emperador Carlos Quinto habia usado igual generosidad. Luego se le entregó voluntariamente la ciudad de Biserta; y dejando guarnicion en ella, se volvió á Sicilia. Mientras se estaba fabricando por disposicion de Don Juan de Austria entre Tunez y el fuerte de la Goleta, un castillo para defensa de la ciudad, vinieron sobre ambas plazas una escuadra turca y un ejército de tierra, mandado por los Reyes de Argel y de Trípoli, que á costa de mucha sangre tomaron la goleta, y se hicieron dueños absolutos de la ciudad y reino de Tunez año de mil quinientos setenta y cuatro.

LECCION XX.

Fin del reinado de Felipe Segundo.

La reunion de la corona de Portugal con la de Castilla fué uno de los mas señalados acontecimientos del reinado de Felipe Segundo. Desde que segun vimos en la leccion octava, se separó Portugal de Castilla, le habian gobernado por espacio de cuatro siglos y medio diez y siete Reyes. Fué el penúltimo de ellos Don Sebastian, que murió sin hijos en una desgraciada expedicion que hizo á Africa, y el último su tio el Cardenal Don Enrique el Casto, que falleció en mil quinientos y ochenta. Pasó entonces el cetro Portugues al Monarca Don Felipe, como que por su madre la Emperatriz Doña Isabel era nieto del Rey Don Manuel de Portugal. Contra el justo derecho de Felipe Segundo alegaban los suyos el Duque de Braganza, el de Palma, el de Saboya y Don Antonio, Prior de Ocrato, hijo ilegítimo del Infante Don Luis de Portugal. Este Don Antonio, que tenia ganadas las voluntades, no tanto de la nobleza como del pueblo, se hizo aclamar Rey

y fué necesario que Felipe recurriese á las armas para librarse de aquel competidor, y asegurar la corona que él y los demas le disputaban. A este fin nombró por General de un grueso ejército al Duque de Alba, que, dejado el gobierno de Flandes, se hallaba á la sazón retirado en Uceda por disposicion del mismo Rey, y fué tan rara la confianza con que el Monarca eligió para esta empresa á un vasallo ofendido, como la lealtad con que, olvidando el Duque sus particulares resentimientos, se sacrificó en servicio de la patria. No tardó en derrotar las tropas de Don Antonio; obligóle á tomar la fuga; rindióse Lisboa, y quedó allanado todo el reino de Portugal, prestando obediencia al Rey Don Felipe, que por su parte le confirmó sus privilegios, y concedió perdon á los que le habian deservido. El Prior de Ocrato, declarado por rebelde, se pasó á Inglaterra, implorando auxilio, y despues á Francia, en donde halló mas amparo; pues logró se le diesen setenta velas, y seis mil y ochocientos franceses. Con este socorro marchó á la isla Tercera, que estaba á su devocion intentando fortificarse allí, y emprender la recuperacion de Portugal, cuando se

hallase con bastante poder para ello. Pero se le frustraron sus designios; porque una escuadra española mandada por el Marqués de Santa-Cruz salió al encuentro de la francesa, y la venció completamente. No se halló en esta batalla Don Antonio por haberse refugiado con tiempo á la Isla Tercera. Desde allí se volvió á Francia; y dejando un gobernador en la Isla, envió para su defensa una buena guarnicion de portugueses, franceses é ingleses. A pesar de esta resistencia, la Tercera vino á poder de los españoles luego que el mismo Marqués de Santa-Cruz la invadió con otra armada.

Incorporando Felipe Segundo á su corona el reino de Portugal, adquirió por consiguiente las vastas posesiones que en las dos Indias, oriental y occidental, habian descubierto y conquistado los portugueses, cuyo valor y pericia náutica se acreditaron admirablemente en ambos mundos.

Tambien empleó el Rey Don Felipe las armas contra Isabel Reina de Inglaterra, que fomentando la heregía dentro y fuera de sus dominios, habia dado socorro á los sublevados de Flandes. Los corsarios ingleses perseguian las embarcaciones es-

pañolas, señalándose entre ellos Francisco Drak, que hizo frecuentes incursiones en la isla de Santo Domingo, Cartagena de Indias, en la Florida, en la Jamaica, y en otros parages. Además de esto la Reina Isabel habia mandado degollar injustamente á la Reina de Escosia Maria Estuard; y los católicos de Irlanda, maltratados por los protestantes ingleses, solicitaban la proteccion de Felipe Segundo. Tales fueron los motivos que tuvo este Monarca para mandar se equipase en mil quinientos ochenta y ocho una armada, que siendo la mas formidable que por aquellos tiempos se habia visto en los mares, mereció el nombre de la *invencible*. Encargóse el mando de ella al Marques de Santa-Cruz, y por muerte de tan valeroso y hábil general, al Duque de Medina-Sidonia. Pero el fortísimo armamento, despues de sufrir dos borrascas, esperimentó la tercera y mas fatal cerca de las costas de Holanda. Dispersos los buques, y no teniendo puertos amigos á que acogerse, fueron acometidos de las escuadras inglesa y holandesa, que aunque inferiores, pudieron aprovecharse del desorden en que habia puesto á la nuestra el furor de los elementos. Contra ellos, y

contra el enemigo peleaban á un tiempo los españoles: mas no alcanzó todo su esfuerzo á evitar la funesta y casi total pérdida de navios y de gente. La noticia del desgraciado suceso consternó á España, que en aquella ocasion perdió la flor de su milicia y de sus fuerzas marítimas. Solo el Rey Felipe conservó su natural entereza y serenidad de espíritu, diciendo cuando recibió el aviso: „Yo no „los envié á combatir con las tempestades sino con los ingleses.” Animada la Reina Isabel con esta especie de victoria que debió á los contratiempos del mar, dispuso viniese una escuadra de setenta naves á hacer todo el daño posible en las riberas de Galicia, y Portugal. Desembarcaron tropas inglesas en el Puerto de la Coruña, y asaltaron la plaza; pero fueron rechazadas con gallarda intrepidez y se retiraron sin conseguir otra cosa que haber saqueado el arrabal del pueblo. Igual tentativa hicieron contra Lisboa; pero tambien sin fruto, aunque causaron algunos estragos.

En mil quinientos noventa y seis volvieron los ingleses á España con nueva armada, y desembarcando cerca de Cadiz, se apoderaron de la ciudad, la sa-

quearon, y se restituyeron á Inglaterra con ricos despojos.

Mandó Felipe Segundo aprestar ochenta naves contra los ingleses; mas esta escuadra experimentó igual calamidad que la antecedente á causa de los temporales que la desbarataron por dos veces en las costas de Galicia; de suerte que á pesar de la diligencia y exorbitantes gastos con que el Rey procuraba tener en buen orden su marina, no pudo impedir que la inglesa destruyese con incesantes correrías muchas de nuestras posesiones en Europa y en Indias.

Para completar la noticia general de las principales expediciones que destruyeron á Felipe Segundo de la empresa de Flandes, resta decir algo sobre la protección que dieron sus armas á la célebre liga católica, formada en Francia contra los calvinistas y hugonotes que reconocían por su fautor á Enrique Cuarto de Borbon, declarado heredero de aquella corona. En mil quinientos ochenta y nueve, luego que fué muerto alevosamente su predecesor, Enrique Tercero, recurrieron los coligados al favor del Rey Don Felipe, el cual los auxilió con tropas y dinero, sosteniendo una gravosa

guerra por la parte de Bretaña, por la de Picardía, por la de Langüedoc y por la del Delfinado. El Duque de Parma Alejandro Farnecio abandonó de orden del Rey el gobierno de Flandes para acudir al socorro de los de la liga, en ocasion que era muy necesaria su presencia en aquellos estados, por el grande incremento que habia tomado el partido de los rebeldes, no obstante haber ya muerto de un pistoletazo su primer caudillo el Príncipe de Orange, y deberse al valor de los españoles algunos prósperos sucesos y conquistas de plazas. Vióse Enrique Cuarto precisado por el Duque de Parma á alzar el cerco que tenia puesto á la ciudad de Paris, como asimismo el que puso despues á la de Ruan; y entre tanto el Duque de Saboya, yerno del Rey Don Felipe, consiguió felices victorias en Provenza. Enrique, en fin, quitando á los confederados católicos todo pretesto de oponerse á su exaltacion al trono, adjuró el calvinismo, y reconciliado con la Iglesia, fué recibido y aclamado en Paris como legítimo Soberano. Luego declaró formalmente la guerra á Felipe Segundo, que no desistia de amparar á los coligados por mas que los veia en

decadencia; con lo cual se renovaron las hostilidades. Tomó el frances por capitulacion la plaza de la Fera, y el Archiduque Alberto, que por fallecimiento del Duque de Parma le habia sucedido en el gobierno de los Países-Bajos, conquistó á Calés y otros pueblos. Tuvo igual suerte la ciudad de Amiens; pero Enrique Cuarto marchó en persona á recobrarla, y lo consiguió, sin embargo de haberla socorrido el Archiduque.

Tan varios y poco decisivos fueron los sucesos de esta guerra, y tan crecidas las sumas de dinero que en ella habia espendido el Rey Don Felipe, sin considerable utilidad, que vino en ajustar la paz con el Monarca frances año de mil quinientos noventa y ocho. Sintiendose ya muy postrado del continuo trabajo del gabinete, y de la gota entre otras dolencias, conoció que se iba cumpliendo el plazo de su vida, y que habiendole de suceder su hijo el Príncipe Don Felipe, que no pasaba de los veinte años, no convenia dejar pendiente la guerra con un competidor como Enrique Cuarto.

En lo interior de España hubo algunos disturbios durante el reinado de Felipe Segundo pero sin grandes consecuen-

cias. La mas notable alteracion, despues de la que hemos referido de los moriscos de Granada, acaeció en Zaragoza año de mil quinientos noventa y uno con motivo de haberse refugiado alli el Secretario de estado Antonio Perez, hombre de sagaz ingenio, que hallandose preso en Madrid por graves cargos que se le hacian, logró evadirse de la prision. Halló defensores en Aragon su patria: y el pueblo de Zaragoza, pretendiendo que se violaban sus fueros en el modo con que se procedia contra el Secretario encarcelado de nuevo en aquella ciudad, se amotinó, le libertó de las prisiones, y le facilitó el pasarse á Francia. Llegó la conmocion á términos de que el Rey se valiese de las armas para contenerla, y castigase rigorosamente á los principales autores del tumulto, empezando por Don Juan de Lanuza, que á la sazón poseia la antiquísima y respetable dignidad de Justicia mayor de Aragon y habia hecho resistencia á las tropas reales.

Pocos dias despues de publicada la paz con Francia, en que se estipuló la restitution de las plazas conquistadas por una y otra parte, falleció el Rey Felipe Segundo en el Real monasterio de San Lorenzo

del Escorial, dando patentes muestras de religiosidad y fervor cristiano. En medio de que su genio severo infundia en los vasallos mas respeto que amor, y de que por inevitables desgracias, ó por inadvertencias en que estan espuestos á incurrir los mas sagaces politicos, padeci6 en su tiempo la monarquía bastantes desmedros fué muy sentida su muerte; y debió serlo, consideradas las virtudes verdaderamente reales que le adornaban. Sobresalian entre ellas el celo en defender y propagar la religion; el infatigable desvelo con que atendia al despacho de los negocios; la heroica firmeza con que toleraba los infortunios y desgracias; el teson en sostener la causa que creia justa; la liberalidad en premiar á los sábios, y aplicados á todo género de ciencias y artes, y el pr6vido esmero que empleó en fundar útiles establecimientos, cuales fueron el Real Consejo de la Cámara de Castilla, al cual dió nueva forma y autoridad, el archivo general de Simancas, la universidad y colegios de Duai en Flandes, y el aumento y dotacion de las escuelas de Lovaina, sin contar los templos, hospitales, fortificaciones, puentes y otros edificios públicos en que vive eternizada su memo-

ria Conservarla tambien las islas Filipinas, que tienen este nombre por haber sido descubiertas y conquistadas en su reinado, como igualmente lo fueron el nuevo Méjico, y otras provincias de Indias.

LECCION XXI.

Reinado de Felipe Tercero.

No dejó Felipe Segundo, aunque casó cuatro veces, otro hijo que Felipe Tercero; pues el Príncipe Don Carlos, que nació de su primer matrimonio con Doña Maria de Portugal, habia muerto de veinte y tres años asegurado en un encierro por disposicion de su mismo padre, dando motivo aquella prision y temprana muerte á varios discursos, que cuando no se quieran calificar de malignas sospechas se han quedado en la clase de meras conjeturas muy dificiles de aclarar segun lo reservado del asunto, y de sus verdaderas causas. En el segundo matrimonio con Doña Maria de Inglaterra careció el Rey de sucesion, como ya insinuamos. Del tercero con Doña Isabel de Valois, ó *de la Paz* logró dos infantas; pero ningun varon: y aunque del cuarto con Doña Ana de Aus-

tria tuvo á los Príncipes Fernando, Cárlos, Diego y Felipe, solo vivió este último, que entró á gozar la corona en el propio año de mil quinientos noventa y ocho en que falleció su padre, y casó poco despues con su prima Margarita de Austria.

Para que no parezca exageracion nuestra lo que sera forzoso decir sobre el lastimoso estado del reino á fines del siglo decimosesto, nos valdremos de las mismas palabras con que no pudo dejar de pintarle el cronista Gil Gonzalez Dávila, aun despues de haber encarecido sobre manera las acciones del Rey Felipe Segundo: „España, dice, cabeza de tan dilatada „monarquía, era sola la que, por acudir á „la conservacion de tanto mundo, estaba „pobre, y mas en particular los leales reinos de Castilla, causada esta pobreza de „los nuevos tributos que Felipe con voluntad de estos reinos habia impuesto: principio de la despoblacion y trabajos que „andando el tiempo vinieron sobre Castilla, descaeciendo un reino tan opulento „por la mucha prisa que le dieron con „cargarle mas de lo que podian sus fuerzas; y el mismo Felipe se hallaba tan „acabado, que se le atrevió la necesidad „poco antes que muriese, y le obligó á

„que saliese á pedir limosna de puerta en
 „puerta (este nombre la dieron) por me-
 „dio de algunas personas religiosas; y fue
 „mas lo que se perdió de reputacion, que
 „lo que se juntó de donativo; y causaba
 „no poca admiracion en los vasallos con-
 „siderar la multitud de millones que ha-
 „bian venido de las Indias en tiempo de
 „su reinado; y notaban con la curiosidad
 „de la historia que en el año de mil qui-
 „nientos noventa y cinco en el espacio de
 „ocho meses habian entrado por la barra
 „de Sanlucar treinta y cinco millones de
 „oro y plata, bastantes para enriquecer los
 „Príncipes de la Europa, y en el año de
 „mil quinientos noventa y seis no habia
 „un solo real en Castilla: y preguntaban
 „*qué se hicieron, y adonde vinieron á pa-
 „rar rios ó mares tan caudalosos de oro?*
 „La mar quedaba con pocos bajeles, y ne-
 „cesidad de armarse para poner freno á
 „los corsarios de Africa, y piratas de Sep-
 „tentrion. En este estado dejó sus reinos
 „Felipe Segundo.

Bien que el nuevo Rey Felipe Tercero
 cediendo á su genio benigno y pacífico no
 emprendió las destructivas guerras que su
 padre, subsistieron, y aun se aumentaron
 en su tiempo las demas causas de la de-

cadencia de España. Impusieronse nuevos tributos sobre los comestibles y géneros de primera necesidad: lejos de establecerse manufacturas, se abandonaron las que habia, y como el dinero va siempre á buscar los paises en que reina la industria, no entraban en España los tesoros del nuevo mundo sino como de paso para llegar á manos de naciones extranjeras. De este abandono y del de la agricultura provenia naturalmente la falta del comercio activo, agravándose estos atrasos con el mal reflexionado acuerdo que el Rey tomó de duplicar el valor de la moneda de vellon, cuya providencia ocasionó que subiese el precio de las cosas, y que los extranjeros introdujesen en cambio de nuestra plata grandes cantidades de moneda de cobre, fabricada por ellos. Cada dia se iba haciendo mas sensible la escasez de poblacion; y al paso que se enriquecian algunos validos despóticamente apoderados del gobierno del reino, los vasallos empobrecidos solo conservaban la sublime idea del poder y esplendor que habian gozado en algun tiempo, sin tener ya arbitrios efectivos con que sostener la gloria, antes justa y loable, pero ya no bien fundada. Esto resulta de la historia, y esto debemos lamentar, examinando política-

mente el reinado de Felipe Tercero. Mas, por otra parte, si las prendas que deben adornar á un buen Rey se redujesen todas á la devota piedad, apenas se hallaria en nuestra historia reinado mas dichoso, porque ningun Monarca le ha excedido en el celo católico, proteccion de la Iglesia, y caritativa liberalidad en fundar monasterios, y otras obras pias, con ser tantos los que España ha tenido eminentes en esta virtuosa inclinacion.

Nada manifestó tanto su religioso espíritu como la providencia que se resolvió á tomar de espeler de España á los moriscos: determinacion no menos aplaudida por unos que vituperada por otros, segun los diversos aspectos en que la han considerado. Elógianla infinito los que atienden únicamente á la obligacion que nunca olvidó el católico Rey de conservar sin mezcla de supersticiones la pureza de la fe cristiana en sus dominios, y á la necesidad de libertarlos de unos enemigos domésticos muchas veces sublevados, y siempre tenaces en seguir tratos é inteligencias secretas con los moros de Africa, y otros adversarios del imperio español. Reprueban la providencia los que opinan que, sin llegar al extremo de una

total espulsion , habia medios mas suaves para impedir que los moriscos fuesen perjudiciales á la religion, y á la monarquía, y para no privar á esta de mas de novecientos mil vasallos cuya falta habian de sentir la agricultura, la industria y el comercio. Lo cierto es que Felipe Tercero, no queriendo imitar el ejemplo de su padre , que despues de someter á los moriscos de Granada, tomó el arbitrio de alejarlos de aquellas costas, y repartirlos por las provincias interiores del reino á fin de que no formasen un cuerpo poderoso y temible, se acercó mas á imitar al Rey D. Fernando el Católico , que los persiguió severamente hasta espeler á los que no se convertian ; pero con la notable diferencia de que los que entonces salieron de España eran verdaderamente mahometanos, y los que espelió Felipe Tercero eran cristianos, aunque nuevos, y no todos bien confirmados en la fé. Permitióseles vender sus haciendas y alhajas, y habiendo empezado la espulsion en mil seiscientos y nueve, se concluyó quatro años despues.

Ademas del destierro de los moriscos concurrieron á la despoblacion del reino, é influyeron en su decadencia otras cau-

sas que el Consejo de Castilla representó al Rey en una seria consulta que corre impresa, proponiendole los principales remedios para atajar el daño. Pero así como en este particular no llegó el caso de que siguiese Felipe Tercero las prudentes máximas de su Consejo, así también experimentó los inconvenientes de no haber observado la importantísima advertencia que de palabra y por escrito le había repetido su padre sobre que procurase gobernar por sí, oyendo el dictamen de ministros celosos, y no entregándose ciegamente á un solo privado que abuse de la autoridad. Tal fué cabalmente en su reinado el Duque de Lerma, que llegó á ser absoluto dueño de los negocios, y no cayó de la privanza hasta que las multiplicadas y justas quejas manifestaron (tarde á la verdad) cuan grave era ya el desorden del reino contra lo que debía esperarse de un Monarca á cuya justicia y sana intencion hubiera debido España su mayor fortuna si con estas virtudes no se hubiese mezclado la debilidad.

Conoció el Rey que en la situación de las cosas el principal beneficio de que estaba necesitada su monarquía era la paz, y así la ajustó con Inglaterra en mil seis-

cientos y cuatro, luego que falleció la Reina Isabel; y en mil seiscientos y nueve estipuló con los holandeses una tregua de doce años, atendiendo á que la guerra que continuaba en los Países bajos, no habia traído á los españoles ventaja alguna, que no fuese estremadamente costosa. La empresa mas señalada de nuestro ejército bajo el mando del Archiduque Alberto, y del Marques de los Balbáses, Ambrosio Espínola, fué el largo y penoso sitio de Ostende. Esta plaza tenida por inespugnable se rindió finalmente á las armas católicas, siendo mayor la gloria que la utilidad, ya porque costó muchas vidas y caudales, ya porque ocupadas las tropas españolas en aquel asedio, no pudieron acudir á la necesaria defensa de otras plazas no menos importantes, de que se fué apoderando el enemigo. Amotinábanse frecuentemente los soldados por la falta de paga y escasa provision de víveres, y ya no era posible mantener en aquellos países ejército bastante numeroso para conservar lo que en ellos poseia España, mucho menos para recobrar lo perdido. Entretanto los holandeses, aplicados al lucroso comercio y navegacion de las Indias orientales, y oc-

cidentales, adquirirían nuevo poder y arrogancia, de suerte que no pudo Felipe Tercero concluir las deseadas treguas sino con dos condiciones sumamente duras para nosotros; la primera reconocer á la Holanda por república independiente; la segunda concederla el libre tráfico en Asia y América.

Al mismo tiempo florecia tanto la monarquía francesa, despues de apaciguadas sus anteriores guerras civiles, que no parecia ya prudente tenerla por enemiga; y á fin de consolidar la paz entre aquella potencia y la de España, se ajustaron en mil seiscientos y doce dos reciprocos matrimonios, el uno del Príncipe de Austria Don Felipe (que reinando despues, fué el cuarto de este nombre) con la Princesa Isabel de Borbon, hija de Enrique Cuarto; y el otro de Doña Ana de Austria, hija de Felipe Tercero, con Luis Decimo tercio, que habia ya sucedido al mismo Enrique. Esta Doña Ana fué madre de Luis Decimocuarto, llamado el *Grande* cuyo reinado es por tantos titulos célebre en la historia de Francia.

El Rey, no obstante su declarada propension á la paz, no pudo dejar de empenarse en algunas espediciones militares,

porque habiendose suscitado discordias en Italia entre el Duque de Saboya, y el de Mantua sobre el Ducado de Monferato, y no consiguiendo Felipe se reconciliasen estos Príncipes, segun lo habia procurado, entró el ejército español por el Piamonte, y ganó algunas plazas. Pero cedió el Duque de Saboya, y se le restituyó lo conquistado.

Con motivo de haber Federico, Elector Palatino, no solo pretendido, sino logrado mediante el favor de los protestantes las coronas de Hungría y Bohemia en perjuicio de Ferdinando Segundo, socorrió D. Felipe á este con cuarenta y ocho mil hombres en dos distintas ocasiones, contribuyendo mucho tales auxilios á la victoria que al fin quedó por los austriacos despues de haber continuado aquella guerra muchos años.

No menos provechoso amparo concedió con sus armas á los católicos del pais de Valtelina, confinante con el Tirol, y con el estado de Milan. Mientras sus vecinos los grisones adictos á la heregía, pretendian con apoyo de la Francia conservar aquel territorio, deseaba la casa de Austria mantenerle en poder de católicos para que la sirviese de paso y co-

municacion entre los estados que poseia en Alemania y en Italia.

Los católicos de Inglaterra y de Irlanda le debieron tambien la mas generosa proteccion; y mientras duraban las ruidosas disenciones entre la Sede Apostólica, y la república de Venecia, mandó levantar y mantuvo con increíbles expensas un respetable ejército á las órdenes del Conde de Fuentes, Gobernador del ducado de Milan, con lo cual aseguró la paz de Italia, y se compusieron las diferencias entre Venecia y Roma, sin llegar á las armas.

Por mar abatió repetidas veces á los turcos, acreditando su conducta y valor el Marques de Santa-Cruz, Don Octavio de Aragon, Don Juan y Don Luis Fajardo, Don Diego Pimentel, Don Francisco Ribera, y otros ilustres caudillos, que en varios encuentros destruyeron muchas galeras enemigas, y ganaron ricas presas. El Marques de Santa-Cruz dismanteló y saqueó en Levante diferentes poblaciones turcas, la isla de Lango, y la de los Cuerquenes. En mil seiscientos y diez adquirió el Rey Don Felipe por negociacion el puerto de Larache, situado en el reino de Fez en Berbería, y cuatro años,

despues á fuerza de armas el de la Marmora cerca de Tanger.

A los principios de su reinado, tuvieron en América los españoles una obstinada guerra contra los araucanos, indios belicosos del reino de Chile: y por el esfuerzo y buena disciplina de los nuestros fueron vencidos los enemigos en aquellas gloriosas batallas que celebró en verso castellano el poeta Don Alonso de Ercilla.

Las islas Molucas ó Malucas, poseidas por los portugueses en otro tiempo, y que despues admitieron á los holandeses, fueron reducidas al dominio español. Los mismos portugueses, vasallos entonces del Rey Don Felipe, adelantaron mucho sus conquistas en la india oriental, ganando el reino de Perú y otros paises, y cerca de las islas Filipinas fué derrotada por los españoles una escuadra holandesa que se dirigia contra ellas.

En el año de mil seiscientos veinte y uno despues de haber hecho un viage á Portugal, falleció Felipe Tercero, manifestando en el último trance todas las virtudes cristianas que le adquirieron el renombre de el *Piadoso*. Durante su reinado se construyó el puerto del Callao de Lima, se repararon las fortificaciones de Por-

tobelo, como asimismo las de Cádiz arruinadas por la invasion de los ingleses; aumentaronse las fuentes públicas de la villa de Madrid, edificóse su plaza mayor, y se empezó la fábrica del panteon del Escorial, destinado á la sepultura de las personas reales.

LECCION XXII.

Reinado de Felipe Cuarto.

Luego que murió Felipe Tercero subió al trono de edad de diez y seis años su hijo Felipe Cuarto, á quien llamaron el *Grande*, título que si pudo convenirle por sus generosas prendas, no le convino ciertamente en atencion á lo afortunado. Tan lejos estuvo de serlo, que en los cuarenta y cuatro años que reinó, vió sus dominios continuamente agitados de guerras, resultando mayores las pérdidas que las victorias, aunque de estas logró algunas sumamente gloriosas para el nombre español.

La emulacion que desde el reinado de Carlos Quinto habia excitado en casi todas las potencias estrangeras el engrandecimiento de la casa de Austria, se aumen-

taba al mismo paso que iban conociendo prácticamente no ser imposible contener sus progresos. La Francia fue quien por sí misma, ó por sus aliados movió las principales guerras contra España, ya mientras reinó Luis Décimotercio, siendo su ministro el Cardenal de Richelieu, célebre político, ya durante el reinado de Luis Décimocuarto, que elevó su monarquía al mas alto grado de poder y esplendor no solo en lo tocante á la fuerza militar, sino tambien en lo respectivo á las artes y ciencias.

Entregó Felipe Cuarto su confianza y el gobierno de todos los negocios á su gran privado y confidente el Conde Duque de Olivares; y aunque empezó á reformar abusos de su corte, á moderar los gastos que agotaban el erario, y á fomentar con prudentes arbitrios la poblacion del reino, ó llegaban tarde, ó no alcanzaban estos remedios para reparar el abatimiento que desde los anteriores reinados experimentaba la corona. Los enemigos á quienes esta debia resistir eran tantos y tan formidables, que nunca mejor que entonces se echó de ver adonde llegaban el valor y la constancia inseparables de los pechos españoles. En vez de

admirarnos de lo mucho que se atrasó la monarquía en aquella época, admirémosnos de que no se hubiese arruinado enteramente, porque así como en el auge y estencion llegó á ser comparable al antiguo imperio romano, pudo tambien haberle imitado en la total decadencia y destruccion; y así parece que hubiera sucedido, estando en otras manos.

Seria tan molesto como ageno de nuestro propósito referir menudamente las muchas campañas que sostuvo por entonces nuestra nacion en diversas provincias dentro y fuera de sus estados. A un mismo tiempo, ó sucesivamente daban penosa ocupacion á las armas españolas. Holanda, Flandes, Alemania, Italia, Francia, Inglaterra, Cataluña, el Rosellon, Portugal, las costas de Africa y las dos Indias.

Las treguas que Felipe Tercero habia ajustado con Holanda espiraron luego que ciñó la corona Felipe Cuarto. Renuevasse la guerra, y continuando hasta el año de mil seiscientos cuarenta y siete en que se concluyó la paz de Munster, y de westfalia, consiguen los holandeses algunas victorias por tierra, y muchas por mar; pues si Don Fadrique de Toledo les derrotó una armada junto al estrecho de Gibralt-

tar, ellos tuvieron la suerte de maltratar las nuestras en los mares de Nueva España y el Perú, y cerca de Cales, aprehendiendo tambien una rica flota portuguesa que venia de China. Saquearon la ciudad de Lima, recogiendo gran despojo, tomaron algunas de las islas Antillas, y se hicieron dueños de la Bahía de Todos-Santos, de la ciudad de San Salvador y de Fernambuco en el Brasil, aunque el mismo Don Fadrique de Toledo los desalojó muy pronto de aquellas dos primeras posesiones. Si el Marques Ambrosio Espinola rindió á Juliers al cabo de cinco meses de sitio, los enemigos se desquitaron con la conquista de otras plazas, y con el triunfo que obtuvieron junto á Luxemburgo, despues del cual llegaron á tal estado de superioridad y altivez, que rehusaron largo tiempo entrar en proposiciones de ajuste con España. La mayor prueba de que la industria, el comercio y las artes proporcionan mas colmadas y sólidas ventajas que toda la fuerza de las armas es, que unos pescadores, cuales eran los holandeses, pudiesen hallar mediante su laboriosa aplicacion arbitrios con que sostener tan prolongada guerra contra una nacion temible, y que mien-

tras esta se aniquilaban con excesivos gastos, se aumentasen las riquezas y poblacion de aquella nueva república, cuya libertad é independenciam quedó confirmada en el tratado de Múnster.

En las demas provincias del Pais-Bajo ardía igualmente la guerra. Felipe Segundo, deseoso de calmar las inquietudes de los flamencos, y creyendo se contentarian con obedecer á un Príncipe alemán, habia casado á su hija la Infanta Isabel Clara con el Archiduque Alberto, y la cedió en dote los Países-Bajos. Pero falleciendo el Archiduque sin dejar sucesion, se devolvió la propiedad de aquellos estados á Felipe Cuarto, que, como Señor de ellos, nombró gobernadora á la Infanta Archiduquesa viuda. Reiteraron entonces sus pretenciones los flamencos, empeñados en sacudir el yugo español, y aun intentaron establecer en su patria un gobierno republicano á imitacion del de Holanda. Aunque Espínola tomó por asedio la importante plaza de Breda, y el Cardenal Infante Don Fernando, hermano del Rey, que despues de la Archiduquesa gobernaba los Países-Bajos, venció á los confederados en algunas batallas, singularmente en la de Nor-

tinguen, no dejaron estos de ganar varios pueblos, entre ellos á Mastric ; y en tanta variedad de sucesos habia plaza que se perdia y recobraba tres ó cuatro veces.

Proseguia tambien la guerra en el Palatinado, consiguiendo frecuentes, aunque costosas victorias los imperiales y españoles. El ejército de Dinamarca, potencia que se habia coligado con diferentes Príncipes del imperio contra el Emperador, padeció dos derrotas; pero por otra parte el Rey de Suecia Gustavo Adolfo, uno de los mas insignes héroes de la historia moderna, se confederó igualmente con los enemigos de la casa de Austria; y en sus empresas contra ella logró felicidades correspondientes á su gran pericia y marcial espíritu.

Dió motivo á los franceses y españoles para tomar las armas en Italia la sucesion del Ducado de Mántua, que heredaba el Duque de Nevers con apoyo de la Francia, y á disgusto de Felipe Cuarto. A este socorrió el Emperador con gran número de tropas, y se emprendieron en el espacio de tres años varias campañas, una de las cuales costó la vida al animoso y diestro caudillo Ambrosio Espinola.

Segue el Duque de Saboya el partido de España: conquistandole los franceses parte de sus estados: vencen en dos combates á los austriacos; y no obstante que el ejército del Emperador se apodera de Mántua y la saquea, logran por último los franceses asegurar al Duque de Nevers su herencia, cediendo España de aquel empeño para acudir con sus fuerzas adonde las llamaba otra necesidad mas urgente.

Oponiase en Alemania á los austriacos el Elector de Tréveris bajo la proteccion de Francia; y como por esta razon hubiesen los españoles tomando á Tréveris, espelido la guarnicion francesa, y preso al Elector, halló pretesto el Cardenal de Richelieu para declarar á España nueva guerra en mil seiscientos treinta y cinco: guerra sangrienta que duró cerca de veinte y cinco años, y casi acabó de consumir la gente y tesoros de España,

Unida Francia con los holandeses, el ejército de ambas naciones tomó á Tillemont; y si bien el del Cardenal Infante, corriendo las tierras de las provincias de Champaña y Picardía, y conquistando plazas en esta última, se iba acercando á Paris hasta causar gran cuidado y con-

fusion en aquella capital, se vió obligado á retirarse; y los franceses se apoderaron de Landrecie, Damvilliers y otras plazas, al mismo tiempo que los holandeses recobraron á Breda.

Entretanto el Marques de Leganés, habiendo precisado á los franceses á salir del Milanesado, hizo considerable estrago en los estados de Parma y Plasencia, cuyo Soberano seguia el partido de Francia; tomó á Niza de la Palla, á Brem y á Verceli; y consiguió no menores ventajas en el Piamonte, poco despues de haberse hecho los franceses dueños del pais de Valtelina, sobre el cual habian precedido muchas competencias y diversos convenios tan pronto ajustados como desvanecidos.

En la raya de España sitiaron los mismos franceses á Fuenterrabía, y quemaron doce bajeles que conducian víveres y municiones á la plaza; pero la libertó valerosamente el ejército español, destruyendo en un vigoroso ataque el campamento de los enemigos, y obligandolos a tomar la fuga.

Fueron muy rápidos é importantes los progresos que continuaron estos haciendo en los Países-Bajos, pues conquistaron

á Hesdin, Yvoy, Arrás, Gravelingas, Courtrai, Dunquerque y otras plazas menores; y el Mariscal de Turena triunfó de los Austriacos en la segunda batalla de Nortlinguen, restituyendo al Elector de Tréveris la libertad y la pacífica posesion del electorado.

El Duque de Anguien (conocido por el nombre de el Gran Conde) despues que con haber ganado la memorable batalla de Rocroy, en que fueron muchos los muertos y prisioneros de nuestra parte, resarcio la perdida y el desaire que habia experimentado en el sitio de Fuenterrabia, tuvo graves disgustos con el Cardenal Mazarino, sucesor del de Richelieu en el ministerio de Francia. Pasóse al partido de los españoles; y uniendo sus armas con las de Don Juan de Austria, hijo del Rey Don Felipe; habido fuera de matrimonio, é igual así en esta circunstancia, como en el nombre, y en la profesion militar al otro Don Juan de Austria hijo de Carlos Quinto, abatió en tantas y tan gloriosas ocasiones á los franceses, que los hubiera reducido á la mayor consternacion, si á la intrepidez y acertadas disposiciones de aquel ínclito Capitan no hubiese opuesto las suyas un

digno competidor como el Mariscal de Turrena.

Habian sido infructuosas las negociaciones de paz entre Francia y España, y seguian las hostilidades con notable detrimento de esta, aumentándose la despoblacion, las estrecheses del erario y las quejas de los pueblos. Ya los catalanes, aragoneses, valencianos, navarros y vizcainos reusaban sostener el peso de la guerra y de los gravosos tributos impuestos para continuarla, y los castellanos eran casi los únicos que peleaban por toda la nacion, sacrificando con firme lealtad sus vidas y bienes, cuando en el año de mil seiscientos cincuenta y nueve llegó Felipe Cuarto á concluir con Francia la deseada paz llamada *de los Pirineos*, que aunque poco favorable á España, se aplaudió como una fortuna respecto del estado de las cosas. La principal condicion fué el ajuste del matrimonio de la Infanta Doña Maria Teresa de Austria, hija primogénita del Rey con Luis Decimocuarto, aunque renunciando á la sucesion de la monarquía española. Este matrimonio y renuncia tuvieron despues grandes consecuencias, como veremos, cuando se trate de la

exaltacion de la casa de Borbon al trono de España. Cedióse á Francia todo el Rosellon con las plazas de Perpiñan y Salsas conquistadas ya por los franceses durante la guerra, y ademas una parte del Condado de Artois, y otros territorios en los Países-Bajos, obligandose Luis Decimocuarto á restituir lo que habia adquirido con sus armas en el estado de Milan.

En los últimos años de la guerra con Francia tuvo tambien Felipe Cuarto por enemiga á la Inglaterra. Gobernábala con titulo de protector el ambicioso Oliverio Cromuel despues de la trágica y escandalosa muerte dada á su Rey Carlos Primero en público cadahalso. Rompió Cromuel con España, y envió escuadras que saliendo vencedoras en varios combates, invadieron nuestras colonias de América. Las islas de Santo Domingo y de Cuba, y la de Tierra firme se defendieron bizarramente; mas la isla de la Jamaica se rindió á los ingleses; y asi esta posesion como el puerto de Dunquerque en cuya conquista habian coadyuvado á la Francia, se les entregó en virtud de un tratado de paz que ajustó con ellos el Rey Don Felipe al mismo tiempo que estipu-

ló la de los Pirineos.

Hasta aquí hemos compendiado los mas notables sucesos de las guerras pendientes fuera de España en este turbulento reinado; pero resta hacer mencion de otras dos sumamente fatales que dentro de ella se suscitaron con ocasion de las rebeliones de Cataluña y de Portugal.

LECCION XXIII.

Continuacion y fin del reinado de Felipe Cuarto.

Entre las provincias de España que se manifestaban cansadas y quejasas de la duracion de la guerra, fue Cataluña la que como vecina á la raya de Francia experimentaba mayores incomodidades por el frecuente paso de tropas y por los desórdenes que cometian. Agregándose á este sentimiento el de ver quebrantados algunos de sus privilegios, hizo á la corte representaciones que fueron mal despachadas, ó enteramente desatendidas, de lo cual se originó en Barcelona (año de mil seiscientos y cuarenta) una sublevacion, que empezó por insultos contra los

soldados, y acabó por una guerra formal contra el Monarca. Desde luego sacrificaron los amotinados á su furor al Virrey Conde de Santa Coloma; y los principales vecinos de la ciudad, ya disgustados del gobierno, viendo encendido el fuego de la sedicion, concurrieron á aumentarle, juntando una especie de consejo como de república, y enviaron al Rey de Francia un diputado para suplicarle los admitiese bajo su proteccion, y pedirle auxilios que muy de ante mano sabian no les habia de negar. Imitaron otros varios pueblos de Cataluña el ejemplo de Barcelona, persiguiendo con tal encono á las tropas castellanas, que las obligaron á retirarse hácia el Rosellon. Cuando ya no bastaban para aplacar á los rebeldes las promesas que el Rey les hizo de conservarles todos sus privilegios, y de perdonar generalmente á los culpados, fue preciso que nombrando por Virrey al Marques de los Velez, le mandase valerse contra ellos del rigor de las armas, á cuyo fin le confió el mando de un ejército.

Entró, pues, en Cataluña el Marques, rednciendo muchos lugares á la obediencia de Felipe, y encaminandose á Barce-

lona, centro y móvil de la sedición. Entonces los catalanes persuadidos de que no podrian sostenerse con el corto socorro que les habia franqueado Luis Décimocuarto como su mero protector, resolvieron sujetarse á él como á Soberano, y en efecto le aclamaron Conde de Barcelona con la condicion de que no les impusiese nuevos tributos, ni encargase el gobierno de las plazas á otros que á los mismos catalanes. Envió Francia fuerzas de mar y tierra en defensa de los sublevados: trabóse la guerra con variedad de acontecimientos ya prósperos, ya adversos por una y otra parte: hubo sitios obstinados, valerosas defensas, choques muy reñidos; pero ninguna batalla campal y decisiva entre los dos ejércitos. El mismo Rey Don Felipe marchó en persona al cerco de Lérida, y le concluyó felizmente con rendir esta ciudad, que los franceses intentaron recobrar por dos veces, aunque en vano. Perdieron á Balaguer; mas ganaron á Rosas, plaza de gran importancia porque facilita la comunicacion entre Rosellon y Cataluña. Sirvióles de poco el haberse apoderado de Tortosa, pues los castellanos los desalojaron de ella, pasando despues á bloquear

á Barcelona, la cual á pesar de su porfiada resistencia, vino á entregarse á Don Juan de Austria por capitulacion en mil seiscientos cincuenta y dos. Espelió de allí este general á los franceses, desbarató sus tropas cerca de Gerona, libertandola del sitio que sufría, y pacificada la provincia, se concedió indulto á los sediciosos, á excepcion de los principales faccionarios, que fueron ajusticiados.

Poco despues emprendieron algunos catalanes nueva rebellion, y los franceses, que los auxiliaban, se hicieron dueños de Villafranca y Puigcerdá, pero Don Juan de Austria con fuerzas inferiores, atajó oportunamente los progresos de aquella segunda revolucion; y por el tratado de paz de los Pirineos restituyó Francia las pocas poblaciones que le quedaban en Cataluña.

En el propio año de mil seiscientos y cuarenta tuvo principio la sublevacion de Portugal, cuyas consecuencias fueron para la monarquía española harto mas graves y sensibles que las del levantamiento de Cataluña. Las causas que motivaron ambos sucesos no se diferenciaban mucho, y en ambos intervino la Francia con su influjo ya oculto, ya manifesto.

Gobernaba á Portugal como Virreina en nombre de Felipe Cuarto la Duquesa viuda de Mántua, cuando algunos de aquellos vasallos naturalmente opuesto á la dominacion castellana, indignados contra el Secretario Miguel de Vasconcelos, que manejaba despóticamente los negocios en Lisboa, y fatigados de prolijas guerras con pérdida de varios paises en la India oriental, resolvieron sacudir el yugo español, y colocar en el trono portugues al Duque de Braganza, emparentado con los Reyes de Portugal anteriores á los austriacos. Tramóse la conspiracion con admirable sigilo; y llegando esta á prorumpir, dan los malcontentos inhumana muerte á Vasconcelos, arrojandole de una ventana de palacio: desarmen las guardias de la Virreina, la prenden, y proclaman Rey al Duque con el nombre de Juan Cuarto. Francia y Holanda, en fuerza de la alianza que con él trataron, le socorrieron inmediatamente; y entretanto España empeñada en sosegar las turbaciones de Cataluña, y oponerse á las armas francesas agolpadas hácia los Pirineos, dió lugar á que el nuevo Rey fuese reconocido no solo en Portugal y los Algarbes, sino tambien en el

Brasil y en la India, y sometiese á su dominio las islas Terceras que repugnaban admitirle.

Hasta que Felipe Cuarto se desembarazó de guerras con Francia y con otros enemigos despues de las pases de Múnter y los Pirineos, no empleó con vigor sus fuerzas de mar y tierra en reducir á Portugal, tratandole como provincia rebelde. Aunque en mil seiscientos cincuenta y seis habia ya fallecido Don Juan Cuarto, la Reina Doña Luisa de Guzman su esposa, que gobernaba el estado durante la menor edad de Alfonso Sesto, atendió con tanto valor como acierto á la conservacion de su trono dificil de defender en aquellas criticas circunstancias.

Empezaron activamente las hostilidades y Don Luis de Haro, sobrino del Conde Duque de Olivares, y que mas adelante le sucedió en el ministerio, entró por la provincia de Alentejo, y sitió á Elvas; pero acudiendo á socorrer esta ciudad el ejército portugues, obtuvo muy señalada victoria.

Por haberse frustrado á causa de temporales una expedicion marítima aprestada contra Portugal, se difirió la campa-

ña para el año próximo siguiente, que fué el de sesenta y uno en que Don Juan de Austria se encargó del mando de las tropas castellanas, despues de haber pasado Don Luis de Haro á negociar con Francia la paz, que era absolutamente necesaria. Aunque Don Juan de Austria se apoderó de Évora, Estremoz, y otras plazas, sus progresos no fueron tan dichosos. que bastasen á desalentar á los enemigos; y estos le derrotaron cerca de la misma villa de Estremoz, peleando con el denuedo de hombres que defendian su patria, libertad y bienes.

Quejoso Don Juan de Austria de que la corte no le asistia con los auxilios indispensables para sostener aquella guerra en que veia inutilizados los últimos esfuerzos de su valor, hizo dimision del mando; y tomandole el Marques de Caracena, perdió otra batalla junto á Villaviciosa, con que acabaron los portugueses de asegurar á la casa de Braganza la soberanía, si bien continuó la guerra hasta despues de muerto Felipe Cuarto.

A las sublevaciones de Cataluña y Portugal habian precedido en mil seiscientos cuarenta y siete una en Nápoles y otra en Sicilia, siendo cabeza de la pri-

mera un pescador llamado Tomas Aniello, y de la segunda un calderero. En ambas cometieron los conjurados infinitas atrocidades. Los de Nápoles intentaron convertir su gobierno en republicano con proteccion de la Francia, que envió en su auxilio una escuadra, y el pueblo llegó á dar título de Dux de su nueva república al Duque de Guisa, descendiente de los Reyes de Nápoles, de la casa de Anjou; pero antes de mucho el Virrey Duque de Osuna y Don Juan de Austria aplacaron la sedicion, castigando rigurosamente gran número de rebeldes.

Aunque los napolitanos ofrecieron despues al mismo Don Juan la corona de aquellos reinos, él guardó la debida fidelidad al Rey su padre, y empleó todo su esmero en restablecer alli la autoridad de la monarquía castellana.

El resumen de las acciones militares de este reinado demuestran bastantemente que en casi todo él se fueron acumulando desventajas y pérdidas; y no será ponderacion decir que solo dejó Felipe Cuarto de tenerlas en Africa; pues habiendo los moros sitiado el puerto de la Mamora y la plaza de Oran, desistieron de una y otra empresa, retirándose con muy

considerable disminucion de sus ejércitos; y tampoco sacaron fruto ellos ni los turcos de otras tentativas contra los españoles.

Cansado el Rey de afanes y desgracias falleció en mil seiscientos sesenta y cinco dejando por sucesor al Príncipe Don Carlos, hijo de su segunda esposa y sobrina Doña Mariana de Austria; porque el Príncipe Don Baltasar Carlos que nació de su primer matrimonio con Doña Isabel de Borbon, habia muerto antes de cumplir los diez y siete años, causando esta desgracia general sentimiento.

LECCION XXIV.

Reinado de Carlos Segundo.

El estado en que quedó la monarquía era el menos favorable para reparar sus males, pues Carlos Segundo apenas llegaba á la edad de cuatro años, y su madre Doña Mariana de Austria que gobernaba el reino ayudada de una junta de varios personages que dejó instituida el difunto Rey, introdujo en ella á su confesor el jesuita aleman Juan Everardo Nittardo, colmándole de honores y autori-

zados empleos, y entregandole el absoluto manejo de los negocios en que debia entender la junta de gobierno. Con este motivo se suscitaron muchos y muy graves disgustos. Don Juan de Austria, que por hermano del Rey Don Carlos, y por lo que habia servido á la patria era acreedor á la estimacion de la corte, y tenia razones para estar quejoso del trato que recibia, se pasó á Aragon desde donde instó sobre la separacion del Padre Mitardo. Aragon, Cataluña, y muchos grandes del reino seguian su partido, con lo cual puso á la Reina en precision de alejar de sí á su confesor, que logró á lo menos se le diese el honroso destino de Embajador á Roma. Al fin entró D. Juan de Austria á tener parte en el gobierno por lo perteneciente á los reinos de la corona de Aragon, cuidando de los demas la Reina regente.

En mil seiscientos setenta y cinco cumplió Carlos Segundo los catorce años, y tomó las riendas del gobierno, retirandose despues la Reina, y distinguiendo el Rey á Don Juan de Austria con el encargo de su primer ministro, aunque este le disfrutó muy poco por haber fallecido prontamente. La situacion interior de

la corte en todo el reinado de Cárlos Segundo fue muy espuesta á disensiones; y asi en ella como en la constitucion general de la monarquía influyó mucho la debilidad de la complexion del Rey, y su encogimiento ó pusilanimidad que provenia principalmente de la crianza que le dieron y de la sujecion á que desde su menor edad le acostumbraron los que le rodeaban ansiosos de mandar. Faltando vigor en el gobierno, y no usandose oportunamente del premio y del castigo, era consiguiente que empeorase el estado del reino. Las urgencias obligaron á vender las principales dignidades y empleos como virreynatos, presidencias y gobiernos políticos ó militares, y el dinero era ya título superior al del mérito. No solo continuaban en atrasarse las manufacturas y el comercio, (á cuya ruina deseó el Rey aplicar algun remedio con establecer la junta general de comercio y moneda) sino que hasta el valor y disciplina militar, que eran los últimos y mas preciosos restos del poder español, llegaban cuando no á dejenerar, á lo menos á decaer, sintiendose ya demasiado la falta de poblacion, de tropas y de caudales. Malográronse muchas espediciones. tomaron los moros el

puerto de la Mamora, ocasionandonos tambien gastos y cuidados con los repetidos sitios que pusieron sobre Larache, Oran, Melilla y Ceuta; y aunque España se alió con Holanda, con Inglaterra, con el Imperio, y con Suecia para contrarrestar á la Francia, y defender de sus invasiones el Pais-Bajo, favorecia casi siempre la fortuna á la actividad, conducta, poderosos ejércitos, y hábiles capitanes de Luis Decimocuarto.

Cuando Cárlos Segundo empezó á gobernar por sí, halló ya en muy abatida situacion los intereses políticos y las fuerzas de su reino, pues ademas de no haber sido ventajosa la guerra sostenida contra Francia, segun luego veremos, tampoco lo habia sido la que se habia hecho en Portugal para reducir al dominio español aquellos estados. En mil seiscientos sesenta y ocho se ajustó la paz con Alfonso sexto, y reconociendole soberano legítimo de Portugal se le restituyeron algunos territorios conquistados por las armas castellanas, y no conservó España otra posesion portuguesa que la ciudad de Ceuta en la costa de Africa.

Once años despues levantaron los portugueses una fortaleza con denominacion

de colonia del Sacramento á la margen septentrional del rio de la Plata en la América meridional; sin embargo de que ambas orillas de este rio habian pertenecido siempre á la corona de Castilla por derecho de descubrimiento, conquista, ocupacion y posesion notoria. Mientras solicitábamos en Lisboa órdenes para la evacuacion de aquel fuerte, el gobernador de Buenos-Aires se habia apoderado de él, demoliendole en parte; y para evitar el rompimiento que con este motivo amenazaba entre las dos cortes, se determinó por un tratado, llamado provisional, que la colonia quedase depositada en manos de los portugueses, y fuese comun á ambas naciones el uso del puerto y del terreno inmediato. Nombraronse comisarios para el examen y declaracion de los derechos de una y otra corona: y no habiendo podido convenirse en un congreso que celebraron en Badajoz y Yelves, ni llegado el caso de que el Papa dirimiese la discordia, segun se habia acordado, quedó pendiente la disputa, que en los reinados subsiguientes originó desavenencias, precisó á tomar las armas, y despues de varias negociaciones y tratados no ha venido á concluirse hasta nuestros dias en que

Portugal ha devuelto á Castilla la colonia con su territorio y contestados derechos; bien que á la sazón ya ocupada y demolida por las armas españolas.

El Rey de Francia sobre pretensiones al ducado de Brabante, que juzgaba pertenecer á su esposa la Reina Doña Maria Teresa de Austria, habia emprendido hostilidades en los Países-Bajos, tomando entre otras plazas las de Charleroi, Tournai, Duai, Oudenarde y Lila; y en pocas semanas se habia hecho dueño de todo el Franco-Condado. Por las paces que terminaron esta guerra firmadas en Aquisgran casi al mismo tiempo que el tratado con los portugueses, restituyó Francia dicho Franco-Condado; pero no lo ganado en Flandes.

Antes de cuatro años renovó Luis Décimocuarto la guerra, alegando para motivarla el resentimiento de que España se hubiese confederado con Holanda á fin de atender á la recíproca conservacion de los terrenos de una y otra potencia en los Países-Bajos. Entonces fue cuando la Francia adelantó mas sus conquistas en ellos, rindiendo á Mastric, Lieja, Limburgo, la ciudad de Condé, la fuerte plaza de Valenciennes, Cambrai, Gante, Sant-Omer,

Ipres y Arrás, y volviendo á ocupar el Franco-Condado.

Durante esta guerra protegió Francia á los sublevados de la ciudad de Mesina en el Reino de Sicilia; y aunque las tropas de los rebeldes aliadas con los franceses vencieron á las españolas en algunas refriegas, no llegó el caso de que Luis Decimocuarto se apoderase de aquel pais en que al principio fue reconocido por Soberano; antes bien se vió precisado últimamente á retirar de allí su ejército.

Casi todos los citados pueblos de Flandes quedaron en poder del Rey de Francia por el tratado de paz, ajustado en Nimega año de mil seiscientos setenta y ocho como asimismo el Franco-Condado que desde entonces hasta el presente ha permanecido bajo la dominacion francesa.

Pero Luis el Grande llevado de su belicoso espíritu, y deseo de gloria, y conociendo que la casa de Austria daba á la de Borbon la mas favorable oportunidad de engrandecerse, emprendió tercera vez la guerra en Flandes y en Cataluña con pretexto de solicitar se le entregase el condado de Alost, y no venir en ello la corte de Madrid. Continuaron las victorias de aquel Monarca, ya ganando en los Pais-

Bajos á Luxemburgo, Mons, Charleroi y Namur (bien que perdió despues esta última plaza,) ya conquistando en Cataluña las de Urgel, Belver, Rosas, Palamós, Girona, Ostalric y Barcelona; y ya apoderandose una escuadra suya del puerto de Cartagena de Indias. La mayor parte de estas conquistas se restituyó á España en mil seiscientos noventa y siete por el tratado de Riswik; sacrificio que hizo con sagaz política la casa de Borbon, deseando obligar y tener contento á Carlos Segundo para un fin tan importante como el de conseguir la llamase en su testamento á la sucesion de España, segun se verificó.

Habia casado dos veces el Rey Don Carlos, la primera con Maria Luisa de Borbon, primogénita del Duque de Orleans y sobrina de Luis Decimocuarto, y la segunda con Doña Mariana de Neoburg, hija del Conde Elector Palatino del Rhin. Ni en uno ni en otro matrimonio habia tenido sucesion, siendo pocas ó ningunas las esperanzas de que la tuviese respecto de su delicada salud. Varios potentados de Europa, previniendose para el caso de fallecer sin hijos Carlos Segundo, estipularon en la Haya un tratado ó convenio secreto por el cual intentaban repartir entre si los

dominios españoles, adjudicando al hijo primogénito del Elector de Babiera la corona de España con las Indias y los Países-Bajos; á Luis Delfin de Francia, los reinos de Nápoles y Sicilia, y otros territorios de Italia, ademas de la provincia de Güipuzcoa; y á Cárlos Archiduque de Austria, hijo segundo del Emperador Leopoldo, el Ducado de Milan. Con ocasion de haber muerto en muy tierna edad el Príncipe Electoral de Baviera, ajustaron despues segundo tratado en que arreglaban de otra manera la division de la monarquía española; y el Rey que habia ya protestado contra el primero por medio de sus Embajadores no pudo sufrir sin indignacion que quisiesen las córtes estrangeras disponer á su arbitrio de unos reinos cuyo Soberano aun vivia, y no habia declarado su última voluntad. Consultó, pues Cárlos Segundo negocio tan grave con el Pontífice Inocencio Duodécimo y con una junta de ministros sabios y rectos, cuyo último dictamen á pesar de algunos que le contradecian, fué que el derecho de la sucesion de España pertenecia á Felipe Duque de Anjou, hijo segundo del Delfin, como nieto de Doña Mariia Teresa de Austria, hermana mayor del

Rey, y segun las leyes de estos reinos legítima heredera de la corona, con preferencia á Doña Margarita hermana menor, que estuvo casada con el Emperador, Leopoldo, y fué abuela del difunto Príncipe Electoral de Babiera. Pretendia heredar los derechos de este el mismo Emperador, y pasarlos á su hijo segundo el Archiduque Carlos, alegando que no debia atenderse á la primogenitura de la Reina Doña Maria Teresa, madre del Delfin, supuesto que para contraer matrimonio con Luis Décimocuarto habia hecho solemne renuncia del trono de España. Mas replicaba Francia que aun cuando aquella renuncia no hubiese sido violenta é irregular, era preciso conceder que se habia hecho única y espresamente con el fin de que nunca se reuniesen en un mismo soberano las coronas de Francia y España, y que cesaba este inconveniente, habiendo dejado la Reina dos nietos, de los cuales el uno podia reinar en España y el otro en Francia.

Convencido de esta razon Carlos Segundo, y sacrificando á ella el afecto que naturalmente debia profesar á la casa de Austria de que descendia, ortogó su testamento en octubre del año de mil y se-

tecientos, declarandó por sucesor de toda la monarquía española á Felipe de Borbon, Duque de Anjou: y murió en el mes próximo siguiente, despues de haber nombrado para la gobernacion del reino mientras estubiese ausente el sucesor una junta compuesta de la Reina y varios prelados, ministros y magnates.

Con la muerte del Rey Don Carlos se estinguió en España la línea Austriaca que habia reinado muy cerca de dos siglos, y mudó de aspecto la monarquía con la importante revolucion acaecida á principios del presente siglo décimo octavo.

LECCION XXV.

Principio del Reinado de Felipe Quinto.

Luego que aceptó Luis Décimocuarto el testamento de Carlos Segundo, y fué declarado Rey de España el Duque de Anjou, con el nombre de Felipe Quinto, partió este á Madrid, adonde llegó en febrero de mil setecientos y uno, é inmediatamente le prestaron solemne juramento de fidelidad sus principales vasallos, dándole plausibles muestras de amor y res-

peto así por el derecho con que entra-
 ba á gobernar la monarquía, como por
 las recomendables prendas que le ador-
 naban, y por las grandes esperanzas que
 en la florida edad de diez y siete años da-
 ba su generosa índole ayudada de una
 excelente educacion. A estas esperanzas
 correspondieron los efectos, pues habien-
 do hallado Felipe Quinto sus reinos en
 tanta decadencia, y viendose despues obli-
 gado á sostener contra enemigos estran-
 geros y domesticos dilatadas guerras pa-
 ra defender su corona, no solamente lo-
 gró España no empeorar de estado, co-
 mo era de temer, sino que adquirió po-
 der, gloria y ventajas efectivas, vencien-
 do á sus enemigos, gozando un gobier-
 no generalmente justo, benigno y próvi-
 do, y empezando á experimentar las uti-
 lidades que nacen de la iudustria, nave-
 gacion, comercio, artes y ciencias. Supues-
 to que nadie podia con prudente funda-
 mento prometerse que se reparasen todos
 los inveterados males que padecia la na-
 cion, trocandose repentinamente sus gran-
 des calamidades en completas dichas, es
 constante que Felipe hizo por el bien de
 ella muchísimo mas de lo que parecia po-
 sible segun las circunstancias, y que á su

religiosa piedad, recto proceder, talento, beneficencia y valeroso espíritu se debe el restablecimiento de la monarquía. Esta reconoce cuanto ha influido el heroico ejemplo de aquel Soberano en el celoso esmero con que sus hijos y sucesores han mirado por el honor, auge y conveniencia de los vasallos españoles; y cuenta por una de sus mas memorables épocas la exaltacion del primer Borbon Rey de España. Unicamente la queda el sentimiento de que un Príncipe á quien concedió el cielo todas las virtudes para reinar prósperamente, no hubiese heredado la corona en el mismo estado que la heredó Felipe Segundo. Pero aunque esta hubiera sido la mayor fortuna de España, acaso hubiera resplandecido entouces menos el gran mérito de Felipe Quinto, faltándole aquellas tristes, pero gloriosas ocasiones que tuvo de manifestarse digno del renombre de *Animoso* con que justamente fue aclamado. Y á la verdad las fatigas que le costó la recuperacion del trono que le usurpaban sus émulos y la constancia con que resistió la adversidad le han consiliado para siempre el afecto y admiracion de sus fieles súbditos aun mas que las afortunadas em-

presas militares con que al fin salió victorioso.

Todas las que ocurrieron durante la guerra de sucesion son de las mas notables que se leen en la historia de España; y dignas de referirse con la posible especificacion: ya por sus importantes consecuencias respecto á la Europa entera, y particularmente respecto á los que hoy vivimos bajo la legitima dominacion de los Borbones; ya por haber empleado en aquellas campañas su esfuerzo y destreza grandes generales asi de parte de los enemigos como de la nuestra, y ya porque las hizo Felipe Quinto mas señaladas, poniendose con frecuencia á la frente de sus ejércitos, sin desalentarle los riesgos é incomodidades de la milicia, resolucion que despues de Carlos Quinto rara vez se vió en sus predecesores.

Reconocieronle por Soberano el Papa Clemente Undécimo, el Rey Guillermo Tercero de Inglaterra, Pedro Segundo de Portugal, Federico Cuarto de Dinamarca, Carlos Duodécimo de Suecia, la república de Holanda, el Elector de Babiera, y otros potentados; pero no el Emperador, el cual despues de no haber contestado á la carta en que Felipe Quinto le participó

su exaltacion al trono, determinó cometer á las armas la desicion de los derechos, que pretendia tener á la monarquía española. Empezó las hostilidades en la Lombardia, mandando su ejército el Príncipe Eugenio de Saboya, General de acreditada pericia y valor, que disgustado con la corte de Francia en donde se habia criado, se pasó al servicio de los Imperiales. Contra este ejército envió Luis Decimocuarto el suyo á Italia, como tropas auxiliares de las de España, á las órdenes de los Mariscales de Tessé y de Catinat, y del Príncipe de Vandemont, Gobernador de Milan. Ayudaba con ocho mil hombres el Duque de Saboya, que seguia entonces el partido de la casa de Borbon en virtud de pactos hechos con ella, como tambien por su hija Doña Maria Luisa Gabriela, Princesa dotada de singular capacidad, atractivo y afable condicion, que acababa de contraer matrimonio con el Rey Don Felipe. Ademas del Duque de Saboya, se habia confederado con España y Francia el Rey de Portugal; pero de ningun fruto fueron estas dos alianzas, antes bien llevados uno y otro Soberano de su propio interes cierto ú aparente convirtieron despues las armas contra el Rey Católico, coligandose

con el Emperador, la Inglaterra y la Holanda, que mediante un tratado concluido en la Haya y llamado de la *grande alianza* habian reunido sus fuerzas para la empresa de destronar á Felipe Quinto. Al Rey de Portugal atraieron los aliados con la promesa de hacerle dueño de lo que en Galicia, en Estremadura, y en las Indias se conquistase á la corona de Castilla.

Pasó el Rey Católico á Aragon y á Cataluña, celebró cortes en Barcelona, en donde le prestaron juramento de fidelidad; y recibió en Figueras á la Reina su esposa, que venia de Turin revalidando allí los desposorios ya contraidos por poderes. Determinó pasar á Napoles para apaciguar los disturbios que se supo movian en aquella capital los parciales de la casa de Austria, y para visitar al mismo tiempo los demas estados que poseia en Italia, amenazados de una próxima invasion. Por esta causa no pudo Felipe celebrar cortes en Zaragoza como lo habia resuelto; pero las celebró la Reina, á cuyo cargo quedó el gobierno durante la ausencia del Rey dirigiendola con sus consejos el Cardenal Portocarrero, Arzobispo de Toledo adicto, por entonces á Felipe Quinto, y muy ver-

sado en los negocios desde el reinado de Carlos Segundo.

La muerte de Guillermo Rey de Inglaterra, no alteró las disposiciones del partido enemigo, porque Ana Estuard, que sucedió en el trono ingles, continuó eficazmente la confederacion, favoreciendo las pretenciones del Archiduque Carlos de Austria. Presentóse á vista de Cadiz una escuadra inglesa; y los habitantes, sin embargo del corto numero de tropas y escasez de municiones, se prepararon á la defensa con tanta lealtad como prontitud. Intentaron los ingleses ganar á los gaditanos con lisongeras iusinuaciones, pero viendo que se mantenian fieles á su Rey Felipe Quinto, acudieron á valerse de la fuerza; y desembarcando en el puerto de Rota se apoderaron de él por la poca resistencia que hizo su Gobernador, y saquearon la ciudad del Puerto de Santa Maria. Sus esfuerzos para rendir á Cádiz fueron tan inútiles, que hubieron de retirarse desairados, y con el desengaño de que no habia en las costas de Andalucía el gran número de parciales austriacos que ligeramente se habian figurado. Recobrando los españoles á Rota, ahorcaron á su Gobernador mas como á traidor que como á cobarde.

La armada enemiga se encaminó al puerto de Vigo en Galicia, adonde acababa de llegar una rica flota de las Indias occidentales, y la acometió dentro del mismo puerto á pesar del vigor con que la defendian los navios españoles y franceses que la habian convoyado, y cuyo número era muy inferior al de la escuadra inglesa. Al fin los mismos españoles, viendo que era inevitable su pérdida, pusieron en salvo la gente y algunas mercaderias, y para que los enemigos no se aprovecharan de las que quedaban y de los caudales de la flota, la prendieron fuego; pudieron, no obstante, los ingleses libertar gran parte del dinero; y apoderándose de él, se retiraron victoriosos, y apresaron siete vajeles de guerra y otros de menor porte, despues de haber causado en el puerto considerable estrago.

Entretanto el Rey, dejando pacificado el reino de Napoles, en donde le habian recibido con extraordinario júbilo, pasó á Milan y luego á Santa Victoria en cuyas inmediaciones se hallaba acampado su ejército. Ya el Príncipe Eugenio habia conseguido ventajas en Carpi y en Chiari contra las tropas españolas, francesas é italianas, y sorprendido á Cremona.

na, haciendo prisionero al Mariscal de Villeroi, pero sin lograr la conquista de la plaza por el esfuerzo con que le rechazó la guarnicion. Habia tambien bloqueado á Mántua, y sin duda la hubiera tomado, si el Duque de Vandoma no la hubiera socorrido tan activamente. Presentóse Felipe Quinto á la frente de su ejército, acompañándole Vandoma como general, y cerca de Santa Victoria derrotó y puso en fuga á los enemigos. A esta felicidad se siguió la de ganar la batalla de Lúzara, en que el mismo Rey mostró bien su marcial espíritu. Peleóse con rara valentia por ambas partes, y ambas cantaron la victoria; pero lo cierto es que Felipe, con haber tomado el castillo de Lúzara, quedó dueño del campo. Guastá-la y Borgoforte se rindieron poco despues; y el Rey, conociendo que su presencia era ya necesaria en España para defensa del trono que le disputaban, se restituyó á Madrid, cuando empezaba el año de mil setecientos y tres.

Continuacion del reinado de Felipe Quinto.

Seguia la guerra en Italia con variedad de sucesos y ninguno decisivo, porque ni Luis Decimocuarto, ni sus enemigos podian emplear allí todas sus fuerzas á causa de necesitarlas para otras guerras que habian emprendido á orillas del Rhin y del Danubio, y al mismo tiempo en los Países-bajos. Ya se hallaban ambos ejércitos de Italia retirados á cuarteles de invierno, cuando el Archiduque que, con nombre de Carlos Tercero, habia sido reconocido en Viena por Rey de las Españas y de las Indias, y que habia resuelto venir á coronarse en Madrid, navegaba con una armada de ingleses y holandeses. Pasó por Holanda y por Inglaterra, y despues de largos contratiempos llegó á Lisboa en marzo de mil setecientos y cuatro, persuadiendose que apenas supiesen los castellanos que estaba cerca de sus tierras, le admitirian voluntariamente por mero afecto á la dominacion austriaca. Pero el éxito no correspondió á estos designios; por que siendo Felipe Quinto un Monarca tan

amante como amado de sus vasallos, la mayor y mas sana parte de ellos abrazó con ardor su causa, sin dejarse preocupar de los varios manifiestos que esparcia el Archiduque para conciliar los animos de los que no le eran afectos, y alentar á los que lo eran. Dieron en Lisboa al Archiduque tratamiento de Rey, y como á tal le besó la mano el Almirante de Castilla Don Juan Tomas Enrique de Cabrera, que adhiriendo al partido austriaco se habia pasado inesperadamente á Portugal, despues de haber salido de Madrid con el destino de Embajador á la corte de Francia.

Declarada ya la guerra á los portugueses llegaron á España tropas francesas mandadas por el Mariscal Duque de Berwick, hijo natural del Rey Jacobo de Inglaterra, y marchó el Rey con ellas y las españolas. Empezó la campaña, peleando unas y otras como irritadas contra el Monarca portugues en vista de su mala correspondencia y facilidad en declararse por el Archiduque, despues de haber reconocido á Felipe Quinto y hecho alianza con él. Animaba á los soldados con su ejemplo el mismo Rey Católico que se esponia á todas las contingencias y fatigas de la guer-

ra, sin desdeñarse de comer en pie, sirviendole de mesa un tambor. Aunque se defendian los portugueses con el poderoso auxilio de sus aliados, perdieron á Salvatierra, Segura, Idaña, Casteblanco, Monsanto, Portalegre y otros pueblos, de los cuales solo recuperaron entonces á Monsanto. Hubo tambien algunos encuentros gloriosos para Felipe; y hasta que los excesivos calores impidieron la continuacion de la campaña, que habia durado tres meses, no se restituyó su Magestad á Madrid. Despues el Rey de Portugal acompañado del Archiduque se acercó con su ejército á Castilla; pero no hizo progresos importantes por no haber osado trabar combate con Berwick, como hubiera podido hacerlo segun la superioridad de fuerzas.

Intentaron los ingleses y holandeses sublevar la Cataluña, y á este fin se dejaron ver con una escuadra en Barcelona. Al principio hicieron proposiciones amistosas pero no surtiendo efecto por la entereza con que las deseó el Virrey Don Francisco de Velasco, bombardearon la ciudad. Descubrióse en tiempo y se logró desvanecer la secreta conjuracion de algunos mal-contentos parciales del Archiduque, y los enemigos partieron de Barcelona poco

satisfechos. Mas fortuna tuvieron en Gibraltar; pues hallando aquella plaza no menos escasa de guarnicion que de municiones, se apoderaron facilmente de ella, y el ejército de tierra con que los españoles procuraron luego recobrarla, no recogió el fruto de sus conatos por haberla socorrido oportunamente otra armada inglesa, rindiendo á los pocos navios franceses que se opusieron á ello.

Los enemigos aliados, despues que tomaron á Gibraltar, conociendo que para dominar enteramente el estrecho les convenia hacerse dueños de Ceuta, sitiada muchos años habia por los moros, hicieron la tentativa de presentarse en esta plaza, y proponer á su Gobernador que si reconocia por Soberano al Archiduque la libertarian del cerco puesto por los moros. Mantuviéronse fieles el Gobernador y los demas sitiados; y su heroica resistencia bastó para que desistiesen de la empresa los enemigos. La escuadra de estos y la francesa, reforzada con algunas naves españolas, tuvieron cerca de Málaga un terrible combate en que cumpliendo ambas su deber, quedó indecisa la victoria bien que fué verdadero triunfo de los franceses haber obligado á los ingleses á sa-

lir del mediterraneo.

A esto se reduce lo que en España y sus costas acaeció durante el año de mil setecientos y cuatro. En Italia logró el ejército aleman incorporarse con el Duque de Saboya, aunque los franceses, oponiéndose á esta perjudicial reunion, desbarataron algunos cuerpos de tropas imperiales. El Duque de Vandoma, derrotando despues á los enemigos en Estradella y Castelnovo, y tomando por fuerza á Susa, Verceli, y otras plazas del Piamonte los precisó á retirarse hacia el Trentino; pero en Alemania se declaró por los imperiales la fortuna con la importante batalla de Höchstet ó Bleinheim que ganaron á los bávaros y franceses.

La campaña del año de mil setecientos y cinco fue para los portugueses mas ventajosa que la anterior, porque minoradas con el infructuoso sitio puesto á Gibraltar las tropas que debian defender nuestras fronteras, y conservar lo conquistado en las de Portugal, ni el Marques de Baí, General flamenco que mandaba el ejército español, ni el Mariscal de Tessé que acaudillaba á los franceses, pudieron resistir al Marqués de las Minas, y á los generales Galovai y Fagel que capitaneaban

las tropas de Portugal, Inglaterra y Holanda. Asi fue que los enemigos recobraron á Salvatierra, rindieron á Valencia de Alcantara y á Alburquerque, sitiaron á Badajoz, y se hubieran apoderado de esta plaza y de la de Alcantara, si no hubiese empleado el Mariscal de Tessé la mayor diligencia en socorrerlas.

El Archiduque, mientras para disponer los ánimos á su favor enviaba emisarios por casi todas las provincias de España, se embarcó en Lisboa, y con un armamento de los aliados se presentó en Alicante y luego en Denia. De esta ciudad se apoderó, valiendose ya de amenazas, ya de artificiosos agasajos y ya de secretas inteligencias que tenia no solo en ella sino en otros pueblos del reino de Valencia con los partidarios de la casa de Austria, muchos de los cuales empezaron á aclamarle por Soberano. Los que se empeñaban en sostener fiel y noblemente el juramento prestado á Felipe Quinto, ayudados de tropas que envió el Rey, sosegaron por entences en parte á los sediciosos; pero Denia permanecia en poder de estos, y un tal Basset, valenciano, que por huir de la persecucion de la justicia se habia pasado á servir al Emperador, y siguiendo despues al Archi-

duque, gobernaba en su nombre aquella ciudad, se hizo dueño de Gandia y Alcira. Pasó á la misma capital Valencia; y se la entregaron los confidentes que dentro de ella tenia, siguiendose una general conmocion del reino, y la division de todo él en dos bandos por Austria y por Borbon.

Hizo entretanto el Archiduque un desembarco en Barcelona, en donde halló muchos que le recibiesen como á legítimo Rey. Sublevados los habitantes de Vique y de sus cercanías partieron á reforzar en Barcelona el partido austriaco; y cundiendo la rebelion por muchos pueblos del principado, se entregaron al enemigo la Villa de Figueras y las ciudades de Gerona, Lérida y Tortosa. Unas despreciables partidas de foragidos, sin disciplina militar, eran las que, cometiendo inicuos destrosos y profanaciones, ocupaban estas importantes plazas que tantas veces se habian defendido de numerosos y bien ordenados ejércitos; pero tanto podia el desafecto de sus moradores á Felipe Quinto. Como los rebeldes no se fiaban en su propio valor y destreza en la guerra, sino meramente en la facil disposicion que hallaban en los pue-

blos á seguir la bandera austriaca, no se atrevieron á emprender la conquista de la plaza de Rosas, cuyo Gobernador conservó su fidelidad al Rey Católico.

Resolvió por último el Archiduque la espugnacion formal de Barcelona; y despues de tomar el castillo de Monjuí por la casualidad, de haber caido una bomba en un almacen de pólvora, se le rindió la ciudad, obligada á capitular, no obstante la vigorosa defensa que habiau hecho los leales. Igual suerte tuvo despues Tarragona, y casi todas las plazas de Cataluña estaban presididas de guarniciones inglesas. Quedó, pues, por el Archiduque la mayor parte de aquel principado, siendo digno de reparo que los propios catalanes que en repetidas ocasiones habian implorado el auxilio de la casa de Borbon, y convenido en unirse con ella contra la de Austria reinante, se uniesen ahora con la misma de Austria contra la de Borbon tambien reinante.

Estendiose á Aragon la rebeldia de Cataluña, prestando obediencia á los austriacos la villa de Alcañiz y otras. Aquella fué recuperada por un mediano ejército que envió Felipe Quinto á las ordenes del Principe Sterclaes de Tillí, y los se-

disiosos padecieron algunas derrotas; pero tomaron la villa de Venavarre en el condado de Ribagorza, y luego la de Monzon; aumentandose cada dia el número de facinerosos, y todas las calamidades que son consiguientes á una guerra civil. Las armas del Rey sugetaron algunos lugares de Aragon, y contuvieron á los catalanes para que no se internasen mas en este reino.

En mayo de mil setecientos y cinco habia fallecido el Emperador Leopoldo, y José Primero su hijo, que le sucedió en el trono continuó favoreciendo con igual teson al Archiduque Cárlos su hermano, sin abandonar la guerra de Italia, en donde el Duque de Vandoma conquistó á Verrúa, Villafranca, Niza, y otras plazas fuertes, y dió cerca de Casano una memorable batalla al Príncipe Eugenio, quedando vencedor por mas que los enemigos pretendieron negarle esta gloria; pero no fué tan dichoso en Turin, porque el Príncipe le forzó á levantar el sitio con que tenia estrechada aquella corte.

Continuacion del Reinado de Felipe Quinto.

Fué el año de mil setecientos y seis bastante desgraciado para el Rey Don Felipe; pero nunca manifestó mas su magnánima fortaleza. Marcha á Cataluña con un ejército, llevando consigo al Mariscal de Tessé: pone sitio á Barcelona: reducela á suma consternacion, y ya parecia que no podia dejar de ser preso en ella el Archiduque, y terminarse felizmente la guerra. Bloqueada la plaza por una armada francesa, y ganado el castillo de Monjuí, se esperaba por instante la rendicion de la ciudad, quando se avistó una poderosa escuadra inglesa, y hubo de retirarse la francesa á Tolon por hallarse muy inferior en número de buques. Tan afortunada fue para los enemigos esta operacion, que el ejército real se vió en precision de alzar el cerco, y Felipe Quinto determinó volver á Madrid.

Animado el Archiduque con este suceso, salió de Barcelona; y entrando en Aragon, le rindieron vasallage todos los pue-

blos por donde transitó hasta llegar á Daroca.

Continuaba la rebelion en el reino de Valencia despues de haberse apoderado de Játiva los sublevados; y en algunas poblaciones como Cuarte y Villareal fué tal la pertinacia con que los mal-contentos se resistieron á los capitanes del Rey, que estos las entregaron á las llamas quando de otro modo era imposible vencer la despechada obstinacion de los contrarios. No eran menores los disturbios de Aragon; y le alcanzaba casi igual parte en los estragos de la guerra. Perdióse Cartagena en el reino de Murcia, y llegó el caso de no conservar Felipe Quinto en Cataluña otra plaza que la de Rosas, ni en Aragon otra que la de Jaca, ni en Valencia mas que Alicante y Peñíscola.

Ademas de esto, los portugueses auxiliados de las tropas de Inglaterra y Holanda, se iban internando en ambas castillas, dueños ya de Alcántara, Ciudad-Rodrigo y Salamanca, aunque no conservaron esta última ciudad por la oposicion y descontento que hallaron en sus habitantes.

Viendo el Rey el peligro que le amenazaba en Madrid, hacia donde se enca-

minaban los aliados desde Portugal por una parte, y desde Cataluña por otra; y conociendo cuan difícil era evitar la reunión de ambos ejércitos enemigos, deliberó trasladar la corte á Burgos. Pasó allá la Reina con todos los tribunales, y el Rey á Sopetrán, en donde estaba acampado el grueso de sus tropas bajo el mando de Berwick.

No tardaron los coligados en llegar á la villa de Madrid, que se les entregó sin arbitrio para resistirse como lo deseaba, y lo mismo hizo Toledo. En tan estrecha situacion propusieron á Felipe, que abandonando los reinos de España se volviese á Francia para ponerse en salvo; pero el Rey con heroica firmeza se negó á ello, protestando que hasta perder la vida defenderia su corona, y no desampararia á vasallos que tanta lealtad le habian acreditado. Esta constancia del Soberano aumentó la de sus guerreros, que aunque pocos ofrecieron verter por él hasta la última gota de sangre.

Anduvo despues muy valida la especie de que pensaba el Monarca, ó á lo menos le habian aconsejado sus ministros pasar á Méjico, y establecer alli la silla del imperio español; pero estas ideas se

quedaron en meros discursos.

El ejército de los portugueses, después de haber enviado un destacamento á Cuenca, y logrado que se rindiese por capitulación aquella ciudad al cabo de tres dias de valerosa defensa, dejó la villa de Madrid con alguna tropa al cuidado del Conde de las Amayuelas, y partió á incorporarse en Guadalajara con el Archiduque. No tardó en llegar á Madrid un cuerpo de caballería encargado por el Rey Don Felipe de reconquistar esta villa, como en efecto lo consiguió, haciendo prisionero de guerra al Conde de las Amayuelas, suceso que celebraron los madrileños con las mayores demostraciones de júbilo.

No supieron los aliados aprovechar inmediatamente la ocasion de sojuzgar á Castilla con las superiores fuerzas de sus dos ejércitos reunidos; y mientras que suspendian toda operacion militar por la discordia que reinaba en los dictámenes de sus Generales, iba Felipe Quinto rehaciendo sus escuadrones, y sin aventurar batalla molestaba al enemigo con frecuentes escaramuzas y correrías hasta cansarle y disminuir notablemente su retaguardia. El Archiduque, así por esta razon, como por

que sabia cuan mal recibidos habian sido en Madrid los imperiales, no quiso entonces esponerse al desaire de que en aquella capital le admitiesen únicamente por fuerza; y reservando para mas favorable ocasion su entrada en la corte, se encaminó á Valencia, y de allí á Barcelona, cuyos habitantes instaban por su vuelta. Vino en este tiempo a Madrid el Rey Don Felipe, y le recibieron con general regocijo, volviendo tambien la Reina desde Burgos.

Los enemigos habian puesto á Alicante en necesidad de rendirse no obstante la briosa defensa de sus moradores, despues de apoderarse de Cartagena por traicion del Conde de Santa Cruz que se pasó al partido de los aliados, entregandoles las galeras en que llevaba una conducta de dinero á la plaza de Oran, estrechamente sitiada por los moros. Hicieron sus tentativas contra Murcia; pero esta ciudad se mantuvo fiel y los precisó á desistir del propósito de ganarle. Salamanca se resistió igualmente á la segunda invitacion de los coligados. Recobróse Alcántara y luego Cuenca, como tambien Orihuela, que en la general revolucion habia caido en poder de los con-

trarios, y con igual fortuna se recuperaron Cartagena y Elche. Navarra defendía con loable esfuerzo sus fronteras; y no menos firmes y leales se conservaron las islas de Canarias, pues teniendo la de Tenerife á la vista una escuadra enemiga que la intimidaba se rindiese, hizo resistencia hasta obligar á los contrarios á retirarse. No sucedió lo mismo en la isla de Mallorca, porque, si bien se negó su Virrey á entregarla á los ingleses que la amenazaban con una armada, la misma guarnicion, y vecinos de la ciudad de Parma se sublevaron, facilitando la entrada de la plaza al Archiduque, y siguiendose la entrega de toda la isla y de las de Menorca, Ibiza y Formentera.

Las desgracias de este año de mil setecientos y seis alcanzaban tambien á Italia y á los Países-Bajos. En ellos ganó el enemigo la batalla de Ramilies, y se hizo dueño de Brusélas, Lovaina, Brujas, Gante, Ostende y otras plazas que habian pertenecido á los españoles. En Italia derrotó Vandoma á los alemanes, cerca de Calcinato; pero habiendo puesto el Duque de Orleans segundo sitio á Turin, desbarató el Príncipe Eugenio á

los franceses, los hizo retroceder con gran pérdida, y consecutivamente se apoderó de Milan, Novara, Paria, Casal y otros importantes puestos, quedando declarada en aquellos países la superioridad del partido imperial, sin que pudiesen España y Francia resarcir tantos contratiempos con la gloriosa victoria que obtuvieron junto á Castillon.

Mudaron de aspecto las cosas en la primavera del año de mil setecientos y siete, cuando nuestro ejército mandado por el Duque de Berwick ganó la mas insigne y completa batalla en los campos de Almansa, villa del reino de Murcia en el confín de Valencia. Además de perder los enemigos, segun relaciones de aquel tiempo, cerca de diez y ocho mil hombres entre muertos, heridos y prisioneros, dejaron en poder de los españoles la artillería, y bagajes. Con este feliz acaecimiento, en cuya memoria mandó el Rey levantar una columna en el mismo campo de la batalla, se alentaron los españoles y franceses, y en el discurso de este año y el siguiente hicieron tan rápidos progresos, que los reinos de Aragon y Valencia con sus capitales volvieron á la obediencia de Felipe Quinto, y aun

también algunas ciudades y territorios de Cataluña, como Lérida, Tortosa, Puigcerdá y toda la Cerdania. Játiva en el reino de Valencia, se resistió con imponderable tenacidad, y no dando oídos á proposicion alguna sobre entregarse, llegó á experimentar todo el rigor de la guerra. Los sitiadores concibieron tal enojo contra los sitiados, que al entrar en la ciudad la saquearon, pasaron á cuchillo gran parte de sus habitantes, sin que el General de nuestras tropas pudiese estorbarlo, y el pueblo quedó asolado casi enteramente. Despues se reedificó, y se le mudó el nombre de Játiva en el de ciudad de San Felipe.

Al fin de esta campaña aseguran que solo llegaba á cinco ó seis mil hombres el ejército de los aliados. Perdieron los Portugueses á Moura, Serpa y Ciudad-Rodrigo; y á estas prosperidades se agregó la de haber dado la Reina á luz con indecible gozo de los vasallos leales un Príncipe que despues reinó con el nombre de Luis Primero.

No eran tan favorables los avisos que se recibian de Italia, porque continuando las ventajas de los imperiales, se habían estos apoderado de Módena y Susa,

y lo que es mas, del Reino de Nápoles, cuya capital se declaró por ellos; y con la entrega de Gaeta quedó á su disposicion todo el reino.

En el año de ocho ocuparon los ingleses á Cerdeña, nombrando por Virrey de ella al Conde de Cifuentes, que seguia la faccion austriaca. Volvieron á conquistar á Menorca, que en el año anterior habia sido recobrada por los españoles, y Oran pasó á poder de los moros, despues de un largo sitio.

LECCION XXVIII.

Continuacion del reinado de Felipe Quinto hasta la paz de Utrecht.

Empezaron los aliados á reforzar su ejército en mil setecientos y nueve; y las condiciones de paz que proponian eran tan duras é ignominiosas, que aunque Francia sentia ya demasiado el peso de tan prolijas guerras contra los principales potentados de Europa, prefirió continuarlas. Entonces se mostró Felipe Quinto mas resuelto que nunca á no desamparar su trono, sin embargo de que mientras los

enemigos cobraban nuevo esfuerzo y mejoraban de suerte, los socorros de la Francia iban disminuyendose. Hallábase aquel reino muy exhausto de tropas y caudales por atender á la guerra de Flandes, á la de Alemania y otras; y perdiendose despues en los Países-Bajos la infausta batalla de Malplaquet, quedó mas imposibilitado de auxiliar á España,

Por este tiempo el Papa Clemente Undécimo, que siempre habia estado á favor de Felipe Quinto, se vió en presicion de reconocer por Rey de España al Archiduque, y de dar paso por el estado Pontificio á las tropas imperiales que se encaminaban á Nápoles; con cuyo motivo mandó el Rey Católico salir de España al Nuncio de su Santidad, y cerrar el tribunal de la Nunciatura.

Continuaban las hostilidades en la frontera de Portugal; y dándose un combate no lejos de Badajoz en el campo de Gudiña, quedaron vencidos los portugueses é ingleses con pérdida de tres mil hombres entre muertos y prisioneros.

La campaña de Cataluña no ofreció en este año suceso alguno de consecuencia, á excepcion de haberse rendido Balaguer al Conde Staremberg, General Aleman. Al-

gunas refriegas particulares que hubo, fueron por lo comun mas favorables á los nuestros que á los enemigos; pero mayores hubieran sido los progresos de las armas españolas y francesas, si no hubieran sobrevenido entre las tropas de una y otra nacion fatales desavenencias, que no cesaron hasta que, partiendo en posta el mismo Rey Don Felipe á visitar su campo en Cataluña, restableció en lo posible la buena armonia.

Pasó el Rey á Zaragoza en el año de mil setecientos y diez, y poniendose á la frente de su ejército, marchó á Cataluña y procuró empeñar á los aliados en una batalla campal. Como ellos la rehusasen, se contentó con molestarlos, haciendo algunas correrías, y con tomar la ciudad de Cervera, y varios castillos y pueblos menores; pero en Almenara el enemigo con un nuevo resfuerzo que acababa de recibir embistió á las tropas del Rey, que no se hallaban entonces reunidas y aunque al principio se vio el Archiduque obligado á refugiarse en Balaguer, se declaró luego la victoria por los suyos, y Felipe Quinto se retiró á Lérida. Volvieron los coligados á introducirse en Aragon: hubo otro choque en que su pérdida fué ma-

yor que la nuestra; y al fin se vino á trabar en las inmediaciones de Zaragoza una batalla formal harto desgraciada para Felipe, pues el valor con que peleaban sus tropas no bastó á impedir que venciese el número superior de las contrarias. Siguióse la pérdida de Zaragoza y el internarse en Castilla los aliados, dirigiendose triunfantes á Madrid. Trasladó el Rey su corte y tribunales á Valladolid y despues á Vitoria, y creciendo en medio de estos infortunios la entereza y lealtad de sus vasallos, no hubo demostracion de zelo que el Monarca no les debiese. Hicieron las provincias fieles esfuerzos increíbles para afianzarle el trono, poniendo en pie nuevo ejército que el Duque de Vandoma vino á mandar al lado de Felipe Quinto.

Logran entonces los castellanos sorprender á Balaguer con una estratagema, y destruyen sus fortificaciones. Entretanto los aliados entran con el Archiduque en Madrid, despues de haber devastado las tierras de Castilla la Nueva. Ni la fuerza de las armas, ni los manifiestos frecuentemente esparcidos podian sujetar los animos á la dominacion austriaca. Afligidos con la opresion los vecinos de la corte, cerraban

sus puertas: negábanse las aldeas circunvecinas á conducir á ella los necesarios mantenimientos, si la violencia no las precisaba á ejecutarlo; y la entrada del nuevo soberano en Madrid solo fué aplaudida de algunos niños y gente plebeya, que por dinero ó por amenazas le aclamaban tibiamente.

El Archiduque, mal satisfecho del modo con que le habian recibido, salió de Madrid, y algun tiempo despues hizo lo mismo su ejército, que con la ociosidad y vicios que de ella nacen se iba corrompiendo y debilitando. Restituyóse el Archiduque á Barcelona; temiendo perderla con su ausencia. Staremborg, dejando á Toledo, en donde habia tomado cuarteles de invierno, se encaminó hacia Aragon; y Felipe Quinto entró en Madrid con festivos aplausos, partiendo inmediatamente á su ejército. El de los enemigos, deseoso de llegar á Cataluña por la noticia que tenia de que el Conde de Noálles venia contra ella, acaudillando un cuerpo de tropas francesas, marchaba dividido en dos trozos: uno de imperiales á las órdenes de Staremborg, que caminaba adelantado, y otro de ingleses al mando del general Stanhop con algunos portugueses, que se ha-

bian quedado atras y hacia noche en Brihuega. Nuestro ejército, forzando las marchas, no solo alcanzó allí á Stanhop, sino que hizo avanzar un destacamento que le cortó la comunicacion con el general austriaco. Dióse un vigoroso ataque á la villa en donde habian procurado los enemigos fortificarse, y despues de una porfiada resistencia hubieron de entregarse á discrecion en número de cinco mil hombres con mucha oficialidad. Parte Felipe Quinto al encuentro de Staremborg, que ya retrocedia con sus tropas en socorro de Stanhop; presentale la batalla en las cercanias de Villaviciosa, y obtiene venturoso triunfo, dejando reducido á solos ocho mil hombres el campo de los coligados, cuyas fuerzas eran superiores, tomándoles la artillería, y persiguiendolos hasta espelerlos de Castilla y de Aragon. Estas dos acciones en que el Rey sin desnudarse en tres noches consecutivas de rigoroso invierno, acreditó su bélico ardimiento, animando el de los soldados españoles, fueron las que principalmente le aseguraron la corona, y dieron á sus armas tanto mayor gloria cuanto mas señalado fué el valor con que combatieron los adversarios. Dirigióse Felipe Quinto á Zaragoza, y entró victorioso en

la misma ciudad que poco antes le habia visto vencido. Arregló el método de los tribunales de Aragon, como ya lo dejaba hecho con los de Valencia, conformandolos á las leyes de Castilla, y aboliendo muchos privilegios que los naturales de ambos reinos habian gozado en los siglos precedentes.

En el fin de este año y principios del inmediato de mil setecientos y once creció la fortuna del Rey Católico con la conquista de Gerona, Solsona, Arens, Cardona y otros pueblos de Cataluña, y con haber precisado á los portugueses á desistir del intento de acometer nuestras fronteras y ceñirse á defender meramente las suyas.

Tuvo entonces el Rey Don Felipe el gran sentimiento de la muerte del Delfin su padre, y poco despues la favorable noticia de que habiendo fallecido sin hijos el Emperador José Primero, hermano del Archiduque, partia este á Viena: grave novedad con que mudaban de semblante los negocios.

No tardó el Archiduque en ser electo Emperador denominandose Carlos Sexto; y ya los ingleses y holandeses sus confederados tenian interes en que este Príncipe no llegase á coronarse Rey de Es-

paña, porque se persuadian que seria tan formidable como Cárlos Quinto, si con los estados de la casa de Austria y con la potestad imperial reunia el dominio español. Asi desmayaron en la empresa, y solo se proponian ya renovar el antiguo pensamiento de dividir entre sí á España, ó desmembrar á lo menos algunas de sus posesiones. Esta disposicion de los aliados, la derrota que padeció el Príncipe Eugenio en Landrecí y Denain, y la felicidad de Felipe Quinto en hallarse ya dueño de Aragon, Valencia y gran parte de Cataluña, aceleraron el ajuste de la paz, que se concluyó en Utrecht año de mil setecientos y trece. Las principales condiciones de ella fueron que el Duque de Anjou seria reconocido por legítimo Soberano de España y de las Indias, renunciando por si y sus descendientes á la sucesion de la corona de Francia, y los Duques de Berri y Orleans á la de España: que Cerdeña, Nápoles y Milan se adjudicarian al Emperador: que al Duque de Saboya se cederia el reino de Sicilia, (el cual trocó despues el Duque con el Emperador por el reino de Cerdeña:) que casi todas las ciudades de Flandes que habian pertenecido á España quedarian en

custodia de los holandeses, pero teniendo la casa de Austria el supremo dominio de ellas; y que la Inglaterra conservaria á Gibraltar y Puerto-Mahon con la isla de Menorca que habia conquistado. Este fué todo el fruto que de tan dilatada guerra sacaron los ingleses; y las grandes ventajas que se prometia Portugal, se redujeron á recobrar las plazas que habia perdido en sus fronteras, y adquirir en propiedad la colonia del Sacramento, bien que reservándose España la facultad de rescatarla por medio de un equivalente que propondria.

El Emperador que no desistia de sus pretenciones á España, no accedió al tratado de Utrecht; pero sin embargo las tropas alemanas desampararon á Barcelona, y casi todos los pueblos de Cataluña se vieron precisados á someterse á Felipe Quinto. Barcelona fué la que mas tardó en rendirse, aunque reducida á sus propias fuerzas. Los castellanos y franceses la sitiaron por tierra, la bloquearon por mar, la bombardearon, y mandándolos el Mariscal de Berwick, la dieron muchos y reñidos asaltos, hasta que de resultas de uno general se rindieron á discrecion los barceloneses en mil setecientos y catorce

con gran fortuna suya en que nuestro ejército lejos de abusar de la victoria los tratase humanamente segun lo habia mandado el Rey, dejándoles las vidas y los bienes. Perdieron no obstante los catalanes la mayor parte de sus antiguos privilegios como era consiguiente á la providencia tomada por casi iguales motivos con los aragoneses y valencianos. En el año inmediato se aprestó una expedicion contra Mallorca, y así esta isla como las de Ibiza, Formentera y Cabrera cedieron á las armas españolas.

LECCION XXIX.

Continuacion del reinado de Felipe Quinto, y última parte de él despues de la muerte de Luis Primero.

Restablecido ya Felipe en la posesion de sus dominios, se dedicó á gobernarlos en paz y justicia, reparando cuanto era posible los daños que las turbulencias y excesivos gastos de la guerra habian ocasionado. Hallábase en la edad de treinta y un años y viudo de la Reina Doña Maria Luisa de Saboya, que en mil setecien-

tos y catorce habia fallecido, dejando dos hijos: uno era el Príncipe de Asturias D. Luis, y otro el Infante Don Fernando, que reinando despues, fué el Sesto de este nombre. Contrajo, pues, el Rey en aquel mismo año segundas nupcias con Doña Isabel Farnecio, Princesa heredera de Parma, que por su elevado espiritu y talento, cultivado con el estudio, mereció distinguido lugar entre las famosas Reinas de España. El primer Infante que esta Soberana dió á luz fué Don Carlos, á quien el cielo tenia destinada la corona que hoy descansa en sus sienas.

Murió en mil setecientos y quince el Rey Luis Decimocuarto, y como su sobrino el Duque de Orleans, que gobernaba á Francia durante la menor edad de Luis Decimoquinto. seguia politica bien diferente de la de Luis el Grande, se originaron entre las cortes de Madrid y Versailles inesperadas desavenencias. Dieron motivo á ellas por una parte el regente de Francia que habia hecho sin consideracion alguna á Felipe Quinto, una liga llamada la *triple alianza*, con Inglaterra y el Emperador; y por otra parte el Cardenal Julio Alveroni, ministro de Felipe Quinto, que seguía en Francia una secre-

ta y artificiosa negociacion para despojar de la regencia al Duque de Orleans. Llegó el caso de que la misma Francia emprendiese hostilidades contra el Monarca español; mas por fortuna duraron muy poco, y se restableció la buena armonia, aceptando Felipe Quinto el tratado de la *triple alianza*, que despues se llamó *cua-duple* por haber entrado en ella la Holanda, y alejando de su lado al Cardenal Alveroni, cuya caida no fue menos estraña que lo habia sido su fortuna.

Durante el gobierno de este Cardenal empezó el Rey católico á poner en ejecucion la idea de recobrar los estados perdidos en Italia. Conquistó en mil setecientos diez y siete la isla de Cerdeña cedida al Emperador por el bien de la paz, y alegaba el gabinete español para justificar esta conquista, las quejas que tenia de Carlos Sesto por lo que favorecia las pretenciones de catalanes y mallorquines, sin que las tropas imperiales evacuasen enteramente á Cataluña, segun estaba acordado en el tratado de Utrecht. Tambien invadió nuestra escuadra la isla de Sicilia, pero una armada inglesa impidió el logro de aquella expedicion.

Serenadas ya con la paz todas las dis-

cordias, se publicó en mil setecientos veinte y uno el casamiento del Príncipe de Asturias Don Luis con Doña Isabel de Orleans, hija del Duque regente; y en mil setecientos veinte y cuatro admiró á toda Europa la inopinada resolución que tomó el Rey católico de renunciar la corona en el mismo Don Luis, retirandose al real sitio de San Ildefonso en donde habia edificado un palacio con magníficos y deliciosos jardines. Dejó Felipe Quinto el trono á tiempo que podia recoger tranquilamente los frutos del heroico afán con que le habia ganado, en lo cual dió noble prueba de generosidad y cristiana filosofía, excediendo su gloria á la de otros Monarcas que han abdicado las coronas, cuando perseguidos de la adversidad desconfiaban de acertar á sostener la grandeza de ellas. Pero Luis Primero, cuyas relevantes prendas anunciaban un venturoso reinado, apenas gozó la seberania, arrebatandole la muerte de resultas de unas malignas viruelas en la florida edad de diez y siete años.

Resistióse Felipe Quinto á las instancias de la Reina, y de los Grandes y tribunales que en nombre de toda la nacion le suplicaban volviese á tomar las riendas

del gobierno; mas condescendió por último á pesar de lo bien hallado que estaba con su retiro, é inmediatamente hizo proclamar Principe de Asturias al Infante Don Fernando.

Continuó gobernando pacíficamente, hasta que en el año de mil setecientos veinte y siete se perturbó la buena inteligencia entre España é Inglaterra, llegando á un rompimiento, cuyas consecuencias no fueron de grande entidad, asi por no haberse emprendido con vigor las hostilidades, como por que solo duraron un año.

En el de mil setecientos treinta y uno falleció el Duque de Parma y Plasencia Antonio Farnecio, padre de la Reina Doña Isabel, recayeron en el Infante Don Carlos aquellos ducados, como tambien el derecho al de Toscana á causa de que el último Gran Duque de la familia de los Médicis no tenia sucesion. Mientras el Emperador diferia dar á Don Carlos la prometida investidura de Parma y Plasencia los ingleses que por un tratado concluido con Felipe Quinto en Sevilla (donde se hallaba entonces la corte) habian convenido en asegurar al Infante la propiedad de dichos estados, unieron su escuadra con

la española, y ambas condujeron á Italia tropas nuestras, las cuales guarnecieron varias plazas de la Toscana. Partió el Infante á Italia, pasando por Valencia y Barcelona, y tomó solemne posesion de su nueva herencia.

La paz que desde el tratado de Utrecht gozaba Europa, y que respecto á España solo habia padecido las cortas interrupciones de las dos guerras con Francia y con la Gran Bretaña, cesó en mil setecientos treinta y tres, siendo el motivo la eleccion de Estanislao Rey de Polonia, á quien su yerno Luis Decimoquinto queria sostener contra el Emperador, mientras este pretendia afianzar aquel trono á Augusto Tercero, Elector de Sajonia. Encedióse la guerra, en que tomó parte el Rey Felipe, declarandose el de Cerdeña á favor de la casa de Borbon, y manteniendose neutrales la Inglaterra y Holanda.

Entró en Nápoles nuestro ejército bajo las ordenes del Infante Don Carlos y al cuidado del Duque de Montemar. Este general que acababa de conquistar la plaza de Oran con gran derrota de los moros, y señalada gloria de las armas españolas, acomete en Bitonto á los imperiales dentro de sus trincheras los desbarata, quedando

dueño del campo, y con la rendicion de Gaeta, Cortona y Cápua allana en una sola campaña todo el reino de Nápoles, que se confirma en la obediencia prestada al Infante. Sometióse en breve la isla de Sicilia, y desde entonces se vió pacífico poseedor de las Dos-Sicilias, el Rey Don Carlos, cuyo acertado y feliz gobierno durará perpetuamente en la memoria de aquellos súbditos, y cuyas obras ha aplaudido la Europa como dignas de un Soberano benéfico y protector de las artes.

Las ventajas conseguidas allí por los españoles, y las que lograron en Milan los franceses, abatieron las fuerzas del Emperador acelerando la conclusion de la paz firmada en Viena año de mil setecientos treinta y cinco, por la cual reconoció la casa de Austria al nuevo Rey de Nápoles y Sicilia, y adquirió los ducados de Parma y Plasencia: Conservarouse á Estanislao el titulo y prerogativas de Rey, y quedó asegurado á su familia el gran ducado de Toscana para indemnizarla de los estados de Lorena y Bar que habian de pasar á poder de la Francia,

Algunos intereses de comercio, y el excesivo contrabando que hacian en América los ingleses, ocasionaron nueva guerra

que se declaró entre ellos y los españoles año de mil setecientos treinta y nueve. Poco despues obtuvieron en Cartagena de Indias las armas de España, mandadas por Don Sebastian de Eslaba, y por Don Blas de Leso el increíble triunfo de rechazar al Almirante Vernon, que con un armamento el mas poderoso que jamas se habia visto en aquellas costas invadió la plaza, defendida por pocos, pero valientes soldados.

Durante esta guerra, que casi toda fué marítima, empezó otra por tierra en Italia contra los imperiales. Habia muerto en mil setecientos y cuarenta el Emperador Carlos Sesto, estinguendose con él la linea varonil austriaca, y pretendia sucederle su hija la Archiduquesa Maria Teresa, entonces gran Duquesa de Toscana, y coronada Reina de Hugia. Tomó Francia las armas favoreciendo las pretenciones del Elector de Babiera, proclamado Emperador con el nombre de Cárlos Séptimo; y Felipe Quinto renovó las suyas sobre los estados de Milan y Parma. El ejército español al mando del Infante Don Felipe, hijo segundo de la Reina Doña Isabel Farnesio, y bajo la direccion ya del Duque de Montemar, ya del Conde

de Gáges, y ya del Marques de la Mina, hizo rápidos é importantes progresos en la Lombardia. Auxiliado de las tropas francesas que mandaba el Príncipe de Conti por los años de cuarenta y cuatro, y cuarenta y cinco, ocupó muchas plazas tanto en el Piamonte y Saboya (cuyo Soberano el Rey de Cerdeña se habia declarado á favor de la Reina de Hungría,) como en los ducados de Parma, Plasencia y Milan Pero la campaña del año inmediato fue mas afortunada para los austriacos y piamonteses, pues validos del superior número de sus tropas recobraron casi todo lo perdido. Todavía estaba pendiente esta porfiada guerra en que las frecuentes batallas ganadas ó perdidas por los españoles acreditaban igualmente su esfuerzo y constancia, pero no decidian la victoria en términos, que obligasen á concluir la deseada paz, cuando sobrevino la muerte del Monarca Don Felipe Quinto en mil setecientos cuarenta y seis. Con cuantas veras la sintieron sus vasallos, es ocioso ponderarlo, si se considera lo que el Rey hizo por ellos, y ellos por el Rey. Debieronle singulares beneficios en cuanto lo permitieron las urgencias del estado, y siempre le hallaron dis-

puesto á recompensar toda accion loable, á patrocinar el talento y la aplicacion, á corregir abusos, y á facilitar los adelantamientos de la nacion en todas líneas. Restableció la disciplina militar, creó una marina de que absolutamente carecia á fines del Reinado de Cárlos Segundo la potencia que mas la necesitaba, reformó varios tribunales, y fundó establecimientos no menos conducentes á la utilidad que al lustre de la monarquia, cuales fueron la Real biblioteca de Madrid, el seminario destinado á la educacion de los nobles, la universidad de Cervera, la academia española, cuyo instituto es la conservacion del puro language castellano, y la academia de la historia, ademas de otros insignes monumentos de piedad, providencia y libertad verdaderamente regia. Lograron, pues los españoles en este Soberano aquel gran Felipe Quinto que parece les estaba anunciando Lorenzo Gracian desde el siglo pasado, cuando, bien ajeno de que su deseo habia de verificarse en un Borbon, dijo, (1)

„estoy mirando si vuelven á salir aquellos
 „Quintos tan famosos y plausibles en el
 „mundo: un Don Fernando el Quinto, un

(1) El Criticon parte III. Crisi X.

Cárlos Quinto, y un Pio Quinto. ¡Ojalá que eso fuese y „que naciese un Don Felipe el Quinto en España! Y como que „vendría nacido: ¡qué gran Rey habia de „ser, copiando en sí todo el valor y el „saber de sus pasados!..”

LECCION XXX.

Reinado de Fernando el Sesto hasta la exaltacion al trono de Cárlos Tercero.

En el mismo año de cuarenta y seis en que falleció el Rey Don Felipe Quinto, entró á sucederle su hijo Don Fernando el Sesto, que desde mil setecientos veinte y nueve estaba casado con Doña Maria Bárbara de Portugal, Princesa del Brasil. Este Soberano naturalmente propenso á la paz, y persuadido de que España la necesitaba, no pudo conseguir tan importante bien hasta el año de cuarenta y ocho en que se completó la grande obra de la pacificacion general por el tratado de Aquisgran, ó de Aix-la-Chapelle.

Prosiguiendo la guerra en Italia, habian los españoles y franceses socorrido á Génova y defendidola de los austriacos y

piamonteses que primero entraron en ella tratando con suma dureza á aquellos republicanos afectos á la casa de Borbon. Luego, espelidos de la ciudad por los mismos habitantes, conspiraban á su total ruina, cuando las tropas auxiliares de España y Francia los obligaron á retirarse. Fuera de esta empresa, ninguna memorable habia podido lograr nuestro ejército por la inferioridad de sus fuerzas comparadas con las de la Emperatriz, que libre ya de la oposicion del Rey de Prusia, mediante un convenio y reconciliacion que la costó la pérdida de la Silesia, tenia juntas en Italia las numerosas tropas con que antes hacia frente en Alemania á aquel conquistador. Pero cedieron las potencias enemigas despues que en los Países-Bajos, y en Holanda rindió Luis Decimoquinto gran número de plazas, unas en persona, y otras por sus generales (entre los cuales se distinguió el Conde y Mariscal Mauricio de Sajonia) y ganó las gloriosas batallas de Rocoux, Laufeld, y Fontenoi. Cesaron por fin las sangrientas hostilidades que durante ocho años habian destruido las mas florecientes provincias de Europa. La Reina de Hungría quedó reconocida como Emperatriz, recobrando el ducado de Mi-

lan: cedieronse al Infante Don Felipe los de Parma, Plasencia y Guastala; y ajustaronse con el Rey de Inglaterra las diferencias sobre puntos de comercio y otros. Estrechó Fernando el Sesto poco despues la buena correspondencia entre su corte y la de Turin, disponiendo el matrimonio de su hermana la Infanta Doña Maria Antonia con Victor Amadeo, entonces Principe hereditario del Reino de Cerdeña; y apenas empezó España á descansar de las turbaciones y calamidades de guerras tan prolijas y sangrientas, convirtió el Monarca toda su atencion á restablecer el comercio, á aumentar la marina y estender la navegacion, á fomentar las manufacturas, á emprender la construccion de algunos caminos públicos y canales, y en suma á promover las artes, y todo lo perteneciente al gobierno económico, tareas propias de un reinado pacífico, y que generalmente olvidadas en tiempo de los Reyes austriacos, habian merecido á Felipe Quintto el mas vigilante cuidado aun en medio de las continuas operaciones militares que le distraian.

Siguiendo el Rey Fernando tan saludable sistema, y empleando sus escuadras únicamente en proteger el comercio no to.

mó parte en la guerra que por el año de mil setecientos cincuenta y seis se encendió entre ingleses y franceses. Estos, con una expedicion mandada por el Mariscal de Richeliú, conquistaron á Puerto-Mahon y toda la isla de Menorca, que despues se restituyó á Inglaterra, segun el tratado de París del año de sesenta y tres, y volvió felizmente á la dominacion española durante la guerra empezada en setenta y nueve.

Una de las sábias providencias de Fernando el Sesto fue la de haber adquirido con la corte de Roma en mil setecientos cincuenta y tres un concordato que, terminando las antiguas altercaciones sobre el patronato real, le dejó perpetuamente anejo á la corona; y desde entonces quedó asegurado al Rey el derecho de presentar las dignidades, prebendas y beneficios eclesiásticos de España, á excepcion de cincuenta y dos, cuya provision se reservó á la Santa Sede.

Débase á este Monarca el establecimiento de la Real Academia de San Fernando destinada en Madrid á cultivar el delicado estudio de las tres nobles artes pintura, escultura y arquitectura, como tambien la de gravado. Desde el año de cuarenta

y cuatro habia aprobado ya el Rey Felipe Quinto una junta preparatoria que ocho años despues se convirtió en formal academia, enviandose á Roma discípulos de ella para adestrarse, asi como á Paris algunos jóvenes pensionados por el real erario á fin de aprender con perfeccion el grabado de estampas y sellos, y la delineacion de mapas geográficos. De estos principios han dimanado los adelantamientos con que hoy florecen aquellas artes, no solo en la corte, sino tambien en varias capitales del reino adonde se ha estendido el patrocinio que concede á tan loables estudios nuestro Soberano Cárlos Tercero.

Igualmente viajaron entonces fuera de España por disposicion del Ministerio sujetos hábiles y aplicados á diversas carreras y profesiones para adquirir nuevas luces, y hacerse mas útiles á la patria.

Estableció el Rey en mil setecientos cincuenta y seis á corta distancia de Madrid el real jardin botánico, ó de plantas medicinales, que ya vemos trasladado con notables ventajas al nuevo paseo del Prado; y la Reina Doña Maria Bárbara fundó tambien en Madrid el magnífico monasterio de las Salesas para educacion

de niñas nobles.

Poco despues falleció esta Princesa, é inmediatamente sobrevino al Rey su esposo una larga y penosa enfermedad de que murió en mil setecientos cincuenta y nueve sin sucesion alguna. Las lágrimas de sus vasallos por la pérdida de un Monarca pacífico, y que tanto amor les manifestó siempre, solo hubieran podido enjugarse con el consuelo de verse gobernados por un sucesor augusto, hermano suyo, que ya en Nápoles se habia acreditado verdaderamente digno del centro.

Carlos Tercero, cediendo en aquel mismo año con pública solemnidad la corona de las Dos Sicilias á su hijo Fernando Cuarto, le ciñó la misma espada que el Rey Felipe Quinto le habia ceñido al colocarle en aquel trono, y le dijo estas palabras: „Luis Decimocuarto, Rey de Francia, dió esta espada á Felipe Quinto, vuestro abuelo y mi padre, este me la dió á mí; y yo os la entrego para que os sirvais de ella en defensa de la religion „y de vuestros vasallos.”

Hízose á la vela de Nápoles para España la escuadra en que venia el Soberano con la Reina su esposa Doña Ma-

ria Amalia de Sajonia y la Real familia; y desembarcando todos en Barcelona, se encaminaron por Zaragoza á Madrid, en donde fueron recibidos con demostraciones de singular júbilo, que se repitieron cuando Don Cárlos, hijo mayor de nuestro Monarca, fué proclamado Príncipe de Asturias.

Hasta este reinado lo que escribió Don Tomas de Iriarte.

CONTINUACION

DE LAS LECCIONES

DE LA HISTORIA DE ESPAÑA

ESCRITAS POR

DON TOMAS DE IRIARTE.

**COMPRENDE LOS REINADOS DE
CARLOS TERCERO, CARLOS CUARTO, FER-
NANDO SEPTIMO É ISABEL SEGUNDA HASTA
FIN DE 1842. (*)**

LECCION XXXI.

*Reinado del Sr. D. Carlos Tercero hasta mil
setecientos setenta y cinco.*

El reinado de este monarca es muy notable por los progresos que en él se hi-

(*) *Esta continuacion es propiedad de
la casa de los Señores Hidalgo y Com-
pañia.*

cieron á favor de la agricultura, la industria y el comercio; objeto principal á que dirigió todas sus miras el nuevo Príncipe. Habiendo fallecido sin sucesion su hermano Fernando Sesto, renunció Cárlos la corona de Napoles en el tercero de sus hijos, y pasó á España donde fué recibido y jurado sin oposicion.

Cárlos Tercero tuvo por errada la política neutral de su hermano y antecesor en la sangrienta guerra que se hacian entonces franceses é ingleses, con grandes pérdidas de los primeros: porque creia, que una vez destruido el poder marítimo de Francia, no tendria España fuerzas suficientes para defender su comercio y sus colonias contra la prepotencia de la gran Bretaña. Amaba ademas su dinastía; acordábase de que á la Francia habia debido en gran parte su elevacion al trono de Nápoles, y no se olvidaba de que un Almirante ingles le habia insultado en la capital de este reino, obligandole á firmar la neutralidad durante la guerra de la Pragmática.

Por todos estos motivos se resolvió á tomar parte en la guerra de los siete años. En mil setecientos sesenta y uno concluyó con la Francia el célebre tratado, llamado *pacto de fami-*

lia, de alianza perpetua defensiva y ofensiva entre las dos coronas: y al año siguiente de mil setecientos sesenta y dos comenzaron las hostilidades entre España é Inglaterra.

Pero el poder marítimo y la energia de los ingleses triunfaron del nuevo enemigo que entraba en la liza con mas valor que fuerzas. El Almirante ingles Pocock se presentó á mediados de Junio en las aguas de la Habana, con una armada de veinte y nueve buques, que llevaba catorce mil hombres de desembarco á las órdenes de lord Albemarle, cuando aquella importante plaza solo tenia de guarnicion dos mil hombres de tropas regladas. Efectuose el desembarco: los ingleses se apoderaron por asalto del Morro, en cuya defensa pereció el valiente Don Luis Velasco su gobernador. Dirigieron despues sus baterias contra el cuerpo de la plaza, que se vió precisada á capitular.

Casi al mismo tiempo que se hacian dueños los ingleses de la llave de nuestras posesiones en América, caia en su poder la capital de los dominios españoles en Asia. El general británico Draper, destacado de Madrás con dos mil y trescientos hombres, llegó á la isla de Luzon, cuando aun se ignoraba en ella la declaracion de la guer-

ra, se apoderó de los arrabales de Manila, entró en esta ciudad, la saqueó en parte y obligó á la fortaleza á rendirse por capitulacion.

Los españoles solo fueron felices en el Rio de la Plata, donde el general Ceballos se apoderó de la colonia del Sacramento, perteneciente á los Portugueses aliados de la Gran Bretaña. Un ejército español penetró en Portugal, sin efecto: porque al fin de la campaña, tuvo que retirarse á sus fronteras.

Habiendo tenido un éxito tan infeliz este primer ensayo del pacto de familia, solo se pensó por entonces en hacer la paz, que se concluyó en Fontainebleau el diez de Febrero de mil setecientos sesenta y tres. Las pérdidas de Francia fueron inmensas: pues tuvo que ceder cuanto poseia en el continente americano, algunas de las islas Antillas y todos los establecimientos del Senegal, y de Bengala. La Habana y Manila volvieron á poder de España, que cedió la Florida á los ingleses, recibiendo en indemnizacion la Luisiana.

Esta primera tentativa de Carlos Tercero, cuya alma era de temple firme y vigoroso, á pesar de haber sido desgraciada, no hizo mas que excitarle á bus-

car los medios de repetirla con mas felicidad. Al mismo tiempo que sostuvo en las negociaciones posteriores al tratado de paz los intereses de sus vasallos y la dignidad de su corona, promovió los estudios militares, de que habia gran escasez en España, fundó el ilustre colegio de artilleria de Segobia, y estableció las colonias de Sierra-Morena, que convirtieron en tierras cultivadas las que antes solo eran guaridas de malhechores y de fieras.

Interumpió momentaneamente tan útiles tareas la sedicion de Madrid de mil setecientos sesenta y seis, dirigida contra Esquilache, napolitano de nacion y ministro de Hacienda, que se habia grangeado el odio público por su furor de reformas, algunas útiles, otras ridiculas, como su decreto contra los sombreros de londos, y por un privilegio de monopolio que concedió para los abastos. El Rey huyó de Madrid á Aranjuez, Esquilache fué depuesto y la tranquilidad se restableció.

Al año siguiente se verificó la expulsion de los jesuitas, religion que floreció muchos años en letras, santidad, opulencia y poder: pero atacada siempre por enemigos poderosos, en razon de sus ri-

quezas y de su influencia política en las cortes. Ya se habia extinguido en Portugal y en Francia. En España fueron todos arrestados á una misma hora, que fué las doce de la noche de treinta y uno de Marzo de mil setecientos sesenta y siete, conducidos á los puertos mas cercanos, y embarcados para Italia. El secreto de este gran golpe de estado se observó tan rigurosamente que la primer noticia que se tuvo de la extincion de la compañía en España fué la salida de sus individuos.

El espíritu de mejora y de progreso en todos los ramos se desplegó en esta época. Eran sus promotores el Conde de Aranda, y los fiscales del consejo real Campomanes y Moñino, tan célebre despues bajo el título de Conde de Florida-Blanca. El ejército se aumentó, y se introdujo en él la táctica prusiana, reconocida entónces por la mejor de Europa. La marina se puso en un pie respetable. Se establecieron en casi todas las ciudades de alguna consideracion sociedades patrióticas, que propagaban los conocimientos útiles y promovian los establecimientos industriales; sirviendo de modelo á todas la insigne sociedad bascongada, que creó el Conde de Peñaflores, y que fué aproba-

da por el Rey en mil setecientos sesenta y cinco. Colegios, Cátedras de matemáticas y escuelas de bellas artes se erigieron como por encanto en todas las grandes capitales. No ha habido en nuestra historia una época en que se haya promovido con mas celo y actividad la instruccion pública en los ramos que tienen íntima conexiõn con las artes útiles al bienestar material de la sociedad. Al mismo tiempo se establecian en Madrid los estudios de S. Isidro, estendiendo la instruccion á todas las lenguas sábias y á las ciencias exactas y naturales.

Terminose este periodo con una guerra de muy corta duracion entre España y el Emperador de Marruecos. Los moros atacaron sucesivamente en mil setecientos setenta y cuatro las plazas africanas de Melilla y del Peñon de los Velez: pero defendidas valerosamente por sus comandantes Don Juan Sherlock y Don Florencio Moreno, se retiraron de una y otra los enemigos con mucha pérdida. A estas hostilidades se siguió la paz.

Desde mil setecientos setenta y cinco hasta fin del reinado de Carlos Tercero.

Emprendióse entonces la expedición de Argel, guarida de corsarios, cuya ruina era de grande importancia no solo para España, sino también para toda la cristiandad. Preparóse para ella en Cartagena una escuadra de ocho navios de línea, otras tantas fragatas, muchos buques menores, y los trasportes necesarios para conducir veinte y dosmil hombres de todas armas. Esta formidable expedición se presentó delante de Argel el primero de Julio de mil setecientos setenta y cinco: pero el desembarco no pudo efectuarse hasta el siete en que saltó en tierra la primer división compuesta de ocho mil hombres. En vez de esperar que desembarcasen las otras, empeñada por una retirada falsa de los moros, los acometió imprudentemente, se halló en un terreno quebrado y defendido por atrincheramientos: y asaltada y desordenada por una gran multitud de enemigos que cargó sobre ella, hubo de retrogradar hasta la playa, y desordenó la segunda división que acababa de desembarcar. Logróse contener á los moros, y vol-

ver á embarcar las dos divisiones; lo que se verificó aquella noche, sin dejar en tierra ni un solo herido de tresmil que lo quedaron en el combate, pero el objeto de la espedicion era ya imposible de lograr, y la escuadra se volvió á Alicante y á Cartagena.

Siguieronse á esta desgraciada espedicion algunas hostilidades en los confines del Brasil, y del Paraguay, entre Portugueses y Españoles nacidas de no haberse fijado con exactitud los límites entre aquellas dos colonias. En mil setecientos setenta y seis los portugueses se apoderaron de Montevideo, y derrotaron una division española, haciendole perder quinientos hombres, pero salió de Cádiz una escuadra de seis navios de línea y muchas fragatas, á las órdenes del Conde de Casa-Tilly, dió la vela á las costas del Brasil se apoderó de la isla de Santa Catalina, haciendo prisioneras las tropas que la guardaban, pasó despues al rio de la Plata, y ocupó la colonia del Sacramento, la isla de San Gabriel y las demas posesiones del Rey de Portugal hasta Rio Grande.

El temor de una guerra con Portugal se desvaneció en mil setecientos setenta y siete. Al Marques de Grimaldi, primer secretario de es-

tado, sucedió el Conde de Floridablanca, que aprovechando la ocasion de haber fallecido José Primero, Rey de Portugal, y sucedidole su hija Maria, sobrina por su madre de Cárlos Tercero, cortó de raiz el motivo de las desavenencias, concluyendo un tratado de límites, ventajoso para España, colocando en el Río grande los confines del Paraguay y afirmando así entre ambas potencias una paz duradera.

El nuevo ministro aplicó entonces toda su atencion á la célebre guerra de la independencia de las colonias inglesas en el continente americano del norte. Las desavenencias entre el gobierno ingles y sus colonias empezaron despues de la guerra de los siete años, terminada por la paz de Fontainebleau, con motivo de impuestos gravosos para ellas decretados por el parlamento. Resistieronse los colonos á admitirlas: el gobierno británico quiso emplear la violencia: la guerra estalló, y en mil setecientos setenta y cuatro los Norteamericanos se declararon independientes y erigieron una república con el título de Estados unidos.

En Francia habia sucedido á Luis XV su nieto Luis XVI, el cual, aconsejado por la eterna rivalidad entre su nacion y la inglesa, reconoció los Estados unidos,

hizo alianza con ellos, los auxilió con fuerzas navales y tropas de tierra, y se encendió una nueva guerra entre Francia y la Gran Bretaña. Las hostilidades comenzaron en mil setecientos setenta y ocho. En mil setecientos setenta y nueve comenzaron las de España, que en virtud del pacto de familia, unió sus escuadras á las francesas y tomó parte en la guerra.

Los sucesos de esta fueron al principio ventajosos para España. Empezose por bloquear á Gibraltar. D. Bernardo Galvez, gobernador de la Luisiana, quitó á los ingleses varios puntos que poseían en aquella provincia: y D. Roberto Rivas, comandante de Yucatan, se apoderó de los establecimientos británicos de la bahia de Campeche, recobró á Omoa, pueblo de la bahia de Honduras, saqueado por los ingleses de Jamaica, como tambien el botin: porque el navio en que lo llevaban, dió al traves en la costa.

Pero al año siguiente de mil setecientos ochenta el Almirante ingles Redney, despues de apoderarse de un convoy militar que habia salido de San Sebastian, y del navio de línea que lo escoltaba, á la altura del cabo de Finisterre, pasó al golfo de Cádiz donde derrotó la escuadra española que bloqueaba por mar á Gibraltar, le apre-

só seis navíos, y le hizo perder otros tres, uno que se voló, y dos que dieron sobre la costa. Este año se apoderó Galvez de la Mobila, plaza de la Florida occidental; y Don Luis de Córdoba, comandante de una division naval, apresó á la altura de las Azores dos convoyes ingleses, cuyo valor se estimó en siete millones de duros, y en los cuales hizo mil ochocientos soldados prisioneros.

A principio de mil setecientos ochenta y uno se apoderó Galvez de Panzacola, y completó la conquista de la Florida occidental. Por el verano se verificó la expedicion á la isla de Menorca. Constaba de ochomil hombres de tropas de tierra, mandadas por el Duque de Crillon. El desembarco se hizo sin oposicion: los españoles, ocupada la isla, pusieron sitio al fuerte de San Felipe, que es la ciudadela de Puerto-Mahon. El fuerte se defendió con sumo valor, pero hubo de rendirse á principio de mil setecientos ochenta y dos.

El placer que causó la restauracion de Menorca, perdida despues de tantos años, se acibaró por el desastre de nuestras armas en el sitio de Gibraltar. Confióse el mando del ejército sitiador al Duque de Crillon: y se adoptó, aunque no con aprobacion de este general, el proyecto de

tacar la plaza por mar con baterías flotantes, inventadas por M. de Arzon, oficial francés; y construidas con tal arte, que la bala roja no podía hacer efecto en ella.

El trece de Setiembre se presentaron en la bahía, y comenzó un fuego terrible entre ellas, la plaza y las baterías del sitio. Las flotantes resistieron á la bala roja, por medio de máquinas que las regaban abundantemente: pero al fin una de ellas, que no se habia regado bastante por no inutilizar la polvora, empezó á incendiarse; dióse orden de retirar las tripulaciones y quemar los buques porque no viniesen á poder del enemigo. Esto se hizo con precipitacion, y perecieron mil y doscientos hombres. El Almirante Howe socorrió á Gibraltar, y se perdió toda esperanza de tomarla.

Al año siguiente de mil setecientos ochenta y tres se hizo la paz general, en la cual se reconoció la república de Norte América como nacion independiente, y España adquirió la Florida occidental y la isla de Menorca. Este año y el siguiente la escuadra española bombardeó á Argel: los Argelinos aterrados con estas frecuentes visitas de nuestras fuerzas navales, y movidos por las órdenes del gran Señor, que en mil setecientos ochenta y tres habia hecho un tratado de paz

y comercio con España, firmaron en mil setecientos ochenta y cinco una tregua. La regencia de Trípoli habia firmado el año anterior un tratado de paz con España.

Los últimos años de Cárlos Tercero fueron pacíficos y felices. Murió este Monarca en mil setecientos ochenta y ocho á los setenta y dos años de su edad, habiendo reinado veinte y nueve. De su único matrimonio con Amalia, princesa de Sajonia, tuvo trece hijos: Felipe, escluido de la sucesion por incapacidad mental: Cárlos, que le sucedió en España con el título de Cárlos Cuarto: Fernando que le sucedió en el trono de las dos Sicilias: Gabriel, gran Prior de Castilla: Antonio y Francisco, que no tuvieron sucesion: Maria Josefa, Maria Luisa que casó con el Archiduque Leopoldo gran Duque de Toscana, y otras hijas que fallecieron en la niñez.

Cárlos Tercero fué muy amable en su trato: conoció la amistad: costábale pena variar de Ministros: era laborioso, instruido, aplicado al trabajo del Gabinete: amigo de reformas administrativas de que España tenia gran necesidad, é hizo muchas que mejoraron en gran manera la suerte del pueblo, y dieron considerable impulso á la industria, señaladamente á la mercantil. Su reinado fué glorioso, porque España, despues de la guerra de la independen-

cia americana, logró en la política europea una influencia desconocida muchos años antes.

Dióse también grande impulso á los buenos estudios y á la literatura. Moratin el padre, Cadahalso, Iglesias y Llaguno promovieron el buen gusto. Melendez fue padre de la nueva escuela lírica, y restaurador de la buena poesía española. Jovellanos perfeccionaba el estilo prosaico, y se educaba Moratin el hijo, fundador de nuestra comedia clásica.

LECCION XXXIII.

Reinado del Sr. D. Carlos Cuarto.

El trono de Carlos Cuarto tuvo en los principios de este reinado el esplendor que le habia dejado su padre. Pero la revolucion francesa comenzó en mil setecientos ochenta y nueve, las monarquías se hallaron amenazadas por ella: y necesitaban de grandes reyes, ó por lo menos de grandes ministros. Carlos Cuarto, aunque bondadoso y afable, no tenia ni el genio del gobierno ni la afición al trabajo que su padre: y queriendo poner al frente de los nego-

cios á Don Manuel de Godoy á quien amaba, destituyó al Conde de Floridablanca, uno de los mas hábiles estadistas que ha tenido España, y nombró ministro al Conde de Aranda, hombre tambien de mucho mérito, pero que solo sirvió de transición á Godoy, el cual ya nombrado duque de la Alcudia, le sucedió muy en breve.

El infeliz Luis XVI fue destronado por los republicanos, puesto en prision, y á pesar de todos los esfuerzos de la corte de España, asesinado en un cadalso el veinte y uno de Enero de mil setecientos noventa y tres. Carlos Cuarto se unió á las potencias europeas que hicieron guerra á la nueva república: los ejércitos españoles acudieron á las fronteras, y nuestra marina se unió á la inglesa.

Los principios de la guerra no fueron desfavorables á nuestras armas. Tolon, sulevada contra los terroristas de Paris, se entregó á las escuadras inglesa y española, bien que volvió poco despues al poder de los republicanos. El General Caro penetró por el Vidasoa en el territorio frances, y Ricardo se apoderó de Bellogarde, entró en el Rosellon, y derrotó á los enemigos en batalla campal junto á Triullas, y en el Boló: siendo fruto de estas victorias

las fortalezas de S. Telmo, Portvendres y Colibre.

Pero la campaña de mil setecientos noventa y cuatro fué infelicísima: los españoles fueron vencidos en el Boló, arrojados del Rosellon, completamente derrotados en la batalla de la montaña negra, y obligados á retirarse de la cresta del Pirineo á las orillas del Fluvia. Las importantes plazas de Fuigueras y Rosas cayeron en poder de los republicanos mientras Guipuzcoa, Bilbao, la plaza de S. Sebastian, y la provincia de Alava, eran ocupadas por otro ejército frances. El veinte y cuatro de Julio de mil setecientos noventa y cinco entraron los enemigos en Miranda de Ebro.

Ya en esta época se habia destruido en Francia el gobierno terrorista. La república era señora de Bélgica, de la izquierda del Rin y de Olanda. El Gran Duque de Toscana hizo la paz con ella: el Rey de Prusia la estaba tratando, y España, amenazado el cetro de su monarquía, creyó que podia seguir aquellos ejemplos: y así firmó en el mismo año el tratado de Basilea, cediendo á Francia la parte española de la isla de Sto. Domingo.

El diez y ocho de Agosto de mil setecientos noventa y seis hizo con el directorio frances un tratado de alianza ofensiva y defensiva. In-

glaterra, contra la cual se dirigia este tratado, declaró guerra á la España. Esta lid se prolongó hasta la paz de Amiens. La escuadra española fué vencida por la del almirante Jervis junto al cabo de S. Vicente en mil setecientos noventa y siete. Los ingleses se apoderaron de las islas de Menorca y de la Trinidad, bloquearon á Cádiz y causaron graves daños al comercio español.

La guerra con la gran Bretaña empenó á la corte de Madrid en otra, no menos desgraciada, contra Portugal, que empezó y concluyó en mil ochocientos uno. La paz se hizo en Badajoz y por ella se cedió á España la plaza y territorio de Olivenza. En fin, al año siguiente de mil ochocientos dos se celebró la paz entre Inglaterra y la Francia, gobernada entonces por el primer consul Bonaparte, y España adhirió á esta paz, cediendo la isla de la Trinidad.

Al año siguiente se volvió á encender la guerra entre las dos naciones rivales. Carlos Cuarto deseaba conservar la neutralidad: pero los ingleses atacaron en plena paz en mil ochocientos cuatro cuatro fragatas que venian con caudales de Indias, cometieron otros actos de hostilidad contra la marina y comercio español, y fué necesario tomar parte en la guerra marítima.

En mil ochocientos cinco se dió la terrible batalla naval de Trafalgar, en que el Almirante Nelson halló la victoria y la muerte, y quedaron destruidas las escuadras de España y Francia. La marina española se cubrió de gloria en este combate, aunque su éxito fuese infeliz por los errores del Almirante Villeneuve, comandante de las escuadras combinadas, por la mala conducta de Dumanoir que mandaba la vanguardia francesa, y por la táctica superior y atrevida de los ingleses.

Pero este desastre no impidió que Bonaparte, proclamado ya Emperador de los franceses, dominase en el continente Europeo por las victorias de Ulma y Austerlitz, conseguidas en mil ochocientos cinco, contra el Austria, la de Jena, conseguida en mil ochocientos seis contra Prusia, la de Friedland, en mil ochocientos siete contra Rusia, y por la paz de Tilsit, que pareció dividir la Europa en dos partes; quedando la occidental en poder de la Francia.

En virtud de esta máxima obró Napoleón con respecto á España, apenas concluyó la guerra de Rusia. Llenó la península de tropas con el pretexto de invadir á Portugal, aliado de la Inglaterra, y cuya capital ocupó el general Junot, refugiándose en el Brasil la familia real de

Braganza: al mismo tiempo que tenia en las islas de Dinamarca nuestras mejores tropas con el pretexto de que las guarneciesen contra las invasiones de la marina britanica. Entretanto su embajador en Madrid atizaba el fuego de la discordia en palacio entre el Príncipe de Asturias Fernando, y el Príncipe de la Paz valido del Rey.

El treinta de Octubre de mil ochocientos siete pareció un decreto de Cárlos Cuarto en que declaraba á su hijo culpable de atentados contra su autoridad soberana. La paz se restableció en breve entre el padre y el hijo. Atribuyóse vulgarmente este suceso á manejos del privado; los que veian mejor, reconocieron una mano mas poderosa: porque en aquella época estaba el Embajador frances al frente del partido contrario á Godoy. Napoleon seguia su plan de usurpacion, celebrando con la corte de España un tratado de repartimiento de Portugal, y á pesar de estar ocupado este reino, enviando nuevas tropas á la península, que se apoderaron ó por ardid ó por connivencia del gobierno español, de las plazas fuertes del norte, con el pretexto de sitiar á Gibraltar. Este sistema de fraude y de decepcion fué áltamente censurado por su ministro Talleyrand, que conocia mejor que él el carac-

ter español, y que preveía además grandes riesgos en atacar una nación capaz de reconquistar su territorio palmo á palmo, como ya había mostrado en su lid de ocho siglos contra los árabes.

Al fin Carlos Cuarto conoció las intenciones de su aliado, y formó el proyecto de emigrar con su familia á América como la dinastía de Braganza. Pero el pueblo de Madrid y el de la Mancha, se opuso á este viage. Concurrió el diez y siete de Marzo de mil ochocientos ocho á Aranjuez, donde entonces estaba la corte, acometió la casa del Príncipe de la Paz, le obligó á esconderse, y descubierto y preso, Carlos Cuarto addicó la corona en su hijo por salvar la vida de su amigo.

LECCION XXXIV.

Reinado del Sr. D. Fernando Séptimo.

Napoleon se transfirió á Bayona, y el nuevo Rey, persuadido por el general frances Savary á que el Emperador entraria en España para tratar de los intereses comunes, salió á recibirle: mas solo encontró en Vitoria una carta suya, en que le tra-

taba de Alteza, capaz de inspirar recelos á una corte menos confiada y mas hábil que la de Fernando. Prosiguióse sin embargo el viage. Murat, cuñado de Napoleon, que estaba en Madrid con fuerzas muy superiores, libertó á Godoy y le remitió á Bayona, á donde pasaron tambien los Reyes padres. Napoleon queria reunir alli todas sus victimas.

El dos de Mayo salió la Reina de Etruria hija de Carlos Cuarto para Francia, pero al partir el coche del Infante Don Francisco, niño todavia, el pueblo de Madrid se amotinó, se arrojó sobre los franceses, y dió muerte á un gran número de ellos. La táctica y disciplina triunfaron: Daoiz y Velarde, oficiales de artillería, perecieron lidiando valerosamente en defensa del parque de su arma, y la tranquilidad se restableció: pero los franceses tuvieron la crueldad de fusilar por la tarde y la noche de aquel dia, muchos hombres del pueblo, ya indefenso é inerme.

Entretanto se completaba en Bayona el misterio de iniquidad. Napoleon obligó á la dinastia de Borbon á cederle la corona de España, que renunció en su hermano José. Fernando Séptimo, su hermano Don Carlos y su tio Don Antonio fueron confina-

dos al castillo de Valencey: y el anciano Carlos Cuarto y su esposa obtuvieron pensiones del gobierno frances, que no siempre se les pagaron.

La nacion española se levantó como un solo hombre en venganza de las víctimas del dos de Mayo, de su Rey cautivo, de su independenciam y dignidad ofendidas. Formáronse en todas partes juntas de gobierno, que hicieron alianza con inglaterra: levantáronse ejércitos, y las luminarias que el Rey intruso halló en Castilla al pasar á Madrid, fueron los campos de batalla de Cabezón y de Rioseco. La escuadra francesa que habia en Cádiz, se vió obligada á entregarse: Zaragoza fué sitiada en vano por un cuerpo frances: el Mariscal Mouncey, Comandante de otro, fué rechazado de Valencia: el de Dupont, destinado á ocupar á Sevilla y á Cádiz, fué vencido y hecho prisionero en la memorable batalla de Bailén: y en fin, un cuerpo ingles que desembarcó en Portugal, venció á Junot, y le obligó á capitular la evacuacion de aquel reino. El Rey intruso, apenas habia tomado posesion del palacio de Madrid, se vió obligado á evacuar la capital y á retirarse al Ebro.

Napoleon no escarmentó: y por el oto-

no entró en persona en España con nuevo y poderoso ejército. Acometió por medio de la línea de los españoles, situada en el Ebro, la deshizo, marchó sobre Madrid, forzó el paso de Somosierra y entró en la capital, mientras sus lugartenientes, vencedores en Espinosa y en Tudela, volvían á sitiar á Zaragoza. El mismo salió contra el ejército inglés que había penetrado en Castilla, le persiguió hasta Galicia, y le obligó á embarcarse en la Coruña; pero tuvo que volverse á Francia á principios de mil ochocientos nueve para hacer frente al Emperador de Austria que le declaró la guerra.

Entretanto los españoles habían organizado un gobierno, al cual concurrieron dos individuos de cada una de las juntas provinciales que habían dirigido el movimiento contra los franceses.

Estos individuos, en vez de nombrar una regencia, se constituyeron en gobierno y tomaron el título de *Junta Central*. Así se atribuyó el poder ejecutivo á un cuerpo demasiado numeroso para ejercerlo debidamente. La Junta Central que se había instalado en Aranjuez, cuando Napoleón penetró en Castilla huyó á Sevilla, donde volvió á ejercer sus funciones

á fines de mil ochocientos ocho.

Por la ausencia de Napoleon quedó confiada á sus lugartenientes la guerra de España, que se hizo con varios sucesos. Habia á principios de mil ochocientos nueve, un ejército frances en Galicia, mandado por los Mariscales Soult y Ney. Soult, confiada aquella provincia á su compañero, pasó el Miño, entró en Portugal y se apoderó de Oporto: pero habiendo desembarcado en Lisboa un ejército ingles á las órdenes de Sir Arturo Wellesley, despues Lord Wellington, fué arrojado el Mariscal Soult á Galicia, donde se le unió Ney: pero este fué rechazado del puente de San Payo el siete y el ocho de Junio por el general español Conde de Noroña, y ambos Mariscales evacuaron á Galicia, que no volvió á ver en todo el discurso de la guerra las águilas imperiales.

En el centro de la península fue mas varia todavia la suerte de la guerra en esta campaña. La Junta Central, animada por la cooperacion del Austria y del pueblo aleman contra la prepotencia de Napoleon, hizo nuevas levass, reforzó los ejércitos derrotados por Napoleon á su entrada en España, y señaladamente el de Estremadura, mandado por Don Gregorio

de Cuesta: porque el mariscal Victor habia penetrado en esta provincia, cuya ocupacion podria comprometer la de Sevilla. Cuesta, despues de algunos choques ventajosos contra el enemigo, fué completamente derrotado en Medellin el veinte y ocho de Marzo. Este reves causó grande terror en Sevilla: pero Victor no tenia fuerzas suficientes para penetrar en Andalucía. Ademas Wellesley, arrojados los franceses de Portugal, marchaba á Estremadura para reunirse con Cuesta, y el escarmiento de Dupont estaba demasiado reciente.

Llamábase entonces ejército de la mancha el que, habiendo sido vencido en Tudela por los franceses se habia retirado por las montañas de Cuenca á esta provincia; y reforzado por la Junta Central, y puesto á las órdenes del Marques de Cartaojal, defendia los desfiladeros de Sierra-Morena. Este ejército, acometido por un cuerpo de doce mil franceses, á las órdenes del general Sebastiani, fué rechazado del Guadiana con pérdida, y se retiró á la Sierra.

Verificada la reunion de Wellesley con Cuesta en Estremadura, tomó nuevo aspecto la campaña. Ambos ejércitos marcharon denodadamente al enemigo, re-

sueltos á reunirse en Madrid con el ejército español de la Mancha, reforzado de nuevo, y puesto bajo las órdenes del General Venegas. Los franceses concentraron al norte del Tajo todas las fuerzas que tenían en Estremadura y en Castilla la nueva. Los ingleses y españoles pasaron aquel río, y tomaron posicion en Talavera, donde el veinte y siete y el veinte y ocho de Julio fueron atacados por los franceses con su acostumbrada impetuosidad: pero despues de repetidos asaltos no pudo el enemigo romper la línea de los aliados, y se retiró del campo de batalla con pérdida de mas de siete mil hombres y diez y siete cañones. Los ingleses tuvieron fuera de combate seis mil doscientos sesenta y ocho hombres y los españoles mil y doscientos.

Los vencedores no pudieron seguir el alcance, porque Soul, evacuada Galicia, se hallaba ya en Zamora, y entró en Plasencia el primero de Agosto. Los aliados, por no ser cogidos entre dos fuegos, hubieron de volverse á Estremadura, y cayeron en poder del enemigo los heridos ingleses que estaban en Talavera. El General Venegas habia atacado por la parte de la Mancha al cuerpo de Sebastiani, y obligadole á retirarse á Toledo. Persiguióle el español hasta el Tajo, y el cinco de

Agosto impidió á los franceses que pasasen el rio por Aranjuez: pero lo atravesaron por Toledo y por los vados de Añover, y el doce fué vencido en Almonacid el ejército de la Mancha. Asi se malogró la esperanza de arrojar al enemigo de la capital de la Monarquía.

Entretanto la fortuna era aun mas adversa á los españoles en el nordeste del reino. La inmortal Zaragoza, despues de un sitio, en que sus defensores agotaron todas las privaciones que puede sufrir la humanidad, en que cada casa fué defendida como una fortaleza, sucumbió al contagio que se introdujo entre las tropas y los habitantes. Rosas estaba en poder de los franceses desde el diciembre anterior: los ejércitos españoles de Cataluña sufrieron derrotas considerables: y Suchet, nombrado por Napoleon gobernador del reino de Aragon, vencido por el General español Blake en Alcañiz, le derrotó despues en Maria y en Belchite. En fin Gerona, émula de Zaragoza, se rindió despues de un sitio largo y sangriento.

Para aumento de afliccion llegó la noticia de haberse firmado en Viena la paz entre el Austria y Napoleon, despues de la victoria que consiguieron los france-

ses en Wagram. Lord Wellington, poco satisfecho del resultado de la campaña de Talavera, se retiró á Badajoz y á la frontera de Portugal. La Junta Central, deseosa de lograr alguna ventaja considerable antes que Napoleon pudiese enviar nuevas tropas á su ejército de España, hizo el último esfuerzo, y puso en las llanuras de la Mancha mas de cincuenta y un mil combatientes con orden de marchar sobre Madrid. Este ejército fué vencido y dispersado en Ocaña con inmensa pérdida el diez y nueve de Noviembre. Corto consuelo á tanto infortunio fué la rota que dió en Tamames el Duque del Parque á los franceses el diez y ocho de Octubre: mucho mas cuando llegó la noticia de haber sido derrotado despues en Alba de Tormes.

LECCION XXXV.

Continuacion de la guerra de la independencia.

La campaña de mil ochocientos diez comenzó con muy tristes auspicios. El ejército frances que venció en Ocaña, penetró en Andalucía á principios del año, y la ocupó toda, excepto la plaza de Cádiz, baluarte de la

libertad española, adonde el Duque de Alburquerque había conseguido introducir una division del ejército de Estremadura. La Junta Central huyó de Sevilla á la Isla de Leon, se disolvió y dejó nombrada una regencia para el gobierno del reino. Cadiz fué sitiada por los franceses en la única parte que podian hacerlo que era por tierra.

Entretanto encargó Napoleon á Masena la conquista de Portugal. Este guerrero al frente de sesenta y seis mil infantes y seis mil caballos, comenzó la campaña el veinte y cinco de Abril. Despues de apoderarse de las plazas de Ciudad-Rodrigo en España y de Almeida en Portugal, se puso en marcha para Coimbra y Lisboa. Rechazado en Busaco por Lord Wellington, halló medios sin embargo de entrar en Coimbra, de donde salió para la capital: pero encontró las formidables líneas de Torresvedras, que era imposible tomar, y dentro de las cuales se habia recojido casi toda la poblacion del reino con sus subsistencias: y las que los portugueses no pudieron llevar á aquel punto, las quemaron. Masena tenia á su frente un atrincheramiento inexpugnable, y á sus espaldas un desierto horrible, solo atravesado por las mili-

cias portuguesas, que interceptaban sus comboyes y daban muerte á los soldados ó destacamentos poco numerosos, que se separaban de las filas. Tal fué su posicion hasta los primeros meses del año siguiente.

Suchet, mas feliz que él, se apoderó en esta campaña de Lérida, Mequinenza y Morella, y emprendió el sitio de Tortosa, que se rindió á principios del año siguiente. Pero á pesar de sus victorias, solo eran dueños los franceses del sitio que pisaban. Las partidas numerosas de guerrilla, diseminadas por todo el reino, interceptaban sus comboyes, correos y destacamentos, y mantenian el pais, decidido siempre á pesar de tantos infortunios por la causa nacional, á devocion del gobierno de Cádiz.

En esta ciudad se reunieron las Cortes, reasumieron la soberanía, y se declararon estraordinarias para redactar un código fundamental. Su forma fué la misma que habian tenido las Cortes ordinarias de España, desde que Carlos Quinto escluyó de ella al clero y á la nobleza. Las cuestiones de reformas de toda especie que se suscitaron, dividieron á la nacion en dos partidos: mas no por eso

fue menor el empeño de unos y otros en pelear contra el enemigo comun.

Entretanto comenzaban las provincias de America á separarse de la metrópoli. Caracas y Buenosayres crearon gobiernos independientes del de Cádiz: su tendencia era visiblemente al republicanismo que despues adoptaron. Abrieron sus puertos al comercio estrangero: y asi esta revolucion fué auxiliada por los Estados Unidos de América, y aun por los ingleses mismos.

A principios de mil ochocientos once recibió orden el Mariscal Soult de auxiliar por la parte de Alentejo las operaciones de Masena, con las tropas que mandaba en Andalucía: pero las que tenia disponibles no eran muchas: porque Sebastiani necesitaba de las de su mando para defender á Granada, y Victor no podia abandonar las líneas del sitio de Cádiz. Por otra parte, no podia Soult penetrar en Alentejo, dejando á las espaldas plazas tan fuertes como las de Badajoz y Olivenza. Marchó, pues, contra ellas, y las tomó: pero ya Masena ostigado por la falta de subsistencias, y por los enemigos, se habia retirado de Portugal, y vuelto á Ciudad-Rodrigo. Wellington apostó su ejército en la frontera

de ambos reinos, recobró á Almeida y acometió á Badajoz.

Soult volvió á Estremadura á defender su conquista, y el quince de Mayo peleó con los aliados en Albuera. La batalla fue sangrienta y costosa á ambas partes. La perdieron los franceses, pues no pudieron impedir que los aliados volvieran á poner sitio á Badajoz. Pero Marmont, sucesor de Masena en el mando del ejército frances que estaba en Salamanca, acudió al socorro de la plaza, y los aliados se retiraron á Portugal. En el resto de la campaña sorprendieron los españoles é ingleses al general frances Girard junto á Arroyomolinos, y le dieron una rota matandole cuatrocientos hombres y haciendo mil y cuatrocientos prisioneros. Cerca de Tarifa consiguió tambien grandes ventajas el general español Ballesteros contra los franceses.

Solo Suchet era completamente feliz en sus empresas. Despues de la capitulacion de Tortosa, rindió á Tarragona, valerosamente defendida, pero que fué saqueada por el vencedor; se apoderó de los puestos fortificados que tenian los españoles en la montaña de Monserrate, penetró en el reino de Valencia, venció

al ejército español que lo defendía, junto á Sagunto, y á fines de mil ochocientos once y principios del siguiente, sometió toda la provincia, excepto la plaza de Alicante.

Pero á pesar de estos triunfos, cobraron mucho brio los patriotas; ya por la huida de los franceses en Portugal y el resultado de la batalla de Albuera, como por la guerra, próxima á estallar, entre Napoleon y el Emperador de Rusia. El primero, estendiendo por una parte el territorio frances hasta el Garellano y por otro hasta el mar Báltico, habia demostrado bastantemente que era insaciable su ambicion.

Wellington abrió la campaña de mil ochocientos doce apoderándose de Ciudad-Rodrigo. Marchó despues contra Badajoz y la tomó antes que Soult pudiese llegar en su socorro. Asegurado de estas dos plazas, que cubrian el Portugal, maniobró en las orillas del Duero, y el veinte y uno de Julio peleó con Marmont junto á los Arapiles, le derrotó completamente, y ocupó las dos Castillas. El Rey intruso evacuó á Madrid, y se retiró á los confines de Murcia y Valencia: y Soult, comprometido en Andalucía, la evacuó, y se reunió en Almansa con los ejércitos de Suchet y del centro.

Wellington no pudo tomar el castillo de Burgos, defendido por dos mil y quinientos franceses: y Soult, unido con el Rey intruso, tomaba la ofensiva y marchaba sobre Madrid, con el intento de cortar á los aliados la retirada á Portugal. El general ingles levantó con tiempo el sitio de Burgos, y se volvió á sus líneas de la frontera de ambos reinos, dejando las Castillas á los franceses. El Rey intruso volvió á Madrid, pero Andalucía y Estremadura quedaron libres de franceses. Aumentóse la esperanza ya concebida de ver pronto el fin venturoso de la lucha con la noticia que llegó á fines del año de haber sido destruido el ejército francés conque Napoleon habia penetrado en el centro de Rusia, por los frios, las privaciones y los combates.

Este año se promulgó el diez y nueve de Marzo la Constitucion política de la monarquía, redactada por las Cortes extraordinarias. Este código abundaba en garantías de libertad: porque siendo puramente democrático el sistema seguido desde que se empezó la lid contra Napoleon, por hallarse el Rey ausente y cautivo, era consiguiente que la Constitucion dada bajos los auspicios de la soberanía po-

pular, se apoyase tambien en ella.

LECCION XXXVI.

Fin de la guerra de la independencia.

En fin, en la campaña de mil ochocientos trece quedó la península casi libre de franceses. Napoleon, que despues del desastre de Rusia, se habia vuelto á Paris para organizar fuerzas que resistiesen á toda la Europa, conjurada ya contra él, tuvo que sacar de España un cuerpo considerable de tropas á las órdenes del Mariscal Soult; y quedó Jourdan encargado del mando de los ejércitos franceses en Castilla.

Apenas Wellington, nombrado por el gobierno español general de todos los ejércitos nacionales, se puso en movimiento, los franceses que ya carecian de fuerzas para defender el Tajo y el Duero, se retiraron á la línea del Ebro, y se hicieron fuertes en Vitoria. Allí los acometió Wellington al frente de las tropas aliadas, el veinte y uno de Junio y consiguió de ellos una señalada victoria, y tan completa, que toda la artillería y bagajes cayeron en poder de los aliados, ademas de

nueve mil hombres entre muertos, heridos y prisioneros. Los franceses, cortados del camino de Bayona, evacuaron á España por el de Borunda y Pamplona.

Suchet sabido este suceso, evacuó el reino de Valencia y el de Aragon, y se concentró en Cataluña. Los aliados sitiaron las plazas de Pamplona y San Sebastian. Napoleon supo el desastre de sus tropas en España, cuando se hallaba en Dresde, despues de haber conseguido dos victorias memorables contra los prusianos y rusos. Habiasse celebrado un armisticio bajo la mediacion del Austria: y conociendo de cuanta importancia seria para las negociaciones que se le creyese todavia capaz de dominar á España, envió al Mariscal Soult á tomar el mando de las reliquias de su ejército en la peninsula, proveyendole de todos los medios que en su apurada situacion podia suministrarle para hacer la guerra.

Todo fué en vano. Soult penetró en Navarra, y fué vencido el veinte y ocho de Julio en Sorrauer. Revolvió sobre Guipuzcoa, y el treinta y uno de Agosto sufrió otra derrota en San Marcial, y entró en Francia para defender su frontera. Las dos plazas se rindieron á los aliados, los cuales entraron en

el territorio frances á principios de Octubre, y el mes de Noviembre se hicieron dueños de la línea del Nivelles. Ya en esta época, destruida en Alemania toda esperanza de paz, se habia vuelto á las armas, y Napoleon, habiendo perdido casi todo su ejército, estaba en Paris formando otro nuevo contra los de la Europa entera, que penetraron en el interior de Francia por las fronteras de Suiza, Alemania y Belgica.

El año de mil ochocientos catorce fué el último de la gloriosa y terrible lid de la independendencia. Wellington persiguió á Soult, le derrotó junto al rio Nive, en Orthez y en Tolosa. La toma de esta ciudad fue la última acción de la guerra: porque los ejércitos de Europa entraron en Paris, Napoleon cayó, y se le dió el señorío de la isla de Elba, y los Borbones fueron restituidos al trono de Francia. El Rey Fernando Séptimo, á quien Napoleon dejó libre para venir á España antes de la catastrophe, subió segunda vez á su trono. El régimen de la Constitucion se abolió, y hubo contra los que se habian declarado favorables á él, una persecucion terrible y no merecida: pues en las circunstancias que se halló la España invadida

por los franceses, no fué delito incitar al pueblo con el atractivo de la libertad política á defenderse del yugo extranjero.

Tal fué el éxito de la guerra de la independencia, en la cual perdió Napoleon, á pesar de sus victorias, medio millón de hombres y el prestigio de invencible. Distinguiéronse en ella los generales españoles Castaños, el vencedor de Baylen; Palafox, defensor de Zaragoza; el Marques de la Romana, que trajo de las islas del Báltico un cuerpo español, que militaba bajo las banderas del usurpador, á que sirviese en las de la patria; Freire, que acompañó á Wellington en su última campaña: Blake poco afortunado en los campos de batalla, pero muy activo é inteligente. Entre los generales de division se deben citar con elogio Venegas, Zayas, Giron, Ballesteros, Morillo, Eroles, Sársfield, Contreras, Villacampa y Alvarez, el heroico defensor de Gerona. No olvidaremos á los gefes de partida, que tanto daño causaron á los franceses, señaladamente Mina, San Martin y el Empecinado.

LECCION XXXVII.

Continuacion del reinado de Fernando Séptimo.

El primer cuidado del gobierno de Fernando Séptimo fue recobrar las posesiones de América, en las cuales habia cundido el espíritu de insurreccion al nuevo reino de Granada. En Méjico y Perú, aunque sometidos en apariencia á la metrópoli, no dejaba de haber partidas de insurgentes, que desbastaban los campos y acometian las poblaciones indefensas. No era menester ver mucho en política para conocer que era llegada la hora en que aquellos vastos paises, acostumbrados á la independendia, durante la guerra contra los franceses, se emancipasen de la metrópoli, pero por desgracia dominó en el gabinete de Madrid la idea de someterlos como estaban antes, y se sacrificaron á este proyecto, imposible de ejecutar, nuevos ejércitos y muchos caudales, que debieron haberse empleado en reparar los males que la guerra habia causado en la península.

Salió de los puertos de esta una expedicion con diez mil hombres de desem-

barco, mandada por el General Morillo. Este ejército se apoderó de Cartagena de Indias, ocupó la nueva Granada, y defendió por mucho tiempo á Caracas y á la isla de Margarita contra las empresas de Bolívar, gefe de la insurreccion en Tierra-firme. Pero las tropas de Morillo se reforzaban desde España, y los enemigos tenian recursos prontos en el pais. El resultado fue que los españoles tuvieron que evacuarlo. Una nueva revolucion estalló desde Panamá hasta Venezuela. Bolívar recobró á Santa Fé, y Morillo con las pocas tropas que tenia, nada mas pudo hacer que defender á Cartagena y á Santa Marta.

En mil ochocientos diez y siete se perdió Chile. El gobierno de Buenos-Ayres envió contra los españoles de este pais un ejército que atravesó los Andes, y emancipó aquella provincia. El Virrey del Perú, resuelto á ponerlo de nuevo bajo la dominacion de España, envió en mil ochocientos diez y ocho al General Osorio con tropas suficientes: pero fué vencido en Maipo, y desde entonces es aquel pais una de las repúblicas en que se han convertido las posesiones españolas en el Nuevo Mundo.

El gobierno español, no escarmentado

con tantas calamidades y sin prevision de las que amenazaban en la península, preparaba otra nueva expedicion para reforzar á Morillo é invadir el rio de la Plata, contra cuya república era grande la animadversion, por haber contribuido con sus fuerzas á la insurreccion de Chile. Reunióse pues en las cercanias de Cádiz un ejército expedicionario, en el cual se notaron á mediados de mil ochocientos diez y nueve síntomas de revolucion. Algunos oficiales fueron arrestados, y el general separado del mando: pero no se consiguió mas que diferir el movimiento.

A principios de mil ochocientos veinte la tropa acantonada en las Cabezas de S. Juan proclamó la Constitucion y atrajo á sí una parte del ejército, aunque no muy considerable, que se encerró en la Isla. Despues de una tentativa inútil para ganar á su partido la ciudad de Cádiz, salió de la Isla el Teniente Coronel Riego al frente de un cuerpo de aquellas tropas, y recorrió varios pueblos de Andalucía, entre ellos á Málaga y Córdoba, sin hallar en las poblaciones ni simpatia que le animase, ni oposicion que le retragese de su intento. No tuvo mas enemigos que las tropas del Rey, las cuales le obligaron el once

de Marzo á dispersarse.

Pero ya Fernando Séptimo habia jurado la Constitucion. El gobierno, fijando esclusivamente su atencion en Andalucía, y enviando á aquel punto sus fuerzas disponibles, dió ocasion á las tropas de la Coruña, del Ferrol, de Vigo, en fin, de Asturias, Aragon, Cataluña y Navarra para pronunciarse á favor del movimiento de la isla. El Rey prometió reunir las córtes segun el antiguo sistema: esta propuesta no fue admitida. El siete de Marzo hubo en Madrid una asonada, y obligó al Rey á prometer que juraria la Constitucion, como lo verificó el nueve.

Este código comenzó inmediatamente á producir sus frutos. Los hombres que ascendieron al ministerio despues de jurada la Constitucion, habian sido ó perseguidos ó mal vistos de la córte durante el régimen anterior: y asi era imposible que entre ellos y el Rey existiese la confianza recíproca necesaria para el gobierno. Erigióse una junta provisional sin cuya consulta nada pudiera hacerse hasta la reunion de las Córtes; lo que probó que ya no era el trono la primera autoridad del estado.

Antes de la reunion de las Córtes hu-

bo una reaccion contra el régimen constitucional; á cuya frente estaba un General llamado Echevarria: pero tan obscura que apenas se habló de ella. El primer síntoma de anarquía fué la destitucion del ministro de marina Salazar, que pidieron y obtuvieron los individuos de una sociedad patriótica, de las que entonces se fundaron, y que no pocas veces, tomando la voz del pueblo soberano, llenaron de confusion y de tumulto la corte y las capitales de las provincias.

Reunieronse en fin las Córtes. Su mayoría era moderada y juiciosa: y la amnistia que concedió á todos los partidos disidentes, le hizo mucho honor, asi como tambien al ministerio. Uno y otro rechazaron con energia las pretenciones de Riego, que vino á la corte, donde tuvo grande popularidad entre los que se llamaban adictos, y que irritados contra el gobierno porque habia disuelto el ejército de la Isla que él mandaba, queria imponerle la ley. No lo logró y fué enviado de cuartel á Asturias: golpe muy sensible para el partido exaltado. Llamabase asi el que profesaba doctrinas mas democráticas aun que las de la misma Constitucion.

El ministerio, aterrado por un acto in-

constitucional del Rey, y por consiguiente nulo, como fué el nombramiento de un Capitan General de Castilla la nueva sin contrafirma del ministro, procuró halagar á los exaltados: y Riego obtuvo la Capitanía General de Aragon: en todas las sociedades patrióticas se habló altamente contra la autoridad real, y en una asonada desapareció el cuerpo de guardias de la Real persona, con el pretesto de algunas imprudencias, verdaderas ó supuestas, cometidas por individuos suyos.

Al primer ministerio sucedió otro, que conteniendose dentro de los términos legales, reprimió la anarquía, pero en su tiempo comenzaron á pulular las facciones en las provincias bascongadas, en Aragon, y principalmente en Cataluña, las cuales dieron estraordinaria fuerza al partido exaltado liberal contra el gobierno, tomando por pretesto para sus diatribas la osadia de los enemigos de la libertad. Por otra parte la mayoría de los elegidos para las Cortes de mil ochocientos veinte y dos, pertenecia á las doctrinas mas exageradas. Fué necesario pues, que el segundo ministerio cediese el puesto al de Martínez de la Rosa, hombre íntegro y valeroso á toda prueba, y grande orador.

Su elocuencia y virtud triunfaron de la tendencia anárquica y del mal espíritu que dominaba en la segunda legislatura: mas no pudo triunfar de la mala disposición de la guardia española, cuerpo muy liberal en mil ochocientos veinte, pero que casi habia caído en el extremo opuesto, viendo los desordenes que se cometian con pretesto de liberalismo. El treinta de Junio, día en que el Rey cerró las Cortes, despues de haber vuelto á palacio, hubo una reyerta entre algunos guardias, y gente del pueblo que los insultó. Esta riña no tuvo consecuencias: pero por la noche cuatro batallones salieron de sus cuarteles y se retiraron al sitio del Pardo, conservandose en comunicacion con los dos restantes del mismo cuerpo, que hacian el servicio en palacio. El objeto de este movimiento era ponerse bajo las ordenes inmediatas del Rey.

Fernando Séptimo tardó mucho en darlas: porque de sus consejeros, unos querian el absolutismo puro, y otros un régimen liberal, mas templado que el de la constitucion. Cual fuese el consejo que siguió la corona, lo manifestó el arresto de los ministros, del gefe político de Madrid y de otras personas distinguidas,

hecho en palacio de orden de S. M. en la noche del seis de Julio. Al dia siguiente atacaron los guardias del Pardo á Madrid, fueron rechazados de la plaza mayor por la milicia nacional, salieron de la corte, y al dia siguiente vencidos y desvaratados, cayeron prisioneros.

En este tumulto desapareció el ministerio moderado, y subieron los exaltados al gobierno. Pero las córtes de Austria, Rusia y Prusia, á las cuales inspiraba grandes recelos el giro que tomaban los negocios de España, determinaron ahogar la libertad en este reino, como la habian ahogado poco antes en Nápoles y Piamonte: y encargaron á Luis XVIII, Rey de Francia, la lid contra el liberalismo español.

El gobierno frances no vió en esta empresa mas que la ocasion que se le ofrecia de tener un ejército; cosa que la santa alianza no le habia permitido desde la caida de Napoleon, y aceptó con gozo un encargo, que lo emancipaba para siempre de las potencias de Europa. Antes que el ejército frances, mandado por el Duque de Angulema, pasase el Vidasoa, se retiraron á Sevilla el Rey, las Córtes y el gobierno de Madrid. Entretanto los

facciosos se apoderaban del castillo de Sagunto en Valencia, y otro de sus cuerpos llegó á dar vista á la capital, derrotó en Brihuega las fuerzas que salieron contra él, y no se retiró hasta que el conde del Abisbal, Capitan General de Castilla la nueva, salió á campaña con fuerzas respetables.

El ejército frances penetró en España, y llegó á Madrid el veinte y cuatro de Mayo sin hallar resistencia en ninguna parte. Otro cuerpo, mandado por el General Molitor, ocupó á Aragon, y persiguió á Valencia al General Ballesteros, que mandaba el ejército español de ambos reinos, mientras Moncey con fuerzas superiores conquistaba las plazas de Cataluña, defendidas por el General Mina.

Ocupada la capital del reino por Angulema, se creó en ella una regencia que gobernase la Nacion mientras el Rey no saliese del poder de los liberales, y los ejércitos franceses marcharon sobre Andalucía. Las Córtes se retiraron á Cádiz, llevando consigo al Rey, á quien habian depuesto porque se negó á hacer aquel viage: pero apenas entró en la ciudad, fué restituido al goce de sus atribuciones constitucionales. Ballesteros perseguido por

Molitor hasta Granada, capituló con sus tropas estar á la obediencia del Rey. Lo mismo hizo Morillo en Galicia, y así impidió que los franceses entrasen en aquella provincia, y que hubiese en ella las crueles reacciones que se ejercieron contra los amigos de la libertad en lo demás de España.

Solo restaba Cádiz á los liberales. Pusieronla en estado de defensa: pero los franceses se apoderaron del Trocadero y del castillo de Santi-Petri, la bloquearon por mar, y fué necesario dejar libre al Rey y someterse. Fernando Séptimo desembarcó en el Puerto el uno de Octubre y promulgó un decreto en que anuló todos los actos del gobierno constitucional y volvió á la plenitud del gobierno absoluto.

LECCION XXXVIII.

Fin del reinado del Sr. Don Fernando Séptimo.

Pero el partido favorable al monarca se habia dividido, como el liberal en dos facciones: unos eran moderados, y deseaban un gobierno fuerte, capaz de me-

jorar la suerte económica de la nación: otros exaltados y furibundos, que solo respiraban sangre y venganza, no tanto contra los anarquistas que ya se habían puesto en cobro, como contra los liberales juiciosos, y aun contra los realistas moderados, porque les ataban las manos y no les permitían saciar sus rencores como quisieran.

Bien pronto fue el mismo Rey objeto de su odio, porque no les daba parte en el gobierno; y hubo varias sediciones, causadas por este partido, con el objeto de destronar á Fernando Séptimo. Tales fueron las de mil ochocientos veinte y cuatro en Aragón, llamada conspiracion de Capapé, la de Besieres en mil ochocientos veinte y cinco, que fué reprimida y su autor fusilado, y la de Cataluña en mil ochocientos veinte y ocho que bastó á sofocar la presencia del Rey transfiriéndose á aquella provincia.

Tampoco dejaron los liberales de hacer algunas tentativas para recobrar su perdida dominacion: pero todas fueron en vano. En Agosto de mil ochocientos veinte y cuatro hicieron dos desembarcos, uno en Tarifa y otro en Almería, que dieron algun cuidado al gobierno, que no tenia entonces ejército: pero los franceses, que aun guarnecian á Cádiz, los desalojaron de Tarifa, y desvanecieron

aquella empresa. En mil ochocientos veinte y seis hicieron otra por la parte de Murcia: pero ya la situacion de las cosas era muy diversa. El Rey tenia un ejército lucido y bien pagado. La parte juiciosa del ministerio habia conseguido levantar el crédito nacional, y hallar recursos para subvenir á las necesidades del estado. Los odios iban cesando, el órden público renacia, y la nacion recibió un grande impulso hácia la mejora de la industria en todos sus ramos. La amnistia, dada en mil ochocientos veinte y cuatro, aunque mezquina y defectuosa, se estendia de hecho á un gran número de proscriptos que volvieron á sus casas y familias. La lenidad con respecto á los disidentes sucedió á aquel encono, nunca desmentido, que se observó constantemente desde mil ochocientos catorce a mil ochocientos veinte.

El Rey pasó á cuartas nupcias con la infanta de Nápoles Doña Maria Cristina de Borbon, y promulgó y dió fuerza de ley á lo resuelto en las córtes de mil setecientos ochenta y nueve, acerca de la sucesion á la corona. Sabido es que Felipe Quinto alteró en mil setecientos trece la ley fundamental de España, que llamaba á la sucesion la línea directa, aunque fuese de hembra, con preferencia á la colateral, aunque fuese de varon; y estableció el sistema contrario, prefiriendo en todos

los casos los varones á las hembras. La ley de Felipe Quinto fué violada tres veces, antes de mil setecientos ochenta y nueve; una por el mismo Felipe, que reinó muerto Luis Primero, debiendo haber pasado la corona inmediatamente á Fernando Sesto, hermano de Luis; y otras dos por Carlos Tercero, que quitó el derecho de sucesion á la descendencia de su hermano el infante Don Luis. é hizo jurar Príncipe de Asturias á su hijo Carlos Cuarto, ni nacido ni educado en España, como exigia la ley de mil setecientos trece.

Las córtés de mil setecientos ochenta y nueve abolieron esta ley y restituyeron la antigua. Lo mismo hicieron las córtés de Cádiz de mil ochocientos doce: y Fernando Séptimo promulgó con el título de *Pragmática Sancion*, lo dispuesto por las primeras, en mil ochocientos treinta. En el mismo año nació su hija la Señora Doña Isabel Segunda, que actualmente reina.

La revolucion que hubo en Francia en la misma época, y que arrojó del trono la rama mayor de los Borbones, substituyéndola la de Orleans, dió aliento á los liberales espatriados para hacer nuevas é inútiles tentativas contra el gobierno de Fernando Séptimo, y un cuerpo de ellos atra-

vesó la frontera del Vidasoa: pero rechazado en Vera, hubo de volverse á Francia.

La Princesa Doña Isabel fué jurada heredera del reino en las córtes de Madrid de mil ochocientos treinta y tres. A este acto no concurrió el Infante Don Cárlos, hermano del Rey, ausente entonces en Portugal. En Setiembre del mismo año falleció el Rey Fernando Séptimo, dejando el trono á su hija en menor edad, bajo la tutela de su madre la Reina viuda Doña Maria Cristina con un consejo de regencia, al cual debia consultar en los negocios árdusos.

LECCION XXXIX.

Reinado de la Señora Doña Isabel Segunda.

Apenas cerró los ojos Fernando Séptimo tomaron las armas los que habian pretendido destronarle en vida para sostener los derechos que atribuian á su hermano Cárlos, y organizaron la guerra civil en el reino de Navarra y provincias vascongadas, á las cuales lograron persuadir que el gobierno queria privarlas de sus fueros y privilegios. Algunos chispazos del incendio saltaron al bajo Aragon y á las montañas de Cataluña.

El gobierno de S. M. concedió en mil ochocientos treinta y cuatro una amnistia indefinida, y con el nombre de *Estatuto Real* promulgó una nueva Constitucion, que reconocia el principio de la division del poder legislativo entre el trono y dos cámaras, una electiva y otra en parte hereditaria y en parte vitalicia. Este sistema fue muy agradable á los liberales moderados; pero los exaltados se declararon contra él. Mientras los periodicos se ejercitaban en la polémica de los partidos, las facciones tomaron grande incremento con la llegada á las provincias bascongadas de Don Carlos, que arrojado de Portugal, igualmente que Don Miguel de Braganza, por las tropas de Don Pedro, ex-Emperador del Brasil, y por las españolas al mando del general Rodil, auxiliares de Doña Maria de Gloria, hija de Don Pedro, y Reina de Portugal, huyó á Inglaterra, y atravesando disfrazado la Francia, pasó el Pirineo y se unió con los suyos.

El disgusto que producía el mal estado de la guerra, dió calor al partido liberal, que era hostil al gobierno; y en mil ochocientos treinta y cinco se separaron de él muchas provincias; al mismo tiempo que una faccion, atravesando el alto Aragon, pasó á Cataluña á organizar en ella una fuerte division á fa-

vor de Don Carlos. En vano las tropas de la Reina consiguieron un brillante triunfo en Mendigorria: en vano fueron rechazados de Bilbao los facciosos con pérdida de Zumalacarregui, el mas temible de sus gefes, que pereció en el ataque. Fué preciso calmar el descontento de las provincias, y la tranquilidad se restableció variando el ministerio y prometiendo la revision del Estatuto.

Però en mil ochocientos treinta y seis volvió á ser mayor la efervescencia por otro cambio de gabinete hecho en el mes de Mayo. Volvió á haber escision en las provincias, y una sublevacion militar, verificada en la Granja, obligó á la Reina Gobernadora á mandar jurar la Constitucion de mil ochocientos doce, á condicion de que fuese revisada. Reunieron-se para ello las Córtes constituyentes. Entretanto un cuerpo faccioso, procedente de Navarra, recorrió y devastó diversas provincias de España; y vencido varias veces y algunas vencedor, volvió á unirse con su cuerpo principal, llevando consigo la mayor parte del fruto de sus rapiñas. La inmortal Bilbao sostuvo otro sitio tenaz y sangriento contra los facciosos, del cual la libertó el ejército español á las órdenes del General Espartero.

con la señalada victoria de Luchana.

La campaña de mil ochocientos treinta y siete comenzó apoderandose las tropas de la Reina y las auxiliares inglesas, de los puntos fortificados que tenían los facciosos en Iruñ, Ernani, Oyarzun y Fuenterrabia. Don Carlos salió con diez mil hombres, poco menos, de las provincias bascongadas, recorrió el alto Aragon, la montaña de Cataluña, los confines de ambas provincias y reino de Valencia. Batido en Grá y en Chiva, llegó á las cercanias de Madrid, creyendo que su presencia produciria grande efecto en los ánimos. Frustrada esta esperanza, se volvió á invernar al otro lado del Ebro.

Las Cortes constituyentes concluyeron su obra, dando la Constitucion de mil ochocientos treinta y siete, la cual reconoce, como el Estatuto, la division del poder legislativo en tres ramales: pero el cargo de Senador ni es hereditario ni vitalicio: sino misto de eleccion popular y de nombramiento real. En el mes de Diciembre de mil ochocientos treinta y siete se instalaron las primeras Cortes, hijas del nuevo codigo fundamental. La mayoria del congreso perteneció al partido que tiene entre nosotros el título de moderado.

Otro cuerpo faccioso volvió á desgajarse en la primavera de mil ochocientos treinta y ocho del ejército principal de D. Carlos y recorrió, perseguido por las tropas de la Reina, varias provincias, hasta que casi enteramente exterminado en el reino de Jaen, demostró que la usurpacion no podia tener raices sino en las provincias bascongadas, y en los confines de Aragon, Cataluña y Valencia, donde Cabrera, gefe de las fuerzas de los facciosos en aquel punto, fortificando á Morella y haciendola su plaza de armas, dotado de actividad igual á la ferocidad de su alma, creó una resistencia que fué la última vencida en esta guerra civil. En vano se presentó delante de Morella un ejército considerable mandado por un general de reputacion. Rechasado en el asalto hubo de volverse con pérdidas equivalentes á las de una derrota; pérdidas que hicieron caer el ministerio del Conde de Ofalia.

Al año siguiente se hicieron desde que empezó la primavera, nuevas tentativas; pero igualmente infructuosas, y Cabrera obtuvo la superioridad en aquellos paises, hasta que nuevos é inesperados sucesos dieron fin en las provincias bascongadas á la terrible lid de siete años: bien que antes

de esta época, ya el general Odonell, nombrado comandante de las tropas españolas del ejército del centro, habia salvado á Lucena, sitiada por Cabrera, batido á este gefe, y apoderadose del importante fuerte de Tales.

El ejército del Norte, mandado por el general Espartero, se apoderó desde los principios de la campaña de mil ochocientos treinta y nueve, de la importante plaza de Orduña: amenazó despues por medio de un hábil movimiento sobre Vitoria, las posiciones del enemigo en Alava, y habiendole atraído á esta provincia, ocupó despues de corta resistencia, á Ochandiano, Oñate, Durango y Vergara. Mandaba las fuerzas de Don Carlos el general Maroto: el cual habia hecho fusilar antes de empezarse la campaña á algunos gefes de opinion contraria á la suya, porque la faccion se habia dividido en dos partidos que se aborrecian de muerte. Supo Maroto que Don Carlos, aunque disimulaba, habia llevado muy á mal aquella ejecucion, y que solo esperaba una ocusion favorable para vengarse. Conociendo, pues, su crítica posicion, ya triunfase el pretendiente, ya fuese vencido, se decidió á hacer con el general de la Reina un convenio, que ter-

minó la guerra en las provincias bascongadas, licenció ó reunió con las fuerzas nacionales las que él mandaba, y restituyó la paz y la alegría á toda la península.

Espartero se lanzó sobre Navarra, se apoderó de Lecumberri y Estella, y arrojó á Don Carlos y á los pocos que le seguian al otro lado de los pirineos. Entretanto proseguia en Madrin la lucha de los partidos; dos veces fueron disueltas las córtes y se eligieron otras.

En mil ochocientos cuarenta se dirigió el general Espartero con gran parte de sus fuerzas hacia Morella y los puntos ocupados todavia por los partidarios de la usurpacion. Logróse la rendicion de esta plaza y la sumision ó fuga de todos los facciosos. Mas cuando acababa la guerra de susecion comenzó, ó por mejor decir, se continuó con nueva fuerza la de los partidos liberales.

Sirvió de pretesto la nueva ley de ayuntamientos presentada á las córtes, aprovada por ella y sancionada por la Reina Gobernadora. Los enemigos del ministerio decían que esta ley era contraria al testo y al espíritu de la Constitucion: sus adversarios la creian conforme á uno y otro. La cuestion era muy importante porque la ley vigente

de ayuntamientos que era la antigua de mil ochocientos veinte y dos, dada bajo la influencia de la Constitucion de Cádiz, concedia á las corporaciones municipales grande independencia, que iba á cercenarse mucho por la nueva.

La Reina Isabel Segunda se hallaba con su madre en Barcelona donde habia ido á tomar las aguas de Caldas en Cataluña por disposicion de los médicos. Un movimiento, que comenzó en Barcelona y prosiguió en Madrid y en otras ciudades inspiró á la Reina Gobernadora la determinacion de renunciar á la Regencia y retirarse á Francia. Disolvieronse las córtes, y las nuevas que se reunieron, nombraron por Regente del Reino al general Espartero. Hubo contra él una conjuracion en mil ochocientos cuarenta y uno, pero fué comprimida. El mismo éxito ha tenido otra formada en Barcelona en mil ochocientos cuarenta y dos. Esta ciudad levantada contra el gobierno, pudo echar fuera de sus muros á las tropas que la guarnecian; pero sitiada por fuerzas superiores, y bombardeada desde Monjuich ha tenido que someterse en Diciembre de mil ochocientos cuarenta y dos en que escribimos este resumen.

EPOCAS PRINCIPALES

DE LA HISTORIA

DE ESPAÑA.



*Años antes
de Jesucristo.*

- 1023..... Los fenicios en España: fundación de Cádiz.
- 516..... Principios de la dominación cartaginesa en España.
- 217..... Principios de la dominación romana en España

*Años de
Jesucristo.*

- 416..... Ataúlfo, fundador de la monarquía de los visogodos en España.
- 713..... Conquista de España por los árabes. Fin de la monarquía de los visogodos.
- 718..... Pelayo, fundador del reino de Asturias: principio de la recon-

- quista de España por los cristianos.
- 724..... Garcí Jimenez, primer Rey de Navarra.
- 914..... Ordoño Segundo, primer Rey de Leon.
- 1035..... Fernando Primero, primer Rey de Castilla. Ramiro Primero, primer Rey de Aragon.
- 1085..... Conquista de Toledo por Alonso Sesto, Rey de Castilla y de Leon.
- 1118..... Conquista de Zaragoza por Alonso Primero, el Batallador, Rey de Aragon.
- 1139..... Alonso Enrique, primer Rey de Portugal.
- 1163..... Reunion de Aragon y Cataluña en Alonso Segundo, Rey de Aragon.
- 1230..... Reunion de Leon y Castilla en Fernando Tercero, el Santo.
- 1238..... Conquista de Valencia por Jaime Primero, el conquistador, Rey de Aragon.
- 1248..... Conquista de Sevilla por Fernando Tercero, el Santo, Rey de Castilla y Leon.
- 1282..... Visperas Sicilianas. Los Ara-

goneses en Sicilia.

- 1474..... Reunion de las coronas de Castilla y Aragon.
- 1492..... Conquista de Granada: fin del imperio mahometano en España. Descubrimiento del nuevo mundo.
- 1525..... Batalla de Pavia. Preponderancia de los españoles en Italia.
- 1580..... Union de Portugal á España.
- 1640..... Revolucion de Portugal. Este reino se separa de España.
- 1700..... Felipe Quinto, primer Rey de España de la dinastia de Borbon. Guerra de sucesion.
- 1713..... Paz de Utrecht. España cede todos los estados que poseia en Bélgica y en Italia.
- 1793..... Guerra de la Revolucion de Francia.
- 1795..... Paz de Basilea.
- 1808..... Principio de la guerra de la independencia.
- 1814..... Paz de Paris.
- 1820..... Revolucion de España.
- 1823..... Restauracion.
- 1833..... Isabel Segunda, Reina de España. Guerra de Sucesion.

INDICE

DE LAS LECCIONES CONTENIDAS

EN ESTE TOMO II.

DE LA PARTE HISTÓRICA.

LIBRO SEGUNDO.

IMPERIOS ANTIGUOS.

LECCION I.	<i>Del imperio de los egipcios</i>	<i>Pag.</i>	3
LEC. II.	<i>De los imperios de Babilonia, Asiria y Media.</i>		3
LEC. III.	<i>Del imperio de los persas y de los partos.</i>		6
LEC. IV.	<i>De los fenicios y reino de Tiro.</i>		8
LEC. V.	<i>Del imperio griego.</i>		9
LEC. VI.	<i>Del imperio romano.</i>		13

LIBRO TERCERO.

HISTORIA DE ESPAÑA.

INTRODUCCION	41
-------------------------------	-----------

SUMARIO*de la historia de España en verso.***PARTE PRIMERA.**

Reino de los cartagineses, y de los romanos en España. 47

PARTE SEGUNDA.

Reino de los godos hasta la irrupcion de los sarracenos. 50

PARTE TERCERA.

Irrupcion de los moros en España. Continuacion de los Reyes godos en Asturias. 54

PARTE CUARTA.

Reino de los Príncipes franceses de Bigorre y de Bórgoña. 57

PARTE QUINTA.

Reinos sucesivos de Austria y de Francia. 64

LECCION I. *Dominacion de los cartagineses en España.* 68

LEC II. *Dominacion de los Romanos.* 71

LEC. III.	<i>Dominacion de los godos hasta el Rey Católico Recaredo.</i>	74
LEC. IV.	<i>Continuacion de la serie de los Reyes godos hasta Ruderico ó Don Rodrigo.</i>	81
LEC. V.	<i>Principio de la restauracion de España y serie de los Reyes de Asturias, ó de Oviedo, hasta D. Ordoño el Segundo Rey de Leon.</i>	91
LEC. VI.	<i>Serie de los Reyes de Leon hasta D. Fernando el Primero.</i>	101
LEC. VII.	<i>Serie de los Reyes de Castilla y de Leon hasta el Emperador D. Alfonso Sexto.</i>	108
LEC. VIII.	<i>Serie de los Reyes de Castilla y Leon, hasta D. Fernando Tercero el Santo.</i>	120
LEC. IX.	<i>Serie de los Reyes de Castilla y Leon, hasta D. Alfonso el Onceno.</i>	134
LEC. X.	<i>Serie de los Reyes de Castilla y Leon, hasta D. Juan el Primero.</i>	144
LEC. XI.	<i>Reyes de Castilla y Leon, hasta D. Juan Segundo.</i>	154
LEC. XII.	<i>Reinado de D. Enrique Cuarto.</i>	159
LEC. XIII.	<i>Principio del reinado de los Reyes Católicos D. Fernando y D.^a Isabel</i>	164
LEC. XIV.	<i>Continuacion del reinado de los Reyes Católicos, muerte de la Reina Doña Isabel, y reinado de su hija Doña Juana y D. Felipe Primero.</i>	175
LEC. XV.	<i>Ultima parte del reinado del</i>	

<i>Rey Católico hasta su muerte</i>	182
LEC. XVI. <i>Reinado del Emperador Cár-</i>	
<i>los Quinto</i>	187
LEC. XVII. <i>Fin del reinado de Carlos</i>	
<i>Quinto</i>	199
LEC. XVIII. <i>Principios del reinado de</i>	
<i>Felipe Segundo</i>	207
LEC. XIX. <i>Continuacion del reinado de</i>	
<i>Felipe Segundo</i>	215
LEC. XX. <i>Fin del reinado de Felipe Se-</i>	
<i>gundo</i>	220
LEC. XXI. <i>Reinado de Felipe Tercero.</i>	250
LEC. XXII. <i>Reinado de Felipe Cuarto.</i>	242
LEC. XXIII. <i>Continuacion y fin del rei-</i>	
<i>nado de Felipe Cuarto.</i>	255
LEC. XXIV. <i>Reinado de Carlos Segundo.</i>	261
LEC. XXV. <i>Principio del reinado de Fe-</i>	
<i>lipe Quinto.</i>	271
LEC. XXVI. <i>Continuacion del reinado de</i>	
<i>Felipe Quinto.</i>	280
LEC. XXVII. <i>Continuacion de dicho rei-</i>	
<i>nado</i>	289
LEC. XXVIII. <i>Continuacion de dicho rei-</i>	
<i>nado hasta la paz de Utrecht</i>	297
LEC. XXIX. <i>Continuacion de dicho reina-</i>	
<i>do y última parte de él despues de</i>	
<i>la muerte de Luis Primero</i>	306
LEC. XXX. <i>Reinado de Fernando el Sexto</i>	
<i>hasta la exaltacion al trono de Cár-</i>	
<i>los Tercero.</i>	316
LEC. XXXI. <i>Reinado del Sr. D. Carlos</i>	

<i>Tercero . . .</i>	
LEC. XXXII.	<i>Fin del Reinado de Carlos</i>
<i>Tercero . . .</i>	330
LEC. XXXIII.	<i>Reinado del Sr. D. Car</i>
<i>los Cuarto . . .</i>	337
LEC. XXXIV.	<i>Reinado del Sr. D. Fer-</i>
<i>nando Séptimo.</i>	343
LEC. XXXV.	<i>Continuacion de la guerra</i>
<i>de la independencia</i>	351
LEC. XXXVI.	<i>Fin de la guerra de la in-</i>
<i>dependencia.</i>	358
LEC. XXXVII.	<i>Continuacion del reinado</i>
<i>del Sr. D. Fernando Séptimo.</i>	362
LEC. XXXVIII.	<i>Fin del Reinado del Sr.</i>
<i>D. Fernando Séptimo.</i>	371
LEC. XXXIX.	<i>Reinado de la Señora Do-</i>
<i>ña Isabel Segunda</i>	375
<i>Epocas principales de la historia de Espa-</i>	
<i>ña</i>	383

